

JEFF LINDSAY

# DEXTER POR DOS





Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Marido devoto, padre de tres críos, investigador forense... y asesino en serie. Sin duda, nada más complicado y torcido que la vida de Dexter Morgan. Pero las cosas siempre pueden complicarse aún más. Primero, alguien lo ha visto desmembrar a un payaso pedófilo. Luego, su hermana debe investigar el asesinato de dos policías a los que les han roto todos los huesos del cuerpo. Mientras tanto, su propia esposa se da al alcohol porque sospecha que Dexter está siendo infiel. Y, como si eso fuera poco, un misterioso sujeto empieza a imitarlo y termina decidiendo que Miami es demasiado pequeño para albergar a dos vengadores.

En la sexta peripecia de su ya legendario personaje, Jeff Lindsay consigue llevar un paso más allá las intrigas de la serie sin perder el afilado sentido del humor que la caracteriza. Sólo hay algo más peligroso que conocer a Dexter Morgan: conocerlo dos veces.

**L**  **LIBROS**

Jeff Lindsay

**Dexter por dos**

**Dexter - 6**

*Para Hilary, como siempre*

## **Agradecimientos**

Muchísimas gracias a Samantha Steinberg, una de las mejores artistas forenses del país y autora de *Steinberg's Facial Identification Catalog* y *Steinberg's Ethnicities Catalog*, quien se encargó de la revisión técnica del manuscrito.

Y gracias especiales, como siempre, a Bear, Pookie y Tink, quienes me recuerdan por qué me esfuerzo tanto.

Hay nubes, por supuesto. Invaden el cielo y ocultan la luna hinchada y palpitante que está carraspeando sobre ellas. Se percibe el lento goteo de su luz, pero cualquier posible resplandor está oculto, invisible bajo las nubes que flotan bajas, henchidas y preñadas. Las nubes no tardarán en abrirse y descargar una torrencial lluvia de verano, muy pronto, porque también ellas están henchidas del deber que les aguarda, henchidas hasta el punto de estallar, tan henchidas que también han de esforzarse por retener el diluvio que ha de llegar, y pronto.

Pronto, pero ahora no, todavía no. También han de esperar, enormes debido al poder que está creciendo en ellas, la corriente verdadera y cegadora de lo que vendrá, de lo que ha de venir cuando sea el momento, cuando sea más que necesario y adopte la verdadera forma de este momento, cuando forje el verdadero y necesario esqueleto del ahora...

Pero el momento no ha llegado aún, todavía no. Y así, las nubes fruncen el ceño, se apiñan y esperan, dejan que la necesidad aumente y la tensión crezca con ella. Será pronto; ha de ser pronto. Dentro de breves momentos, estas nubes oscuras y silenciosas hendirán el silencio de la noche con la insoportable omnipotencia brillante de su poder y descompondrán la oscuridad en esquirlas titilantes..., y entonces, sólo entonces, llegará la liberación. Las nubes se abrirán y toda la tensión de retener tanto peso manará a borbotones en la dicha inigualable de la liberación, y su limpia alegría se verterá e inundará el mundo con su felicísimo don de luz y liberación.

Ese momento está cerca, tan seductoramente cerca..., pero todavía no. Y así, las nubes aguardan el momento ideal, alimentan su oscuridad, cada vez más grandes y cargadas de sombras, hasta que deban soltar su carga.

¿Y aquí abajo, en la noche sin luz? ¿Aquí en la tierra, en el inhóspito charco de sombra que estas nubes han creado con su enfurruñamiento, capaz de ocultar la luna y acaparar el cielo? ¿Qué puede ser aquello, allí a lo lejos, ajeno al cielo y oscuro, que se desliza a través de la noche tan plétórico, preparado y a la espera, igual que las nubes? Y está esperando, sea cual sea su oscura sustancia. Espera tenso y enroscado y vigila el momento perfecto para hacer lo que hará, lo que ha de hacer, lo que siempre ha hecho. Y ese momento se va acercando poquito a poco, como si también supiera lo que se avecina y lo temiera, y siente el terror del momento idóneo que está al llegar, cada vez más cercano..., hasta que se halla detrás de ti, contempla tu cuello y casi saborea el tibio aleteo de esas tiernas venas y piensa, *ahora*.

Y un rayo tremendo rasga la noche oscura y descubre a un hombre grande de aspecto fofa escabulléndose a toda prisa, como si también él hubiera sentido muy próximo el oscuro aliento. Retumba el trueno, un nuevo rayo destella, y la figura está más cercana, hace malabarismos con un ordenador portátil y una

carpeta de papel manila mientras busca a tientas las llaves y desaparece de nuevo en la oscuridad cuando el rayo se apaga. Un estallido más de luz. El hombre está muy cerca, aferra sus cosas y sostiene una llave de coche en el aire. Y desaparece de nuevo en el negro silencio. Se hace un repentino silencio, una quietud absoluta, como si nada respirara y hasta la oscuridad contuviera el aliento... Y entonces llega una súbita ráfaga de viento y el estrépito de un postrer trueno y el mundo entero grita: *Ahora.*

*Ahora.*

Y todo cuanto ha de suceder en esta oscura noche de verano empieza a suceder. Los cielos se abren y vierten su carga, el mundo vuelve a respirar, y en la húmeda oscuridad otras tensiones se estiran y desenroscan muy lentamente, con cautela, extienden sus zarcillos tiernos y afilados hacia la figura que manotea como un payaso, que se esfuerza por abrir la puerta del coche en esta repentina lluvia. La puerta del coche se abre, el ordenador portátil y la carpeta caen sobre el asiento, y después el hombre fofo y grueso se desliza detrás del volante, cierra la puerta de golpe y respira hondo mientras se seca el agua de la cara. Y sonríe, una sonrisa de pequeño triunfo, algo que se repite mucho últimamente. Steve Valentine es un hombre feliz. Las cosas le han ido muy bien en los últimos tiempos, y cree que esta noche le han vuelto a salir bien. Para Steve Valentine, la vida es estupenda.

Por otra parte, está a punto de terminar.

Steve Valentine es un payaso. No se trata de un bufón, ni de una feliz caricatura de la normalidad inepta. Es un payaso de verdad, que pone anuncios en los periódicos locales y ofrece sus servicios para fiestas infantiles. Por desgracia, el motor de su vida no son las alegres carcajadas de la inocencia infantil, y sus actos de prestidigitación se le han ido un poco de las manos. Ha sido detenido y puesto en libertad dos veces, cuando los padres comunicaron a la policía que no es necesario encerrarse con un niño en un armario oscuro para enseñarle a manipular globos de modelado.

Le soltaron en ambas ocasiones por falta de pruebas, pero Valentine captó el mensaje. Desde aquel momento nadie se ha quejado. ¿Cómo iban a hacerlo? Pero no ha dejado de divertir a los niños, por supuesto que no. Genio y figura hasta la sepultura. Sólo se ha vuelto más prudente, más oscuro, como los depredadores heridos. Se ha entregado a un juego más permanente, y cree que ha descubierto una forma de jugar sin tener que pagar un precio.

Craso error.

Esta noche le pasarán factura.

Valentine vive en un decrepito edificio de apartamentos situado al norte del aeropuerto de Opa-locka. El edificio aparenta cincuenta años de antigüedad, como mínimo. La calle está sembrada de coches abandonados, algunos quemados. El edificio tiembla levemente cuando los aviones vuelan bajo, al



aterrizar o al despegar, y ese sonido interrumpe el constante ruido de fondo del tráfico que circula por la autovía cercana.

El apartamento de Valentine se encuentra en el segundo piso, número once, y tiene una vista excelente de un parque infantil hecho polvo con unas barras de mono oxidadas, un tobogán torcido y una canasta de baloncesto sin red. Valentine ha dispuesto una tumbona vieja y rota en el balcón de su apartamento, de forma que dispone de una vista perfecta del parque. Eso le permite sentarse y beber una cerveza y ver jugar a los niños e hilvanar pensamientos dichosos sobre jugar con ellos.

Y lo hace. Ha jugado, como mínimo, con tres niños pequeños, que nosotros sepamos, y quizá más. Durante el último año y medio han rescatado cuerpos menudos de un canal cercano en tres ocasiones. Habían sido sometidos a abusos sexuales, y después estrangulados. Todos los niños eran de este barrio, lo cual significa que sus padres son pobres y es probable que hayan entrado en el país de manera ilegal. Lo cual significa que, cuando asesinaron a sus hijos, debieron contar muy poca cosa a la policía, y eso significa que sus hijos son objetivos perfectos para Valentine. Tres veces, como mínimo, y la policía carece de pistas.

Pero nosotros no. Nosotros tenemos más de una pista. Nosotros sabemos. Steve Valentine contemplaba a aquellos niños que jugaban en el parque infantil, y después les seguía mientras caía la noche, les enseñaba sus propios juegos terminales, y después los arrojaba a las aguas turbias llenas de basura del canal. Y regresaba satisfecho a su decrepita tumbona, abría una cerveza y clavaba la vista en el parque, al acecho de un nuevo amiguito.

Valentine se creía muy listo. Pensaba que había aprendido la lección y descubierto una nueva forma de convertir sus sueños en realidad, y encontrado un hogar para su estilo de vida alternativo, y que no existía nadie lo bastante listo para atraparle y obligarle a parar. Hasta ahora había estado en lo cierto.

Hasta esta noche.

Valentine no se encontraba en su apartamento cuando la policía fue a investigar la muerte de los tres niños, y no fue cuestión de suerte. Fue cuestión de su astucia de depredador; tiene un escáner para escuchar las transmisiones de radio de la policía. Sabía cuándo se hallaba en la zona. No ocurría con frecuencia. A la policía no le gustaba ir a barrios como aquél, donde lo mejor que podían confiar en recibir era una hostil indiferencia. Ése es uno de los motivos de que Valentine viva allí. Pero cuando la policía va, él lo sabe.

La policía va si es necesario, y lo ha de hacer si Alguien llama al 911 para informar de que una pareja se está peleando en el apartamento once del segundo piso, y si Alguien dice que la pelea ha concluido de repente con un chillido de terror seguido de silencio, van a toda prisa.

Y cuando Valentine los oye en su escáner, camino de su dirección, de su apartamento, es lógico que desee estar en otra parte antes de que lleguen. Se

llevará cualquier material en su posesión que insinúe cuál es su pasatiempo favorito, y bajará corriendo la escalera, saldrá a la oscuridad y se meterá en el coche, y se alejará hasta que la radio le confirme que las cosas se han tranquilizado de nuevo.

No pensará que Alguien se tome la molestia de buscar la matrícula de su coche para averiguar que conduce un Chevrolet Blazer azul claro de doce años de antigüedad, con placas de ¡ELIGE LA VIDA! y un letrero magnético en la puerta que reza PUFFALUMP EL PAYASO<sup>[1]</sup>.

Tampoco pensará que alguien pueda estar esperándole en el asiento trasero de su coche, acurrucado con cautela en las sombras.

Se equivoca en ambas cosas. Alguien conoce su coche, y Alguien espera en silencio aplastado contra el suelo del oscuro asiento posterior de su Chevy antiguo, espera mientras Valentine termina de secarse la cara y dibujar en la cara su sonrisa secreta de pequeño triunfo, y al fin, al fin, introduce la llave en el encendido y pone en marcha el motor.

Y cuando el coche cobra vida con un chisporroteo, llega el momento, repentinamente, al fin, y Alguien se incorpora de la oscuridad rápido como el rayo, pasa alrededor del grueso cuello de Valentine un sedal de nailon de cincuenta libras de resistencia, y lo tensa con fuerza antes de que el hombre pueda decir otra cosa que «¡Ajjj...!», y empieza a agitar los brazos de una forma estúpida, débil y penosa, lo cual consigue que Alguien sienta el frío y desdeñoso poder que asciende por el sedal de nailon hasta las manos que lo sujetan. Y ahora, la sonrisa ha desaparecido del rostro de Valentine y se ha fundido con la nuestra, y estamos tan cerca de él que podemos oler su miedo y oír el aterrorizado retumbar de su corazón y sentir su falta de aliento, y esto es estupendo.

—Ahora eres nuestro —le decimos, y nuestra Voz Autoritaria le golpea como el impacto del rayo que estalla fuera para puntuar la oscuridad—. Harás lo que nosotros te digamos, y sólo lo harás cuando lo digamos.

Y Valentine cree que ha de decir algo al respecto y emite un leve sonido húmedo, así que tiramos del nudo con fuerza, con mucha fuerza, sólo un momento, para que sepa que hasta su aliento nos pertenece. Su rostro se pone oscuro y los ojos se le salen de las órbitas y se lleva las manos al cuello y sus dedos arañan frenéticamente el nudo unos cuantos segundos, hasta que la negrura cae sobre él y sus manos resbalan hasta posarse sobre el regazo y se derrumba hacia delante y empieza a perder el sentido, hasta que aflojamos un poco el nudo porque todavía es demasiado pronto, demasiado pronto para él.

Mueve los hombros y emite un sonido como el de una rueda dentada oxidada cuando inhala aire una vez más, una más en el número cada vez más pequeño de inhalaciones que le quedan, y como todavía no sabe que el número es ínfimo, inhala de nuevo a toda prisa, con algo más de facilidad, se incorpora y

desperdicia su precioso aire cuando grazna: « ¡Qué coño! ».

Un reguero de desagradables mocos se desprende de su nariz y su voz suena agarrotada, rasposa y muy irritante, de modo que tiramos del nudo otra vez, en esta ocasión con más suavidad, lo suficiente para que se entere de que es nuestro, así que emite un jadeo ahogado obediente, se aferra la garganta y enmudece.

—No hables —ordenamos—. Conduce.

Mira por el retrovisor y sus ojos se encuentran con los nuestros por primera vez, sólo los ojos, que se ven fríos y oscuros a través de las hendiduras practicadas en la elegante capucha de seda que cubre nuestro rostro. Durante un momento piensa que va a decir algo y tiramos del nudo con mucha suavidad, sólo para refrescar su memoria, así que cambia de opinión. Desvía la vista del espejo, pone el coche en marcha y conduce.

Le guiamos con cautela hacia el sur, le alentamos de vez en cuando con tironcitos del lazo, sólo para grabar en su mente la única idea de que ni siquiera respirar es automático, y no ocurrirá hasta que nosotros lo digamos, de modo que se porta muy bien durante casi todo el trayecto. Tan sólo un momento, en un semáforo en rojo, nos vuelve a mirar por el retrovisor, carraspea y dice:

—¿Qué vas a...? ¿Adónde vamos?

Y tiramos con mucha fuerza del nudo durante un largo momento y dejamos que su mundo se desdibuje un poco.

—Vamos donde te hemos dicho. Limitate a conducir y no hables, y es posible que vivas un poco más.

Eso es suficiente para que recupere los modales, porque todavía no sabe que pronto, muy pronto, no querrá vivir un poco más, porque vivir como llegará a experimentar es algo muy doloroso.

Le guiamos con precisión por calles laterales hasta una zona de casas destartaladas más nuevas. Muchas están deshabitadas, abandonadas por impago de hipoteca, y una de ellas en particular ha sido seleccionada y preparada, y guiamos a Valentine hacia ese lugar, por una calle silenciosa y bajo una farola rota, hasta entrar en un anticuado aparcamiento techado anexo a la casa, y le obligamos a detener el coche en la parte posterior del aparcamiento, donde no puede verse desde la carretera, y apagar el motor.

Durante un largo momento no hacemos otra cosa que apretar el nudo y escuchar la noche. Aplacamos el creciente gorgoteo de la música lunar y el suave roce imperioso de las alas interiores que ansian abrirse de par en par y elevarnos hasta el cielo, porque hemos de ser muy cuidadosos. Estamos a la escucha de cualquier sonido que pueda perturbar nuestra noche de necesidad. Escuchamos, y oímos el latigazo de la lluvia y el viento, y el tamborileo del agua sobre el techado del aparcamiento y el agitarse de los árboles cuando la tormenta de verano avanza entre ellos, y nada más.

Miramos: la casa a nuestra derecha, la única casa desde la que se puede ver

este aparcamiento, está a oscuras. También está vacía, como la casa en la que hemos aparcado, y nos hemos asegurado de que no había nadie en ella tampoco, y seguimos la calle con la mirada, escuchamos, saboreamos con cautela el viento tibio y húmedo, por si percibimos el olor de otra cosa que pudiera ver u oír, y no hay nada. Respiramos hondo, una profunda y hermosa inhalación, impregnada del sabor y el aroma de esta noche espléndida y de las cosas terribles y maravillosas que pronto haremos juntos, sólo nosotros y Puffalump el payaso.

Y entonces Valentine carraspea, procura con todas sus fuerzas hacerlo con discreción y en voz baja, intenta aliviar el intenso dolor del nudo que rodea su cuello y extraer un sentido a este acontecimiento imposible que está sucediendo a alguien tan especial y maravilloso como él, y ese sonido araña nuestros oídos como el espantoso estrépito de mil dientes al romperse, y tiramos con fuerza del nudo, lo bastante fuerte para romper la piel, lo bastante fuerte para eliminar de una vez por todas la idea de emitir algún sonido de nuevo, y arquea la espalda contra el asiento mientras se manosea la garganta con los dedos un segundo, antes de sumirse de nuevo en el silencio con los ojos desorbitados. Y bajamos a toda prisa del coche, abrimos la puerta del conductor y le tiramos de rodillas sobre el pavimento en sombras del aparcamiento.

—Ahora vamos a darnos prisa —decimos.

Aflojamos apenas el lazo y nos mira con una cara reveladora de que ya nunca más comprenderá el concepto de «prisa», y cuando percibimos esta nueva y maravillosa certeza plasmarse en sus ojos, apretamos el lazo lo suficiente para que asimile la verdad de ese pensamiento, y se pone en pie trabajosamente, se adelanta a nosotros, atraviesa la puerta de celosía posterior y penetra en la oscuridad de la casa vacía. Y ahora ya le tenemos en su nuevo hogar: el último lugar en el que vivirá.

Le guiamos hasta la cocina y nos detenemos para que se quede en pie unos silenciosos segundos, y nos apostamos detrás de él con una mano firme en el lazo, y cierra los puños y mueve los dedos, y después vuelve a carraspear.

—Por favor —susurra, con una voz maltrecha que ya se ha sumido en la muerte antes que él.

—Sí —decimos, con toda nuestra serena paciencia lamiendo los bordes de una desenfrenada orilla de goce, y es posible que crea percibir cierta esperanza en esa suave impaciencia, porque sacude la cabeza, apenas, como si pudiera persuadir a la marea de que retroceda.

—¿Por qué? —grazna—. Es, es que... ¿Por qué?

Apretamos con mucha fuerza el nudo alrededor de su garganta y observamos que su aliento se paraliza, su rostro se ensombrece y cae una vez más de rodillas, y justo antes de que pierda la conciencia aflojamos el lazo, sólo un poco, lo suficiente para que una pequeña nube de aire se cuele en sus pulmones a través

de su garganta dolorida, y le ponemos en pie y le miramos a los ojos, y se lo contamos todo con absoluta y gozosa sinceridad.

—Porque sí —decimos. Y entonces apretamos el nudo de nuevo, con más fuerza, con mucha fuerza, y vemos complacidos que se desliza por la larga pendiente abajo hacia un sueño sin aire y se desploma sobre su rostro teñido de púrpura.

Nos ponemos a trabajar con celeridad, lo disponemos todo justo antes de que pueda despertar y estropear la función. Sacamos nuestra bolsita de juguetes y herramientas del coche y recuperamos la carpeta de papel manila que dejó en el asiento del coche y volvemos deprisa a la cocina con todas estas cosas. Al poco, Valentine está inmovilizado con cinta americana sobre la encimera, con la ropa arrancada a cuchilladas y la boca amordazada, y a su alrededor hemos distribuido las bonitas fotos que hemos encontrado en la carpeta, encantadoras instantáneas de niños jugando, riendo del payaso en algunas, en otras sosteniendo una pelota o columpiándose. Y tres de ellas están situadas con sumo cuidado en el lugar apropiado para que pueda verlas, tres sencillos retratos tomados de los artículos aparecidos en los periódicos sobre los tres niños que habían sido encontrados muertos en un canal.

Y mientras terminamos de prepararlo todo, tal como tiene que ser, los párpados de Valentine se agitan. Permanece inmóvil un momento, tal vez siente el aire tibio sobre su piel desnuda, y la apretada cinta que le inmoviliza, y tal vez se pregunta por qué. Entonces recuerda, sus ojos se abren de golpe e intenta cosas imposibles, como romper la cinta americana o aspirar largas bocanadas de aire o emitir chillidos por una boca amordazada cuidadosamente en voz lo bastante alta para que alguien le escuche en este mundo apartado. Para Valentine, sólo algo nimio es posible, sólo algo carente de importancia, absurdo, maravillo, necesario, y ahora empezará a suceder, ahora, por más inútiles esfuerzos que lleve a cabo.

—Relájate —decimos, y apoyamos una mano enguantada sobre su pecho desnudo, que sube y baja—. Pronto habrá terminado.

Y nos referimos a todo, a todo, a cada inhalación y parpadeo, a cada mirada lasciva y carcajada, a cada fiesta de cumpleaños y modelado de globos, a cada desplazamiento ávido en el crepúsculo a la caza y captura de algún niño pequeño y desvalido: todo habrá terminado, y pronto.

Le damos una palmadita en el pecho.

—Pero no demasiado pronto —decimos, y la fría felicidad de esa sencilla verdad asciende desde nuestro interior hasta nuestros ojos, y él lo ve, y tal vez sepa lo que se avecina, y tal vez albergue todavía una estúpida esperanza. Pero mientras se funde con la encimera en la apretada presa irrompible de la cinta y la todavía más fuerte necesidad de esta noche delirante, la hermosa música de la Danza Oscura empieza a alzarse a nuestro alrededor y nos ponemos a trabajar, y

todas las esperanzas de Valentine se desvanecen para siempre cuando esta única cosa esencial empieza a suceder.

Empieza despacito, no de manera vacilante, no debido a la incertidumbre, sino despacito para que dure. Despacito para ejecutar y disfrutar cada cuchillada bien planificada, bien ensayada y practicada con frecuencia, y para conducir al payaso despacito al punto de la comprensión final: una clara y sencilla percepción de cómo acaba todo para él, aquí, ahora, esta noche. Despacito le hacemos un verdadero retrato de cómo ha de ser, ejecutamos fuertes líneas oscuras para demostrar que esto es lo único que habrá. Éste es su último truco, y ahora, aquí, esta noche, despacito, con cuidado, meticulosamente, tajada a tajada, pieza a pieza, pagará el peaje al alegre guardián del puente de la hoja brillante, y despacito cruzará ese tramo final que le separa de una oscuridad eterna a la que muy pronto, de muy buen grado, incluso con ansia, deseará entregarse, porque para entonces ya sabrá que es la única forma de escapar del dolor. Pero ahora no, todavía no, tan pronto no. Primero hemos de conducirlo hasta allí, conducirlo hasta el punto de no retorno y más allá, donde comprenderá que hemos llegado al límite y jamás podrá regresar. Ha de darse cuenta, ha de comprenderlo, asumirlo, aceptarlo como algo justo y necesario e inmutable, y nuestra dichosa tarea es conducirlo hasta allí, para después señalar la frontera situada al borde del fin y decir: «¿Lo ves? Hasta aquí has llegado. Has cruzado el límite y todo va a terminar».

Y ponemos manos a la obra, con la música sonando a nuestro alrededor y la luna asomando por un hueco entre las nubes, que lanza una risita risueña al ver lo que ocurre, y Valentine se muestra de lo más colaborador. Forcejea, masculla y lanza chillidos ahogados al darse cuenta de que lo que está sucediendo no tiene vuelta atrás, y está sucediendo con tal meticulosidad que está desapareciendo, él, Steve Valentine, Puffalump el payaso, el divertido hombre risueño de la cara enharinada que ama con todas sus fuerzas a los niños, los ama muchísimo y con mucha frecuencia, y de una forma tan desagradable. Es Steve Valentine, payaso de fiestas, capaz de conducir a un niño por todo el mágico arco iris de la vida en una sola hora oscura, desde la felicidad y el asombro hasta la agonía final en que todo se apaga sin remisión en las aguas sucias de un canal cercano. Steve Valentine, demasiado inteligente para que alguien consiguiera pararle los pies o demostrar lo que ha hecho en un tribunal. Pero ahora no está en un tribunal, y nunca lo estará. Esta noche está tendido en el banquillo del Tribunal de Dexter, y el veredicto final refulege en nuestra mano, y no existe acceso a abogados de oficio en el lugar al que se dirige, ni tampoco son posibles las apelaciones.

Y justo antes de que el mazo caiga por última vez, hacemos una pausa. Un pequeño e insistente pájaro se ha posado sobre nuestro hombro y gorjea su canción intranquila: *Pío, pío, en la verdad porfío*. Conocemos la canción y conocemos su significado. Es la canción del Código de Harry, y dice que hemos

de estar seguros, hemos de estar convencidos de haber hecho lo correcto a la persona correcta, para que la pauta se complete y podamos concluir la sesión con orgullo y alegría, y experimentar la complacida oleada de satisfacción.

Y así, donde la respiración es lenta y muy difícil para lo que queda de Valentine, y la última luz de comprensión brilla en sus ojos enrojecidos e hinchados, nos detenemos, nos inclinamos y volvemos su cabeza hacia las fotos que hemos dispuesto a su alrededor. Levantamos una esquina de la cinta que cubre su boca y debe doler, pero se trata de un dolor ínfimo comparado con lo que ha estado experimentando hasta ahora durante tanto rato, y no emite el menor sonido, salvo un lento silbido de aire.

—¿Los ves? —preguntamos, al tiempo que sacudimos su barbilla húmeda y desencajada y volvemos su cabeza para asegurarnos de que ve las fotos—. ¿Ves lo que has hecho?

Mira y los ve, y una cansada sonrisa se insinúa en la parte destapada de su cara.

—Sí —dice, con una voz medio ahogada por la cinta y destrozada por el nudo, pero que todavía suena clara cuando mira. Ha perdido toda esperanza, y todo sabor a vida ha desaparecido de su lengua, pero un pequeño y cálido recuerdo camina de puntillas sobre sus papilas gustativas cuando mira las fotos de los niños que ha matado—. Eran... guapos... —Sus ojos pasean sobre las fotos, se clavan en ellas durante un largo momento, y después se cierran—. Guapos —dice, y es suficiente. Y ahora nos sentimos muy cerca de él.

—Y tú también —decimos, y volvemos a aplicar la cinta sobre su boca y reanudamos el trabajo, ascendiendo hacia una bien merecida dicha cuando el clímax de nuestra afilada sinfonía brota a todo volumen de la risueña luna creciente, y la música nos lleva cada vez más alto, hasta que por fin, poco a poco, con cautela, alegremente, llega a su último acorde triunfal y libera todo en la noche tibia y húmeda: todo. Toda la ira, la desdicha y la tensión, toda la confusión y la frustración amontonadas de la vida cotidiana sin sentido que nos vemos obligados a soportar para que esto suceda, todo el insignificante y absurdo disparate de intentar integrarnos en la humanidad bovina, todo ha desaparecido, todo se ha fundido en la acogedora oscuridad, y con ello, acompañándonos como un cachorrillo maltratado y apaleado, todo cuanto pudiera quedar dentro del pellejo malvado y hecho trizas de Steve Valentine.

Adiós, Puffalump.

Estábamos limpiando, mientras sentíamos la lenta y cansada satisfacción infiltrarse en nuestros huesos, como siempre, y una engreída y satisfecha lasitud por haber concluido, y a pedir de boca, nuestra felicísima noche de necesidad. Las nubes habían desaparecido y dejado un risueño arrebol de luz de luna, y ahora nos sentíamos mucho mejor. Siempre nos sentimos mejor después.

Y es posible que no prestáramos toda la atención debida a la noche que nos rodeaba, envueltos como estábamos en nuestro capullo de satisfacción, pero oímos un ruido, una inhalación leve y sobresaltada, y después el susurro de unos pies que corrían, y antes de que pudiéramos hacer otra cosa que volvernos hacia el sonido, los pies corrieron hacia la puerta de atrás de la casa a oscuras, y oímos que la puerta se cerraba de golpe. Y sólo pudimos seguir el ruido y mirar con silenciosa desazón a través de la celosía de cristal de la puerta, y vimos que un coche aparcado en el bordillo cobraba vida y se alejaba a toda prisa en la noche. Los faros traseros se encienden (el izquierdo cuelga en un ángulo extraño), y sólo vemos que es un Honda antiguo, de un color oscuro indefinido, con una mancha de herrumbre grande en el maletero que parece una marca de nacimiento metálica. Y entonces el coche se pierde de vista y un nudo frío y ácido se forma en la boca de nuestro estómago cuando la imposible y temida verdad se enciende en nuestro interior y siembra pánico como la sangre brillante y espantosa de una herida recién abierta...

*Nos han visto.*

Durante un largo y horrible minuto nos quedamos contemplando la puerta, mecidos por los ecos interminables del pensamiento impensable. *Nos han visto.* Alguien había entrado, no le habíamos oído, había pasado desapercibido, y nos habían visto tal como éramos, erguidos extenuados y satisfechos sobre los restos medio envueltos. Y había visto lo suficiente para reconocer los fragmentos asimétricos de Valentine por lo que eran, porque fuera quien fuera había huido veloz como el rayo, presa del pánico, y desaparecido en la noche antes de que pudiéramos hacer otra cosa que respirar. Había visto... Hasta era posible que nos hubieran visto la cara. En cualquier caso, había visto lo bastante para reconocer lo que estaba viendo, y había escapado en busca de la salvación, y probablemente para llamar a la policía. Estaría llamando en este mismo momento, enviarían patrullas a detenernos y ponernos a buen recaudo, pero aquí estábamos, paralizados en una inacción estupefacta y aturdida, contemplando babeantes el lugar donde los faros traseros habían desaparecido, petrificados en estúpida incompreensión como un niño que viera unos dibujos animados conocidos doblados en un idioma extranjero. Nos habían visto... Y por fin, el pensamiento envía la sacudida de temor que necesitábamos para entrar en acción, ponernos las pilas, acelerar las últimas fases de limpieza y salir por la puerta con los bultos



todavía calientes de todo cuanto hemos hecho durante esta espléndida noche interrumpida.

Es un milagro que salgamos de la casa a la noche y no escuchemos sonidos de persecución. Ninguna sirena aúlla su advertencia. Ni neumáticos chirriantes, ni radios crepitantes que rasgan la oscuridad con sus amenazas de Condenación Inminente para Dexter.

Y cuando al fin, tenso y vigilante, salí de la zona, el aturdimiento de aquel único pensamiento devastador regresó y me agitó como el ruido interminable de las olas al romper sobre una playa rocosa.

*Nos han visto.*

El pensamiento no me abandonó mientras me desembarazaba de los restos. No era de extrañar. Conducía con un ojo en el retrovisor, a la espera del estallido cegador de la luz azul que iluminaría mi parachoques y el breve aullido áspero de una sirena. Pero nada de esto sucedió. Ni siquiera después de deshacerme del coche de Valentine, subir al mío y volver a casa con cautela. Nada. Gozaba de absoluta libertad, solo por completo, perseguido tan sólo por los demonios de mi imaginación. Me parecía imposible: alguien me había visto jugando, con tanta claridad como era posible. Habían visto los pedazos de Valentine meticulosamente cincelados, y al risueño y agotado escultor parado sobre ellos, y no era necesaria una ecuación diferencial para llegar a la solución del problema: A más B igual a un asiento en la Freidora para Dexter, y alguien había llegado a esta conclusión con perfecta comodidad y seguridad, pero... ¿por qué no había llamado a la policía?

Era absurdo. Era demencial, increíble, imposible. Me habían visto, y me había ido de rositas. No podía creerlo, pero poco a poco, gradualmente, mientras aparcaba el coche delante de mi casa y me quedaba sentado un momento, la Lógica regresó de sus prolongadas vacaciones en la isla de Adrenalina y, encorvado sobre el volante, me puse en comunicación de nuevo con la dulce razón.

De acuerdo, me habían visto *in flagrante iugulo* y tenía todos los motivos para creer que sería denunciado y arrestado al instante. Pero eso no había sucedido, y ahora estaba en casa, me había deshecho de las pruebas, y nada me relacionaba con el feliz horror de la casa abandonada. Alguien había vislumbrado algo, sí. Pero estaba a oscuras, probablemente demasiado para distinguir mi cara, sobre todo con una breve y aterrorizada mirada, y yo medio vuelto. No había manera de relacionar la figura en sombras que blandía el cuchillo con ninguna persona, muerta o viva. Seguir el rastro de la matrícula del coche de Valentine sólo conduciría a Valentine, y yo estaba bastante seguro de que no iba a contestar a ninguna pregunta, a menos que alguien estuviera dispuesto a utilizar un tablero de güija.

Y en el increíble e improbable caso de que reconocieran mi rostro y lanzaran

contra mí graves acusaciones, no encontrarían la menor prueba, tan sólo un hombre con una sólida reputación como miembro de la Comunidad de Defensa de la Ley y el Orden, quien sin la menor duda era capaz de defender su dignidad y desechar aquellas absurdas acusaciones. Nadie en su sano juicio creería que yo habría podido hacer algo semejante..., salvo, por supuesto, mi némesis personal, el sargento Doakes, y no tenía nada contra mí, salvo sospechas, y como las albergaba desde hacía tanto tiempo casi resultaba reconfortante.

¿Qué quedaba? Aparte de vislumbrar en la oscuridad mis facciones, un vistazo dudoso y parcial, ¿qué habría podido ver el desconocido que pudiera frustrar mis ambiciones de continuar en libertad?

Las ruedas y palancas de mi poderoso cerebro chasquearon, zumbaron y escupieron la respuesta: Absolutamente Nada.

No podía estar relacionado con nada que un alguien asustado había visto en una casa oscura y abandonada. Era una conclusión inevitable, pura lógica deductiva, y no había vuelta de hoja. Estaba libre, y lo más probable era que continuara de esa forma. Respiré hondo, me sequé las manos en los pantalones y entré en mi casa.

Dentro reinaba el silencio, por supuesto, puesto que era muy tarde. Percibí el sonido de los suaves ronquidos de Rita cuando me asomé a ver a Cody y Astor. Estaban dormidos, inmóviles, soñando sus menudos y salvajes sueños. Seguí por el pasillo y entré en mi dormitorio, donde Rita dormía y Lily Anne estaba aovillada en su cuna, la maravillosa e improbable Lily Anne, de un año de edad, el centro de mi nueva vida. Me quedé mirándola, asombrado, como siempre, de la suave perfección de su cara, la belleza en miniatura de sus diminutos dedos. Lily Anne, el principio de todo lo bueno de Dexter Serie II.

Lo había arriesgado todo aquella noche. Había sido un estúpido, un descerebrado, y casi había pagado el precio (captura, encarcelamiento, no acunar nunca más a Lily Anne en mis brazos, no sujetar su mano cuando daba los primeros pasos) y, por supuesto, no volver a encontrar un amigo tan digno de mis atenciones como Valentine para conducirlo al Oscuro Parque Infantil. Era un riesgo excesivo. Tendría que pasar desapercibido y portarme muy bien hasta estar absolutamente seguro de que nada me amenazaba. Me habían visto. Había rozado las largas faldas de aquella puta llamada Justicia, y no podía volver a correr aquel riesgo. Debía renunciar a los Placeres de Dexter el Oscuro y permitir que mi Dex Papi se metamorfoseara con mi verdadero yo. Tal vez esta vez sería una interrupción permanente. ¿Era necesario correr unos peligros tan horribles sólo para acometer aquellas cosas espantosas y maravillosas? Oí que el Oscuro Pasajero emitía una queda carcajada burlona cuando se enroscó para descansar. *Siiiiii, lo es*, susurró con adormilada satisfacción.

Pero durante un tiempo no. Esta noche perduraría, debería perdurar. Me habían visto. Me metí en la cama y cerré los ojos, pero las estúpidas

preocupaciones acerca de ser capturado volvieron a infiltrarse en mi mente. Las ahuyenté, las barrí con la escoba de la lógica. Estaba perfectamente a salvo. No podían identificarme, y no había dejado pruebas que pudieran encontrar, y la razón insistía en que me había salido con la mía. Todo iba bien, y pese a que no podía acabar de creerlo, me sumí por fin en un angustiado sueño carente de sueños.

Nada de lo que sucedió al día siguiente en el trabajo me reveló alguna indicación de que debía preocuparme por algo. Las cosas estaban tranquilas en el Departamento de Policía de Miami-Dade cuando llegué al trabajo, y aproveché el estupor matinal para encender mi ordenador. Un cuidadoso examen de los informes de actividades de la noche pasada reveló que no había llegado ninguna frenética petición de auxilio relacionada con un maniaco y un cuchillo en una casa abandonada. No había sonado ninguna alarma, nadie me buscaba, y si a estas alturas no había sucedido, ya no iba a suceder. Estaba libre de toda culpa..., de momento.

La Lógica concordaba con el informe oficial: estaba perfectamente a salvo. De hecho, la Lógica me lo repitió así durante los días siguientes, pero por algún motivo mi cerebro de lagarto no le hacía caso. Me descubrí encorvado en el trabajo, con los hombros alzados para parar un golpe que nunca llegaba, que yo sabía que nunca llegaría, pero en cualquier caso anticipaba. Me despertaba por la noche y prestaba atención a los sonidos del Grupo de Respuesta Especial, que tomaba posiciones alrededor de la casa...

Y no pasaba nada. No sonaban sirenas en la noche. No llamaban a la puerta, no se oía el aullido del megáfono, gritos de que saliera con las manos en alto: nada en absoluto. La vida se deslizaba sobre sus bien aceitados railes, y nadie exigía la cabeza de Dexter, y empecé a sentir la impresión de que algún cruel dios invisible me estaba tomando el pelo, se mofaba de mi vigilancia, se reía de mi absurda aprensión. Era como si nada de aquello hubiera sucedido, o que mi Testigo hubiera sido víctima de una combustión espontánea. Pero no podía sacudirme de encima la idea de que algo iba a venir a por mí.

Y así esperaba, y mi miedo aumentaba. El trabajo se convirtió en una penosa prueba de resistencia, estar sentado en casa cada noche con mi familia era una tarea irritante, porque toda chispa y entusiasmo se habían esfumado de la vida de Dexter.

Cuando la tensión se eleva en exceso, hasta los volcanes estallan, y están hechos de piedra. Yo estoy hecho de una materia más blanda, así que no debería haberme sorprendido cuando estallé al fin después de tres días de esperar el golpe que nunca llegaba.

Mi jornada laboral había sido particularmente estresante por ningún motivo en especial. El principal cadáver del día era un «flotador», una cosa muy descompuesta que debía ser joven y varón, y por lo visto se había encontrado en

el extremo erróneo de una pistola de gran calibre cuando se disparó. Una pareja jubilada de Ohio lo había encontrado cuando su pontón alquilado pasó por encima. La camisa de seda del flotador se había enredado con la hélice de la embarcación, y el hombre de Akron había sufrido un leve infarto no mortal cuando se inclinó para liberar la hélice y vio la cara podrida que le miraba desde el extremo del eje de transmisión. Cucú: Bienvenidos a Miami.

Cuando esta circunstancia se supo, provocó una gran hilaridad entre los policías y los forenses, pero el cálido bienestar de la camaradería no hizo mella en Dexter. Las bromas de mal gusto que, en circunstancias normales, habrían provocado mi mejor risita falsa parecían uñas sobre una pizarra, y fue por un milagro de autocontrol que guardé silencio durante los noventa minutos que duró la estúpida hilaridad sin prender fuego a nadie. Pero hasta las experiencias más difíciles han de terminar, y como ya no quedaba sangre en el cuerpo después de tanto tiempo en el agua, nadie llamó para solicitar mi experiencia particular, y por fin quedé en libertad para volver a mi escritorio.

Pasé el resto de la jornada laboral dedicado al papeleo rutinario, grité cuando encontré expedientes mal guardados y monté en cólera ante la estupidez de los informes por escrito de todo el mundo. ¿Cuándo había muerto la gramática? Y cuando por fin llegó la hora de regresar a casa, conseguí salir y subir al coche antes de que se hubieran apagado los ecos de la última campanada de la hora.

No me divertió la indiferente sed de sangre del tráfico nocturno. Por primera vez me descubrí dándole al claxon, devolviendo las peinetas y rabiando por la tardanza junto con todos los demás conductores frustrados. Siempre había sido evidente que todos los demás habitantes del mundo eran penosamente estúpidos. Pero aquella noche eso me ponía de los nervios, y cuando llegué por fin a casa, no estaba de humor para fingir que me sentía contento de volver con mi pequeña familia. Cody y Astor estaban jugando con la Wii, Rita estaba bañando a Lily Anne, todos ellos escenificando su vacío, tonto e inconsciente espectáculo, y cuando me detuve en la puerta y contemplé la profunda e irritante estupidez de mi vida, sentí que algo se partía, y en lugar de destrozar los muebles y derribar a puñetazos todo cuanto me rodeaba, tiré las llaves sobre la mesa y salí por la puerta de atrás.

El sol estaba empezando a ponerse, pero la noche era todavía calurosa y muy húmeda, y después de dar tres pasos en el patio ya sentí que gotitas de sudor perlaban mi cara. Las noté frías cuando resbalaron sobre mis mejillas, lo cual significaba que tenía la cara caliente. Una rabia extraña me había congestionado, una sensación que casi nunca me dominaba, y me pregunté qué estaría pasando en el País de Dexter. Estaba nervioso, por supuesto, a la espera del apocalipsis inevitable, pero ¿por qué debía transformarse eso de repente en ira, y por qué iba dirigida contra mi familia? El fango interior en el que me había revolcado había estallado en rabia de repente, algo nuevo y peligroso, y todavía no sabía por qué.

¿Por qué sentía aquella ira furiosa causada por unos cuantos ejemplos inofensivos e insignificantes de estupidez humana?

Crucé la hierba marrón y dispersa de nuestro jardín y me senté a la mesa de picnic, por ningún motivo en especial, salvo que había salido al exterior y creía que debía hacer algo. Sentarse no era una gran actividad, y no consiguió que me sintiera mejor. Abrí y cerré los puños, y después fruncí y desfruncí el ceño, y di otra bocanada de aire caliente y húmedo. Eso tampoco me calmó.

Leves, insignificantes, absurdas frustraciones, la verdadera materia de la vida, pero habían llegado a un extremo en el que me estaban desmoronando. Ahora, más que nunca, necesitaba guardar una calma gélida y ejercer un control absoluto. Alguien me había visto. Era posible que, en este preciso momento, estuviera siguiendo mi rastro, cada vez más cerca, portador de la Destrucción de Dexter, y yo necesitaba atenerme a la lógica más estricta en plan señor Spock algo menos sería fatal. Y, por tanto, necesitaba saber si este ataque de pasión airada significaba que el tapiz artístico tejido con tanta pericia que es Dexter se estaba desenredando, o si sólo se trataba de un desgarrón temporal en la tela. Tomé otra enorme bocanada de aire caliente y cerré los ojos para escuchar cómo abrasaba mis pulmones.

Y en ese momento oí una voz tranquilizadora por encima del hombro, la cual me decía que había una respuesta, y que era sencillísima, sólo por esta vez, si escuchaba un momento la voz de la razón clara y emocionante. Sentí la bocanada transformarse en mi interior en una gélida neblina azulada, abrí los ojos y miré hacia atrás, a través de un hueco del árbol que se alzaba sobre mí, por encima del seto del vecino, hasta clavar la vista en el horizonte cada vez más oscuro, donde estas sedosas palabras estaban descendiendo desde una gigantesca y risueña luna burbujeante de un tono amarillo anaranjado, que se elevaba ahora sobre el borde del mundo y se alojaba en el cielo para flotar como el amigo gordo y feliz de unas vacaciones infantiles...

*¿Por qué esperar a que te encuentre?, decía. ¿Por qué no encontrarle a él antes?*

Y era una verdad deliciosa y seductora, porque yo era un experto en dos cosas sencillas: cazar a mi presa y deshacerme de ella después. ¿Por qué no hacer eso? ¿Por qué no podía ser proactivo? Saltar en las bases de datos con ambos pies, buscar una lista de todos los Hondas antiguos de color oscuro de la zona de Miami con un faro trasero colgante, y seguirlos uno a uno hasta encontrar el correcto, y después solucionarlo todo de una vez por todas haciendo lo que Dexter sabe hacer mejor: pulcro, sencillo y divertido. Si no había Testigo, no había amenaza, y todos mis problemas se derretirían como cubitos de hielo en una acera veraniega.

Y mientras pensaba en eso y volvía a respirar, sentí que la tenue marea roja retrocedía por completo, y mis puños se abrían, y el rubor se borraba de mi cara

cuando la luz fría y feliz de la luna sopló su suave aliento sobre mí, y desde los rincones en sombras de mi fortaleza interior se desenroscó un ronroneo sedoso, asintió, lanzó una risita de ánimo y me dijo con absoluta claridad: *Sí, ya lo creo. En realidad es tan sencillo...*

Y así era. Todo cuanto debía hacer era pasar un rato en el ordenador, buscar algunos nombres, para después deslizarme en la noche, perderme en la oscuridad con algunos accesorios inofensivos, apenas un rollo de cinta americana, un buen cuchillo y un sedal. Buscar a mi Sombra, y después guiarla con delicadeza para compartir conmigo los pequeños placeres de una agradable velada de verano. Nada podía ser más natural y terapéutico: un sencillo desahogo, un intervalo relajante para cortar todos los nudos irracionales, y el final de una injusta amenaza para todo cuanto me es querido. Era todo tan lógico, en todos los niveles. ¿Por qué debía permitir que algo se interpusiera en el camino de la vida, la libertad y la práctica de la vivisección?

Respiré hondo de nuevo. Poco a poco, con calma, el ronroneo seductor de esta sencilla solución susurró en mi interior, acarició mis piernas interiores con su pelaje y prometió placeres sin cuento. Alcé la vista al cielo. La luna hinchada me dedicó otra sonrisa afectada persuasiva, una invitación a la danza teñida de la promesa de un arrepentimiento eterno si era lo bastante estúpido para negarme. *Todo saldrá bien*, me canturreó con un ritmo trepidante y una deliciosa combinación de acordes mayores. *Mejor que bien: maravilloso.*

Yo había querido algo sencillo: ya lo tenía. Busca y rebana, y punto final al problema. Alcé la vista hacia la luna, y me devolvió la mirada con afecto, sonriendo a su estudiante favorito, que por fin había comprendido el problema y visto la luz.

—Gracias —dije. No contestó, salvo por otro guiño taimado. Aspiré otra bocanada fresca, me levanté y volví a la casa.

Hacía días que no me sentía tan bien como cuando desperté a la mañana siguiente. Mi decisión de tomar una vía proactiva había liberado toda la ira indeseada que había ido acumulando, y salté de la cama con una sonrisa en los labios y una canción en el corazón. Por supuesto, no era la clase de canción que podría cantar con Lily Anne, puesto que la letra era un poco demasiado afilada para ella, pero me puso de buen humor. ¿Y por qué no? Ya no estaba a la espera de que algo malo sucediera. Iba a ponerme en acción y lograr que algo sucediera; aún mejor, que le sucediera a otra persona. Eso era mucho más adecuado. Yo tenía que ser el cazador, no el cazado, y aceptar que ése era mi papel en la vida iba a ponerme mucho más contento. Desayuné a toda prisa y conseguí llegar al trabajo un poco antes, para poner manos a la obra e iniciar mi nuevo proyecto de investigación.

La zona del laboratorio estaba desierta cuando entré. Me senté ante el ordenador y abrí mi base de datos del Departamento de Vehículos Motorizados. Había dedicado el trayecto en coche de la mañana a pensar en cómo llevar a cabo la búsqueda del Honda fantasma, de modo que ya no era necesario meditar y titubear. Bajé una lista de todos los Hondas sedanes con más de ocho años de antigüedad y los clasifiqué en función de la edad y dirección del propietario. Estaba convencido de que mi Sombra no había cumplido los cincuenta años, de modo que descarté a los mayores de esa edad. A continuación, los clasifiqué por el color del vehículo. Sólo sabía con certeza que era de un color tirando a oscuro. Una mirada muy rápida cuando se alejaba no era suficiente para ser más concreto. En cualquier caso, la edad, la luz del sol y el aire salado de Miami habían afectado al coche, y probablemente sería imposible decir de qué color era aunque lo examinara con un microscopio.

Pero sabía que no era de color claro, de manera que aparté todos los coches pintados de oscuro de la primera búsqueda y deseché el resto. Después llevé a cabo una última clasificación por dirección, y rechacé cualquier vehículo de la lista registrado en una dirección que se encontrara a más de ocho kilómetros de la casa donde me habían visto. Empezaría con la suposición de que mi Testigo vivía cerca, en la zona de South Miami. De lo contrario, ¿por qué estaría allí, en lugar de en Coral Gables o South Beach? Era una hipótesis, pero pensaba que era buena, y de inmediato eliminé las dos terceras partes de referencias de mi lista. Sólo necesitaba un veloz vistazo a cada coche, y cuando viera uno con un faro trasero colgando y una característica marca de nacimiento herrumbrosa en el maletero, tendría a mi Testigo.

Cuando mis compañeros de trabajo empezaron a entrar en el laboratorio, yo ya había completado una lista de cuarenta y tres Hondas antiguos de color oscuro registrados a nombre de propietarios menores de cincuenta años en mi zona

elegida. Era un poco descorazonador. Se trataba de un trabajo ímprobo, pero al menos era mi trabajo, sujeto a mis propias condiciones, y estaba convencido de que podría llevarlo a cabo con rapidez y eficacia. Puse la lista en un archivo encriptado titulado «Honda», que sonaba bastante inocente, y me lo envié por correo electrónico. Lo abriría en mi ordenador portátil cuando llegara a casa y me pondría a trabajar.

Y como para demostrar que estaba avanzando en la dirección correcta, unos dos segundos después de que me enviara la lista y devolviera el ordenador a su escritorio oficial, Vince Masuoka entró cargado con una caja de cartón que sólo podía contener algún tipo de pastas.

—Ah, jovencito —dijo, y alzó la caja—. Te he traído una adivinanza: ¿cuál es la esencia del momento, pero tan fugaz como el viento?

—Todo cuanto vive, maestro —repuse—. Además, lo que contenga la caja.

Sonrió y levantó la tapa.

—Coge los *cannoli*, Pequeño Saltamontes —dijo, y lo hice.

Durante los días siguientes empecé poco a poco, y con cautela, a investigar la lista de coches después del trabajo. Comencé con los más cercanos a mi casa, porque podía investigarlos a pie. Dije a Rita que necesitaba hacer ejercicio, y corrí por la zona describiendo círculos cada vez más amplios, otro Tío Normal que ha salido a correr sin la menor preocupación en el mundo. Y la verdad era que empezaba a sentirme de vuelta en el camino de una vida desprovista de preocupaciones. La simple decisión de pasar a la acción había puesto fin a mis inquietudes, calmado mis tripas revueltas y alisado mi ceño fruncido, y la emoción de la cacería devolvía la primavera a mi paso y despertaba una sonrisa muy falsa en mi cara. Volví a adoptar los ritmos de la vida normal.

Por supuesto, la vida normal para un especialista forense de Miami no es lo que la mayoría de la gente considera normal. Hay jornadas laborales en que las horas son muy largas y están sembradas de cadáveres, algunos de ellos asesinados de formas sorprendentes. Nunca he dejado de maravillarme ante el inagotable ingenio de los seres humanos en lo tocante a infligir heridas fatales a sus congéneres. Y una noche, parado bajo la lluvia, casi dos semanas después de la Noche de Valentine, en la cuneta de la I-95 en hora punta, volví a asombrarme de esta infinita creatividad, porque nunca había visto algo como lo que le habían hecho al detective Marty Klein. Y a mi manera humilde e inocente, me alegré de que el mutis de Klein contuviera algo nuevo y digno de ser tenido en cuenta, porque Dexter estaba Empapado.

La luna no brillaba y yo estaba parado bajo la lluvia, entre un grupo de gente que parpadeaba debido a las luces del tráfico de hora punta y los coches de policía apretujados. Estaba empapado y hambriento, de mi nariz, oídos y manos resbalaba agua helada, se colaba por el cuello de mi inútil cazadora de nailon, por la parte posterior de los pantalones, inundaba mis calcetines. Dexter estaba



mojado, muy mojado. Pero Dexter también estaba trabajando, así que debía permanecer en pie, esperar y soportar el interminable parloteo de los agentes de policía, agentes capaces de dedicar todo su tiempo a repetir sin cansarse los mismos detalles inútiles porque les han proporcionado chubasqueros de un amarillo chillón. Y Dexter no es agente de policía. Dexter es un especialista forense, y los especialistas forenses no tienen derecho a chubasqueros de un amarillo chillón. Han de conformarse con lo que hayan arrojado en el maletero de su coche, en este caso una delgada chaqueta de nailon que no podría protegerme de un estornudo, ya no digamos de un aguacero tropical.

Así que estoy parado bajo la lluvia y absorbo agua fría como una esponja semihumana, mientras el agente Cascarrabias le cuenta una vez más al agente Zopenco que vio el Crown Vic parado en la cuneta y llevó a cabo todos los procedimientos habituales, cosa que repite en voz alta una y otra vez como si lo estuviera leyendo en el manual.

Y peor que el tedio, peor que el frío que cala los huesos y se instala en su propio centro, Dexter ha de soportar inmóvil esta desdicha húmeda y mantener una expresión de dolorida preocupación en su cara. Es una expresión que siempre cuesta acertar, y esta noche soy incapaz de convocar la urgencia, chapoteando como estoy en mi vacía desdicha. Cada dos minutos descubro que la expresión necesaria se me está borrando, sustituida por otra más natural de impaciencia e irritación debido a que estoy calado hasta los huesos. Pero la reprimo, recompongo mis facciones para adoptar la máscara apropiada y sigo aguantando en la noche oscura, húmeda e interminable. Porque, pese a mi mal humor, he de esmerarme. No estamos mirando a algún repugnante traficante de drogas que recibió su merecido. No se trata de una esposa decapitada pillada en plena infidelidad por un marido temperamental. El cadáver del Crown Vic es de uno de los nuestros, un miembro de la orden fraternal de la policía de Miami. Al menos, eso parece, a juzgar por lo que podemos deducir al mirar a través de las ventanillas del coche la masa amorfa del interior.

Y amorfa es, no porque no podamos verla con claridad a través de las ventanillas (por desgracia, sí podemos), y no porque esté derrumbada de una forma relajada y aovillada con un buen libro: no es así. Es amorfa porque, al parecer, la han despojado a martillazos de su forma humana previa, lenta, minuciosamente, hasta transformarla en una masa de huesos destrozados y carne magullada que ya no se parece ni siquiera un poco a lo que podríamos llamar una persona, mucho menos a un agente de la ley.

Por supuesto, es horrible hacer algo semejante, incluso peor hacerlo a un policía, un protector de la paz, un hombre con una placa y una pistola, cuyo único propósito en la vida es impedir que esas cosas ocurran a los demás. Machacar así a un poli, de una forma tan lenta y deliberada, es una afrenta mucho más que espantosa a nuestra pulcra sociedad, y un terrible insulto contra todos los demás

ladrillos del delgado muro azul. Y todos nos sentimos indignados o, como mínimo, presentamos un facsímil razonable. Porque este tipo de muerte nunca se había visto antes, y ni siquiera yo puedo imaginar quién, o qué, ha podido ejecutarla.

Alguien, o algo, ha dedicado una tremenda cantidad de tiempo y energía a convertir al detective Marty Klein en una masa de jalea, y peor todavía, lo más indignante, lo ha hecho al final de un largo día de trabajo, cuando la cena está esperando. Ningún castigo es demasiado severo para la clase de animal que ha hecho esto, y yo deseaba con todas mis fuerzas que recayera sobre él una terrible justicia, justo después de la cena y el postre, durante la degustación de un buen café solo. Tal vez acompañado de uno o dos biscotes.

Pero no sirve de nada: el estómago gruñe y a Dexter se le hace la boca agua al pensar en los sublimes placeres de los guisos de Rita que le esperan en casa, y por lo tanto no mantiene los músculos faciales conformados en la expresión exigida. Alguien se dará cuenta y se preguntará por qué el cadáver destrozado del detective Klein puede provocar que alguien salive, de manera que, con un gran esfuerzo de mi voluntad de hierro, realinee mi rostro y espero, mientras dirijo mi semblante ceñudo hacia el charco de lluvia que sigue creciendo alrededor de mis zapatos empapados.

—Jesús —dice Vince Masuoka, que se materializa de repente a mi lado y estira el cuello para mirar el coche por encima de los impermeables amarillos. Llevaba un poncho sobrante del ejército, parecía inmune a la lluvia y satisfecho, y me dieron ganas de atizarle incluso antes de que hablara—. Es increíble.

—Casi —contesté, maravillado del férreo control que me impide atacarle por su imbecilidad.

—Sólo nos faltaba eso —dijo Vince—. Un maniaco con una almadena y querencia por los polis. Jesús.

Yo no habría mezclado a Jesús en la conversación, pero es normal que hubiera pensado lo mismo, allí de pie mientras me convertía en un pequeño acuífero de Florida. Incluso en los casos de personas que habían muerto a consecuencia de los golpes recibidos, jamás habíamos visto una paliza tan salvaje, tan a conciencia, con una concentración tan maniaca. Era algo único en los anales de la lucha contra el crimen en Miami, algo sin precedentes, nuevo de trínca, lo nunca visto..., hasta esta noche, cuando el coche del detective Klein había aparecido en la cuneta de la I-95 en hora punta. Pero me parecía absurdo alentar a Vince a soltar más comentarios estúpidos y obvios. Mis ganas de sostener una conversación inteligente habían sido barridas por la insistente lluvia que se colaba en mi ropa a través de la delgada chaqueta, de manera que me limité a mirar a Vince, y después volví a concentrarme en mantener mi jeta solemne: arruga el ceño, frunce la boca...

Otro coche se detuvo detrás de los patrulleros ya aparcados en la cuneta, y Deborah bajó. O dicho de una manera más oficial y correcta, la sargento

Deborah Morgan, mi hermana, y ahora jefa de investigación de este nuevo y terrible caso. Los policías uniformados miraron a Debs. Uno de ellos no dio crédito a sus ojos y dio un codazo al otro, y se apartaron cuando ella se acercó para echar un vistazo al interior del coche. Iba con los hombros encogidos en su impermeable amarillo chillón, lo cual no le ganó mis simpatías, pero al fin y al cabo era mi hermana, así que la saludé con un cabeceo cuando pasó, y ella me devolvió el saludo. Y su primera palabra se me antojó elegida con suma cautela para revelar no sólo su autoridad en el escenario de los hechos, sino también una imagen de su verdadero yo interior.

—Joder —dijo.

Deborah apartó la vista de la masa amorfa del coche y volvió la cabeza hacia mí.

—¿Has descubierto algo? —preguntó.

Negué con la cabeza, lo cual provocó que una pequeña cascada resbalara sobre mi nuca.

—Te estábamos esperando —dije—. Bajo la lluvia.

—Tuve que llamar a la canguro —contestó ella, y meneó la cabeza—. Tendrías que haberte puesto un poncho o algo.

—Dios, ojalá se me hubiera ocurrido —repuse en tono plácido, y Debs se volvió a mirar los despojos de Marty Klein.

—¿Quién lo encontró? —preguntó, sin dejar de mirar a través de la ventanilla del Crown Vic.

Uno de los agentes, un grueso negro con bigote de Fu Manchú, carraspeó y avanzó.

—Yo —dijo.

Deborah le echó un vistazo.

—Cochrane, ¿verdad?

El hombre asintió.

—Exacto.

—Cuénteme.

—Iba en una patrulla de rutina. Vi el vehículo donde se encuentra ahora, abandonado al parecer en la cuneta de la interestatal 95, y al observar que era un vehículo oficial, aparqué mi coche detrás y di parte de la matrícula. Cuando recibí confirmación de que era un vehículo de la policía asignado al detective Martin Klein, bajé de mi coche patrulla y me acerqué al vehículo del detective Klein. —Cochrane hizo una pausa, tal vez confuso por el número de veces que había repetido la palabra «vehículo». Pero carraspeó y continuó—. Cuando llegué al punto desde el cual podía llevar a cabo una inspección visual del interior del vehículo del detective Klein, yo, mmm...

El agente enmudeció, como si no estuviera seguro de cuál era la palabra correcta que debía utilizar, pero el policía que había a su lado resopló y aportó la

palabra en cuestión.

—Vomitó —dijo—. Toda la comida.

Cochrane fulminó con la mirada al otro policía, y se habrían proferido palabras subidas de tono si Deborah no hubiera devuelto a los dos hombres al buen camino.

—¿Fue así? —preguntó—. ¿Miró dentro, vomitó y dio el parte?

—Llegué, vi, arrojé —murmuró Vince Masuoka a mi lado, pero por suerte para su salud Deborah no le oyó.

—Fue así —confirmó Cochrane.

—¿No vio nada más? —continuó Deborah—. ¿Ningún vehículo sospechoso, nada?

Cochrane parpadeó, como si todavía estuviera reprimiendo las ganas de golpear a su compañero.

—Es hora punta —dijo, tal vez un poco irritado—. ¿Qué es un vehículo sospechoso con este follón?

—Si yo se lo he de decir —replicó mi hermana—, tal vez debería pedir el traslado a tráfico.

—Bum —dijo Vince en voz muy baja, y el policía que estaba al lado de Cochrane emitió un sonido ahogado cuando reprimió una carcajada.

Por algún motivo, Cochrane no lo consideró nada divertido, y volvió a carraspear.

—Escuche —dijo—, circulan diez mil coches por aquí, y todos disminuyen la velocidad para echar un vistazo. Como está lloviendo, no se ve nada. Usted dígame qué he de buscar y yo me pondré a buscar, ¿de acuerdo?

Deborah le miró sin la menor expresión.

—Ahora ya es demasiado tarde —replicó, y se volvió de nuevo hacia la masa del Crown Vic—. Dexter —llamó sin volverse.

Supongo que habría debido imaginar lo que se avecinaba. Mi hermana siempre ha dado por supuesto que poseo una especie de intuición mística en lo tocante a las escenas del crimen. Estaba convencida de que descubriría al instante todo lo relacionado con los monstruos enfermos y asesinos con los que nos topábamos después de echar un rápido vistazo al resultado de sus esfuerzos, sólo porque yo era también un monstruo enfermo y asesino. Por lo tanto, cada vez que se topaba con un asesinato imposible y grotesco, esperaba que yo aportara el nombre, la dirección y el número de la seguridad social del asesino. Cosa que yo hacía con mucha frecuencia, guiado por la suave voz de mi Oscuro Pasajero y una comprensión absoluta de mi arte. Pero esta vez no tenía nada para ella.

Me acerqué a Deborah a regañadientes. Detestaba decepcionar a mi hermana, pero no podía decir nada sobre el caso. Era tan salvaje, tan brutal y desagradable, que hasta el Oscuro Pasajero había fruncido sus flexibles labios en

señal de desaprobación.

—¿Qué opinas? —me preguntó Deborah, al tiempo que bajaba la voz para animarme a hablar con franqueza.

—Bien, el que ha hecho esto está como una chota.

Me miró como si esperara más, y cuando quedó claro que no habría más, sacudió la cabeza.

—No me jodas —dijo—. ¿Lo has deducido tú solo?

—Sí —repliqué, muy irritado—. Y después de una única mirada muy apresurada a través de la ventanilla. Bajo la lluvia. Venga, Debs, ni siquiera sabemos si es el propio Klein.

Ella echó una ojeada al interior del coche.

—Es él —afirmó.

Me sequé de la frente un pequeño afluente del río Misisipi y miré dentro del coche. Ni siquiera habría podido jurar que lo que había dentro había sido un ser humano, pero mi hermana parecía muy segura de que aquella masa amorfa era el detective Klein. Me encogí de hombros, lo cual provocó, naturalmente, que una cortina de agua resbalara sobre mi cuello.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Indicó con un movimiento de la cabeza un extremo de la masa.

—La calva —dijo—. Ésa es la calva de Marty.

Miré de nuevo. El cuerpo estaba tendido sobre el asiento como un budín enfriado, dispuesto con pulcritud y al parecer intacto, sin laceraciones. No se percibían grietas visibles en la piel ni derramamiento de sangre aparente, pero no obstante los golpes asestados a Klein habían sido rotundos, terribles. La coronilla era tal vez la parte del cuerpo que no habían destrozado, tal vez para evitar que la vida del detective se esfumara demasiado deprisa. Y por supuesto, la orla de pelo grasiento que rodeaba el círculo rosa brillante de piel desnuda se parecía mucho a la calva de Klein que yo recordaba. No habría jurado sobre la Biblia que lo era, pero yo no era un detective de verdad como mi hermana.

—¿Son cosas de chicas? —pregunté, y admito que sólo lo dije porque estaba mojado, hambriento e irritado—. ¿Podéis distinguir a la gente por su pelo?

Ella me miró, y durante un terrorífico momento pensé que me había pasado y que iba a atacar mis bíceps con uno de sus feroces puñetazos. Pero, en cambio, miró hacia el resto del grupo de forenses, señaló el coche y dijo:

—Ábranlo.

Me quedé allí bajo la lluvia mientras lo hacían. Dio la impresión de que un estremecimiento recorría a todo el grupo de mirones cuando la puerta del coche se abrió. Era un policía el que había muerto de aquella manera, uno de los nuestros, machacado hasta la extinción, y todos los policías que miraban se tomaban aquello como una afrenta muy personal. Pero peor todavía, de alguna manera todos estábamos seguros de que volvería a suceder, y a uno de los

nuestros. Pronto, aquel terrible martilleo se abatiría una vez más sobre algún miembro de nuestra pequeña tribu, y no podíamos saber quién, ni cuándo, sólo que era inminente...

Era una noche oscura sin luna, y un momento oscuro para Dexter. El miedo se propagaba a través de las filas de todos los policías de Miami, y pese a toda aquella inquietud teñida de miedo, Dexter estaba inmóvil empapado y sólo podía concentrarse en un oscuro pensamiento:

*Me he perdido la cena.*

Pasaban de las diez cuanto terminé, y experimentaba la sensación de haber estado bajo el agua durante las últimas cuatro horas. Aun así, me pareció una pena volver a casa sin investigar algunos nombres de mi lista, de manera que pasé despacio ante dos de las direcciones más alejadas que me venían más o menos de paso. El primer coche estaba aparcado justo delante de la casa. Su maletero estaba impoluto, y pasé de largo.

El segundo coche estaba bajo un aparcamiento techado, oculto por las sombras, y no pude ver el maletero. Avancé a paso de tortuga y me asomé al camino de entrada como si me hubiera perdido y sólo quisiera dar la vuelta. Había algo en el maletero, pero cuando mis luces lo enfocaron, se movió, y el gato más veloz que había visto en mi vida salió huyendo hacia la noche. Di la vuelta y me dirigí a casa.

Pasaban de las once cuando aparqué delante de mi casa. La luz situada sobre la puerta principal estaba encendida; bajé del coche y me paré fuera del pequeño círculo de luz que arrojaba. La lluvia había parado por fin, pero un banco de nubes bajas oscuras ocupaba todavía el cielo, y me recordó la noche de hacía casi dos semanas, cuando me habían visto, y un eco de inquietud resonó en mi interior. Miré las nubes, pero no parecían intimidadas. *Te hemos mojado, se mofaron, y ahí estás como un imbécil mientras todo tu cuerpo se arruga.*

Era verdad. Cerré el coche con llave y entré.

La casa se hallaba en un silencio relativo, puesto que al día siguiente había clase. Cody y Astor estaban dormidos, y el último telediario murmuraba en voz baja desde la televisión. Rita dormitaba en el sofá con Lily Anne arrebujada en su regazo y no se despertó cuando entré, pero la pequeña me miró con ojos brillantes y muy despiertos.

—*Da —dijo—. ¡Da da da!*

Me reconoció enseguida, una chica inteligente. Percibí que algunas nubes interiores se alejaban cuando miré su carita feliz.

—Lily, cariño —contesté, con toda la solemne seriedad exigida para la ocasión, y ella contestó.

—¡Oh! —dijo Rita, al tiempo que despertaba sobresaltada y me miraba parpadeando—. Dexter... ¿Has vuelto? Yo no... Quiero decir, has llegado muy tarde. Otra vez.

—Lo siento —dije—. Cosas del trabajo.

Me miró durante un largo momento, sin hacer otra cosa que parpadear, y después sacudió la cabeza.

—Estás empapado —dijo.

—Estaba lloviendo.

Parpadeó unas cuantas veces más.

—Dejó de llover hace una hora —dijo.

No entendí por qué importaba eso, pero estoy provisto de toda clase de clichés educados, de modo que me limité a contestar:

—Bien, así doy constancia.

—Oh —dijo Rita. Me miró de nuevo con aire pensativo, y yo empecé a sentirme un poco cohibido. Al fin, suspiró y meneó la cabeza—. Bien, has de tener mucha... Oh. Tu cena. Se estaba haciendo tan... ¿Tienes hambre?

—Estoy famélico.

—Estás mojando el suelo. Será mejor que te pongas ropa seca. Y si coges un resfriado... —Agitó una mano delante de la cara—. Oh, Lily Anne... está despierta.

Sonrió a la niña, esa misma mirada de madre a hija que Leonardo tanto se esforzó en plasmar.

—Voy a cambiarme —dije, y me dirigí hacia el cuarto de baño, donde tiré mi ropa mojada al cesto, me sequé con una toalla y me puse un pijama limpio.

Cuando volví, Rita estaba canturreando y Lily Anne gorjeando, y aunque no quería interrumpir, tenía cosas importantes en la cabeza.

—¿Has dicho algo sobre la cena? —dije.

—Se estaba haciendo muy... Oh, espero que no se haya resecado, porque... De todos modos, la he puesto en un táper y... La pasaré por el microondas, coge a la niña.

Saltó del sofá y me tendió a Lily Anne, y yo me apresuré a sujetar a mi niña, sólo por si no había entendido bien a Rita y se disponía a meter en el microondas a la pequeña. Rita ya se estaba encaminando hacia la cocina cuando nosotros dos nos sentamos en el sofá.

La miré: Lily Anne, la puerta de entrada, diminuta y de rostro alegre, que daba acceso al mundo de emociones y vida normal recién descubierto de Dexter. Era el milagro que me había introducido a medias en la humanidad, sólo por el rosado y maravilloso hecho de su existencia. Me había hecho sentir por primera vez, y mientras la abrazaba sentado en el sofá experimenté los confusos pensamientos dichosos que cualquier mortal sentiría. Iba a cumplir un año, y ya estaba claro que era una niña notable.

—¿Sabes deletrear «hipérbole»? —pregunté a Lily Anne.

—Da —contestó muy contenta.

—Muy bien —dije, y ella me apretó la nariz con la manita para demostrarme que la palabra había sido demasiado fácil para una persona tan inteligente como ella. Propinó un golpe a mi frente con la mano abierta y saltó unas cuantas veces, su manera de pedir con educación algo más estimulante, algo que tal vez implicara movimiento y una buena banda sonora, y yo la complací.

Unos minutos después, Lily Anne y yo habíamos terminado de dar botes



mientras cantábamos dos versos de «Frog Went A-Courtin», y ya estábamos trabajando en los últimos detalles de una teoría de campo unificada de la física, cuando Rita irrumpió en la sala con una bandeja fragante y humeante en la mano.

—Es chuleta de cerdo —dijo—. La he hecho con la olla de hierro, acompañada de champiñones. Pero los champiñones del súper no estaban muy... De todos modos, añadí rodajas de tomate y algunas alcaparras. A Cody no le gustó, por supuesto... ¡Ah! Me olvidé de decírtelo. —Dejó la bandeja delante de mí, sobre la mesita auxiliar—. Siento que el arroz esté un poco... Pero el dentista dijo... Astor necesitará ortodoncia, y se ha puesto... —Agitó una mano en el aire y se dispuso a tomar asiento—. Dijo que preferiría... Maldita sea, he olvidado el tenedor, espera un momento —dijo, y volvió corriendo a la cocina.

Lily Anne la siguió con la mirada, y después se volvió hacia mí. Yo sacudí la cabeza.

—Siempre es así —le dije—. Ya te acostumbrarás.

Ella no parecía muy convencida.

—*Da da da* —me dijo.

Le di un beso en la cabeza. Olía de maravilla, una combinación de champú infantil y esas embriagadoras feromonas que los niños pequeños se restriegan en el cuero cabelludo.

—Es probable que tengas razón —dije, y entonces Rita volvió al salón, dejó un tenedor y una servilleta al lado de la bandeja, levantó a Lily Anne de mis brazos y se acomodó junto a mí para continuar la saga de Astor y el dentista.

—Pues eso —dijo—. Le dije que sólo sería un año, y que muchas otras chicas... Pero ella tiene este... ¿Te ha hablado de Anthony?

—¿Anthony el capullo?

—Oh. No es que sea un... O sea, ella lo dice, pero no debería. Pero es diferente para una chica, y Astor está en una edad... No está demasiado reseco, ¿verdad?

Rita miró el plato con el ceño fruncido.

—Está perfecto —dije.

—Está reseco. Lo siento. He pensado que tal vez deberías hablar con ella —terminó Rita. Confié en que se refiriera a Astor y no a la chuleta de cerdo.

—¿Qué quieres que le diga? —pregunté mientras masticaba la chuleta de cerdo, muy sabrosa pero algo reseca.

—Que le irá muy bien.

—¿La ortodoncia?

—Sí, por supuesto. ¿De qué creías que estábamos hablando?

La verdad, con frecuencia no estaba muy seguro de que hablábamos, puesto que Rita se las ingeniaba para combinar tres temas simultáneos, como mínimo,

cuando hablaba. Tal vez era debido a su trabajo. Incluso después de varios años con ella, sólo sabía que implicaba hacer malabarismos con grandes sumas, convertirlas en diferentes tipos de divisas y aplicar los resultados al mercado de bienes raíces. Era uno de los enigmas maravillosos de la vida que una mujer lo bastante inteligente para dedicarse a eso fuera tan estúpida en lo tocante a los hombres, porque en primer lugar se había casado con un hombre drogadicto que la golpeaba salvajemente, pegaba a Astor y Cody con idéntica saña, y al final cometió suficientes actos desagradables e ilegales para dar con sus huesos en la cárcel. Y Rita, libre al fin de la larga pesadilla de estar casada con un demonio drogadicto, había saltado alegremente al matrimonio con un monstruo todavía peor: yo.

Por supuesto, Rita jamás descubriría quién era yo en realidad, mientras pudiera impedirlo. Había trabajado con mucho ahínco para mantenerla dichosamente ignorante de mi verdadero yo, Dexter el Oscuro, el risueño viviseccionista que vivía para el ronroneo de la cinta americana, el brillo del cuchillo y el olor del miedo que se elevaba de un merecido compañero de juegos, que se había ganado su billete para Dexterlandia a base de matar inocentes y de lograr colarse por las grietas del sistema judicial...

Pero nunca conocería esa faceta de mí, ni tampoco Lily Anne. Mis momentos con amigos nuevos como Valentine eran privados..., o lo habían sido, hasta el terrible accidente del Testigo. Por un momento, pensé en eso y en los restantes nombres de mi lista de Hondas. Uno de esos nombres sería el correcto, por fuerza, y cuando averiguara cuál... Casi podía saborear la excitación de raptarle e inmovilizarle con cinta, casi oía los chillidos ahogados de miedo y dolor...

Y como mi mente había errado hacia mi pasatiempo favorito, cometí la terrible felonía de masticar la chuleta de cerdo de Rita sin saborearla. Pero por suerte para mis papilas gustativas, mientras imaginaba al Testigo debatiéndose contra sus ataduras, mordí el tenedor, lo cual me arrancó de mis agradables fantasías para devolverme a la cena. Recogí los últimos restos de arroz y una alcaparra con el tenedor y me los llevé a la boca, mientras Rita seguía perorando.

—Y de todos modos no la cubre el seguro, así que... Pero este año debería llevarme una buena prima, y las ortodancias son muy... —Hizo una pausa repentina, agitó la mano, hizo una mueca—. Oh, Lily Anne. Tengo que cambiarte el pañal.

Rita se levantó y se llevó a la niña al cambiador, dejando atrás un aroma que no era el de la chuleta de cerdo. Dejé el plato vacío en la mesa y me recliné en el sofá con un suspiro: Dexter en Digestión.

Por algún motivo extraño y muy irritante, en lugar de permitir que las preocupaciones del día se sumieran en una niebla de satisfacción bien

alimentada, me lancé de cabeza a trabajar, y pensé en Marty Klein y la espantosa masa informe que era su cadáver. No le había conocido bien, y aún en caso contrario no soy capaz de trabar lazos emocionales, ni siquiera del tipo rudo y varonil tan popular en mi trabajo. Y los cadáveres no me molestan. Aunque no me hubiera dedicado de vez en cuando a producirlos, mirarlos y tocarlos forma parte de mi trabajo. Y si bien preferiría que mis compañeros de trabajo no se enteraran, un policía muerto no es más perturbador que un abogado muerto. Pero un cadáver como éste, golpeado hasta despojarlo de toda forma humana... Era muy diferente, casi sobrenatural.

La furia de los golpes que habían matado a Klein era psicótica por completo, desde luego, pero el hecho de que quien se los había dado hubiera sido tan meticulado y le hubiera dedicado tantísimo tiempo iba mucho más allá de la locura homicida normal y confortable, y yo la consideraba muy inquietante. Había exigido considerable fuerza, resistencia y, lo más aterrador de todo, un frío control durante todo el salvaje proceso, con el fin de no pasarse y causar la muerte demasiado pronto, antes de romper todos los huesos.

Y por algún motivo albergaba la profunda convicción de que no se trataba de un episodio aislado, sencillo y relativamente inofensivo, en el que alguien se había pasado de la raya y perdido los estribos durante unas cuantas horas. Se me antojaba que existía una pauta, una forma de ser, un estado permanente. Fuerza y furia demenciales, combinadas con un control clínico. No podía imaginar qué clase de ser era capaz de eso, y tampoco quería. Pero una vez más experimenté la sensación de que iba a encontrar más cuerpos hechos fosfatina en un futuro cercano.

—¿Dexter? —llamó Rita en voz baja desde el dormitorio—. ¿Vienes a la cama?

Eché un vistazo al reloj que había junto a la tele: casi medianoche. Sólo ver los números me hizo caer en la cuenta de lo agotado que estaba.

—Ya voy —dije.

Me levanté del sofá y estiré los miembros, mientras sentía que una bendita modorra se apoderaba de mí. No cabía duda de que era hora de acostarse, y ya me preocuparía de Marty Klein y su horroroso final mañana. Con un crimen al día era suficiente. Al menos, los días estupendos. Dejé el plato en el fregadero y me fui a la cama.

Muy lejos, en el mundo del sueño, oscuro y envuelto en lana, sentí que una sensación de inquietud se abría paso hasta el interior de mi cabeza y, como en respuesta a una pregunta vaga pero difícil, oí un sonido estentóreo..., y desperté, con la nariz goteante a causa de un poderoso estornudo.

—Oh, señor —dijo Rita, sentada a mi lado—. Has cogido un resfriado por

mojarte... Ya lo sabía y o... Toma un pañuelo.

—Gracias —dije, me senté en la cama, cogí el pañuelo de su mano y lo apliqué a mi nariz. Volví a estornudar, esta vez en el pañuelo, y noté que se desintegraba en mi mano—. Aj —dije, mientras los mocos caían sobre mis dedos y un dolor sordo se apoderaba de mis huesos.

—Oh, por el amor de... Toma otro pañuelo. Y ve a lavarte las manos, porque... Mira qué hora es, hemos de levantarnos.

Y antes de que pudiera hacer otra cosa que llevarme el nuevo pañuelo a la cara, Rita saltó de la cama y me dejó allí con mis mocos y preguntándome por qué el aciago destino me había infligido tal calamidad sin yo merecerlo. Me dolía la cabeza, y me sentía como relleno de arena húmeda, que estaba resbalando sobre mi cabeza, y para colmo, tenía que levantarme para ir a trabajar, y tal como mi cabeza iba rodando perezosamente a través de la niebla, no estaba seguro de poder imaginar cómo iba a conseguirlo.

Pero una de las cosas en las que Dexter es un experto es en aprender y seguir las pautas del comportamiento. Había vivido entre humanos, y todos piensan, sienten y actúan de formas ajenas por completo a mí, pero mi supervivencia depende de presentar una imitación perfecta de su forma de comportarse. Por suerte para mí, el noventa y nueve por ciento de toda vida humana se dilapida repitiendo los mismos actos de siempre, diciendo los mismos gastados tópicos, siguiendo como un zombi los mismos pasos del baile que hemos seguido ayer, anteayer y el día anterior a ése. Parece horriblemente aburrido y absurdo, pero en realidad contiene una gran lógica. Al fin y al cabo, tan sólo has de seguir el mismo camino cada día, no tienes que pensar nada. Teniendo en cuenta lo buenos que son los humanos en cualquier proceso mental más complicado que masticar, ¿no es mejor así para todo el mundo?

Por lo tanto, aprendí desde muy pequeño a observar a la gente llevar a cabo a trompicones sus dos o tres rituales básicos, para luego repetir yo los mismos pasos con mimetismo preciso. Aquella mañana me fue de perlas este talento, porque mientras salía dando tumbos de la cama y me metía en el cuarto de baño, no había absolutamente nada en mi cabeza salvo flema, y si no hubiera aprendido de memoria lo que debía hacer cada mañana, creo que no lo habría logrado. El dolor sordo de un resfriado de primera división se había instalado en mis huesos, y expulsado de mi cerebro toda capacidad de pensamiento.

Pero la pauta de las rutinas matutinas permanecía: ducha, afeitado, cepillado de dientes, para luego desplazarme precariamente hasta la mesa de la cocina, donde estaba la taza de café que Rita me había preparado. Mientras lo bebía y sentía que una diminuta chispa de vida parpadeaba en respuesta, dejé un plato de huevos revueltos delante de mí. Tal vez fuera el efecto del café, pero recordaba lo que debía hacerse con los huevos, y lo hice muy bien. Cuando terminé los huevos, ella dejó caer un par de comprimidos para el resfriado ante mí.

—Tómatelos —dijo—. Te sentirás mucho mejor cuando empiecen a... Oh, fíjate qué hora es. ¿Cody? ¿Astor? ¡Vais a llegar tarde!

Volvió a llenar mi taza de café y recorrió a toda prisa el pasillo, donde oí el despertar de dos niños que se resistían con todas sus fuerzas a abandonar la cama. Un minuto después, Cody y Astor depositaron con un golpe sus sillas ante la mesa, y Rita puso platos delante de ellos. Cody empezó a comer como un autómatas al instante, pero Astor se derrumbó sobre su codo y contempló los huevos con expresión de asco.

—Tienen la yema líquida —dijo—. Quiero cereales.

Todo parte del ritual matutino: Astor nunca quería lo que Rita le daba para comer. Y consideré extrañamente reconfortante saber lo que iba a suceder a continuación, porque ella y los niños seguían al pie de la letra el guión de cada mañana, y esperé a que los comprimidos para el resfriado obraran su efecto y me devolvieran el poder del pensamiento independiente. Hasta entonces, no era necesario preocuparse: me bastaría con seguir la pauta.

La pauta se cumplió cuando llegué al trabajo. El mismo agente estaba sentado en el escritorio de recepción y asintió al ver mis credenciales. La misma gente llenaba el ascensor cuando subí a la segunda planta. Y en la cafetera me estaba esperando el mismo vil brebaje que lleva allí desde el principio de los tiempos. Todo muy consolador, y movido por la gratitud hasta intenté beber el café, y compuse la misma mueca horrorizada cuando lo sorbí. Ay, el consuelo de la rutina aburrida.

Pero cuando me volví de la máquina de café hacia lo que habría debido ser un espacio vacío, encontré un objeto en mi camino, tan cerca de mí que tuve que detenerme con brusquedad, lo cual causó, por supuesto, que la venenosa poción del vaso se derramara sobre mi camisa.

—Oh, mierda —dijo el objeto, y yo levanté la vista de la hirviente ruina de mi pechera. Ante mí se encontraba Camilla Figg, una de mis compañeras de forense. Era treintañera y cuadrada, tirando a aburrida y poco habladora, y en aquel momento enrojeció violentamente, como solía pasar cuando la veía.

—Camilla —dije. Pensé que lo había dicho en un tono plácido, teniendo en cuenta que mi camisa era relativamente nueva y que, por culpa de ella, iba a disolverse. En cualquier caso, se ruborizó todavía más.

—Es que lo siento muchísimo —dijo en un murmullo entrecortado, y miró a ambos lados como si buscara una vía de escape.

—No pasa nada —mentí—. Seguro que será mejor para la salud llevar puesto el café que beberlo.

—De todos modos, no quería hacerlo —dijo. Levantó una mano, ya fuera para atrapar sus palabras en el aire o para sacudir el café de mi camisa, pero en cambio agitó la mano delante de mí, se alejó por el pasillo y dobló la esquina.

Parpadeé estúpidamente mientras la veía marchar. Algo nuevo había roto la pauta, y no tenía ni idea de qué significaba o qué debería haber hecho. Pero tras reflexionar durante unos cuantos inútiles segundos, lo deseché con un encogimiento de hombros. Estaba resfriado, de modo que no debía esforzarme en extraer un sentido del extraño comportamiento de Camilla. Si yo había dicho o hecho algo indebido, era por culpa de los comprimidos para el resfriado. Abandoné el café y me fui al servicio para intentar salvar algunos fragmentos de tela de mi camisa.

Restregué con agua fría durante varios minutos sin lograr eliminar la mancha. Las toallas de papel seguían destrozándose, y dejaban docenas de pequeñas migas de papel sobre la camisa sin afectar a la mancha. Este café estaba hecho de una materia asombrosa. Tal vez contenía una parte de pintura o tinte de tela. Eso explicaría el sabor. Me rendí por fin y sequé la camisa lo mejor que pude. Abandoné el lavabo vestido con mi camisa manchada bastante mojada y me

encaminé al laboratorio, con la esperanza de recibir cierta compasión sartorial de Vince Masuoka. Pero en lugar de recibir condolencias y consejos sobre cómo eliminar manchas, entré en una habitación donde reinaba mi hermana, Deborah, la cual seguía a Vince a todas partes, y al parecer le acosaba verbalmente mientras él intentaba trabajar con el contenido de una pequeña bolsa de pruebas.

En un rincón, apoyado contra la pared, había un hombre al que yo no conocía, de unos treinta y cinco años, pelo oscuro y complexión mediana. Nadie se dignó presentarle, y no estaba apuntando ningún arma, de modo que pasé ante él y entré en el laboratorio.

Debs me miró y me dedicó el tipo de saludo cálido y cariñoso que yo siempre esperaba de ella.

—¿Dónde coño estabas? —preguntó.

—Clases de baile. Esta semana toca tango. ¿Te gustaría verlo?

Compuso una expresión agria y negó con la cabeza.

—Entra y sustituye a este imbécil.

—Estupendo, ahora resulta que soy un imbécil —gruñó Vince, y me saludó con un cabeceo—. Vas a ver lo listo que eres con Simone Legree<sup>[2]</sup> dándote un poco por el culo.

—Ya veo, estás disgustado porque sólo es un poco —repliqué—. ¿He de suponer que se ha producido alguna novedad en el caso de Marty Klein? —pregunté a Deborah cortésmente.

—Eso es lo que estoy intentando averiguar, pero si este capullo no mueve el culo, nunca lo sabremos.

Se me ocurrió que Debs y Vince parecían muy aficionados a utilizar la palabra «culo» aquella mañana, una forma de empezar el día que no es mi favorita. Pero todos hemos de demostrar cierta tolerancia en el puesto de trabajo, así que lo dejé correr.

—¿Qué tenéis? —pregunté.

—Sólo un puto papel de envolver —dijo Vince—. Del suelo del coche de Klein.

—Es algo de comer —dijo el desconocido del rincón.

Miré al hombre, y después a Deborah con una ceja enarcada. Ella se encogió de hombros.

—Mi nuevo compañero —dijo—. Alex Duarte.

—Ah —dije al hombre—. *Mucho gusto*.

Duarte se encogió de hombros.

—Sí, vale —dijo.

—¿Qué tipo de comida? —pregunté.

Deborah hizo rechinar los dientes.

—Eso es lo que estoy intentando descubrir. Si supiéramos lo que comió antes de morir, tendríamos bastantes posibilidades de encontrar a ese tipo.

Me acerqué a Vince, que estaba moviendo con el dedo una bolita de papel de cera blanco grasiento que contenía la bolsa de pruebas.

—Tanta grasa —dijo—. Tiene que haber una huella dactilar. Era lo primero que quería encontrar. Procedimiento habitual.

—Capullo, ya tenemos las huellas dactilares de Klein —rugió Deborah—. Quiero al asesino.

Miré la grasa coagulada a través del plástico de la bolsa de pruebas. Era de un tono marrón rojizo, y si bien no es mi costumbre conservar envoltorios alimenticios lo bastante para sentirme seguro, se me antojó familiar. Me agaché y abrí la bolsa, y la olfateé con cuidado. Los comprimidos para el resfriado habían resecado por fin mi nariz, y el olor era fuerte e inconfundible.

—Taco —dije.

—Jesús —dijo Vince.

—¿Estás seguro? —preguntó Deborah—. ¿Eso es un envoltorio de tacos?

—Sin la menor duda —contesté—. El olor de las especias es inconfundible. —Levanté la bolsa y señalé un diminuto grumo amarillo en una esquina del papel parafinado—. Y justo aquí, ha de ser un trocito de la tortilla del taco.

—Tacos, Dios mío —dijo Vince horrorizado—. ¿Hasta dónde vamos a llegar?

—¿Qué? —dijo Duarte—. ¿Como de un Taco Bell?

—Habría un logo en el envoltorio, ¿verdad? —dije—. De todos modos, creo que sus envoltorios son amarillos. Esto debe proceder de un lugar más humilde, tal vez uno de esos puestos ambulantes.

—Fantástico —dijo Deborah—. Habrá un millón en Miami.

—Y todos venden tacos —colaboró Vince—. O sea, puaj.

Mi hermana le miró.

—Eres un idiota redomado, ¿lo sabías?

—No, no lo sabía —repuso Vince risueño.

—¿Por qué tacos? —preguntó Duarte—. Quiero decir, ¿quién come tacos de mierda? O sea, venga ya.

—Tal vez no encontró empanadas —dije.

Me miró sin comprender.

—¿Empa qué?

—¿Puedes averiguar su procedencia? —preguntó Debs—. Quizá analizando las especias o algo así.

—Debs, por el amor de Dios. Sólo es un taco. Todos son iguales.

—No, de ninguna manera. Estos tacos provocaron la muerte de un policía.

—Tacos asesinos —dijo Vince—. Me gusta.

—Tal vez se trate de un sitio muy frecuentado —dije, y Deborah me miró expectante. Me encogí de hombros—. Ya sabes, a veces corre la voz, como que las hamburguesas son estupendas en Manny's, o que el *medianoche* de Hildalgo es el mejor de la ciudad, o lo que sea.



—Sí, pero estamos hablando de tacos —apuntó Vince—. Seamos serios.

—Vale, puede que sean baratos —dije—. O la chica que los vende lleve un bikini minúsculo.

—Conozco un puesto ambulante así —anunció Duarte—. Lo lleva una mujer muy atractiva, y va en bikini. Se acerca a las obras y vende un montón, creedme. Sólo por enseñar las tetas.

—No puedo creer que seáis tan gilipollas —dijo Debs—. ¿Por qué todo acaba girando alrededor de las tetas?

—Siempre no. A veces es el culo —intervino Vince, devolviendo con brillantez el culo a la conversación una vez más. Empecé a preguntarme si habría una cámara oculta, con un anfitrión provisto de una sonrisa de suficiencia entregando un premio cada vez que utilizábamos la palabra.

—Podríamos ir preguntando por ahí —sugirió Duarte—, a ver si otros detectives andan hablando de un lugar donde hay tacos estupendos.

—O tetas estupendas —dijo Vince.

Deborah no le hizo caso, por lo cual habría debido sentirse agradecido.

—Averigüad lo que podáis sobre ese envoltorio —ordenó, y después dio media vuelta y salió de la habitación como una exhalación. Duarte se incorporó, nos saludó con un cabeceo y la siguió.

Les vi marchar. Vince me miró y parpadeó, y después salió del laboratorio a toda prisa, murmurando algo acerca de reactivos, y por un momento continué sentado. Mi camisa estaba todavía empapada, y yo me sentía muy molesto con Camilla Figg. Se había quedado justo detrás de mí, demasiado cerca para la seguridad personal, y no se me ocurría ningún motivo para ese tipo de proximidad. Todavía peor, tendría que haberme dado cuenta de que alguien se situaba tan cerca de mi espalda expuesta. Habría podido ser un señor de la droga con una Uzi, o un jardinero enloquecido con un machete, o casi cualquier cosa tan letal como una taza de café nauseabundo. ¿Dónde estaba el Pasajero cuando le necesitaba de veras? Y ahora estaba sentado en un gélido laboratorio con una camisa mojada, y estaba convencido de que eso no contribuiría a mejorar mi ya precaria salud. Sólo para subrayar esa circunstancia, sentí un estornudo al acecho, y apenas tuve tiempo de conseguir una toalla de papel antes de que estallara. Comprimidos para el resfriado... Bah, patrañas. No servían para nada, como todo lo demás en este miserable mundo.

Justo antes de transformarme en una masa goteante de mocos y autocompasión, pensé en la camisa limpia que colgaba detrás de mi escritorio. Siempre tenía una a mano por si se producía algún accidente relacionado con el trabajo. La saqué de la percha y me la puse, luego guardé la camisa manchada de café en una bolsa de plástico del súper para llevarla a casa. Era una camisa bonita, una guayabera beis con guitarras plateadas estampadas. Tal vez Rita conocería algún truco mágico para quitar las manchas.

Vince ya había vuelto al laboratorio cuando regresé, y nos pusimos a trabajar. Y la verdad es que hicimos todo lo que pudimos. Llevamos a cabo todos los análisis que se nos ocurrieron, visuales, químicos y electrónicos, y no encontramos nada capaz de infundir una sonrisa al rostro de mi hermana. Deborah nos llamó tres veces, lo cual demostraba, en su caso, un maravilloso autocontrol. No pudimos decirle nada. Yo consideraba muy probable que el envoltorio contuviera un taco y procediera de un puesto ambulante, pero no habría podido jurarlo ante un tribunal.

A eso de mediodía se terminaron los comprimidos para el resfriado y empecé a estornudar de nuevo. Intenté no hacer caso, pero es muy difícil hacer un trabajo de laboratorio de altísima calidad con una toalla de papel apretada contra la nariz, de modo que al final me rendí.

—He de salir de aquí —dije a Vince—. Antes de que estornude sobre las pruebas.

—A los tacos no les iría mal —replicó él.

Fui a comer solo, a un restaurante tailandés cercano al aeropuerto. No era que ver aquellos envoltorios de tacos me hubiera dado hambre, pero siempre he creído que un buen plato de sopa tailandesa picante combate un resfriado mejor que cualquier otra cosa, y cuando terminé la sopa sentí que mi organismo expulsaba las moléculas insalubres convertidas en sudor y lanzaba el resfriado a través de mis poros a la ecosfera de Miami, su lugar adecuado. Me sentí muchísimo mejor, lo cual me impulsó a dejar una propina algo exagerada. Pero cuando salí por la puerta al calor de la tarde, toda la parte delantera de mi cráneo estalló con un enorme estornudo, y el dolor acompañante pateó mi esqueleto como si alguien estuviera atornillando todas mis articulaciones.

La felicidad es una ilusión, y a veces también la sopa tailandesa. Me rendí y paré en una farmacia para comprar más comprimidos. Esta vez me tomé tres, y cuando volví al despacho, el dolor de la nariz y los huesos se había calmado un poco. Ya fuera la sopa o los comprimidos, empecé a sentirme capaz de soportar cualquier dolor rutinario que el día me deparara. Y como estaba más o menos preparado para que sucediera algo desagradable, no sucedió.

El resto de la tarde fue de lo más tranquilo. Continuamos trabajando, utilizando todo nuestro gigantesco talento en lo que era una prueba bastante endeble. Pero al acabar la jornada, lo único que había descubierto era que a Masuoka no le gustaba la cocina mexicana, no sólo los tacos.

—Si como esas cosas, me producen gases —explicó—. Lo cual obra un impacto muy negativo en mi vida social.

—No sabía que tuvieras —contesté. Había colocado la miga del taco bajo un microscopio, con la vana esperanza de descubrir alguna diminuta pista, mientras Vince examinaba una mancha de grasa en el envoltorio.

—Pues claro que tengo vida social. Salgo de parranda casi cada noche. He

encontrado un pelo.

—¿Qué clase de parranda es ésta?

—No, hay un pelo en la grasa. Para salir de parranda, me afeito del todo.

—Demasiada información. ¿Es humano?

—Sí, claro. Mucha gente se afeita.

—El pelo. ¿Es un pelo humano?

Miró el microscopio con el ceño fruncido.

—Creo que de roedor. Otro motivo de que no tome comida mexicana.

—Vince, el pelo de rata no es una especie mexicana. Es porque procede de un puesto ambulante mugriento.

—Oye, yo no lo sé. El aficionado eres tú. Me gusta comer en sitios donde tengan sillas.

—Nunca he comido una. ¿Algo más?

—Las mesas son agradables. Y también la cubertería de verdad.

—¿Algo más en la grasa? —dije, mientras pugnaba por reprimir las ansias de hundir mis pulgares en las cuencas de sus ojos.

Vince se encogió de hombros.

—Sólo grasa.

No tuve más suerte con la miga de taco. No había nada que descubrir, salvo que estaba hecho de maíz procesado y contenía varios productos químicos inorgánicos, probablemente conservantes. Llevamos a cabo todas las pruebas in situ que pudimos sin destruir el envoltorio, y no encontramos nada significativo. Tampoco el ingenio verbal de Vince se elevó como por arte de magia a un nivel superior, de modo que a la hora de irme mi estado de ánimo no había dado paso a un buen humor estable. En todo caso, me sentía todavía más malhumorado que aquella mañana. Esquivé un último ataque telefónico de Deborah, guardé bajo llave la prueba y me encaminé hacia la puerta.

—¿No quieres ir a comer tacos? —preguntó Vince cuando llegué a la puerta.

—Que te den por el culo —contesté. Al fin y al cabo, si había un premio por decir «culo», yo también podía probar.

Volví a casa a través del tráfico habitual de hora punta, un angustioso arrastrarse hacia delante con agresivos cambios de carril y amagos de colisiones. Una camioneta ardía en la cuneta de la autovía de Palmetto. Un hombre descamisado en tejanos y tocado con un maltrecho sombrero de vaquero estaba de pie al lado, con aspecto casi aburrido. Tenía un tatuaje grande en la espalda de un águila y un cigarrillo en la mano. Todo el mundo aminoraba la velocidad para echar un vistazo a la camioneta en llamas, y detrás de mí oí un camión de bomberos, sirenas y bocinazos, mientras intentaba abrirse paso entre los patanes que miraban embobados. Cuando adelanté a la camioneta quemada, mi nariz empezó a gotear de nuevo, y cuando llegué a casa unos veinte minutos después, ya estaba estornudando, un buen trompetazo capaz de partirme el cráneo cada minuto o así.

—¡*Tòi* aquí! —grité cuando crucé la puerta, y el rugido de algo que parecía fuego de cohetes me contestó. Cody ya estaba con la Wii, muy concentrado en destruir todo el mal del mundo con un ataque masivo de artillería. Alzó la vista y me miró, y después bajó los ojos enseguida hacia la pantalla de la tele. Para él, era un cálido recibimiento—. ¿Dónde está tu mamá? —le pregunté.

Movió la cabeza hacia la cocina.

—Cocina —dijo.

Esto siempre era una buena noticia. Rita en la cocina significaba que algo maravilloso se estaba gestando. Impelido por la fuerza de la costumbre, intenté olfatear el aroma, lo cual resultó ser una muy mala idea, puesto que cosquilleó mis senos nasales y me catapultó a un ataque de múltiples estornudos debilitantes que casi me hicieron caer de rodillas.

—¿Dexter? —me llamó ella desde la cocina.

—*At-chú* —contesté.

—Oh —dijo ella cuando apareció en la puerta de la cocina con guantes de goma y un enorme cuchillo en la mano—. Estás fatal.

—Gracias. ¿Para qué los *gantes*?

—¿*Gantes*? Ah, los guantes. Estoy preparando un poco de sopa —dijo, y agitó el cuchillo—. Con esos pimientos picantes, así que he de... Sólo en tu sopa, porque Cody y Astor no la querrán así.

—Odio la sopa picante —dijo Astor, que llegó por el pasillo desde su habitación y se dejó caer en el sofá al lado de Cody—. ¿Por qué hemos de tomar sopa?

—Podéis tomar perritos calientes en su lugar —dijo Rita.

—Odio los perritos calientes —replicó Astor.

Su madre frunció el ceño y sacudió la cabeza. Un pequeño mechón de pelo resbaló sobre su frente.

—Bien —dijo con voz bastante forzada—, pues muérete de hambre.

Se apartó el pelo de la frente con la muñeca y volvió a entrar en la cocina.

La seguí con la vista, algo sorprendido. Casi nunca perdía los estribos, y no me acordaba de la última vez que había dicho algo así a Astor. Estornudé, y después me acerqué al sofá y me coloqué detrás.

—Podrías esforzarte un poco más en no disgustar a tu madre —dije.

Astor levantó la vista y se apartó de mí.

—Será mejor que no me contagies tu resfriado —dijo en un tono amenazador muy convincente.

Contemplé su coronilla. Una parte de mí deseaba darle un buen golpe en la cabeza con una herramienta de carpintería. Pero la otra parte se daba cuenta de que disciplinar a una niña de una forma tan directa y vigorosa era algo que nuestra sociedad no alentaba, una sociedad en la que yo intentaba encajar en aquel momento. Y en cualquier caso, apenas podía culpar a Astor por hacer gala de la misma malevolencia picajosa que yo mismo sentía. Hasta Rita parecía sentirlo. Tal vez algún elemento químico tóxico estaba cayendo con la lluvia de verano, infectándonos a todos con una actitud agriada.

De modo que me limité a respirar hondo, me alejé de Astor y su hosquedad galopante y entré en la cocina para ver si mi nariz funcionaba lo bastante bien para oler la sopa. Me detuve en la puerta. Rita estaba ante los fogones dándome la espalda. Una nube de humo de aspecto fragante se elevaba a su alrededor. Me acerqué un paso más y olfateé de forma experimental.

Y, por supuesto, eso me hizo estornudar. Fue un estornudo maravilloso, estruendoso y vigoroso, de un tono enérgico y muy bello. Por lo visto, asustó a Rita, porque dio un saltito de varios centímetros y dejó caer una copa de vino que sostenía, la cual se estrelló contra el suelo a su lado.

—¡Maldita sea! —dijo, otro estallido sorprendente. Observó el charco de vino que estaba corriendo hacia su zapato, y después me miró. Ante mi gran sorpresa, se ruborizó—. Fue sólo... Pensé que mientras cocinaba... Y entonces me asustaste.

—Lo siento —me disculpé—. Sólo quería oler la sopa.

—Bien, pero vaya. —Corrió hacia el vestíbulo y volvió con una escoba y un recogedor—. Ve a ver a la niña —dijo, mientras se agachaba para recoger los cristales rotos—. Puede que haya que cambiarle el pañal.

La observé un momento mientras limpiaba el desastre. Tenía las mejillas de un rojo brillante y evitó mi mirada. Tuve la clara impresión de que algo no iba bien, pero por más que miré y parpadeé, no obtuve ninguna pista de lo que era. Supongo que confiaba en que, si miraba un buen rato, obtendría alguna indicación de lo que acababa de pasar; tal vez aparecerían subtítulos, o un hombre con bata de laboratorio me entregaría un folleto explicativo en ocho idiomas, tal vez incluso con diagramas. Pero no hubo suerte. Rita continuó encorvada, ruborizada,

mientras empujaba fragmentos de cristal sobre un recogedor con la pala, y yo todavía no tenía ni idea de por qué ella, de entre todo el mundo, estaba actuando hoy de una forma tan extraña.

Así que salí de la cocina y fui al dormitorio, donde Lily Anne estaba acostada en su cuna. No estaba despierta del todo, pero se movía, pateaba con una pierna y fruncía el ceño, como si también ella se hubiera contagiado de lo que había puesto de mal humor a todo el mundo. Me incliné y palpé su pañal. Estaba muy lleno, y abultaba la tela de su pijama. La levanté y caminé hacia el cambiador, y ella se despertó casi de inmediato. Eso dificultó un poco la tarea de cambiar el pañal, pero era agradable estar en compañía de alguien que no me chillaba.

Cuando acabé de cambiarla, la llevé a mi pequeño estudio, lejos de las miradas hoscas y la violencia videográfica de la Wii de la sala de estar, y me senté a mi escritorio con Lily Anne en el regazo. Se puso a jugar con un bolígrafo, que golpeaba contra la mesa con notable concentración y un excelente sentido del ritmo. Saqué un pañuelo de papel de una caja que había sobre el escritorio y me soné la nariz. Me dije que el resfriado se me pasaría en uno o dos días, y que no había motivos para exagerar lo que no era más que un pequeño inconveniente. Además, el resto de mi vida era estupendo, encantador, agradable, y pájaros metafóricos volaban a mi alrededor y cantaban veinticuatro horas los siete días de la semana. Mi vida doméstica era casi perfecta, y la mantenía armonizada con mi trabajo de una forma muy agradable. Muy pronto seguiría el rastro de la única nube insignificante en mi horizonte, y después fijaría una cita para jugar gratis, lo cual sería una bendición extra.

Saqué mi lista de Hondas y la dejé sobre el escritorio. Tres nombres tachados. A este paso cansino, varias semanas más de búsqueda. Quería acabar cuanto antes, ir al meollo del asunto, y me incliné para estudiar la lista, como si una pista reveladora estuviera escondida entre las líneas. Cuando me incliné, Lily Anne dio unos golpecitos con el bolígrafo en el papel.

—¡*Na na na!* —dijo, y tenía razón, por supuesto. Tenía que ser paciente, prudente, cuidadoso, y le encontraría y desollaría y todo saldría bien...

Estornudé. Lily Anne se encogió, y después cogió el papel, lo agitó ante mi cara y lo tiró al suelo. Se volvió hacia mí y sonrió, muy orgullosa de sí misma, y yo asentí sobrecogido por su sabiduría. Era una afirmación muy clara: *Se acabaron las fantasías. Tú y yo tenemos trabajo que hacer.*

Pero antes de que pudiéramos empezar a reestructurar el código tributario, un hermoso sonido llegó hasta nosotros desde el otro lado del pasillo.

—¿Dexter? ¿Niños? —llamó Rita—. ¡La cena está en la mesa!

Miré a Lily Anne.

—*Da* —dijo, y yo le di la razón. Fuimos a cenar.

El día siguiente era viernes, lo cual era estupendo. No había sido una semana laboral agradable, y me alegraría mucho dejarla atrás y dedicar el fin de semana a holgazanear y asesinar al resfriado. Pero antes debería padecer unas cuantas horas de trabajo.

A mediodía había trasegado seis comprimidos y consumido medio rollo de toallas de papel, y estaba dando buena cuenta de la segunda mitad del rollo cuando Deborah entró en el laboratorio. Vince y yo habíamos llegado al punto en que ya no se nos ocurría qué más podíamos hacer con el envoltorio del taco, y como él se había negado a sacar pajitas para ver quién tenía el privilegio de manifestarlo así a mi hermana, me había visto obligado a hacer la llamada para darle la noticia de que no habíamos sacado nada en claro. Y tres minutos después, irrumpió en nuestro laboratorio como una furia vengadora.

—Maldita sea —dijo incluso antes de entrar del todo—. ¡Necesito algo de vosotros!

—¿Tal vez un sedante? —sugirió Vince, y por una vez pensé que había dado en el clavo.

Deborah le miró, y después me miró a mí, y me pregunté si lograría llegar a tiempo al refugio antiatómico. Pero antes de que mi hermana pudiera infligirme algún grave daño corporal, se oyó un arrastrar de pies en la puerta y todos nos volvimos a mirar: Camilla Figg se había quedado parada en la entrada. Me miró, se ruborizó y paseó la vista alrededor de la habitación.

—Oh —dijo—. Ni siquiera pedí disculpas.

Carraspeó, y se alejó a toda prisa por el pasillo antes de que nadie pudiera decidir qué había dicho o qué hacer al respecto.

Miré a Deborah, a la espera de que reanudara su erupción, pero ante mi sorpresa no se llevó la mano a su arma, ni siquiera se preparó para descargar un rauda puñetazo en mi brazo. En cambio, respiró hondo y se calmó visiblemente.

—Chicos —dijo—, este tipo me da muy mala espina. Este psicótico que machacó a Marty Klein.

Vince abrió la boca, tal vez para decir algo que consideraba ingenioso. Deborah le miró, y él se lo pensó mejor y cerró la boca.

—Creo que volverá a hacerlo, y pronto —continuó Debs—. Todo el cuerpo opina igual. Creen que es una especie de fantasma, como Freddy Krueger o algo así. Todo el mundo está acojonado, y todo el mundo cuenta conmigo para que encuentre al asesino. Y sólo tengo esta pequeña pista: un asqueroso envoltorio de taco. —Se encogió de hombros y sacudió la cabeza—. Sé que no es gran cosa, pero es lo que hay, y yo... Por favor, chicos, Dex, ¿no podéis hacer algo? ¿Lo que sea?

Su cara expresaba auténtica necesidad, y no cabía duda de que nos estaba

suplicando. Vince me miró con expresión muy incómoda. La sinceridad no era lo suyo, y le ponía demasiado nervioso para hablar, lo cual significaba que era mi problema.

—Debs —dije—, a nosotros también nos gustaría trincar a ese tipo. Pero nos hemos topado con un obstáculo insalvable. El envoltorio es estándar, de un lugar que suministra a restaurantes. No queda lo suficiente de los tacos para deducir algo, salvo que eran tacos, y ni siquiera eso podría jurarlo en un tribunal. No hay huellas, ni vestigios de pruebas, nada. Nosotros no utilizamos trucos de magia. — Cuando dije « trucos de magia », la imagen de un payaso sujeto a una mesa con cinta americana acudió a mi mente. Pero expulsé con firmeza el agradable pensamiento de mi cabeza y traté de concentrarme en Deborah—. Lo siento — dije, y mi sinceridad sólo era artificial a medias, lo cual no estaba nada mal para mí—. Pero hemos hecho todo lo que se nos ha pasado por la cabeza.

Mi hermana me miró durante un largo momento. Respiró hondo una vez más, miró a Vince, y después sacudió la cabeza poco a poco.

—De acuerdo —dijo—. En ese caso, supongo que deberemos esperar a que ataque de nuevo, y confiar en que la suerte nos sonría la próxima vez.

Dio media vuelta y salió del laboratorio a un cuarto de la velocidad que había utilizado al entrar.

—Caramba —dijo Vince en voz baja cuando ella desapareció—. Nunca la había visto así. —Meneó la cabeza—. Aterrador.

—Creo que esto la tiene muy preocupada.

Vince meneó la cabeza.

—No, es ella. Ha cambiado. Creo que la maternidad la ha reblandecido.

Podría haber dicho que no estaba ni con mucho tan reblandecida como el detective Klein, pero eso podría haber dado lugar a equívocos, y en cualquier caso era cierto. Deborah se había ablandado desde el nacimiento de su hijo, Nicholas. El niño había sido un regalo de despedida de Kyle Chutsky, el novio con el que había vivido varios años, y que se había esfumado como consecuencia de un ataque de baja autoestima. Nicholas era unos meses más pequeño que Lily Anne, y un chaval bastante agradable, aunque comparado con Lily Anne parecía un poco lento y mucho menos atractivo.

Pero Deborah le adoraba, como era natural, y daba la impresión de haberse sosegado desde su llegada. De todos modos, casi habría preferido enfrentarme a la antigua Debs y sufrir uno de sus terroríficos mamporros en el brazo que verla tan abatida. Pero ni siquiera su nueva sensibilidad podía sacar agua de las piedras. No había nada que pudiéramos hacer que no hubiéramos hecho. Un envoltorio de taco del suelo de un coche no es una gran pista. Era lo único con lo que contábamos, y desear algo más no lograría que apareciera de la nada.

Pasé el resto del día dándole vueltas al problema en mi cabeza, intentando pensar en algún ángulo ingenioso e inteligente capaz de extraer más información



del envoltorio, pero salí con las manos vacías. Soy bueno en mi trabajo, y poseo cierta cantidad de orgullo profesional. También preferiría ver a mi hermana contenta y coronada con el éxito. Pero no había forma de avanzar más. Era frustrante, y pésimo para mi sentido de la valía personal, y contribuía a mi sensación general de que la vida era un perro sarnoso muy necesitado de una buena patada.

A las cinco me sentí muy contento de escapar de la frustración y la tensión, y de volver a casa para disfrutar de un fin de semana relajante y reparador. El tráfico era peor de lo habitual. Al fin y al cabo, era viernes por la noche. Toda la violencia y la ira habituales estaban presentes, pero con un matiz festivo, como si la gente hubiera reservado toda la energía sobrante de la semana laboral para provocar el mayor caos posible camino de casa. En la autopista Dolphin, un camión cisterna había embestido por detrás a una furgoneta de una comunidad de jubilados. Sólo iban a ocho kilómetros por hora, pero la parte posterior de la furgoneta estaba un poco arrugada, y se había incrustado por delante contra un Toyota de quince años de antigüedad con sólo un neumático normal y tres de recambio.

Continué a paso de tortuga, uno más en la larga y lenta hilera de coches, casi todos llenos de gente que lanzaba vítores mientras el conductor del camión apostrofaba a los cuatro hombres del Toyota y a un grupo de viejecitos aterrorizados de la furgoneta, acurrucados muy juntos en la cuneta. El tráfico se detuvo, y luego volvió a ponerse en marcha con mucha parsimonia. Vi dos choques más antes de salir por la autopista Dixie. No obstante, gracias a una combinación de habilidad, práctica de toda la vida y pura chiripa conseguí llegar a casa sin sufrir heridas graves.

Aparqué mi coche detrás de un 4x4 de dos años de antigüedad que ya estaba delante de casa. Mi hermano, Brian, había llegado para su cena de los viernes con la familia. Era una costumbre que se había implantado durante el último año, después de que apareciera de la nada sin desear otra cosa, en apariencia, que estar conmigo, su único pariente vivo. Ya había entablado un fuerte vínculo con Cody y Astor, pues sabían lo que era (un asesino frío y vacío como yo) y deseaban ser igual que él. Y Rita, demostrando el mismo buen criterio acerca de los hombres que la había conducido a casarse con dos monstruos diferentes, se tragó las horribles alabanzas falsas de Brian y pensó que él también era maravilloso. ¿Y yo? Bien, aún me costaba creer que Brian no albergara algún motivo secreto para frecuentarnos, pero era mi hermano, al fin y al cabo, y la familia es la familia. No podemos elegir a nuestros parientes. Sólo confiar en sobrevivir a ellos, especialmente en mi familia.

En casa, Lily Anne se hallaba en el parque junto al sofá, donde Brian estaba sentado con Rita, enfrascados en una muy seria conversación. Levantaron la vista cuando entré, y por algún motivo creí distinguir una expresión de

culpabilidad en el rostro de Rita cuando me vio. Era imposible leer a Brian, por supuesto. No podía sentirse culpable, eso estaba claro, de modo que se limitó a dedicarme una enorme y falsa sonrisa de bienvenida, como siempre.

—Hola, hermano —dijo.

—Dexter —saludó Rita, y se levantó de un brinco y se acercó a recibirme con un gran abrazo y un beso en la mejilla—. Brian y yo estábamos hablando —confirmó, tal vez para asegurarme que no habían estado practicando cirugía cerebral chapucera a los vecinos.

—Maravilloso —dije, y antes de poder añadir algo más estornudé.

Rita saltó hacia atrás y logró esquivar el chorro de mi nariz.

—Oh —dijo—. Coge unos pañuelos.

Y desapareció por el pasillo en dirección al cuarto de baño.

Me sequé la nariz con la manga y me senté en la butaca. Miré a mi hermano, y él me miró a su vez. Brian había conseguido hacía poco un empleo en una multinacional canadiense de bienes raíces que estaba comprando casas en el sur de Florida. Mi hermano estaba encargado de abordar a gente cuya hipoteca iban a ejecutar para animarles a marcharse ipso facto. En teoría, esto se lograba ofreciéndoles un «traspaso», por lo general unos mil quinientos dólares, para que se marcharan y dejaran a la multinacional volver a vender la propiedad. Digo «en teoría» porque Brian parecía muy próspero y satisfecho últimamente, y yo estaba casi seguro de que se embolsaba el traspaso y utilizaba métodos menos convencionales para vaciar las casas. Al fin y al cabo, si alguien no puede pagar una hipoteca, por lo general desea desaparecer una temporada. ¿Por qué no iba a ayudarles Brian a lograrlo de una manera definitiva?

Carecía de pruebas, por supuesto, y no era problema mío cómo enfocaba mi hermano su vida social, siempre que apareciera en casa con las manos limpias y modales excelentes en la mesa, como siempre hacía. Aun así, yo confiaba en que hubiera abandonado su estilo recreativo extravagante y tomara precauciones.

—¿Cómo va el negocio? —pregunté cortésmente.

—Mejor que nunca. Aunque digan que el mercado se está recuperando, yo no lo he visto todavía. Es un momento estupendo para haberme dejado caer por Miami.

Sonreí con educación, sobre todo para demostrarle cómo era una buena falsificación, y Rita volvió corriendo con una caja de pañuelos de papel.

—Toma —me tiró la caja—. ¿Por qué no te quedas la caja y...? Oh, maldita sea, el temporizador —dijo, y desapareció de nuevo, esta vez en la cocina.

Brian y yo la seguimos con la mirada, con una expresión similar de asombro desconcertado.

—Una dama encantadora —comentó él—. Eres muy afortunado, Dexter.

—Que no te oiga ella hablar así. Igual piensa que sientes envidia, y resulta

que tiene amigas solteras.

Brian pareció sobresaltarse.

—Oh —dijo—. Qué tonto soy, no había pensado en eso. ¿De veras intentaría, mmm...? Creo que la expresión es «buscarme un apaño».

—En un periquete —le tranquilicé—. Cree que el matrimonio es el estado natural del hombre.

—¿Lo es?

—Hay mucho que decir sobre la felicidad doméstica. Y estoy seguro de que a Rita le encantaría verte intentarlo.

—Oh, Dios —dijo, y me miró de arriba abajo con aire pensativo—. Aun así, parece que a ti te va bien.

—Supongo que debo dar esa impresión.

—¿Quieres decir que no te va bien? —preguntó Brian, al tiempo que arqueaba las cejas.

—No lo sé. Creo que sí. Sólo que en los últimos tiempos...

—¿Las luces parecen más apagadas, los sabores más sosos?

—Algo así —admití, aunque la verdad era que no sabía si se estaba burlando de mí.

Pero Brian me miraba con gran seriedad, y por una vez no daba la impresión de que estuviera fingiendo su expresión, ni las ideas que alimentaban sus palabras.

—¿Por qué no me acompañas una de estas noches? —dijo en voz baja—. Una noche de picos pardos. Rita no se opondría.

Era imposible malinterpretar el significado de sus palabras. Aparte del hecho de que sólo tenía una forma de esparcimiento, sabía que soñaba desde hacía tiempo con compartir un poco de diversión conmigo, su único pariente vivo, que tanto tenía en común con él: éramos hermanos de cuchillo tanto como de sangre. Y la idea se me antojaba casi insoportablemente atrayente, pero... pero...

—¿Por qué no, hermano? —insistió en voz baja, al tiempo que se inclinaba hacia delante con una verdadera intensidad en la cara—. ¿Por qué no?

Por un momento me limité a mirarle, dividido entre lanzarme sobre su oferta con ambas manos o alejarle de mí a empujones, probablemente con una mano en la frente y un grito ensordecedor de *Retro me, Brianus!* Pero antes de que pudiera decidir qué alternativa elegir, la vida intervino, como de costumbre, y tomó la decisión por mí.

—¡Dexter! —gritó Astor desde el final del pasillo, con toda la furia de una niña de once años malhumorada—. ¡Necesito que me ayudes con los deberes de mates! ¡Ya!

Miré a Brian y sacudí la cabeza.

—¿Me perdonas, hermano?

Se reclinó en el sofá y sonrió, la vieja sonrisa falsa de nuevo.

—Mmm —dijo—. Felicidad doméstica.  
Me levanté y me dirigí a ayudar a Astor.

Astor estaba en la habitación que compartía con Cody, encorvada sobre un libro ante el tablero que les servía a ambos de escritorio. La expresión de su rostro había cobrado vida, probablemente, como un fruncimiento de ceño que delataba concentración, para luego evolucionar hasta conformar una mueca de frustración. De allí había dado un pequeño salto para transformarse en una mirada amenazadora, que dirigió hacia mí en cuanto entré en la habitación.

—Esto son gilipollices —me gritó, con tal ferocidad que me pregunté si debería ir a buscar un arma—. ¡Es totalmente absurdo!

—No deberías utilizar esa palabra —dije, en tono bastante amable, pues estaba seguro de que me atacaría si alzaba la voz.

—¿Qué palabra, «absurdo»? —se mofó—. Porque han tenido que olvidarse de alguna palabra en este estúpido libro. —Cerró con estrépito el volumen y se derrumbó en la silla con los brazos cruzados sobre el pecho—. Un montón de chorradas —dijo, y me miró con el rabillo del ojo para ver si «chorradas» estaba permitido. Lo pasé por alto y me puse a su lado.

—Vamos a echar un vistazo —dije.

Astor negó con la cabeza y se negó a mirarme.

—Chorradas inútiles —masculló.

Noté que se avecinaba un estornudo y saqué un pañuelo.

—Y si me contagias el resfriado, diré un taco —dijo, todavía sin mirarme. No me dijo cuál diría, pero por su tono estaba claro que no sería agradable.

Guardé el pañuelo en el bolsillo, me incliné sobre el escritorio y abrí el libro.

—No te contagiare el resfriado. Tomo vitamina C —le expliqué, todavía con la intención de introducir una nota de ligereza y razonamiento tolerante—. ¿En qué página estamos?

—Tampoco es que me sea necesario saber esta materia cuando sea mayor —gruñó ella.

—Puede que no, pero has de saberla ahora. —Apretó la mandíbula y no dijo nada, de modo que insistí un poco más—. Astor, ¿quieres pasarte toda la vida en sexto?

—No quiero estar en sexto ahora —susurró.

—Bien, la única manera de superar esto es aprobar el curso. Y para hacerlo has de saberte esta materia.

—Es estúpida —replicó, pero daba la impresión de estar aplacándose un poco.

—En ese caso, no debería representarte ningún problema, porque tú no eres estúpida. Venga, vamos a echar un vistazo.

Se resistió otro minuto o así, pero al final la conduje hasta la página correcta. Era un problema relativamente sencillo de coordenadas gráficas, y una vez que

se calmó, no tuve ningún problema en explicárselo. Siempre he sido bueno en matemáticas. Me parecen muy directas, comparadas con la comprensión del comportamiento humano. No parecía que Astor estuviera dotada por naturaleza para las matemáticas, pero lo pilló bastante deprisa. Cuando volvió a cerrar el libro por fin, estaba mucho más calmada, casi satisfecha, y decidí tentar la suerte un poco más y abordar otro problema urgente.

—Astor —dije, y debí utilizar de manera inconsciente mi voz de adulto-al-mando, porque me lanzó una mirada de preocupación vigilante—. Tu madre quiere que hable contigo de la ortodoncia.

—¡Lo que quiere es arruinar mi vida! —exclamó, adoptando un impresionante nivel de indignación preadolescente desde el primer momento—. ¡Estaré fea y nadie me mirará!

—No estarás fea.

—¡Llevaré esas cosas enormes sobre los dientes! —aulló—. ¡Son horribles!

—Bien, puedes elegir entre estar fea unos meses o fea para siempre cuando seas mayor. Es una elección muy sencilla.

—¿Por qué no pueden solucionarlo con una operación? —gimió—. Acabar de una vez por todas, y hasta podría saltarme el colegio unos días.

—No funciona así.

—No funciona en absoluto. Pareceré un cyborg y todo el mundo se reirá de mí.

—¿Por qué crees que se reirán de ti?

Me dirigió una mirada de divertido desdén casi adulta.

—¿Nunca fuiste a secundaria? —preguntó.

Era un buen tiro, pero no dejé que me alcanzara.

—La secundaria no dura eternamente. Ni tampoco la ortodoncia. Y cuando te la quiten, tendrás dientes grandes y una sonrisa increíble.

—Y a mí qué más me da. No hay nada que me haga sonreír —rezongó.

—Bien, todo llegará. Cuando seas un poco más mayor, y empieces a ir a bailes y todas esas cosas con una gran sonrisa. Has de pensar a largo plazo...

—¡A largo plazo! —repuso airada, como si ahora fuera yo el que utilizara palabrotas—. ¡A largo plazo significa que pareceré una friki durante un año de secundaria y todo el mundo se acordará siempre de eso, y siempre será Aquella Chica de la Horrible Ortodoncia, incluso cuando tenga cuarenta años!

Noté que mi mandíbula se movía, pero no salieron palabras. Astor había dicho tantas cosas distorsionadas que no sabía por dónde empezar, y en cualquier caso, se había atrincherado en una torre tan alta de ira desdichada que, dijera lo que dijera yo, la pondría en el disparadero de nuevo.

Pero por suerte para mi reputación de negociador urbano, antes de que pudiera decir algo más que se me quedara atascado en la garganta, la voz de Rita llegó flotando desde el otro lado del pasillo.

—¿Dexter? ¿Astor? ¡A cenar!

Y aunque mi boca continuaba abierta, la niña ya había salido por la puerta, y mi pequeña charla alentadora acerca de la ortodoncia había terminado.

Desperté de nuevo el lunes por la mañana en mitad de un enorme estornudo, con la sensación de que un levantador de pesas turco había dedicado todo el fin de semana a estrujar todos los huesos de mi cuerpo. Durante ese momento de confusión entre el sueño y la vigilia, pensé que el psicótico que había convertido al detective Klein en un budín había logrado colarse en mi dormitorio y darme una buena mientras dormía. Pero entonces oí la cadena del váter, y Rita atravesó a toda prisa la habitación y fue a la cocina, y la vida normal se puso en pie de un salto e inició un día más.

Me estiré, y el dolor de mis articulaciones se estiró conmigo. Me pregunté si el dolor lograría que sintiera empatía por Klein. No parecía probable. Nunca había sido maldecido con ese tipo de débil emoción, y ni siquiera la mágica transformación de Lily Anne podría transformarme en alguien que sintiera empatía de un día para otro. Debía ser que mi subconsciente estaba jugando a conectar los puntos.

De todos modos, me descubrí reflexionando sobre la muerte de Klein cuando me levanté y llevé a cabo mi rutina matutina, que ahora incluía estornudar cada minuto o así. No habían roto la piel de Klein. Habían utilizado una cantidad de fuerza notable contra él, pero no se había producido derramamiento de sangre. Yo suponía, y el Pasajero susurró que estaba de acuerdo, que Klein había permanecido consciente mientras destrozaban cada hueso de su cuerpo. Había estado despierto y alerta durante cada golpe, cada arremetida del martillo, hasta que por fin, después de un período muy impresionante de agonía, el asesino había infligido suficientes lesiones internas para permitir que el detective se sumiera en la muerte. Era mucho peor que estar resfriado. No parecía muy divertido, sobre todo para Klein.

Pero a pesar de mi desagrado por el método, y el desprecio del Oscuro Pasajero, empezaba a sentir que los dedos flácidos de la empatía empezaban a cosquillear el interior de mi cráneo. Empatía, sí, pero no por Klein. El sentimiento que infiltraba pequeños zarcillos en mis pensamientos iba dirigido al ejecutor de Klein. Una gran estupidez, por supuesto, pero aun así empecé a oír un engorroso susurro en mi oído interior, referido a que mi única objeción a lo que le habían hecho al detective era el haber utilizado herramientas indebidas. Al fin y al cabo, ¿no me había preocupado yo de que Valentine estuviera despierto para experimentar todos los momentos de mi atención? Por supuesto, Valentine se lo había merecido por su costumbre de abusar sexualmente y asesinar a niños pequeños, pero ¿era alguno de nosotros inocente por completo? Tal vez el

detective Klein defraudaba a Hacienda, o pegaba a su mujer, o tal vez masticaba con la boca abierta. Tal vez se había merecido lo que el supuesto psicótico le había hecho, y la verdad, ¿quién podía decir que lo que yo hacía era mejor?

Sabía muy bien que aquel desagradable argumento implicaba muchas cosas negativas, pero no me abandonó en ningún momento, un murmullo descontento de aversión hacia mí mismo allá al fondo mientras tomaba el desayuno, estornudaba, me preparaba para ir a trabajar, estornudaba, y por fin me tomaba dos comprimidos para el resfriado y salía por la puerta, estornudando. No podía sacudirme de encima la absurda idea de que yo era igualmente culpable, tal vez mucho más, puesto que Klein era la única víctima de este asesino hasta el momento, y yo guardaba cincuenta y dos portaobjetos de cristal en mi cajita de los recuerdos de palisandro, cada uno con su única gota de sangre que representaba a un compañero de juego fallecido. ¿Eso me convertía en cincuenta y dos veces malo?

Era de lo más ridículo, por supuesto. Lo que yo había hecho estaba totalmente santificado por el código de San Harry, y era beneficioso para la sociedad, aparte de ser muy divertido. Pero como yo estaba tan dedicado a la contemplación del ombligo, no fue hasta que salí a paso de tortuga de la U. S. 1 a la autovía de Palmetto cuando la insistente sibilancia del instinto de conservación se abrió paso por fin a través de mi neblina egocéntrica. Fue tan sólo un leve susurro de advertencia, pero lo bastante insistente para llamar mi atención, y cuando al fin lo escuché, se solidificó en un único y definitivo pensamiento.

*Alguien me está vigilando.*

No sé por qué estaba tan seguro, pero lo estaba. Sentía la mirada de una forma casi física, casi como si alguien me estuviera cosquilleando la nuca con la punta de un cuchillo muy afilado. Era una sensación tan definitiva e indiscutible como el calor del sol. Alguien me estaba vigilando, a mí en concreto, y me estaba vigilando por algún motivo que no me convenía en absoluto.

La razón decía que esto era Miami en hora punta. Casi cualquier persona podría mirarme con desagrado, incluso con odio, por cualquier motivo; tal vez no le gustara mi coche, o mi perfil le recordara al profesor de álgebra de octavo. Pero dijera lo que dijera la Razón, la Cautela replicaba: daba igual por qué alguien me estuviera vigilando. Lo único importante era que estaba en ello. Alguien me estaba vigilando con ideas malvadas en la mente, y yo necesitaba averiguar quién.

Poco a poco, como quien no quiere la cosa, paseé la vista a mi alrededor. Estaba en mitad de una congestión de tráfico matutino excepcionalmente normal, indistinguible de la que me tocaba cada mañana. A mi derecha había dos carriles de coches: un Impala baqueteado, y al otro lado una vieja furgoneta Ford con techo elevable. Detrás de éstos había una hilera de Toyotas, 4x4 y BMW, y ninguno de ellos parecía más amenazador que los demás.



Clavé la vista en el frente de nuevo, avancé poco a poco con el tráfico, y entonces volví la cabeza muy despacio para mirar a la izquierda...

... y antes de que mi cabeza hubiera girado más de quince centímetros, oí un chirriar de neumáticos, un coro de bocinazos, y un Honda antiguo aceleró por la rampa de subida a Palmetto, siguió por la cuneta y volvió a la U. S. 1, donde se desvió hacia el norte con más chirriar de neumáticos, se pasó una luz ámbar y desapareció por una calle lateral, y vi el faro trasero izquierdo colgando en un ángulo raro, y después la marca de nacimiento oscura en el maletero.

Lo seguí con la mirada hasta que los conductores empezaron a darle a la bocina. Intenté decirme que era pura coincidencia. Sabía muy bien cuántos Hondas antiguos había en Miami; constaban todos en mi lista. Y hasta el momento sólo había ido a ver ocho, y era muy posible que éste fuera de los que faltaban. Me dije que se trataba de otro idiota que cambiaba de idea y decidía ir a trabajar por un camino diferente esta mañana. Tal vez alguien había recordado de repente que había dejado la cafetera en el fuego, o se había olvidado en casa el disco con la presentación en PowerPoint.

Pero por más razones buenas y banales que atribuyera al comportamiento del Honda, la otra certidumbre, más oscura, seguía hablando, y me decía con calma y objetiva insistencia que el conductor de aquel coche me había estado mirando y pensando cosas malas, y cuando me volví a mirarle, había salido huyendo como si le fuera en ello la vida, y nosotros sabíamos muy bien lo que eso significaba.

El desayuno empezó a revolverse en mi estómago, y sentí las manos resbaladizas de sudor. ¿Era posible? ¿Era remotamente posible que quien me hubiera visto aquella noche me hubiera localizado? Me había seguido el rastro y averiguado mi matrícula, mucho antes de que yo le encontrara a él..., ¿y ahora me estaba siguiendo? Estaba furioso, aquello era estúpidamente improbable. Las probabilidades en contra eran monumentales. Era ridículo, imposible, inverosímil, pero... ¿era posible?

Medité al respecto: no existía relación entre Dexter Morgan, el Mago de los Forenses, y la casa donde me habían visto con Valentine. Había ido y venido de la casa en el coche de Valentine, y no me habían seguido cuando huí. Por lo tanto, seguir mi pista era imposible: no existía. Así pues, o bien se trataba de alguien con poderes mágicos, o bien sólo era pura coincidencia, y si bien no tengo nada contra Harry Potter, la coincidencia se llevó mi voto. Y para que fuera un poco más probable, aquella casa abandonada se hallaba a menos de dos kilómetros del punto donde la autopista de Palmetto se cruza con la U. S. 1. Yo y a había dado por sentado que vivía en la misma zona, y en ese caso, casi de manera inevitable iría a trabajar en coche por la U. S. 1, y también por la Palmetto. El trabajo empezaba más o menos para casi todo el mundo a la misma hora, y todo el mundo en esta zona iba a trabajar por la misma carretera. Eso era

penosamente obvio: era lo que causaba el perpetuo embotellamiento de tráfico a esta hora cada mañana. Por lo tanto, no resultaba tan casual como había parecido al principio. De hecho, era incluso probable que, si ambos repetíamos el mismo trayecto a la misma hora las veces suficientes, tarde o temprano vería mi coche, e incluso a mí.

Y lo había hecho. Me había visto una vez más, y esta vez había gozado de la oportunidad de estudiarme a gusto. Intenté calcular cuánto tiempo me habría estado mirando. Era imposible. El tráfico había sido un continuo parar y seguir, con un énfasis en el parar que había durado casi dos minutos. Pero eran puras conjeturas decidir cuánto tiempo había pasado desde que me había reconocido. Unos escasos segundos, lo más probable. Tenía que confiar en mi sistema de alarma.

De todos modos, era tiempo suficiente para tomar nota del color de mi coche, anotar el número de matrícula y quién sabe qué más. Sabía muy bien lo que yo era capaz de hacer con la mitad de esa información. Era muy posible que sólo con el número de matrícula pudiera localizarme, pero ¿lo haría? Hasta el momento, lo único que había hecho era escapar empavorecido. ¿Iba de veras a localizarme, y después plantarse ante mi puerta con un cuchillo de trinchar? En mi caso, yo lo habría hecho, pero él no era yo. Yo era muy bueno con los ordenadores, y contaba con recursos que no estaban al alcance de casi nadie, y los utilizaba para hacer cosas que nadie hacía. Sólo había un Dexter, y él no lo era. Quienquiera que fuera, no podía ser como yo. Pero también era cierto que yo no tenía ni idea de cómo era, o de lo que era capaz de hacer, y por más que me dijera de maneras diferentes que no existía ningún peligro real, no podía sacudirme de encima el miedo ilógico de que iba a hacer algo. La voz de la razón serena había sido reducida al silencio por los chillidos de pánico en estado puro que se habían apoderado de mi cerebro. Me había visto otra vez, y esta vez en mi identidad secreta del trabajo cotidiano, y eso me dejaba tan desnudo e indefenso como no recordaba haberlo estado nunca.

No recuerdo haberme desviado por Palmetto y continuado mi desplazamiento matutino, y fue por pura casualidad que no acabé aplastado como una zarigüeya errante por el tráfico desenfrenado. Cuando llegué al trabajo, me había calmado lo suficiente para presentar una fachada razonablemente convincente, pero no podía sacudirme de encima el continuo flujo de angustia que una vez más burbujeara en el suelo de mi cerebro y me dejaba al borde del pánico.

Por suerte para los jirones de mi cordura, no tuve mucho tiempo para continuar abismado en mis mezquinas preocupaciones. Ni siquiera me había instalado en mi rutina cotidiana, cuando Deborah entró hecha una furia para distraerme, seguida de su nuevo compañero, Duarte.

—Muy bien —dijo, como si continuara una conversación que ya hubiéramos

iniciado—. Así que este tipo tiene algún tipo de historial, ¿vale? No haces algo así como caído del cielo, sin haber hecho nada antes.

Estornudé y la miré parpadeando, lo cual no constituyó una respuesta muy impresionante, pero como estaba sumido en mis propias preocupaciones tardé un momento en conectar con las de ella.

—¿Estamos hablando de la persona que asesinó al detective Klein? —pregunté.

Debs lanzó un bufido de impaciencia.

—Mierda, Dex, ¿de qué creías que estaba hablando?

—¿NASCAR? Creo que hubo una gran carrera este fin de semana.

—No seas gilipollas. Necesito saber algo más.

Podría haber dicho que «gilipollas» describía mejor a alguien que irrumpía en el despacho de su hermano a primera hora de la mañana de un lunes y ni siquiera decía «Jesús» o le preguntaba qué tal le había ido el fin de semana, pero sabía muy bien que mi hermana no tenía tolerancia para sugerencias sobre la etiqueta en el puesto de trabajo, de modo que lo dejé correr con un encogimiento de hombros.

—Supongo que sí —dije—. O sea, algo como lo que hizo suele ser el final de un largo proceso que empezó con otras cosas, y... Ya sabes. Ese tipo de cosas que despiertan la atención de los demás sobre ti.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Duarte.

Vacilé. Por algún motivo, me sentía un poco incómodo, tal vez por estar hablando de estos asuntos delante de un desconocido. En términos generales, no me gusta hablar de eso en absoluto, ni siquiera con Debs. Me parece demasiado personal. Disimulé la pausa cogiendo un pañuelo y sonándome la nariz, pero ambos continuaron mirándome de manera expectante, como dos perros a la espera de una caricia. Me encontraba en una situación delicada, sin otra alternativa que seguir adelante.

—Bien —dije, mientras tiraba el pañuelo a la papelera—, muchas veces empiezan con mascotas. Cuando son pequeños, alrededor de los doce años. Matan perros pequeños, gatos, cosas así. Sólo para, mmm, experimentar. Intentan dar con algo que les guste. Y un día, algún familiar, o vecino, encuentra los animalitos muertos, y los pillan y detienen.

—Así que existe un historial —dijo Debs.

—Bien, podría existir, pero si sigue la pauta, es joven cuando hace eso, de modo que va a parar al reformatorio. Por lo tanto, el historial es confidencial, y no puedes pedir a un juez que te entregue toda la documentación confidencial del sistema.

—Pues dame algo mejor —insistió mi hermana—. Dame algo con lo que pueda trabajar.

—Debs —protesté—, no tengo nada. —Volví a estornudar—. Salvo un

resfriado.

—Bien, mierda. ¿No se te ocurre nada?

La miré, y después a Duarte, y mi incomodidad aumentó, mezclada con frustración.

—¿Cómo? —pregunté.

Duarte se encogió de hombros.

—Ella dice que eres una especie de experto —dijo.

Me quedé sorprendido, y un poco disgustado, por el hecho de que Debs hubiera dicho eso a Duarte. Mi así llamado talento para perfiles era algo muy personal, algo que se derivaba de mi experiencia de primera mano con individuos sociopáticos como yo. Pero ella se lo había dicho. Lo cual debía significar que confiaba en él. En cualquier caso, yo me encontraba en un aprieto.

—Ah, bien —dije al fin—. *Más o menos.*

Duarte sacudió la cabeza.

—¿Eso qué significa, sí o no?

Miré a Debs, y ella me dirigió una sonrisita de complicidad.

—Alex no habla español —dijo.

—Ah —contesté.

—Alex habla francés —explicó, y le miró con un afecto que habría debido ganarse a pulso.

Me sentí todavía más incómodo, puesto que había metido la pata al dar por sentado que alguien de nombre cubano y que viviera en Miami hablaría español, pero también me di cuenta de que era una pista más de por qué a Debs le caía bien su nuevo compañero. Por algún motivo, mi hermana también había estudiado francés en el colegio, pese al hecho de que crecimos en una ciudad en que el español se utilizaba mucho más que el inglés, y el francés era tan útil como unos labios a un pollo. Tampoco colaboraba el hecho de que cada vez vivieran más haitianos en Miami. Todos hablaban criollo, que estaba un poco más cerca del francés que el mandarín.

Y ahora había encontrado un alma gemela, y estaba claro que habían forjado un vínculo. Estoy seguro de que un auténtico ser humano habría experimentado una sensación de satisfacción afectuosa por la nueva situación laboral de mi hermana, pero al tratarse de mí no era así. Lo único que sentía era irritación e incomodidad.

—Bien, *bonne chance* —dije—, pero ni siquiera hablar francés a un juez servirá para que entregue un historial del reformatorio, sobre todo porque ni siquiera sabemos cuál es.

Deborah perdió su irritante expresión afectuosa.

—Bien, mierda —dijo—. No puedo esperar sentada a tener un golpe de suerte.

—Tal vez no sea necesario —repuse—. Estoy muy seguro de que lo hará otra

vez.

Me miró durante un largo momento, y después asintió.

—Sí —dijo—. Yo también estoy segura.

Meneó la cabeza, miró a Duarte y salió de la habitación. Él la siguió enseguida, y yo estornudé.

—Jesús —me dije a mí mismo. Pero eso no consiguió que me sintiera mejor.

Durante los días siguientes aceleré el ritmo de mi investigación sobre el Honda. Cada noche llegaba un poco más tarde a casa, pues intentaba liquidar al menos una dirección más, a la que iba en coche cuando estaba demasiado lejos para desplazarme a pie. Volvía a casa sólo cuando estaba demasiado oscuro para ver, pasaba de largo del cuadro familiar de la sala de estar y entraba en la ducha sin hablar, un poco más frustrado cada noche.

La tercera noche de mi búsqueda acelerada, entré muy sudado por la puerta y caí en la cuenta de que Rita me estaba mirando, y sus ojos me recorrieron de arriba abajo como si estuviera buscando una mancha, y me paré delante de ella.

—¿Qué? —dije.

Ella me miró y enrojeció.

—Oh —dijo—. Es que es tarde, y estás muy sudado, y he pensado que... No es nada, en realidad.

—He ido a correr —dije, sin saber muy bien por qué me había puesto a la defensiva.

—Cogiste el coche.

Me dio la impresión de que estaba prestando excesiva atención a mis actividades, pero tal vez se trataba de una de las pequeñas ventajas adicionales del matrimonio, así que no le concedí importancia.

—Fui a la pista del instituto —expliqué.

Me miró durante un largo momento sin decir nada, y no cabía duda de que algo estaba pasando, pero yo no tenía ni idea de qué podía ser.

—Eso lo explicaría —dijo al fin. Se levantó y entró en la cocina, y yo fui a darme una ducha bien merecida.

Tal vez no me había fijado antes, pero cada noche, cuando volvía de mi «ejercicio», ella me observaba con la misma misteriosa intensidad, y después se metía en la cocina. La cuarta noche de este exótico comportamiento, la seguí y me paré en silencio en la puerta de la cocina. Vi que abría un armario, sacaba una botella de vino y se servía una copa bien repleta, y cuando se la llevó a los labios, retrocedí sin que me viera.

Para mí resultaba absurdo. Era casi como si existiera una relación entre que llegara a casa sudado y Rita deseara una copa de vino. Pensé en ello mientras me duchaba, pero al cabo de unos minutos de meditación me di cuenta de que no sabía lo bastante sobre los complejos temas de los seres humanos y el matrimonio, y Rita en particular, y en cualquier caso tenía otras preocupaciones. Encontrar el Honda correcto era mucho más importante, y aunque se trataba de algo sobre lo que sabía bastante, tampoco lo había solucionado. De modo que aparté de mi mente el Misterio de Rita y el Vino, un ladrillo más en el muro de frustración que se estaba erigiendo a mi alrededor.

Una semana después se me había pasado el resfriado y había tachado muchos nombres más de la lista, los suficientes para empezar a preguntarme si no estaba desperdiciando un tiempo precioso. Sentía un aliento cálido en el cogote, y una creciente urgencia de hacer algo antes de que acabaran conmigo, pero eso no consiguió que avanzara más que antes en la búsqueda del Testigo. A cada día que pasaba me sentía más nervioso, y también a cada nombre que tachaba de la lista, y la verdad es que empecé a mordirme las uñas, una costumbre que había abandonado en el instituto. Era irritante, y aumentaba mi frustración, y comencé a preguntarme si estaba a punto de desmoronarme por culpa de la tensión.

Aun así, estaba en mucha mejor forma que el agente Gunther. Porque justo cuando el brutal asesinato de Marty Klein se había convertido en una especie de rumor de fondo nervioso en el cuerpo, el oficial Gunther también había aparecido muerto. Era un policía uniformado, no un detective como Klein, pero no cabía duda de que era el *modus operandi* del mismo asesino. El cuerpo había sido lenta y metódicamente transformado a golpes en un moretón de noventa kilos. Cada hueso importante había sido roto con lo que parecía la misma paciente rutina que tanto éxito había tenido con Klein.

Esta vez no abandonaron el cadáver en un coche patrulla en la I-95. Habían depositado con todo cuidado al agente Gunther en Bayfront Park, justo al lado del Torch of Friendship<sup>[3]</sup>, lo cual parecía algo más que irónico. Una joven pareja canadiense en luna de miel había encontrado el cadáver mientras daba un romántico paseo matutino: un recuerdo imperecedero más de un momento mágico en Nuestra Ciudad Encantada.

Existía la sensación de que algo muy próximo a un temor supersticioso se había apoderado del pequeño grupo de policías cuando llegué. Era una hora relativamente temprana del día, pero el aire de silencioso pánico que reinaba en el lugar no tenía nada que ver con la falta de café. Los agentes de la escena estaban tensos, incluso con ojos algo desorbitados, como si hubieran visto un fantasma. Era fácil comprender por qué: dejar tirado a Gunther allí, en un lugar tan público, no parecía obra de un ser humano. Biscayne Boulevard, en el centro de Miami, no es el tipo de lugar retirado y apartado al que el típico asesino psicótico iría para dejar un fiambre. Era una exhibición pública asombrosa, y no obstante allí estaba el cadáver, y por lo visto habían tardado varias horas en descubrirlo.

Los policías suelen ser hipersensibles a este tipo de desafío directo. Se toman como un insulto a su hombría que alguien rete a la ley con un exhibicionismo tan ampuloso, y esto debería despertar toda la santa ira de un cuerpo de policía airado. Pero los Mejores de Miami parecían poseídos por una especie de angustia sobrenatural antes que por ira, casi como si fueran a arrojar las armas y llamar a la Línea Caliente Psicológica en busca de ayuda.

Y admito que era un poco inquietante, incluso para mí, ver el cadáver tan pulcramente depositado al lado del Torch. Costaba mucho comprender cómo un ser vivo había podido pasearse por una de las calles más transitadas de la ciudad y abandonar un cuerpo tan clara y espectacularmente muerto, y sin que le vieran. Nadie había sugerido en voz alta que existieran fuerzas ocultas en juego, al menos que yo supiera. Pero a juzgar por el aspecto de los policías presentes, nadie lo descartaba.

Sin embargo, mi auténtica parcela de competencia no son los No Muertos, sino las manchas de sangre, y allí no había nada de eso. Era evidente que el asesinato se había perpetrado en otra parte, y se habían limitado a abandonar el cuerpo en aquel encantador y bien conocido rincón de la ciudad. Pero yo estaba seguro de que mi hermana, Deborah, querría saber mi opinión, de modo que me quedé merodeando en las cercanías y traté de encontrar alguna oscura pero útil pista que tal vez los demás forenses hubieran pasado por alto. No había gran cosa que ver, aparte de la masa gelatinosa con uniforme azul que había sido el agente Gunther, casado, padre de tres hijos. Vi que Ángel Batista Nada-Que-Ver caminaba poco a poco alrededor del perímetro, en meticulosa búsqueda de alguna ínfima prueba, pero al parecer no encontraba ninguna.

Se produjo un destello brillante detrás de mí, y me volví algo sobresaltado. Camilla Figgs se encontraba a escasa distancia, aferrando una cámara y ruborizada, con lo que parecía una expresión culpable en la cara.

—Oh —murmuró nerviosa—. No creía que el flash estuviera conectado, pero tenía que disculparme.

La miré parpadeando un momento, en parte por el destello del flash, y sobre todo porque su discurso era de lo más incoherente. Y entonces, una de las personas congregadas en el perímetro se agachó y tomó una foto de nosotros dos mirándonos, y Camilla se puso en acción y se alejó hasta un pequeño cuadrado de hierba entre los senderos, donde Vince Masuoka había encontrado la huella de un pie. Volvió a enfocar la cámara sobre la pisada, y yo me di vuelta.

—Nadie vio nada —dijo Deborah cuando se materializó a mi lado, y después de la inesperada explosión del flash de Camilla, mis nervios reaccionaron al instante y pegué un bote como si hubiera un fantasma suelto y fuera Debs. Cuando bajé al suelo de nuevo, me miró algo sorprendida.

—Me has asustado —dije.

—No sabía que pudieras asustarte —replicó. Frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Este asunto está poniendo de los nervios a todo el mundo. La zona pública más concurrida de la ciudad, y el tipo aparece con un cadáver, lo arroja al lado del Torch y se larga en su coche.

—Lo encontraron a eso del amanecer. Por lo tanto, estaba oscuro cuando arrojaron el cuerpo.

—Aquí nunca está oscuro. Farolas, todos los edificios, Bayside Market, el



estadio a una manzana de distancia... Por no hablar del maldito Torch. Está iluminado las veinticuatro horas siete días a la semana.

Paseé la vista a mi alrededor. Había estado aquí muchas veces, de día y de noche, y era verdad que siempre había un gran derroche de luz procedente de los edificios del barrio. Y con Bayside Market justo a nuestro lado y el American Airlines Arena a tan sólo una manzana de distancia, había todavía más luz, más tráfico, más seguridad. Además del maldito Torch, por supuesto.

Pero había también una hilera de árboles y una franja de hierba relativamente desierta en la otra dirección, y me volví para mirar hacia allí. En ese momento, Deborah desvió la vista hacia mí, frunció el ceño y también se volvió a mirar.

A través de los árboles, y al otro lado del trecho de parque que había en el punto más alejado del Torch, el sol de la mañana se reflejaba en las aguas de Biscayne Bay. En mitad del destello casi cegador, un velero de buen tamaño se deslizaba con majestuosidad hacia el puerto deportivo, hasta que un yate a motor todavía más grande lo adelantó y provocó que oscilara con violencia. Una idea a medio formar germinó en mi cerebro y levanté el brazo para señalar. Deborah me miraba expectante, y entonces, como para subrayar que nos encontrábamos en unos dibujos animados de verdad, otra cámara destelló en el perímetro, y los ojos de mi hermana se abrieron de par en par cuando la idea floreció.

—Hijo de puta —dijo Deborah—. El cabronazo vino en barco. ¡Por supuesto! —Dio una palmada y giró la cabeza hasta localizar a su compañero—. ¡Eh, Duarte! —llamó. El hombre alzó la vista y ella le indicó por señas que la siguiera, al tiempo que daba media vuelta y corría hacia el agua.

—Me alegro de haber sido de ayuda —grité a mi hermana mientras corría hacia el mar. Me volví para ver quién había tomado la foto, pero no vi nada, salvo a Ángel con su rostro a quince centímetros de un fascinante montón de hierba, y a Camilla saludando a alguien que se hallaba entre la multitud de mirones apelonados ante la cinta amarilla de la escena del crimen. Se acercó para hablar con esa persona, y yo me volví y vi a mi hermana correr hacia el rompeolas para buscar alguna pista de que el asesino había llegado en barco. Era lógico. Sabía muy bien gracias a un montón de felices experiencias que en un barco puedes deshacerte de casi cualquier cosa, sobre todo de noche. Y cuando digo «casi cualquier cosa», me refiero a mucho más que a esos sorprendentes actos de atlética desvergüenza que ves practicar a parejas en el agua de vez en cuando. Durante la práctica de mi pasatiempo favorito, yo había hecho muchas cosas en mi barco que las mentes estrechas considerarían censurable, y yo tenía muy claro que nadie ve nunca nada. Ni siquiera, por lo visto, a un asesino psicótico y casi sobrenatural paseando a un policía muy muerto pero bastante grande por la bahía, para después subir al rompeolas y entrar en Bayfront Park.

Pero como estábamos en Miami, era posible que alguien hubiera visto algo

por el estilo, pero había decidido no dar parte del incidente. Tal vez tenía miedo de convertirse en un objetivo, o no quería que la policía descubriera que carecía de carta verde. Como la vida moderna es así, era incluso posible que echaran un buen episodio de *Cazadores de mitos* en la tele y quisiera ver el final. Por lo tanto, durante la siguiente hora o así, Debs y su equipo recorrieron el rompeolas en busca de ese Cierta Alguien Especial.

No fue una sorpresa, al menos para mí, que no encontraran a nadie. Nadie sabía nada. Nadie había visto nada. Había mucha actividad a lo largo del rompeolas, pero era tráfico matutino, gente que iba a trabajar a alguna tienda de Bayside, o a uno de los barcos turísticos amarrados junto al rompeolas. Nadie de esta peña había montado vigilancia en la oscuridad de la noche. Toda esa gente había vuelto a casa para disfrutar de un descanso bien merecido, sin duda después de toda una noche de escudriñar angustiada la oscuridad, alerta a cualquier peligro posible, o quizá sólo viendo la tele. Pero Deborah recogía nombres y números de teléfono de todo el personal de seguridad nocturno, y después volvió hacia mí con el ceño fruncido, como si fuera culpa mía que no hubiera descubierto nada y fuera yo quien la hubiera obligado a investigar.

Nos quedamos en el rompeolas no lejos del *Biscayne Pearl*, uno de los barcos que hacía visitas marítimas de la ciudad, y Deborah clavó la vista en Bayside. Después sacudió la cabeza y empezó a caminar hacia el Torch, y yo la seguí.

—Alguien vio algo —dijo, y confié en que le sonara más convincente a ella de lo que me sonaba a mí—. Por fuerza. No puedes cargar con un policía adulto hasta el rompeolas y subir hasta el Torch sin que nadie te vea.

—Freddy Krueger sí —dije.

Deborah me dio un puñetazo en el antebrazo, pero esta vez no lo hizo con ganas, de modo que me resultó relativamente fácil reprimir un chillido de dolor.

—Más chorradas sobrenaturales es justo lo que necesito. Uno de los chicos llegó a preguntar a Duarte si podríamos traer a un *santero* aquí, por si acaso.

Asentí. Tal vez sería sensato llamar a un *santero*, un sacerdote de la Santería, si creías en ese tipo de cosas, y un sorprendente número de ciudadanos de Miami era creyente.

—¿Qué le dijo Duarte?

Deborah resopló.

—Preguntó: «¿Qué es un *santero*?».

La miré para ver si estaba bromeando: todos los cubanos conocían *santeros*. Existían buenas probabilidades de que hubiera uno en su propia familia. Pero, por supuesto, no habían preguntado a Duarte en francés, y de todos modos, antes de que pudiera fingir que pillaba el chiste, y después fingir que reía, Debs continuó.

—Sé que este tipo es un psicótico, pero también es un ser humano —dijo, y yo me quedé relativamente seguro de que no se refería a Duarte—. No es invisible, y no se teleportó al llegar y al marchar.

Hizo una pausa junto a un árbol grande y lo miró con aire pensativo, y después volvió sobre sus pasos.

—Mira esto —dijo, al tiempo que señalaba el árbol, y después el *Pearl*—. Si amarra justo al lado del barco turístico, estos árboles le tapan casi hasta llegar al Torch.

—No del todo invisible, pero casi.

—Justo al lado del puto barco —masculló ella—. Tuvieron que ver algo.

—A menos que estuvieran dormidos.

Sacudió la cabeza, y después miró hacia el Torch siguiendo la línea de árboles como si estuviera apuntando un rifle, y luego se encogió de hombros y se puso a caminar de nuevo.

—Alguien vio algo —repitió con tozudez—. Por fuerza.

Volvimos hacia el Torch juntos, en lo que habría sido un agradable silencio si mi hermana no hubiera estado tan ausente. El forense estaba terminando con el cuerpo del agente Gunther cuando llegamos. Negó con la cabeza en dirección a Debs para indicar que no había encontrado nada interesante.

—¿Sabemos si Gunther había comido? —pregunté a Deborah. Me miró como si hubiera sugerido que nos pusiéramos a correr desnudos por Biscayne Boulevard.

—Comida, Debs —dije paciente—. ¿Mexicana, tal vez?

La luz se encendió y se lanzó sobre el médico.

—Quiero saber el contenido del estómago cuando practiquen la autopsia —la oí decir—. Por si comió tacos hace poco.

Aunque parezca curioso, el médico la miró sin sorprenderse, pero supongo que si has trabajado con cadáveres y policías en Miami el tiempo suficiente cuesta mucho sorprenderse, y la petición de buscar tacos en el estómago de un agente muerto era pura rutina. El médico se limitó a asentir con aire cansado, y Deborah se alejó para hablar con Duarte, mientras yo me quedaba mano sobre mano, sumido en profundos pensamientos.

Pensé durante varios minutos, pero no se me ocurrió nada más profundo que caer en la cuenta de que estaba hambriento, y de que allí no había nada para comer. Tampoco tenía nada que hacer. No había manchas de sangre, y los demás especialistas forenses tenían el asunto controlado.

Me alejé del cuerpo de Gunther y paseé la vista alrededor del perímetro. La muchedumbre habitual de morbosos esporádicos continuaba allí, apoltonados detrás de la cinta, como si estuvieran haciendo cola para entrar en un concierto de rock. Estaban contemplando el cadáver, y debo reconocer que uno o dos se esforzaban mucho en aparentar horror cuando estiraban el cuello para ver. Por supuesto, los demás compensaban este efecto, inclinados sobre la cinta para conseguir una foto mejor con el móvil. Muy pronto, las fotos del cuerpo hecho polvo del agente Gunther colgaría en la Red, y todo el mundo podría reunirse y

fingir horror y consternación en perfecta armonía. ¿No es maravillosa la tecnología?

Me paseé un poco y distribuí útiles sugerencias durante un rato más, pero como de costumbre a nadie parecían importarles mis brillantes aportaciones; la verdadera experiencia nunca se aprecia en todo su valor. La gente prefería siempre confiar en su escaso discernimiento antes que recibir lecciones de otros sobre sus errores, aunque la otra persona fuera mucho más inteligente.

Y así, a una hora deprimentemente tarde para ir a comer, un minusvalorado e infrautilizado Dexter se aburrió lo bastante para pedir que le devolvieran al país del trabajo de verdad, que me esperaba en mi pequeño cubículo. Encontré a un policía cordial que se marchaba en aquella dirección. Sólo quería hablar de pesca, y como sé algo al respecto nos llevamos de maravilla. Incluso hizo una veloz parada durante el trayecto para que pudiera comprar un poco de comida china, lo cual fue un gesto muy amistoso, y en señal de agradecimiento le invité a una ración de gambas *lo mein*.

Cuando me despedí de mi nuevo mejor amigo y me senté a mi escritorio con la fragante comida, empezaba a creer que tal vez existía algún sentido en este edredón de retazos de humillación y sufrimiento que llamamos vida. La sopa agripicante estaba muy buena; las gambas con gabardina, tiernas y jugosas, y el *kung pao*, lo bastante picante para hacerme sudar. Me descubrí bastante satisfecho cuando terminé de comer, y me pregunté por qué. ¿Podía ser tan superficial que el simple acto de ingerir una buena comida me hacía feliz? ¿O se trataba de algo más profundo y siniestro? Tal vez era el glutamato, que atacaba el centro del placer de mi cerebro y me obligaba a sentirme bien en contra de mi voluntad.

Fuera lo que fuera, constituyó un alivio salir de las oscuras nubes que se habían arremolinado alrededor de mi cabeza durante las últimas semanas. Era cierto que albergaba algunas legítimas preocupaciones, pero me había estado regodeando en ellas demasiado. Por lo visto, sin embargo, un chute de buena comida china me había curado. De hecho, me sorprendí canturreando mientras tiraba a la basura los contenedores vacíos, un acontecimiento muy sorprendente para mí. ¿Se trataba de auténtica felicidad humana? ¿Gracias a unas gambas con gabardina? Tal vez debería informar a alguna organización nacional de salud mental: el pollo *kung pao* funciona mejor que el Zoloft. Tal vez me estaba esperando un Premio Nobel por ello. O al menos, una carta de agradecimiento de China.

Con independencia de a qué se debiera mi buen humor, se prolongó casi hasta la hora de irme. Había bajado a la sala de pruebas para devolver algunas muestras con las que había estado trabajando, y cuando llegué a mi pequeño cubículo descubrí que me estaba esperando una gran y desagradable sorpresa.

Mi sorpresa medía metro setenta y cinco, pesaba unos noventa kilos de ira

afroamericana, y parecía mucho más un insecto siniestro que un ser humano. Se tenía sobre dos pies protésicos, y una de las garras metálicas que sustituían a las manos estaba haciendo algo en mi ordenador cuando entré.

—Caramba, sargento Doakes —dije, con tanta placidez como pude fingir—. ¿Necesita ayuda para conectarse a Facebook?

Volvió la cabeza con brusquedad hacia mí, pues no esperaba que le sorprendiera husmeando.

—*Shoo indo* —dijo con mucha claridad. El mismo cirujano aficionado que le había quitado las manos y los pies se le había llevado también la lengua, y sostener una conversación agradable con este hombre se había convertido en algo casi imposible.

Nunca había resultado fácil, por supuesto. Siempre me había odiado, siempre sospeché lo que yo era. Nunca le había dado motivos para dudar de mi inocencia, fabricada con tanto esmero, incluso antes de que no hubiera logrado rescatarle de su desgraciada intervención quirúrgica. Lo había intentado, en serio. No había salido bien del todo. Para ser justo conmigo, lo cual es muy importante, conseguí rescatarle sano y salvo casi por completo. Pero ahora me culpaba de las amputaciones, así como de muchos actos no especificados. Y aquí estaba, sentado ante mi ordenador, y decía «*Shoo indo*».

—¿*Shoo*? —repetí risueño—. ¿De veras? ¿Es usted admirador de los Tres Chiflados, sargento? No lo sabía. ¿*Shoo shoo shoo*!

Me miró con más veneno todavía, lo cual significaba una cantidad impresionante, y buscó en el escritorio el pequeño aparato de voz artificial, del tamaño de una libreta, que siempre llevaba encima. Tecleó algo, y la máquina anunció con su alegre voz de barítono: «¡Sólo! ¡Mirando!».

—¡Pues claro! —dije, con verdadero buen humor sintético, con la intención de estar a la altura de la extravagante felicidad de su aparato de voz—. Pero por desgracia, está usted fisgando sin querer en mi ordenador personal, en mi espacio personal, y desde un punto de vista técnico, eso es contrario a las normas.

Me fulminó con la mirada un poco más. La verdad, ese hombre se había vuelto monacorde. Sin apartar la vista de mí, tecleó algo nuevo en la máquina de voz, y al cabo de un momento proclamó, con su voz improbable y risueña: «¡Te-pillaré! ¡Algún día! ¡Cabro-Nazo!».

—Estoy seguro —le tranquilicé—. Pero tendrá que hacerlo en su ordenador. —Sonreí, sólo para demostrarle que no le guardaba rencor, y señalé la puerta—. Si no le importa...

Inhaló una larga bocanada de aire a través de las fosas nasales, y después la expulsó entre los dientes apretados, todo ello sin parpadear, y después encajó la máquina de voz bajo el brazo y salió en tromba de mi cubículo, llevándose con él los restos de mi buen humor.

Y ahora ya tenía otro motivo para sentirme inquieto. ¿Por qué estaba el

sargento Doakes fisgando en mi ordenador? Sin duda, pensaba que podría encontrar algo que me incriminara, pero ¿qué? ¿Y por qué ahora, en mi ordenador, concretamente? Carecía de motivos legítimos para investigar en mi ordenador. Yo estaba razonablemente seguro de que no tenía ni conocimientos ni interés en él. Desde que había perdido los miembros, le habían dado un trabajo administrativo por pura compasión, para que pudiera trabajar durante sus últimos años y cobrar toda la pensión. Estaba trabajando en algún asunto administrativo inútil en recursos humanos. Ni sabía en qué, ni me importaba.

Había estado aquí, en mi espacio, en mi ordenador, ceñido a su programa privado de Destruir a Dexter, pero ¿aquí, en el trabajo? ¿Por qué? Por lo que yo sabía, siempre había limitado sus intentos de «cazarme» a una vigilancia general, y nunca había fisgoneado en mis cosas. ¿Por qué se había producido esta nueva e inoportuna escalada? ¿Había traspasado al fin la barrera y caído en una especie de demencia hostil, concentrada en mí de manera permanente? ¿O contaba con algún motivo para pensar que había descubierto algo concreto, y que tenía probabilidades de demostrar mi culpabilidad?

Parecía imposible, a primera vista. Quiero decir, pues claro que soy culpable, y de muchas cosas, todas ellas letales, muy satisfactorias y no del todo legales. Pero procedía con una cautela extrema, siempre limpiaba muy bien después, y era incapaz de imaginar qué pensaba Doakes que iba a encontrar. Estaba convencido de que no había nada que encontrar.

Era intrigante, y muy inquietante. Pero al final consiguió acabar con mi estúpido buen humor y volví a sumirme en una melancolía general. Para que luego digan de la comida china: media hora después, vuelves a estar enfurruñado.

Deborah, sin embargo, estaba de mucho peor humor cuando entró en mi despacho arrastrando los pies, justo antes de que me dispusiera a volver a casa.

—Te fuiste pronto del Torch.

Su tono implicaba que me estaba acusando de haber robado artículos de oficina.

—Tuve que venir a trabajar —dije, y meforcé por utilizar un tono tan agrio como el de ella.

Debs parpadeó.

—¿Qué coño te pasa últimamente? —preguntó.

Respiré hondo, más para ganar tiempo que por necesidad de aire.

—¿Qué quieres decir?

Se humedeció los labios y ladeó la cabeza.

—Siempre estás nervioso. Contestas mal a la gente. ¿Un poco distraído, tal vez? No sé. Como si estuvieras preocupado por algo.

Fue un momento muy incómodo para mí. Ella tenía razón, por supuesto, pero ¿hasta qué punto podía confiar en ella? Algo me estaba preocupando. Estaba

convencido de que alguien me había visto y reconocido, y ahora había pillado al sargento Doakes fisgando en mi ordenador. Era casi imposible relacionar los dos acontecimientos de alguna manera (la idea de que algún anónimo testigo de Mis Juegos se hubiera conchabado con el sargento Doakes para cazarme era ridícula), pero tomados en conjunto, ambos acontecimientos me habían dejado de piedra. Me hallaba dominado por emociones ilógicas, y no estaba nada acostumbrado a eso.

Pero ¿qué podía decirle? Debs y yo siempre habíamos estado muy unidos, por supuesto, pero sobre todo porque no nos confesábamos mutuamente nuestros sentimientos. No podíamos. Yo no tenía, y a ella le daba demasiada vergüenza admitirlos.

De todos modos, tenía que decir algo, y cuando pensé en ello, Debs debía ser la única persona del mundo con la que podía hablar, a menos que quisiera desembolsar cien dólares por hora para hablar con un psicoanalista, lo cual me parecía una idea pésima. O bien tendría que contarle la verdad sobre quién era, algo impensable, o bien inventar alguna ficción plausible, lo cual era como tirar un dinero que podría servir para matricular a Lily Anne en la facultad de medicina.

—No sabía que se notaba —dije por fin.

Debs resopló.

—Dexter. Soy yo. Crecimos juntos. Trabajamos juntos. Te conozco mejor que nadie en este mundo. Yo lo noto. —Enarcó una ceja para darme ánimos—. ¿Qué pasa?

Tenia razón, por supuesto. Ella me conocía mejor que nadie en el mundo; mejor que Rita, que Brian, o cualquiera a quien hubiera conocido, con la posible excepción de Harry, nuestro padre muerto hacía tanto tiempo. Como Harry, Deborah sabía lo de Dexter el Oscuro y sus felices cuchilladas, y había acabado aceptándolo. Si había un momento para hablar, y una persona con la que hablar, era ahora, con ella. Cerré los ojos un instante y traté de pensar en cómo empezar.

—No lo sé —dije—. Es que, mmm... Hace unas semanas, cuando estaba...

La radio de Deborah graznó, un eructo electrónico fuerte y grosero, y después dijo con toda claridad:

—Sargento Morgan, ¿dónde está?

Ella negó con la cabeza en mi dirección y levantó la radio.

—Aquí Morgan. Estoy en forense.

—Será mejor que baje, sargento —dijo una voz por la radio—. Creo que hemos encontrado algo que debería ver.

Deborah me miró.

—Lo siento —dijo. Pulsó un botón de la radio—. Ya voy. —Se levantó y caminó hacia la puerta, vaciló y se volvió hacia mí—. Ya hablaremos después, Dex, ¿vale?

—Claro. No te preocupes por mí.

Por lo visto, a ella el tono no le pareció tan lastimero como a mí. Se limitó a cabecear y salió a toda prisa. Y yo di por concluido el trabajo y me fui a buscar el coche.



El sol todavía brillaba en el cielo cuando llegué a casa. Era una de las pocas ventajas del verano en Miami: tal vez la temperatura se alzara hasta los treinta y seis grados, y la humedad superara el cien por cien, pero al menos, cuando llegabas a casa a las seis de la tarde, aún quedaba mucha luz diurna, de modo que podías sentarte fuera con tu familia y sudar una hora y media más.

Pero, por supuesto, mi pequeña familia no hacía esas cosas. Éramos nativos. El bronceado es para los turistas, y preferíamos la comodidad del aire acondicionado central. Además, desde que mi hermano Brian había regalado una Wii a Cody y Astor, sólo salían de casa por la fuerza. Ambos parecían incapaces de abandonar la habitación en la que estaba el trasto, fuera por el motivo que fuera. Habíamos decretado algunas reglas muy estrictas sobre el uso de la Wii: tenían que pedirla primero y tenían que acabar los deberes antes de encenderla, y no podían jugar más de una hora al día.

De modo que cuando entré en casa y vi a Cody y Astor ya plantados delante de la tele con los controladores de la Wii firmemente aferrados en sus manos, mi primera pregunta fue automática.

—¿Habéis terminado los deberes?

Ni siquiera levantaron la vista. Cody se limitó a asentir, y Astor frunció el ceño.

—Los terminamos durante las actividades extraescolares —dijo ella.

—De acuerdo —dije—. ¿Dónde está Lily Anne?

—Con mamá —contestó Astor, con el ceño más fruncido todavía debido a mis continuas interrupciones.

—¿Y dónde está mamá?

—No lo sé —dijo, al tiempo que movía el controlador y lo agitaba espasmódicamente hacia lo que estuviera sucediendo en la pantalla. Cody me miró (era la partida de Astor) y se encogió de hombros. Casi nunca decía más de tres palabras seguidas, una pequeña secuela de los maltratos que había recibido de su padre biológico, y Astor solía hablar por los dos. Pero en aquel momento la niña parecía de lo más reacia a hablar, quizá debido a lo ofendida que se sentía por la inminente ortodoncia. De modo que respiré hondo y procuré superar mi creciente irritación con ambos.

—Estupendo —dije—. Gracias por preguntar, sí, he tenido un día muy duro en el trabajo. Pero ya me siento muchísimo mejor, ahora que estoy aquí, acogido en el cálido seno de mi familia. He disfrutado un montón de nuestra pequeña charla.

Cody insinuó una sonrisita de suficiencia y dijo en voz muy baja: «Seno». Astor no dijo nada. Se limitó a apretar los dientes y atacó a un monstruo enorme en la pantalla. Suspiré. Por consolador que pueda ser para algunos, el sarcasmo,

al igual que la juventud, se desperdicia con los jóvenes. Desistí y fui en busca de Rita.

No estaba en la cocina, lo cual supuso una enorme decepción, pues significaba que no estaba preparando algo maravilloso para cenar. Tampoco hervía nada en los fogones. Y no era noche de sobras. Algo intrigante, y también preocupante, estaba pasando. Confiaba en que no significara que íbamos a pedir pizzas a domicilio; aunque a los chicos les gustaba, no había color comparadas con hasta los esfuerzos más humildes de Rita.

Atravesé de nuevo la sala de estar y seguí el pasillo. Rita no estaba en el cuarto de baño, ni tampoco en el dormitorio. Empecé a preguntarme si Freddy Krueger también se había apoderado de ella. Fui a la ventana del dormitorio y eché un vistazo al patio trasero.

Rita estaba sentada a la mesa de picnic que habíamos dispuesto debajo de un enorme baniano que extendía sus ramas sobre casi la mitad del patio. Sostenía a Lily Anne sobre el regazo con la mano izquierda y bebía de una copa de vino con la derecha. Aparte de eso, daba la impresión de que no estaba haciendo absolutamente nada, salvo contemplar la casa y sacudir poco a poco la cabeza. Mientras yo miraba, tomó un sorbo de vino, abrazó con un poco más de fuerza a Lily Anne, y después me dio la impresión de que exhalaba un profundo suspiro.

Era un comportamiento de lo más extraño, y yo no sabía qué deducir de ello. Nunca la había visto actuar así (sentada sola y desdichada con una copa de vino), y era inquietante verla de esta guisa, por el motivo que fuera. No obstante, me parecía que lo más importante era que no estaba preparando la cena, y era ese tipo de peligrosa inacción lo que exigía una rápida y vigorosa intervención. De modo que volví a atravesar la casa, pasé por delante de Cody y Astor (que seguían matando cosas alegremente en la pantalla), y salí al patio por la puerta de atrás.

Rita me miró cuando salí y dio la impresión de quedarse petrificada un momento. Después volvió la cabeza enseguida, dejó la copa sobre el banco de la mesa de picnic y me miró una vez más.

—Ya estoy aquí —dije con cauteloso buen humor.

Ella sorbió por la nariz ruidosamente.

—Sí, lo sé —contestó—. Y ahora irás a sudar otra vez.

Me senté a su lado. Lily Anne había empezado a dar botes cuando me acerqué, y extendí las manos hacia ella. Se lanzó hacia mí y Rita me la pasó con una sonrisa cansada.

—Oh —dijo—, eres un papá tan bueno. ¿Por qué no puedo yo...?

Sacudió la cabeza y sorbió por la nariz de nuevo.

Desvié la vista de la cara alegre y sonriente de Lily Anne y miré el rostro desdichado y cansado de Rita. Aparte de la nariz llena de mocos, también daba la impresión de que había estado llorando. Tenía las mejillas húmedas y los ojos

enrojecidos y algo hinchados.

—Mmm... —dije—. ¿Pasa algo?

Ella se secó los ojos con la manga de la blusa, y después volvió la cabeza y tomó un largo sorbo de vino. Dejó la copa de nuevo detrás de ella y me miró. Abrió la boca para decir algo, pero se mordió el labio y desvió la vista, mientras sacudía la cabeza.

Hasta Lily Anne parecía desconcertada por su comportamiento, y dio unos saltitos vigorosos durante un momento.

—¡*Abbab bab bab!* —dijo.

Rita la miró con una leve sonrisa de cansancio.

—Necesita un pañal limpio —dijo, y antes de que yo pudiera responder, emitió un pequeño sollozo, aunque lo estranguló en su mayor parte, de modo que habría podido ser un hipido, pero yo estaba convencido de que era un sollozo. Me pareció una reacción excesiva a un pañal sucio.

No me siento cómodo con las emociones, en parte porque no tengo, de modo que no suelo comprender de dónde salen y qué significan. Pero después de años de meticuloso estudio y mucha práctica, he aprendido a soportar las exhibiciones ajenas, y casi siempre sabía la respuesta correcta cuando un ser humano era presa de fuertes sentimientos.

En este caso, sin embargo, admito que me sentía impotente. Según el manual, las lágrimas de una mujer solicitan por lo general consuelo y serenidad, aunque sean falsos, pero... ¿cómo iba a emplear alguna de ambas cosas si no sabía lo que estaba causando el acceso de llanto de Rita? La miré con atención, en busca de una pista en su cara, y no encontré ninguna: ojos ribeteados de rojo y mejillas mojadas, sí, pero por desgracia nadie había garabateado un mensaje en su rostro que destacara una causa y un tratamiento. Así que, en un tono tan torpe como yo empezaba a sentirme, tartamudeé:

—Mmm..., ¿estás...? O sea, ¿pasa algo?

Rita volvió a sorber por la nariz y se secó la nariz con la manga. Una vez más, tuve la impresión de que iba a decir algo trascendental. En cambio, meneó la cabeza y tocó la cara de la niña con el dedo.

—Es Lily Anne —dijo—. Hemos de mudarnos. Y además tú...

Oí aquellas terroríficas palabras, «Lily Anne», y por un momento el mundo se puso muy brillante y dio vueltas a mi alrededor, mientras por mi cerebro desfilaba una lista de enfermedades terribles que tal vez estarían afectando a mi hijita. La apreté con fuerza y traté de respirar, hasta que las cosas se calmaron de nuevo. Lily Anne contribuyó golpeándome en la cabeza, mientras decía, «¡*Abaj-a-baj!*». El ñeazo en el oído me devolvió el sentido común y miré a Rita, quien por lo visto no tenía ni idea de que sus palabras me habían provocado un nerviosismo inusitado.

—¿Qué le pasa a Lily Anne? —pregunté.

—¿Qué? —dijo Rita—. ¿A qué te refieres? No hay nada... Oh, Dexter, eres tan... Sólo quería decir que hemos de mudarnos. Por Lily Anne.

Contemplé el rostro feliz de la niña que saltaba sobre mi regazo. Rita se estaba explicando fatal, al menos a mi entender. ¿Cómo podía aquella personita perfecta obligarnos a mudarnos? Era mi hija, por supuesto, lo cual suscitaba algunas posibilidades terroríficas. Tal vez alguna cadena errante perversa de ADN había aflorado en ella, y los vecinos indignados estaban exigiendo su exilio. Era una idea horrible, pero al menos era posible.

—¿Qué ha hecho? —preguté.

—¿Qué ha...? Dexter, sólo tiene un año de edad. ¿Qué podría haber hecho?

—No sé. Pero dijiste que teníamos que mudarnos por Lily Anne.

—Oh, por el amor de Dios. Estás siendo...

Agitó una mano en el aire, dio media vuelta y tomó otro sorbo de vino. Se inclinó sobre la copa y la protegí de mí, como si no quisiera que yo viera lo que estaba haciendo.

—Rita —dije. Ella dejó con brusquedad la copa sobre el banco y se volvió hacia mí, mientras tragaba saliva convulsivamente—. Si no le pasa nada a Lily Anne, y no ha hecho nada malo, ¿por qué hemos de mudarnos?

Ella parpadeó, y después se secó las comisuras de los ojos con la manga.

—Es que... O sea, mírala.

Rita señaló a la niña, y me dio la impresión de que sus habilidades motoras no funcionaban como era debido, porque su mano golpeó mi brazo como sin querer. Retiró la mano y señaló la casa.

—Una casa tan pequeña —dijo—. Y Lily Anne se está haciendo tan grande.

La miré y esperé a que dijera algo más, pero esperé en vano. Sus palabras carecían de sentido para mí, pero por lo visto no iba a obtener nada más. ¿De veras pensaba Rita que Lily Anne iba a convertirse en un ser gigantesco, como *Alicia en el País de las Maravillas*, y la casa no tardaría mucho en ser demasiado pequeña para albergarla? ¿O subyacía un mensaje secreto, tal vez en arameo, que tardaría años en descifrar? He leído y oído muchas sugerencias acerca de lo que es necesario para que un matrimonio funcione, pero en aquel momento daba la impresión de que el mío necesitaba un traductor.

—Rita, no te entiendo —dije, con toda la dulce paciencia que pude fingir.

Ella meneó la cabeza, un poco desabridamente, y me miró con el ceño fruncido.

—No estoy borracha —dijo.

Una de las escasas verdades eternas sobre los humanos es que, si alguien dice que no está durmiendo, que no es rico o que no está borracho, es casi seguro que miente. Pero decirles esto cuando mienten es ingrato, desagradable y, en ocasiones, peligroso. De modo que dediqué una sonrisa de complicidad a Rita.

—Pues claro que no. Bien, ¿así que hemos de trasladarnos porque Lily Anne

se está haciendo demasiado grande?

—Dexter. Nuestra pequeña familia se está haciendo demasiado grande. Necesitamos una casa más grande.

Una pequeña luz parpadeó en mi poderoso cerebro, y después se encendió.

—¿Te refieres a que necesitamos una casa con más espacio? ¿Porque los chicos están creciendo?

—Sí —contesto ella, y dio una palmada sobre la mesa de picnic para subrayar su intención—. Exactamente eso. —Frunció el ceño—. ¿A qué creíass que me refería?

—No tenía ni idea de a qué te referías, pero estás sentada aquí fuera y... llorando.

—Oh —dijo, y desvió la vista, y una vez más se secó la cara con la manga—. Ahora no lo parece. —Me miró y volvió a apartar la vista al instante—. O sea, no soy esstúpida. *Estúpida*. —Frunció el ceño, y después dijo con mucho cuidado —: No. Soy. Estúpida.

—Nunca he pensado que lo fueras —dije, lo cual era cierto: asombrosamente atolondrada sí, pero estúpida no—. ¿Estás llorando por eso?

Me miró fijamente, y estaba empezando a ponerme incómodo cuando sus ojos se pusieron un poco vidriosos, y apartó la vista.

—Son sólo las hormonas —dijo—. No quería que nadie lo viera.

Deseché la imagen de alguien viendo sus hormonas e intenté concentrarme en el meollo del asunto.

—¿Así que no le pasa nada a Lily Anne? —pregunté, pues aún no estaba seguro de que todo fuera como debía.

—No, no, claro que no. Es que la casa es demasiado pequeña. Cody y Astor no pueden compartir la misma habitación eternamente, porque, ya sabes... Astor está llegando a esa edad.

Incluso sin saber a qué edad concreta se refería, creí entender. Astor se estaba haciendo mayor, y no podía compartir la habitación con su hermano por los siglos de los siglos. Pero aun así, dejando aparte el hecho de que yo estaba acostumbrado a esta casa y no quería trasladarme a otra, existían algunas objeciones prácticas.

—No podemos permitirnos una casa nueva —argumenté—. Sobre todo más grande.

Rita agitó un dedo en mi dirección y guiñó un ojo juguetonamente.

—No me has estado prestando atención —dijo, esforzándose en que cada palabra se entendiera bien.

—Supongo que no.

—Hay montones de maravillosas ooportuunidades. *Tunidades*... —Rita sacudió la cabeza, y después cerró los ojos con fuerza—. Oh. Oh, Señor. —Respiró fuerte un momento y se balanceó, hasta el punto de que me pregunté si

iba a caerse del banco. Pero después absorbió una gran bocanada de aire, describió medio círculo con la cabeza y abrió los ojos—. Ejecuciones de hipotecas —dijo con cautela—. Una casa nueva no. Casas sujetas a acción hipotecaria.

Sonrió atontada, y después dio media vuelta con brusquedad y se inclinó sobre la copa de nuevo. Esta vez la vació.

Pensé en lo que había dicho o, en cualquier caso, pensé en lo que yo creía que había dicho. Era cierto que el sur de Florida estaba sembrado de chollos en estos momentos. Con independencia de que la economía estuviera mejorando en todas partes, Miami continuaba llena de gente agobiada por una mala hipoteca, y muchos se largaban, dejando al banco con la documentación carente de valor y la casa valorada en exceso. Y con mucha frecuencia, los bancos, a su vez, se deshacían angustiados de las casas por una fracción de su valor real.

Sabía todo esto desde un punto de vista general y algo distanciado. En los últimos tiempos, el problema de las ejecuciones de hipoteca y las casas tiradas de precio estaban en labios de todo el mundo, al igual que el tiempo. Todo el mundo hablaba de ello, y los medios iban llenos de artículos y discusiones y paneles con siniestras advertencias. Y más cercano a mí, hasta mi propio hermano, Brian, se dedicaba a trabajar alegremente con este mismo fenómeno.

Pero pasar de este conocimiento teórico de las acciones hipotecarias a la idea de aprovecharse de ello exigía un momento de adaptación. Me gustaba vivir donde estábamos, y a ese fin me había desprendido de mi cómodo apartamento. Mudarse de nuevo sería difícil, incómodo e inconveniente, y no existían garantías de que acabáramos en un sitio mejor, sobre todo con una casa abandonada con ira y desesperación. Igual había goteras en el tejado, y cables arrancados..., y como mínimo, ¿no conllevaría todo eso mal karma?

Pero una vez más Lily Anne demostró que veía las cosas de una forma más clara y astuta que el bobalicón de su padre. Mientras pugnaba con los conceptos de ejecución de hipoteca, mudanza e inconvenientes personales, ella fue al meollo del asunto con una perspicacia aguda y convincente. Saltó tres veces sobre sus poderosas piernecitas y dijo: «*Da. Da da da*». Y para subrayar su intención, dio un tirón al lóbulo de mi oreja.

Miré a mi hija y tomé una decisión.

—Tienes razón —le dije—. Te mereces una habitación para ti sola.

Me volví hacia Rita para decirle lo que había decidido, pero ella se había recostado contra el borde de la mesa y cerrado los ojos de nuevo, y su cabeza oscilaba con suavidad, con la boca abierta y las manos enlazadas sobre el regazo.

—¿Rita?

Se enderezó con brusquedad y abrió los ojos de par en par.

—¡Oh! —exclamó—. Oh, Dios mío, me has asustado.

—Lo siento. Acerca de la casa...

—Sí —dijo, y frunció el ceño—. Brian dice... Oh, espero que no te importe —continuó, con aspecto algo culpable—. Que hablara con él primero. Porque, ya sabes, su trabajo. —Agitó la mano de nuevo, pero se la golpeó con el borde de la mesa—. Ay.

—Sí —dijo para alentarla—. Hablaste con Brian. Eso está bien.

—Está bien. Él es bueno. Sabe muy bien lo que hay. Lo que hay. Con las casas. En este momento, quiero decir.

—Sí, ya lo creo.

—Va a ayudarnos. A encontrar, a encontrar...

—A encontrar una casa —dijo.

Ella meneó la cabeza poco a poco y cerró los ojos. Esperé, pero no pasó nada.

—Lo siento —dijo al fin en voz muy baja—. Creo que he de ir a tumbarme.

Se levantó del banco. La copa de vino vacía cayó al suelo y el tallo se partió, pero Rita no se dio cuenta. Se quedó parada, osciló un momento, y después volvió a entrar en casa.

—Bien, pues —dijo a Lily Anne—. Creo que vamos a mudarnos.

La niña saltó.

—*Da* —dijo con firmeza.

Me levanté y entré cargado con ella en casa para hacer una llamada telefónica. Por lo visto, iba a ser noche de pizzas.

A la mañana siguiente, cuando llegué al trabajo, había un informe del laboratorio de la oficina del forense esperando sobre mi despacho. Le eché un breve vistazo, y después, cuando vi lo que contenía, me senté y lo leí con verdadero interés. El informe proporcionaba los resultados de la autopsia del agente Gunther, y si dejabas de lado toda la jerga técnica, descubrí varias cosas interesantes. En primer lugar, la concentración de sangre en el tejido indicaba que había estado tirado cabeza abajo varias horas después de muerto; interesante, puesto que estaba cara arriba cuando encontraron su cuerpo junto al Torch of Friendship. Lo cual debía significar que nuestro psicótico había matado a Gunther al atardecer, y que después lo dejó escondido hasta que oscureció. En algún momento de la noche había recuperado su sentido de la camaradería y trasladado el cuerpo al Torch of Friendship.

Varias páginas detallaban los enormes traumatismos sufridos por los diversos órganos y extremidades de Gunther, lo cual recordaba la misma impresión que habíamos extraído de Klein. El informe no especulaba, por supuesto. Eso habría sido poco profesional y tal vez demasiado útil. Pero explicaba que los daños habían sido causados por un objeto que probablemente estaba hecho de acero y poseía una superficie lisa y alargada del tamaño de un naipe, lo cual me sonaba a mí como una especie de martillo grande.

Una vez más, el estado de los órganos internos confirmaba lo que indicaba el tejido exterior. El asesino se había esforzado al máximo para mantener a Gunther con vida el mayor tiempo posible, mientras iba rompiendo cualquier hueso concebible con fuerza deliberada y brutal. No parecía una forma muy agradable de morir, pero pensándolo bien, no se me ocurría ninguna forma de morir que fuera agradable, al menos ninguna que yo hubiera probado. Tampoco era que hubiera buscado algo por el estilo. ¿Cómo podía ser divertida una muerte agradable?

Pasé las páginas del informe hasta llegar a una subrayada con rotulador amarillo fosforescente. Era la lista del contenido del estómago de Gunther, y la mitad de la lista había sido coloreada con un amarillo intenso, casi con toda seguridad por Deborah. La leí y no necesité los subrayados para localizar la parte significativa. Entre las demás cosas repulsivas que nadaban en sus tripas, Gunther había comido algo que contenía harina de maíz, lechuga iceberg, carne picada y diversas especias, en particular ají en polvo y comino.

En otras palabras, su última comida había sido un taco, como en el caso de Klein. Por el bien de ambos, deseé que los tacos hubieran estado buenos.

Apenas había terminado de leer el informe, cuando sonó el teléfono de mi escritorio, y gracias a mis inmensos poderes psíquicos decidí que era mi hermana quien llamaba. De todos modos, descolgué el receptor y dije:



«Morgan».

—¿Has leído el informe del forense? —preguntó Deborah.

—Acabo de terminarlo.

—Espera un momento. Enseguida voy.

Dos minutos después entraba en mi despacho con su copia del informe.

—¿Qué opinas? —preguntó, al tiempo que se sentaba en una silla y agitaba las páginas.

—No me gusta el estilo. Y la trama se me antoja muy manida.

—No seas capullo. Tengo una rueda de prensa dentro de media hora, y he de decir algo a todo el mundo.

Miré a mi hermana algo irritado. Sabía muy bien que, si bien podía hacer frente a una turba de *cowboys* de cocaína armados hasta los dientes y muy irritados, o chulear a policías grandullones que la doblaban en tamaño, se venía abajo cuando tenía que hablar delante de un grupo compuesto por más de dos personas. Eso estaba bien, incluso resultaba simpático, puesto que era agradable verla hacer gala de humildad de vez en cuando. Pero, fuera como fuera, su terrible pánico escénico se había convertido en mi problema, y siempre terminaba escribiendo el guión de sus exposiciones, un trabajo de lo más ingrato, puesto que ella se venía abajo de todos modos, pese a las maravillosas líneas que yo le escribía.

Pero aquí estaba. Se había dignado bajar a mi despacho por una vez, y estaba formulando preguntas con amabilidad, tratándose de ella, de manera que tenía que ayudarla, por más que la idea me repateara.

—Bien —dije, pensando en voz alta—, se repite la misma pauta, todos los huesos rotos y los tacos.

—Ya lo he pillado —replicó Debs—. Venga, Dex.

—El intervalo entre los asesinatos es interesante. Dos semanas.

Ella parpadeó y me miró durante un largo momento.

—¿Eso significa algo?

—Por supuesto.

—¿Qué? —preguntó ansiosa.

—No tengo ni idea —dije, y antes de que pudiera atizarme, añadí—: Pero las diferencias también han de significar algo.

—Sí, lo sé —dijo en tono pensativo—. Gunther va de uniforme; Klein es detective. Lo abandonan en su vehículo. A Gunther lo tiran junto al maldito Torch. En barco, por los clavos de Cristo. ¿Por qué?

—Más importante aún, ¿por qué todo lo demás es igual? —Me miró de una manera rara—. Quiero decir, sí, el *modus operandi* es el mismo. Y ambos son policías. Pero ¿por qué estos policías en concreto? ¿Cuál es la característica que satisface la pauta de necesidad del asesino?

Debs sacudió la cabeza impaciente.

—Me importa una mierda todo ese rollo psicológico —dijo—. Necesito cazar a este cabronazo psicótico.

Podría haber dicho que la mejor forma de cazar a un cabronazo psicótico es comprendiendo lo que le convierte en un cabronazo psicótico, pero dudaba que Deborah fuera muy receptiva a ese mensaje en aquel momento. Además, en realidad no era cierto. Basándome en mis años de experiencia en el oficio, la mejor manera de cazar a un asesino es tener suerte. No lo dices en voz alta, por supuesto, sobre todo si estás hablando en el telediario de la noche. Has de aparentar seriedad y hablar del paciente y concienzudo trabajo de investigación.

—¿Y el barco? —me limité a decir.

—Estamos buscando, pero, mierda, ¿sabes cuántos barcos hay en Miami, aunque sólo cuentes los registrados legalmente?

—El de él no lo estará. Debió robarlo la semana pasada.

Deborah resopló.

—Casi los mismos. Mierda, Dexter, tengo cubierto todo el material evidente. Necesito una idea de verdad, y ya estoy harta de cháchara barata.

Era cierto que yo no había estado en mi mejor forma en los últimos tiempos, pero me parecía que se estaba saltando a la velocidad del rayo las fronteras de cómo hablar cuando pides ayuda a alguien. Abrí la boca para soltar un comentario demoledor, y entonces, surgida de la nada, se me ocurrió una idea real.

—Oh —dije.

—¿Qué?

—No has de localizar un barco robado.

—Y una mierda. Ya sé que no sería lo bastante estúpido para utilizar su propio barco, aunque lo tuviera. Robó uno.

La miré y sacudí la cabeza con paciencia.

—Debs, eso es obvio —dije, y admito que habría podido exhibir una sonrisa de suficiencia—: Pero también es evidente que no se quedaría en ese barco después. De modo que no has de buscar un barco robado; has de buscar...

—¡Un barco encontrado! —Dio una palmada—. ¡Exacto! Un barco abandonado en algún sitio por ningún motivo.

—Tenía que ser cerca de donde tenía escondido un coche. O todavía mejor, en algún lugar donde pudiera robar un coche.

—Maldita sea, eso está mejor. No puede haber más de un sitio en la ciudad donde apareció un barco y robaron un coche la misma noche.

—Una sencilla y veloz búsqueda por ordenador —dije, y en cuanto las palabras salieron de mi boca quise meterlas dentro otra vez y esconderme bajo el escritorio, porque Deborah era tan experta en informática como en bailes de salón. Yo, por mi parte, debo admitir con modestia que soy una especie de experto en esa parcela, de manera que cada vez que aparecía la palabra

«ordenador» en una conversación, mi hermana lo convertía automáticamente en mi problema. Y por supuesto, se puso en pie y me atizó un mamporro juguetón en el brazo.

—Eso es fantástico, Dex —dijo—. ¿Cuánto tardarás?

Paseé la vista a mi alrededor a toda prisa, pero Debs se interponía entre la puerta y yo, y no había salida de emergencia. De modo que me volví hacia el ordenador y me puse a trabajar. Mi hermana se meneaba nerviosa como si estuviera corriendo en el sitio, lo cual impedía que me concentrara.

—Debs, por favor —dije al fin—. No puedo trabajar contigo vibrando así.

—Bien, mierda —dijo, pero al menos dejó de dar saltitos y se sentó en el borde de una silla. Pero tres segundos después, empezó a dar pataditas en el suelo. Estaba claro que no había forma de que se estuviera quieta, lo único que podía hacer era echarla a patadas o averiguar lo que quería. Como llevaba pistola y yo no, echarla era demasiado peligroso, de modo que, tras exhalar un profundo y prolongado suspiro, reanudé mi búsqueda.

Menos de diez minutos más tarde di con algo.

—Ya lo tenemos —dije, y antes de poder acabar la última sílaba Deborah se plantó a mi lado, inclinada ansiosamente para ver la pantalla.

—El pastor de la iglesia de Saint John, de Miami Beach, denunció esta mañana que le habían robado el coche. Y tiene un nuevo Sea Fox de seis metros de eslora en su muelle.

—¿Una puta iglesia? ¿En el Beach, por los clavos de Cristo? ¿Cómo llegó en barco ahí?

Activé un mapa en pantalla y señalé.

—¿Ves? La iglesia está justo aquí, junto a este canal, y el aparcamiento está sobre el agua. —Recorrí con el dedo el canal desde la iglesia hasta el interior de la bahía—. Diez minutos por agua hasta Bay front Park y el Torch.

Deborah miró un momento, y después sacudió la cabeza.

—Es absurdo por completo —dijo.

—Para él no.

—Bien, mierda. Iré a buscar a Duarte y nos acercaremos.

Se enderezó y corrió hacia la puerta sin ni una palabra de agradecimiento por mis ocho minutos de ardua labor. Admito que me quedé un poco sorprendido, no de que mi hermana se hubiera abstenido de demostrar su gratitud, por supuesto. Eso sería esperar demasiado. Pero, en circunstancias normales, se habría llevado a rastras con ella a un reticente Dexter para que le prestara apoyo, y dejaría que su compañero se quedara contando sujetapapeles. Pero esta vez era el Sólcito Dexter quien se quedaba atrás, y Debs había ido en busca de su nuevo compañero, el que hablaba francés, Duarte. Supuse que eso significaba que le gustaba trabajar con él, o quizás ahora era más cuidadosa con sus compañeros. Los dos últimos habían muerto mientras trabajaban en un caso con ella, y había

oído a más de un policía mascullar que trabajar con la sargento Morgan traía mala suerte, pues no cabía duda de que era una especie de viuda negra o así.

Fuera cual fuera el caso, no había nada de qué lamentarse. Por una vez, Debs estaba haciendo las cosas como era debido, es decir, trabajar con su compañero oficial en lugar de con su hermano extraoficial. Y eso ya me convenía, porque era muy peligroso estar con ella cuando trabajaba. Yo tenía un tejido cicatricial que lo demostraba. Y mi trabajo no consistía en ir correteando en el mundo de los malos, esquivando piedras, flechas y, al parecer, martillos. No necesitaba la adrenalina. Tenía trabajo de verdad que hacer. Así que seguí sentado y me sentí despreciado durante unos minutos, y después puse manos a la obra.

Justo después de comer, estaba en el laboratorio con Vince Masuoka cuando Deborah irrumpió y dejó caer un martillo grande sobre la encimera, delante de mí. A juzgar por el golpe sordo, supuse que pesaría alrededor de un kilo y medio. Estaba dentro de una bolsa de pruebas de buen tamaño, y una película de condensación se había formado en la superficie interior de la bolsa, pero aun así se veía que no era un martillo normal de carpintero, aunque tampoco parecía una almádena. La cabeza era redonda y roma en ambos extremos, y el mango era amarillo, de madera y muy usado.

—Muy bien —dijo Vince, mientras miraba por encima del hombro de Deborah—. Siempre he tenido ganas de atacarte con un martillo.

—Anda y que te jodan —replicó ella. No estaba a la altura de su rendimiento habitual en lo tocante a insultos, pero lo dijo con considerable convicción, y Vince correteó enseguida a refugiarse en el rincón más alejado del laboratorio, donde tenía el ordenador portátil sobre una encimera.

—Alex lo encontró —dijo Deborah, y cabeceó en dirección a Duarte, que merodeaba en la puerta—. Estaba tirado en el aparcamiento de esa iglesia, Saint John.

—¿Por qué se desprendería del martillo? —pregunté, mientras clavaba el dedo en la bolsa de plástico para ver mejor.

—Aquí —dijo Debs, y percibí una nota de entusiasmo reprimido en su voz. Señaló a través del plástico un punto del mango, justo encima de donde el color amarillo se había desteñido un poco a causa del uso—. Mira, está un poco agrietado.

Me agaché y miré. En el gastado mango de madera, apenas visible a través de la bolsa cubierta de vapor, había una grieta del grosor de un pelo.

—Maravilloso —dije—. Tal vez se cortó.

—¿Por qué es tan maravilloso? —preguntó Duarte—. O sea, me gustaría ver a ese tipo malherido, pero ¿un simple corte? ¿Y qué?

Lo miré y me pregunté durante un brevísimo momento si algún malévolo ordenador personal asignaba siempre a Debs compañeros con el CI más pequeño posible.

—Si se cortó la mano —expliqué, con la mayor paciencia posible—, puede que haya a sangre. Así podríamos analizar el ADN.

—Ah, sí, claro —dijo.

—Venga, Dex —me apremió Debs—. A ver qué puedes sacar en limpio.

Me calcé los guantes y saqué el martillo de la bolsa, y después lo deposité con cuidado sobre la encimera.

—Un martillo bastante raro, ¿verdad? —dije.

—Se llama maceta —explicó Vince, y le miré. Seguía sentado al otro lado del laboratorio, encorvado sobre el ordenador. Señaló una imagen en la pantalla—. Maceta —repitió—. Lo encontré en Google.

—Muy apropiado —dije. Me incliné sobre el mango del martillo en cuestión y lo rocié con sumo cuidado con un poco de Bluestar. Revelaría cualquier señal de sangre, por pequeña que fuera. Con suerte, habría suficiente para poder obtener el grupo sanguíneo o una muestra de ADN.

—Lo utilizan sobre todo para demoliciones —continuó Vince—. Ya sabes, derribar paredes y esas cosas.

—Creo que recuerdo el significado de « demolición » —dije.

—Cortad el rollo —exigió Deborah con los dientes apretados—. ¿Puedes obtener algo de ese trasto o no?

El estilo de gestión práctica de mi hermana se me antojó más profundamente irritante que de costumbre, y pensé en varias réplicas punzantes para ponerla en su lugar. Pero cuando le iba a soltar una buena, por obra y magia del Bluestar apareció una mancha borrosa en el mango del martillo.

—Bingo.

—¿Qué? —preguntó Deborah, y de repente se materializó tan cerca de mí que le oí rechinar los dientes.

—Si sacas el pie de mi bolsillo, te lo enseñaré —dije. Expulsó el aire con un silbido, pero al menos retrocedió medio paso—. Mira. —Señalé la mancha—. Es un rastro de sangre, y todavía mejor, también hay una huella dactilar latente.

—Pura chiripa —se mofó Vince desde su taburete, al otro lado del laboratorio.

—¿De veras? —dije—. Entonces, ¿por qué no la has encontrado tú?

—¿Y el ADN? —preguntó mi hermana impaciente.

Negué con la cabeza.

—Lo intentaré, pero es probable que esté muy degradado.

—Analiza la huella —dijo Deborah—. Quiero un nombre.

—¿Y tal vez una lectura de GPS? —sugirió Vince.

Ella le fulminó con la mirada, pero en lugar de reducirle a diminutas y sanguinolentas trizas, se limitó a mirarme.

—Analiza la huella, Dexter —repitió, dio media vuelta y salió como una exhalación del laboratorio.

Alex Duarte se enderezó cuando pasó a su lado.

—*Au 'voir* —le dije cortésmente.

Asintió.

—*Mange merde* —contestó, y siguió a Deborah. Su acento francés era mucho mejor que el mío.

Miré a Vince. Cerró el ordenador portátil y se levantó.

—Vamos a ello —dijo.

La analizamos. Tal como había sospechado, la mancha de sangre estaba demasiado degradada para extraer muestras utilizables de ADN, pero tomamos una foto de la huella dactilar, y después de aumentarla en el ordenador, la imagen quedó lo bastante nítida para enviarla al Sistema de Identificación de Huellas Dactilares Automatizado Integrado, con la esperanza de obtener una coincidencia. Era una base de datos a escala nacional de huellas dactilares de criminales, y si nuestro amigo amante de los martillos constaba en ella, aparecería un nombre, y Deborah le cazaría.

Enviamos la huella, y ya no nos quedó otra cosa que hacer que esperar los resultados. Vince se ausentó para hacer unos recados, y yo continué sentado unos minutos más. Deborah parecía entusiasmada, y casi tan feliz como podía serlo en el trabajo. Siempre se mostraba optimista cuando estaba cerrando el cerco alrededor de un malo. Durante casi un segundo deseé tener sentimientos, con el fin de poder experimentar esa oleada de determinación y entusiasmo. Mi trabajo nunca me ponía contento, tan sólo me deparaba una apagada satisfacción cuando todo iba bien. Mi única sensación real de feliz autoafirmación procedía de mi pasatiempo favorito, y en este momento intentaba no pensar en él. Pero aquel delgado expediente guardado en mi casa contenía tres nombres. Tres fascinantes candidatos al exterminio estilo Dexter, y proceder a la caza de cualquiera de ellos aliviaría sin duda mis sentimientos de baja autoestima y dibujaría una alegre sonrisa sintética en mi cara.

Pero no era éste el momento adecuado, sobre todo con un Testigo que me estaba acechando, y todo el cuerpo de policía de los nervios por culpa del prematuro y desagradable fallecimiento de Klein, y ahora de Gunther. Todos los policías de la zona del gran Miami estarían trabajando en cada turno con más diligencia, con la esperanza de convertirse en el Héroe del Día, el policía que capturaría al asesino, y si bien el aumento de la vigilancia en las calles supondría un plus de seguridad temporal para la mayoría de nosotros, también conseguiría que la situación fuera más peligrosa para los Devaneos de Dexter.

No, una excursión adicional no era la respuesta, sobre todo en este clima de vigilancia policial frenética y hostil. Tenía que encontrar a mi Testigo, y hasta entonces resignarme a un ser paranoico, cascarrabias, desdichado y frustrado.

Pero cuando lo pensabas bien... ¿Y qué? Por lo que había podido averiguar observando a mis compañeros habitantes de este valle de lágrimas, todo el

mundo estaba igual de jodido las dos terceras partes del tiempo. ¿Por qué iba a ser yo una excepción, sólo por tener el corazón vacío? Al fin y al cabo, aunque Lily Anne lograra que ser humano valiera la pena, existían aspectos muchos menos gratificantes de ser una persona y era muy justo que yo también debiera sufrir los aspectos negativos. Por supuesto, nunca había creído en la justicia, pero estaba claro que ahora no podía pasar de ella.

Mi hermana no, sin embargo. Justo cuando estaba llegando a la conclusión de que todo era horrible y eso me servía de lección, irrumpió en mi cubículo como la Carga de la Brigada Ligera.

—¿Has obtenido algo? —preguntó.

—Debs, acabamos de enviarlo. Tardarán un poco.

—¿Cuánto?

Suspiré.

—Se trata tan sólo de una huella parcial, hermanita. Podrían tardar unos cuantos días, quizás una semana.

—Chorradas. No puedo esperar una semana.

—Es una base de datos enorme, y reciben peticiones procedentes de todo el país. Hemos de esperar nuestro turno.

Deborah apretó los dientes con tanta fuerza que casi oí el sonido del esmalte al desprenderse.

—Necesito los resultados —dijo con la mandíbula tensa—. Los necesito ahora.

—Bien —contesté en tono plácido—, si conoces una forma de acelerar una base de datos, estoy seguro de que todos estaríamos encantados de saber cuál es.

—¡Maldita sea, ni siquiera lo estás intentando!

Debo admitir sin ambages que en nueve ocasiones de cada diez habría soportado con más paciencia la exigencia claramente imposible de mi hermana, además de su espantosa actitud. Pero tal como estaban las cosas en los últimos tiempos, no me apetecía plegarme a sus caprichos. Me limité a respirar hondo y a responder con patente paciencia y férreo control.

—Deborah, estoy haciendo mi trabajo como mejor sé. Si se te ocurre algo que pueda ayudarnos, haz el favor de probarlo.

Apretó los dientes todavía con más fuerza, y por un momento pensé que los caninos se partirían y perforarían sus mejillas. Pero por suerte para la factura del dentista, no fue así. Me fulminó con la mirada un instante, y después cabeceó dos veces con mucha energía.

—De acuerdo —dijo. A continuación, dio media vuelta y salió a toda prisa, sin ni siquiera mirarme para chillarme por última vez.

Suspiré. Tal vez habría debido quedarme acostado en casa, o como mínimo haber consultado mi horóscopo. Daba la impresión de que todo iba mal. El mundo entero se había desviado de su eje. Era una sensación extraña y

malévola, como si hubiera percibido mi frágil estado de ánimo y estuviera buscando más puntos débiles.

Ay, si. De haber vivido mi madre, sin duda me habría dicho que habría días así. Y la clase de madre que habría dicho eso, con el rostro muy serio, tal vez habría añadido: *Una mente ociosa es el parque infantil del diablo*. No albergaba el menor deseo de disgustar a Madre Hipotética, ni tampoco deseaba columpiarme con el diablo, de modo que me levanté de la silla y puse orden en el laboratorio.

Vince asomó la cabeza un minuto después y me contempló con intrigada concentración, mientras yo sacaba brillo a la encimera con un producto de limpieza y una bayeta. Sacudió la cabeza.

—Menudo obsesivo de la limpieza —dijo—. Si no supiera que estás casado, pensaría que eres maricón.

Levanté una pequeña pila de expedientes de la encimera.

—Hay que archivarlos —señalé.

Levantó una mano y retrocedió.

—Mi espalda me está dando la paliza de nuevo —dijo—. El médico me ha dicho que no puedo cargar peso.

Y desapareció por el pasillo. Dexter Abandonado, pero encajaba con la tónica general de los recientes acontecimientos, y estaba seguro de que, tarde o temprano, me acostumbraría. En cualquier caso, conseguí terminar de limpiar sin estallar en lágrimas, lo cual, teniendo en cuenta cómo iban las cosas, era lo mejor que me podía pasar.



Estaba cenando aquella noche, cuando mi móvil se puso a sonar. Era la noche de las sobras, lo cual no era negativo en casa, puesto que me permitía picotear dos o tres guisos de Rita de una sentada, y contemplé el teléfono durante varios segundos y pensé con mucha concentración en el último pedazo de Pollo Tropical de Rita que estaba esperando en el plato, hasta que por fin descolgué el teléfono y contesté.

—Soy yo —dijo Deborah—. Necesito un favor.

—Pues claro —contesté, y miré a Cody cuando se sirvió una buena ración de fideos *thai* de la bandeja—. ¿Ha de ser ahora mismo?

Debs emitió un sonido a medio camino entre un siseo y un gruñido.

—Ay. Sí, ahora. ¿Puedes recoger a Nicholas en la guardería?

Su hijo, Nicholas, estaba matriculado en una guardería Montessori de los Gables, aunque yo estaba bastante seguro de que era demasiado pequeño para contar abalorios. Me había estado preguntando si debería hacer lo mismo con Lily Anne, pero Rita había rechazado la idea. Dijo que era tirar el dinero, hasta que un niño tenía dos o tres años.

Para Deborah, sin embargo, nada era demasiado bueno para su niño, de modo que apoquinaba alegremente la considerable tarifa del colegio. Y nunca había llegado tarde a recogerlo, por intensa que fuera la presión de su carga de trabajo, pero eran casi las siete, y Nicholas estaba esperando todavía a mamá. No cabía duda de que algo raro estaba pasando, y su voz sonaba agarrotada, no airada y tensa como antes, pero tampoco era normal.

—Mmm..., claro, creo que puedo ir a recogerle —dije—. ¿Qué te pasa?

Emitió de nuevo el siseo-gruñido.

—Ay. Maldita sea —dijo, con una especie de murmullo ronco, antes de adoptar una voz más normal—. Estoy en el hospital.

—¿Qué? ¿Por qué?, ¿qué ha pasado?

Tuve una alarmante visión de la última vez que la había visto en un hospital, un desplazamiento a urgencias que se había prolongado varios días, mientras estaba al borde de la muerte debido a una puñalada.

—Poca cosa —dijo, y había tensión en su voz, además de fatiga—. Sólo el brazo roto. Sólo... Estaré aquí un rato, y no llegaré a tiempo de recoger a Nicholas.

—¿Cómo te has roto el brazo?

—Martillo. He de dejarte. ¿Puedes recogerle, Dex, por favor?

—¿Un martillo? Por el amor de Dios, Debs, ¿qué...?

—Dexter, he de dejarte. ¿Puedes recoger a Nicholas?

—Iré a buscarle, pero ¿qué...?

—Gracias. Te lo agradezco de veras. Adiós. —Colgó.

Cerré el teléfono y vi que toda la familia me estaba mirando.

—Poned una silla más para cenar —dije—. Y guardadme esa pechuga de pollo.

Me guardaron el pollo, pero estaba muy frío cuando volví a casa con Nicholas, y todos los fideos *thai* habían desaparecido. Rita me arrebató enseguida a Nicholas y se lo llevó al cambiador mientras le arrullaba, y Astor los siguió para mirar. No recibí más llamadas de Deborah, y aún no tenía ni idea de cómo había logrado romperse el brazo con un martillo. Pero esta semana sólo se me ocurría pensar en un martillo en los telediarios, de modo que albergaba firmes sospechas de que había cazado a nuestro psicótico asesino del martillo.

Era absurdo. No podían haber identificado ya la huella dactilar, era imposible que hubieran podido atravesar todas las capas de burocracia fosilizada en tan pocas horas, pero por lo que yo sabía, ésa era la única pista. Además, jamás comería algo tan arriesgado y demencial sin arrastrarme con ella para recibir el golpe en su lugar, y acorralar a un psicótico homicida con un martillo encajaba en la categoría de «arriesgado».

Por supuesto, nunca había tenido un compañero en el que confiara, y daba la impresión de haber forjado un vínculo con Alex Duarte, tal vez en francés. Y gozaba de toda la libertad del mundo para trabajar con su nuevo compañero en lugar de conmigo. Nada podía ser más natural; incluso estaba sugerido por la normativa, y no me molestaba en lo más mínimo. Que Duarte metiera el cuello en el lazo en lugar de un servidor. Para ser sincero, estaba un poco harto de ser su secuaz en todas las redadas peligrosas, y ya era hora de que dejara de apoyarse en mí.

Después de que Rita acostara a los niños, se sentó a mi lado un rato, hasta que empezó a bostezar aparatadamente. Muy poco después, me dio un beso en la mejilla y se fue a la cama. Yo me quedé levantado con Nicholas, a la espera de que Deborah viniera a buscarle. No era un mal chico, en absoluto, pero no parecía tan espabilado como Lily Anne, ni de lejos. Sus pequeños ojos azules no poseían el mismo brillo inteligente, y a mí me parecía, desde un punto de vista objetivo, que sus habilidades motrices no estaban tan avanzadas como las de ella a la misma edad. Tal vez el rollo de Montessori no era más que pura propaganda, o sólo aprendía con más lentitud, y tampoco pasaba nada por eso. Al fin y al cabo, la perfección está lejos de ser universal, y sólo podía existir una Lily Anne. Nicholas continuaba siendo mi sobrino, y había que ser condescendiente con los niños menos dotados.

Así que me senté en el sofá con él en un silencio cordial después de que todos los demás se fueran a la cama. Le di el biberón, y poco después le cambié el pañal. En cuanto saqué el mojado, empezó a mear al aire, y tuve que recurrir a

mi considerable destreza para esquivar el chorro. Pero conseguí ponerle el pañal limpio y, al pensar que quizás el runrún relajante de la tele podría incitarle a dormir, encendí el aparato y volví a sentarme en el sofá con él.

Y allí estaba Deborah, ocupando toda la pantalla del televisor, acompañada de luces destellantes y la perentoria y muy seria voz en *off* del presentador de las noticias. La imagen plasmaba a mi hermana acunándose el brazo izquierdo mientras los médicos de urgencias la ayudaban a tenderse sobre una camilla y le colocaban una férula hinchable en el brazo. Estaba hablando todo el rato con Duarte, y no cabía duda de que era para darle órdenes, mientras él asentía y le palmeaba el hombro incólume.

Y cuando el presentador terminó una espantosa frase mal construida acerca del verdadero coraje y heroísmo de Deborah, incluso pronunciando su nombre de manera correcta, la imagen saltó a otra camilla, mientras dos policías uniformados la seguían hasta el interior de la ambulancia. Sobre esta camilla iba un hombre de cara cuadrada que se debatía contra sus ligaduras. Manaba sangre de su hombro y estómago, y gritaba algo que parecía obsceno, incluso sin sonido. Después, dos retratos de estudio aparecieron en la pantalla, Klein y Gunther, uno al lado del otro en sus fotografías oficiales. La voz del presentador adquirió un tono muy sombrío, y prometió mantenerme informado del desarrollo de la historia. Y a pesar de lo que opino de los presentadores de noticias de la tele, tuve que admitir que esto era mucho más de lo que mi hermana había hecho.

Por supuesto, no existía ningún motivo para que me mantuviera informado. No era la guardiana de Dexter, y si por fin se estaba dando cuenta de ello, mucho mejor. De modo que me sentía de lo más satisfecho, nada enfadado con mi hermana, cuando apareció por fin para recoger a su hijo. Era casi medianoche, y Nicholas y yo habíamos visto ya varios boletines de noticias más, y luego el reportaje principal en el último telediario, todo lo cual repetía el primer y aburrido boletín. Heroica agente herida mientras atrapaba a asesino de policías. Qué plasta. Nicholas no daba señales de reconocer a su madre cuando aparecía en la televisión. Yo estaba convencido de que Lily Anne me habría reconocido, ya fuera en la tele o en cualquier otra parte, pero eso no significaba necesariamente que el niño fuera anormal.

En cualquier caso, pareció alegrarse de ver a Debs en persona cuando abrí la puerta de la calle y la dejé entrar. El pobre crío no sabía aún que no podía volar, y trató de saltar de mis brazos a los de ella. Manoteé, intenté agarrarle y casi le dejé caer, pero Deborah lo sujetó con el brazo bueno. El otro, el izquierdo, estaba rodeado de una férula y colgaba de un cabestrillo.

—Bien —dije—. Me sorprende verte en público sin un agente.

Deborah tenía la cara pegada a la del niño y le decía tonterías en voz baja, al tiempo que él reía y le pellizcaba la nariz. Debs me miró, todavía sonriente.

—¿Qué coño significa eso?

—Sales en la tele —explicué—. La nueva superestrella de la red: « Heroica detective sacrifica sus miembros para cazar al asesino psicótico de policías» .

Compuso una mueca de frustración.

—Mierda —dijo, indiferente al parecer a corromper la moral del pequeño Nicholas con sus tacos—. Los malditos reporteros querían entrevistas, fotos y una puta biografía. Estaban por todas partes, incluso en urgencias.

—Una gran noticia. Ese tipo estaba poniendo de los nervios a todo el mundo. ¿Estás segura de que cazaste al psicótico correcto?

—Sí, es él —dijo muy contenta—. Richard Kavasik No cabe la menor duda. Frotó su nariz contra la de Nicholas una vez más.

—¿Cómo le encontraste?

—Oh —dijo, sin levantar la vista—. Recibí una identificación de IAFIS<sup>[4]</sup>. Ya sabes, de la huella dactilar.

Parpadeé, y por un momento no se me ocurrió nada que decir. De hecho, lo que Debs acababa de contarme era tan improbable que me costaba mucho recordar cómo se hablaba.

—Eso no es posible —solté por fin—. No puedes obtener una identificación de una parcial en seis horas.

—Oh, bien. Pulsé algunos resortes.

—Deborah, es una base de datos nacional. No hay resortes que pulsar.

Se encogió de hombros, sin dejar de sonreír a Nicholas.

—Bien, sí, pues tenía uno. Llamé a un amigo de Chutsky bien conectado. Les dio prisas.

—Oh —dije, y admito que no fue terriblemente ingenioso, pero fue lo único que se me ocurrió teniendo en cuenta las circunstancias. Y era lógico: Chutsky, su novio desaparecido, tenía muchos contactos en todas las organizaciones de Washington cuyos nombres tenían tres letras—. Y, mmm, ¿estás absolutamente segura de que es el verdadero culpable?

—Oh, sí, sin la menor duda. Había un par de posibles coincidencias, sólo era una huella parcial, pero Kavasik era el único con un historial de violencia psicótica, de modo que era evidente. Y hasta trabaja para una empresa de demolición de edificios en Opa-locka, así que el martillo también coincide.

—¿Le detuviste en su trabajo?

Ella sonrió, en parte por el recuerdo de la detención y en parte por Nicholas, que no estaba haciendo nada más interesante que mirarla con adoración.

—Sí —dijo, y tocó la nariz del niño con el dedo—. Justo enfrente de Benny's.

—¿Qué estabas haciendo en Benny's?

—Oh —dijo, sin levantar la vista—. Son casi las cinco, y tenemos la coincidencia de la huella dactilar, pero consta en la lista como eventual, y no sabemos dónde buscar a ese tipo. Kavasik —añadió, por si yo había olvidado el nombre.

—Vale —dije, una forma de disimular con astucia mi impaciencia.

—Y Duarte va y dice: « Son las cinco, vamos a tomar una cerveza» . —Hizo una mueca—. Lo cual a mí me fastidia un poco, pero es el primer compañero al que soporto.

—Ya me he dado cuenta. Parece muy simpático.

Debs resopló. Nicholas se encogió un poco al oír el sonido, y ella le arrulló un momento.

—No es simpático —dijo—. Pero puedo trabajar con él. Así que digo vale, y paramos a tomar una cerveza en Benny's.

—Eso lo explica todo.

Y así era. Benny's era uno de esos bares Sólo Para Polis extraoficialmente, el tipo de lugar que te pondría muy nervioso si entraras sin placa. Muchos policías paraban en el camino de casa después del trabajo, y se sabía que algunos habían entrado a dar una cabezada no autorizada en horas de trabajo, una parada que nunca quedaba reflejada en los registros. Si Klein y Gunther habían ido a Benny's justo antes de que los asesinaran, eso explicaría por qué no había constancia de en dónde habían estado cuando les mataron.

—Así que paramos delante, y había un puesto ambulante de tacos al otro lado de la calle. Y ni siquiera pienso en ello hasta que oigo un estruendo en el antiguo edificio de oficinas que hay al lado. Y vuelvo a mirar y veo el letrero, « Tacos» , y pienso, no es posible.

Yo estaba un poco irritado. Era muy tarde, y o bien me sentía demasiado cansado para seguir su relato, o bien carecía de sentido.

—Debs, ¿adónde quieres ir a parar? —pregunté, procurando disimular el malhumor que sentía.

—Un estruendo, Dexter —contestó Deborah, como si fuera la cosa más evidente del mundo—. Como de un martillo. Golpeando una pared. —Enarcó las cejas—. Porque están tirando abajo la parte interior del edificio que hay enfrente de Benny's. Con martillos y un puesto ambulante de tacos delante.

Y por fin, empecé a comprender.

—Imposible —dije.

Ella cabeceó con firmeza.

—Posible. Muy posible. Había un par de tíos trabajando allí, derribando las paredes, y utilizaban enormes martillos.

—Macetas —dije, recordando la palabra utilizada por Vince.

—Como se llamen. Así que Duarte y yo nos acercamos, convencidos de que es imposible, pero no cuesta nada mirar. Y apenas saco mi placa, cuando aquel tipo se vuelve loco y me ataca con el martillo. Le disparo dos veces y el hijo de puta todavía sigue adelante y me golpea en el brazo. —Cerró los ojos y se reclinó contra el marco de la puerta—. Dos balas en el cuerpo, y me habría roto la cabeza si Duarte no le hubiera disparado con el táser.

Nicholas dijo algo que sonó como «*Blub-blub*», y Deborah se incorporó y cambió el peso del niño sobre el brazo.

Miré a mi hermana, tan cansada y no obstante tan feliz, y admito que sentí un poco de envidia. Pero todo se me antojaba todavía irreal e incompleto, y no podía creer que hubiera sucedido sin mí. Era como si hubiera colocado una sola palabra en un crucigrama, y alguien lo hubiera terminado al darme la vuelta. Aún más vergonzoso, me sentí un poco culpable por no haber estado presente, pese al hecho de que no me habían invitado a participar. Algo de lo más estúpido e irracional, muy impropio de mí, pero así era.

—¿Sobrevivirá? —pregunté, convencido de que sería una pena que lo hiciera.

—Mierda, sí, hasta le han sedado. Tiene una fuerza increíble, no siente el dolor. Si Alex no le hubiera esposado de inmediato, me habría vuelto a golpear. Y se recuperó de la taser en, no sé, tres segundos. Un psicótico total. —Y con una sonrisa de cansada satisfacción, abrazó a Nicholas con más fuerza, y apretó su carita contra el cuello—. Pero ahora está a buen recaudo, y todo ha terminado. Es él. Le he cazado. —Meció al niño con suavidad—. Mamá ha cazado al malo —repitió, esta vez en un tono más musical, como si fuera una canción de cuna para Nicholas.

—Bien —dije, y me di cuenta de que era la tercera vez, como mínimo, que decía «bien» desde que Deborah había llegado. ¿Me sentía tan aturullado que era incapaz de seguir una conversación básica?—. Has cazado al Asesino del Martillo. Felicidades, hermanita.

—Sí, gracias —dijo, y después frunció el entrecejo y sacudió la cabeza—. Ojalá pueda resistir los dos próximos días.

Tal vez hablaba con incoherencia debido a los calmantes, pero no supe a qué se refería.

—¿Te duele el brazo? —pregunté.

—¿Esto? —Levantó la férula—. Los he tenido peores. —Se encogió de hombros y compuso una mueca terrible—. No. Es Matthews. Los putos periodistas están montando un gran cirio, y Matthews me ha ordenado que les siga la corriente porque son unas RP de puta madre. —Exhaló un profundo suspiro y Nicholas dijo: «*¡Blat!*» con mucha claridad, y le atizó un mamporro en la nariz a su madre. Ella volvió a acariciarlo con el apéndice nasal—. Odio esa mierda.

—Ah. Por supuesto.

Ahora lo comprendí. Deborah era una completa inepta en lo tocante a las relaciones públicas, la política del departamento, la rutina de lamer culos y cualquier aspecto del trabajo policial que no implicara disparar o buscar a los malos. Si hubiera sido un poquito experta en tratar con la gente, ya sería jefa de división, como mínimo. Pero no lo era, y se hallaba de nuevo en una situación que exigía sonrisas falsas y chorradas, dos talentos que le eran tan ajenos como

el baile de apareamiento de los klingon. No cabía duda de que necesitaba una advertencia de alguien que conociera los pasos. Como Nicholas no sabía pronunciar ni su propio nombre, sólo quedaba yo.

—Bien —dije con cautela—, es muy probable que vayas a estar en el candelero durante un par de días.

—Sí, lo sé. Menuda suerte.

—No te iría mal seguir un poco la corriente, Debs —le aconsejé, y admito que yo también parecía un poco malhumorado—. Ya conoces las palabras correctas: «Todo el equipo de Miami-Dade llevó a cabo un esfuerzo extraordinario en su incansable trabajo por detener al sospechoso...».

—Que te den, Dex —replicó—. Ya sabes que esa mierda no me va. Quieren que sonría a la cámara y diga a todo el mundo lo cojonuda que soy, y soy incapaz de hacer esa mierda, y tú lo sabes.

Lo sabía, pero también sabía que debería intentarlo de nuevo, lo cual significaba que la esperaban un par de días difíciles. Pero antes de que pudiera decir algo inteligente acerca del tema, Nicholas se puso a brincar de nuevo y dijo: «¡Ba ba ba ba!».

Deborah le miró con una sonrisa cansada, y después a mí.

—En cualquier caso, será mejor que acueste a mi niño. Gracias por ir a buscarle, Dex.

—Guardería Dexter. Nunca cerramos.

—Nos veremos en el trabajo. Gracias de nuevo. —Se volvió hacia la puerta. Tuve que abrirla yo, porque sólo tenía un brazo sano y cargaba con Nicholas—. Gracias... —repitió, por tercera vez en menos de un minuto, lo cual constituía un récord para ella.

Deborah se arrastró hacia su coche, con más aspecto de cansancio que nunca, y vi que Duarte bajaba y abría la puerta de atrás para ella. Metió a Nicholas en el asiento, y sujetó la puerta del pasajero para dejarla subir. Después la cerró, me saludó con un cabeceo y se puso al volante.

Seguí el coche con la mirada. Todo el mundo pensaba ahora que Debs era maravillosa, porque creía que había capturado a un peligroso asesino, y lo único que deseaba ella era capturar al siguiente. Ojalá aprendiera a explotar momentos como éste, pero sabía que nunca lo haría. Era empecinada, inteligente y eficiente, pero nunca aprendería a mentir sin cambiar de expresión, lo cual arruinaba cualquier carrera.

También experimentaba una leve sensación de que, en algún momento de los días siguientes, necesitaría un poco de habilidades de relaciones públicas, y como carecía de ellas por completo, eso se convertiría en un caso de relaciones públicas para la firma Dexter & Dexter, «*Spin Doctor*» de las Estrellas.

Por supuesto... Siempre acababa siendo mi problema, aunque no lo fuera. Suspiré, vi que el coche de Deborah desaparecía al doblar la esquina, cerré la

puerta con llave y me fui a la cama.



El frenesí mediático que generó la gran detención de Deborah fue mucho mayor de lo previsto, y durante los días siguientes Mi hermana se convirtió en una estrella del rock bien a su pesar. Le llovieron solicitudes de entrevistas y fotografías, y hasta en la relativa seguridad de la comisaría de policía no estuvo a salvo de gente que se paraba para decirle lo maravillosa que era. Por supuesto, como Deborah era Deborah, este tipo de atención no la complacía. Declinó todas las invitaciones de los medios, y procuró con todas sus fuerzas desembarazarse de quienes la felicitaban en el trabajo sin manifestarles la menor hostilidad. No siempre lo lograba, pero daba igual. Los demás policías pensaban que, encima de ser espectacular, era modesta, hosca e impaciente con las chorradas (lo cual era cierto, en su mayor parte), lo cual añadió más lustre a la creciente Leyenda de Morgan.

Y de alguna manera, parte del brillo se reflejó también en mí. La había ayudado a solucionar sus casos con bastante frecuencia, por lo general con mi perspicacia especial sobre las cosas tal como son (cruelles, por suerte), y con la misma frecuencia me habían golpeado, chuleado y sacudido en el proceso. Nunca jamás había recibido ni siquiera una palmadita en mi castigada espalda a modo de agradecimiento, pero ahora, la única vez que no había hecho absolutamente nada, empezaron a reconocer mis méritos. Recibí tres solicitudes de entrevistas de reporteros que, de repente, habían llegado a creer que las salpicaduras de sangre son fascinantes, y me invitaron a escribir un artículo para el *Forensic Examiner*.

Rechacé las entrevistas, por supuesto. Me había esforzado mucho en mantener mi rostro alejado del público en general, y no veía motivos para cambiar ahora. Pero la atención continuaba. La gente me paraba para decir cosas amables, estrechar mi mano y asegurarme que había hecho un buen trabajo. Y era cierto. Por lo general, yo era muy bueno en mi trabajo, sólo que esta vez no lo había hecho yo. Sin embargo, de repente, era el objeto de una atención excesiva que no deseaba. Era desconcertante, incluso irritante, y descubrí que me encogía cada vez que sonaba el teléfono, me agachaba cuando se abría la puerta, y hasta canturreaba el clásico mantra de los besugos: ¿Por qué yo?

La tragedia consistió en que fue Vince Masuoka quien contestó por fin a esa patética pregunta.

—Pequeño Saltamontes —dijo, mientras meneaba la cabeza con aire sabio, la mañana que me oyó rechazar a *Miami Hoy* por tercera vez—. Cuando la campana del templo suena, la grulla ha de volar.

—Sí, y una manzana cada ocho horas mantiene alejados a tres médicos —repliqué—. ¿Y qué?

—Pues, ¿qué esperabas? —dijo con una sonrisita astuta.

Le miré, y él me devolvió la sonrisa de suficiencia. Daba la impresión de que iba a decir algo importante, por una vez, de modo que le di una respuesta más o menos seria.

—Lo que espero es pasar desapercibido sin que nadie me reconozca, y trabajar en soledad en mi nivel incomparable de excelencia sin igual.

Sacudió la cabeza.

—En ese caso, has de buscar un nuevo agente. Porque tu cara sale en toda la blogosfera.

—¿Mi qué sale en dónde?

—Mira —dijo Vince. Pulsó algunas teclas de su ordenador portátil un momento, y después volvió la pantalla hacia mí—. Eres tú, Dexter —anunció—. Una foto de superhombre. Un auténtico semental.

Miré la pantalla y padecí un momento de desorientación casi alucinatoria. El ordenador mostraba un sitio web con un titular rojo y goteante que decía «Asesinato en Miami». Y debajo había un modelo masculino en pose heroica delante del Torch of Friendship, en el escenario donde habían descubierto el cadáver del agente Gunther. El modelo tenía un porte autoritario, brillante y sexy..., y también se parecía espantosamente a mí. De hecho, ante mi estupefacción, era yo, tal como Vince había dicho. Yo estaba detrás de Deborah y señalaba hacia el agua, y ella mostraba una expresión de entusiasta docilidad en su rostro. No tenía ni idea de que alguien hubiera logrado capturarnos a los dos con estas expresiones tan poco características, y la verdad era que parecía un verdadero semental. Y todavía peor, el pie de la foto rezaba: «Dexter Morgan: ¡el auténtico cerebro detrás del caso Martillo-Policía!».

—Es un blog muy popular —dijo Vince—. No puedo creer que no lo hayas visto, porque todo el mundo lo ha hecho.

—¿Y por esto todo el mundo piensa de repente que soy interesante?

Él asintió.

—A menos que hayas lanzado un *single* de éxito que yo no conozca.

Parpadeé y miré la foto una vez más, con la esperanza de descubrir que se había desvanecido, pero no era así. Y mientras miraba, sentí que mi estómago se revolvía a causa de algo muy cercano al miedo. Porque allí estaba mi cara, mi nombre, e incluso mi trabajo, todo junto en un paquete muy práctico, y la primera idea que asomó a mi cerebro no fue: *Oh, chico, parezco un semental*. En cambio, dio forma de inmediato a la inquietud anónima que había estado experimentando, algo así como:

¿Y si mi Testigo desconocido ha visto las fotos? Mi nombre estaba allí junto con mi cara, y junto con mi trabajo, prácticamente todo estaba allí, salvo el número que calzo. Aunque no hubiera descubierto mi número de matrícula o seguido mi rastro, esto le concedería todas las oportunidades que necesitaba. Ni

quiera era una cuestión de sumar dos y dos; ya tenía el resultado. Tragué saliva, lo cual no resultó tan fácil como habría debido ser, puesto que se me había secado la boca de golpe, y caí en la cuenta de que Vince me estaba mirando de una forma muy rara. Busqué algo ingenioso y contundente que decir, y al final me decidí por:

—Oh. Mmm... Mierda.

Él sacudió la cabeza con semblante muy serio.

—Es una pena que ya no seas soltero —dijo—. No pararías de echar polvos.

Parecía más probable que me detuvieran y ejecutaran. Siempre había procurado esquivar la publicidad de cualquier tipo. Era mucho mejor para alguien con mis tendencias recreativas mantener el anonimato lo máximo posible, y hasta ahora había conseguido mantener el rostro oculto al público. Pero aquí estaba, esparcido al parecer por toda la blogosfera, y no podía hacer nada salvo confiar en que mi Testigo no leyera el blog del Asesinato en Miami. Si mi foto había circulado tanto como afirmaba Vince, tal vez debería confiar también en que viviera debajo de una roca, y una roca sin conexiones con Internet. No había forma de protegerme. Esto era desnudez pública, pura y dura. Peor todavía, no había remedio. Tendría que esperar a que la atención se disparara cuando las cosas se tranquilizaran.

En realidad, las cosas no se tranquilizaron enseguida, al menos en lo concerniente al caso Martillo-Policía, pero por suerte la atención me eludió. Los detalles del caso empezaron a irrumpir en los medios convencionales. Algunas fotografías de los cadáveres aparecieron *online*, cortesía de Asesinato en Miami, por supuesto, pero los periódicos se apoderaron de ellas, así como de algunas descripciones muy gráficas de lo que le habían hecho a Klein y Gunther. El interés público se disparó varios puntos, y cuando la emocionante conclusión se filtró, los bustos parlantes de los periódicos y la televisión consideraron el titular demasiado bueno para despreciarlo («¡Mamá Trabajadora Neutraliza Al Asesino Psicótico!»), y la estampida de la prensa en dirección a Deborah me dejó rezagado entre el polvo, lo cual consiguió que me preguntara si mi hermana había sido uno de los Beatles y habría olvidado mencionarlo.

Debs era una historia mucho mejor que yo, pero, por supuesto, no quería participar en ello. Y, por supuesto, los reporteros deducían que lo hacía para sacar más dinero, lo cual le daba todavía menos ganas de hablar con ellos. El capitán Matthews tuvo que ordenarle que aceptara una o dos solicitudes de entrevistas con los medios nacionales. Consideraba un trabajo primordial mantener una imagen pública positiva, para él y para el departamento, y las entrevistas televisadas a toda la nación no crecían en los árboles. Pero ella se sentía muy incómoda, torpe y tensa ante la cámara. Por lo tanto, el capitán Matthews decidió enseguida que Debs como experta en relaciones públicas no era una buena idea, y se concentró en intentar que sólo saliera en la tele su viril rostro. La televisión

no estaba muy interesada, pese a la impresionante barbilla del capitán, y al cabo de una semana o así las peticiones de entrevistar a Deborah decayeron, y nuestra feliz nación pasó a la Siguiente Historia Increiblemente Fascinante: una niña de ocho años que había subido hasta la mitad del Everest sola, antes de perder una pierna tras presentar síntomas de congelación. Las entrevistas con sus orgullosos padres habían resultado de lo más conmovedor, sobre todo la madre que lloraba por el gasto de una nueva pierna protésica cada seis meses, a medida que la niña fuera creciendo, y tomé nota mental de no perderme su *reality show* en otoño.

Más o menos al mismo tiempo la prensa siguió a lo suyo, y el resto del cuerpo de policía se cansó de decirle a Deborah lo cojonuda que era, sobre todo desde que su forma de dar las gracias había alcanzado tintes casi feroces. Uno o dos detectives empezaron a emitir comentarios sarcásticos que una mente suspicaz supondría provocados por la envidia. En cualquier caso, las felicitaciones y alabanzas en el trabajo se agotaron y el cuerpo volvió a la brutalidad rutinaria de la vida laboral de los Mejores de Miami. La tensa atmósfera de casa encantada abandonó el departamento, y las cosas recuperaron su cómoda marcha cotidiana, con Debs fuera de los focos y de vuelta a la rutina de las puñaladas y las decapitaciones. No parecía que el brazo roto bastara para disminuir su actividad, y Alex Duarte siempre estaba a su lado para echarle una mano, ya fuera literal o figurada.

Por mi parte, taché algunos nombres más de la lista, pero ahora todo estaba sucediendo con la lentitud de una pesadilla, y no podía hacer otra cosa que seguir avanzando a paso de tortuga. Sabía que algo terrible estaba a punto de suceder, y que yo sería el damnificado. El señor Testigo ya debía saber con absoluta certeza quién era yo. Una foto me había identificado con mi nombre, y en mi opinión sólo era cuestión de tiempo que esos dos hechos se estrellaran el uno contra el otro con Dexter en medio. Vivía los días con la sensación horriblemente incómoda de estar siendo observado por ojos hostiles. No percibía la menor señal de ello, por más que mirara a mi alrededor, pero la sensación no se disipaba. Nadie me miraba fijamente cuando estaba en público, aunque yo imaginaba que sentía sus ojos en todas partes. No vi nada raro en ninguna parte, ni siquiera una vez, pero lo sentía. Algo venía hacia mí, y sabía que no me gustaría cuando llegara, nada en absoluto.

El Oscuro Pasajero estaba igual de inquieto. Daba la impresión de que paseaba de un lado a otro sin cesar, como un tigre enjaulado, pero no me ofrecía ayuda ni sugerencias, nada salvo más inquietud. Y mi sensación casi constante de temor no me abandonó durante los siguientes días. En casa, me costaba muchísimo mantener mi máscara de padre feliz. Rita no había vuelto a hablar de buscar una casa nueva, pero tal vez fuera debido a una crisis en su trabajo relacionada con el rendimiento de los euros y los bonos a largo plazo, y de repente estaba demasiado ocupada para hacer algo al respecto, aunque todavía

encontraba tiempo para dirigirme extrañas miradas de desaprobación, y yo seguía sin tener ni idea de lo que había hecho o dejado de hacer.

También recayó en mí la tarea de llevar a Astor al dentista para que le pusiera el aparato corrector, un desplazamiento que no fue placentero para ninguno de nosotros. Todavía consideraba la idea de la ortodoncia como una especie de apocalipsis personal, diseñado por un mundo vengativo para arrastrarla por la fuerza hacia una muerte social, y estuvo enfurruñada durante todo el trayecto. No dijo ni una palabra hasta llegar a la consulta del dentista, algo inusual en ella.

Y de vuelta a casa, con los nuevos *brackets* plateados sobre los dientes, guardó idéntico silencio, pero de una forma más agresiva. Miraba con furia el paisaje, rugía a los coches que pasaban, y ninguno de mis torpes intentos de animarla recibieron otra cosa que alguna mirada airada y dos sencillas declaraciones de principios: «Parezco un cyborg» y «Mi vida ha terminado». Y después se volvió para mirar por la ventanilla del coche y no dijo nada más.

Astor estaba de mal humor, Rita no paraba de realizar cálculos y Cody mantenía su silencio normal. Sólo Lily Anne sabía que algo raro pasaba. Se esforzó por aliviarme de mi canguelo, me distrajo con numerosas rondas de «Old MacDonald» y «Frog Went A-Courtin», pero ni siquiera su gran talento musical logró otra cosa que un apaciguamiento temporal de mi profunda inquietud.

Algo se avecinaba. Lo sabía, y no podía impedirlo. Era como ver caer un piano desde lo alto de un edificio y saber que al cabo de unos segundos se iba a producir un enorme y terrible impacto, y no podías hacer otra cosa que esperarlo. Pero si bien este piano sólo se encontraba en mi cabeza, todavía me sentía a la espera del estallido ensordecedor cuando se estrellara contra la acera.

Y una mañana, llegué al trabajo y descubrí que mi piano no era nada imaginario.

Me había acomodado en la silla con una taza de lodo tóxico disfrazado de café. Nadie más había llegado todavía, de modo que encendí el ordenador para echar un vistazo a mi bandeja de entrada. Todo era basura: una nota del departamento advirtiéndome que el nuevo código de indumentaria del departamento no permitía guayaberas, una nota del líder de la Rama Lobato de Cody recordándome que llevara aperitivos la semana siguiente, tres ofertas de farmacias canadienses *online*, dos notas que insinuaban actividades muy indecentes y bastante personales, una carta de mi abogado de Nigeria que me instaba a reclamar mi gigantesca herencia, y una invitación a crear un blog sobre manchas de sangre en un sitio de aficionados a los homicidios. Por un momento, me dejé distraer por la idea de escribir para un sitio web de *groupies* del asesinato. Era absurdo, desconcertante y siniestramente atractivo, y no pude reprimir la tentación de echar un rápido vistazo. Abrí el correo electrónico.

Mi pantalla se quedó un momento en blanco, y sentí pánico durante un par de segundos. ¿Había dejado entrar alguna especie de virus? Pero entonces apareció un archivo de gráficos en flash, y un brillante pegote rojo de sangre animada estalló sobre la pantalla. Descendieron gotas hacia el borde inferior, lo bastante realistas para que me sintiera muy inquieto. Letras oscuras empezaron a formarse en la espantosa masa roja, y mientras deletreaban poco a poco mi nombre sentí que me recorría un enfermizo espasmo de miedo, que no mejoró cuando un destello cegador de luz iluminó la pantalla, y después aparecieron enormes letras negras: « ¡TE PILLÉ! » .

Por un momento, sólo pude mirar la pantalla. Las palabras empezaron a desvanecerse, y sentí que toda mi vida se desvanecía con ellas. Era Dios: todo había terminado. Quién era, qué iba a hacer, todo daba igual. Dexter estaba Acabado.

Y entonces, apareció un párrafo de texto, empecé a leerlo aturdido e impotente.

*Si eres como yo —rezaba—, ¡te gusta el asesinato!*

Vale, de acuerdo, soy como tú. ¿Qué quieres decir?

Continuaba:

*Eso no tiene nada de malo. ¡Conocerás a muchas personas que opinan lo mismo! Y al igual que a ti, les encanta vivir en Miami, donde siempre puedes seguir nuevos casos. Hasta ahora ha sido difícil mantenerse al día de las últimas noticias en materia de homicidios locales. ¡Pero ahora existe una forma muy sencilla de conseguirlo! Sangre Tropical es una nueva y emocionante revista online que te ofrece información privilegiada sobre todos los asesinatos actuales, ¡y por sólo 4,99 dólares al mes! ¡Esta tarifa especial sólo es para los suscriptores fundadores! ¡Has de apuntarte ahora, antes de que suba el precio!*

Había más, pero no lo leí. Me debatía entre el alivio por el hecho de que fuera simple basura, y la rabia por haberme hecho pasar un momento tan malo. Borré el correo, y en ese momento mi ordenador portátil emitió el sonido que anunciaba otro correo electrónico, una nota con el título de *Identidad*.

Moví el ratón para borrar ése también, pero vacilé un momento. Era absurdo, pero la coincidencia en el tiempo parecía mágica: entraba uno mientras borraba otro. No estaba relacionado, por supuesto, pero existía una especie de simetría maravillosa. De modo que lo abrí. Supuse que sería un anuncio de algún asombroso producto nuevo que me protegería del robo de identidad, o tal vez mejoraría mi sexualidad. Pero la palabra « identidad » ... Se había grabado en mi mente mientras batallaba con la cuestión de mi Testigo. Había estado pensando

en su identidad y en si sabía la mía, y ahora esta misma palabra en el asunto había despertado el recuerdo. Era una relación estúpida, casi inexistente, pero allí estaba, y no pude reprimir la tentación de lanzar una breve ojeada. Abrí el correo.

Una página de texto a un solo espacio apareció en la pantalla, bajo un encabezamiento grande y estilizado que rezaba «Sombrablog». Las letras del encabezamiento estaban impresas en un tipo gris semitransparente, y debajo había una imagen reflejada de las letras en un rojo tenue. No había nombre debajo, sólo una URL: <http://www.blogalodeon.com/shadowblog>.

Oh, alegría y felicidad: había caído en una lista de direcciones anónima de algún bloguero de tres al cuarto. ¿Era éste el precio de mi reciente fama? ¿Ser asaltado por todos los chiflados semianalfabetos provistos de un teclado y una opinión? No me hacía la menor falta, y una vez más moví el ratón para borrar el correo..., y entonces vi la primera frase, y me sentí paralizado y helado.

*Y ahora sé tu nombre*, decía.

Durante un momento eterno me quedé contemplando la frase. Era irracional casi hasta el punto de la muerte cerebral clínica, pero por algún motivo estaba convencido de que la frase se refería a mí, y de que había sido escrita por mi Testigo. Miré fijamente, y hasta es posible que parpadeara una o dos veces, pero aparte de eso no hice nada más. Por fin, tomé conciencia de un lejano retumbar, y comprendí que era mi corazón, el cual me recordaba que debía respirar. Lo hice, cerré los ojos y concedí un momento al oxígeno para ascender hasta mi cerebro y poner en acción algunos pensamientos. El primero fue la orden de calmarme, seguido de un recordatorio muy lógico de que aquello era, al fin y al cabo, tan sólo un correo basura, y que no era posible que girara en torno a mí o al Testigo.

Así que aspiré aire de nuevo, descubrí que era bueno, y abrí los ojos. La frase continuaba en su sitio. Todavía rezaba: *Y ahora sé tu nombre*, y aún había una página de texto debajo. Pero me sentí muy orgulloso al descubrir que me llegaba otro pensamiento sereno, el cual consistía en que mirar aquella página me convencería ipso facto de que el blog no tenía nada que ver conmigo. Lo único que debía hacer era leer una o dos frases para comprobar que me estaba comportando como un idiota paranoico, y que podría volver a sorber poco a poco mi taza de café asqueroso.

De modo que moví mis ojos hasta la segunda línea y empecé a leer.

*Desde que te vi aquella noche en la casa abandonada tu cara ha quedado grabada en mi cabeza. La he visto por todas partes, despierto y dormido, y no puedo alejar esa imagen de ti inclinado sobre una pila de carne roja que había sido un ser humano tan sólo unos minutos antes. Incluso tú has de saber que eso está muy mal. Y sigo pensando: ¿quién coño eres? O quizá, qué carajo, ¿eres humano? ¿Es*

*posible que alguien capaz de hacer eso pueda escapar al castigo, pasear por el mundo real, comprar comestibles y hablar del tiempo?*

*Huí de ti. Huí de la visión de lo que estabas haciendo. Pero esa imagen huyó conmigo, y sé que habría debido hacer algo, pero no lo hice, y no me la pude sacar de la cabeza.*

*Y como huí de ti, da la impresión de que he empezado a verte por todas partes. No te había visto en toda mi vida, y ahora apareces cada vez que salgo por la puerta. Te veo con tus hijos, o en la calle haciendo tu trabajo, y ya no puedo aguantarlo.*

*No soy estúpido. Sé que no es un accidente, porque esa clase de coincidencia es imposible. Pero no quise pensar en su significado, porque en ese caso tendría que haber hecho algo. Y siempre pensaba que no estaba preparado para eso. O sea, mi divorcio, encima de todas las cosas chungas que no paran de sucederme. Pensé que era demasiado, tener que lidiar también contigo... Olvidalo.*

*Y después veo tu foto, y pone tu nombre, tu trabajo. Tu trabajo. Y pienso: ¿es un puto policía? Alucinante; sí, señor. ¿Cómo se lo monta? Y enseguida lo comprendo, no puedo hacer nada con un tipo como tú que, encima, es policía.*

*Pero no puedo dejar de pensar en eso, y cuanto más pienso, más lo sigo desechando, porque ya tengo bastantes problemas para, encima, tener que lidiar con alguien como tú. Y no para de zumbar en mi cabeza la idea hasta que creo que voy a volverme majara y quiero huir, pero no hay lugar adonde huir, y ya no puedo evitar enfrentarme a ti porque sé quién eres y dónde trabajas, y ya no tengo excusas, y toda esta información se amontona y da vueltas en mi cabeza y me está volviendo loco...*

*Y entonces, de repente, es como si hubieran activado un interruptor en mi cerebro. Clic. Y casi puedo oír una voz que dice: estás enfocando mal el problema. Como decía el Cura, cada escollo es un peldaño en el camino del éxito si lo miras bien. Y yo pienso: sí.*

*Esto no es otro problema. Es una respuesta.*

*Es la forma de lograr que todas las demás chorradas signifiquen algo, y combinarlas por fin. Y puede que todavía no sepa cómo hacerlo, pero sé que está bien, y sé que puedo hacerlo.*

*Y lo haré. Pronto.*

*Porque sé tu nombre.*

*Oí que una puerta se cerraba en el pasillo. Dos voces se llamaron mutuamente, pero no distinguí las palabras, y tampoco las habría entendido de haberlas oído, porque sólo una cosa en el mundo poseía significado.*

*Sabía mi nombre.*

*Había visto las fotos online, con mi nombre en ellas, y había combinado esa información con lo que me había visto hacer con Valentine. Me conocía. Sabía*



quién era y sabía dónde trabajaba. Intenté conservar la calma y pensar en lo que debía hacer al respecto, pero no podía ir más allá de ese pensamiento que destruía mi mundo. Me conocía. Podría destruirme en cualquier momento. Yo no tenía la menor idea de quién era, pero él me conocía y podía desenmascaramme cuando le diera la gana, y al parecer no podía hacer gran cosa para evitarlo.

¿Y qué era aquello de haberme visto con mis hijos? ¿Estaba amenazando a Lily Anne? No podía permitirlo. Tenía que encontrar una manera de encontrarle y detenerle. Pero ¿cómo, cuando hacía dos semanas que estaba intentando localizarle sin éxito?

Examiné el blog de nuevo, en busca de alguna pista que pudiera revelarme quién era, algún indicio que me ayudara a salir de aquella pesadilla, pero las palabras no habían cambiado. De todos modos, al leer el texto por segunda vez, vi que no había escrito nada que pudiera desenmascaramme ante nadie más. Al menos, estaba a salvo de eso. Por lo tanto, ¿cuál era la verdadera amenaza? ¿Un ataque físico contra mí o contra mi familia? Escribía acerca de «enfrentarse a mí», y yo no tenía ni idea de qué significaba eso, pero no me gustaba su sonido. Y al final decía que no sabía qué hacer. Eso podía significar cualquier cosa, y no podía descartar nada hasta que supiera algo más acerca de su identidad.

Necesitaba encontrar una pista del mismo modo que un hombre que se ahoga necesita aire, y no contaba con nada más que aquella página de disparates. Pero espera: no eran disparates desde un punto de vista técnico; era un blog. Eso implicaba que era algo semioficial, y si había otros correos, tal vez alguno de ellos revelara información útil.

Copié la URL de la parte superior de la página, la pugué en la ventana del navegador y fui a la dirección web. Era uno de los sitios que permitía a todo el mundo publicar un blog gratis, y Sombrablog era uno más entre miles. Pero al menos había otras entradas, una cada pocos días, y las examiné todas a la mayor velocidad posible. La primera se abría con *¿Por qué todo se va a la mierda siempre?*. Era una bonita pregunta, y demostraba más perspicacia sobre la vida de lo que yo esperaba. Pero seguía sin revelarme nada sobre él.

Continué leyendo: casi todo eran quejas inconexas y sin objetivos concretos acerca de que nadie le apreciaba, y terminaba con su decisión de empezar este blog para ayudarle a descubrir por qué. Terminaba con, *O sea, no lo entiendo. Entro en una habitación y es como si nadie me viera, como si no fuera real para nadie, una puta sombra. Por eso llamo al blog Sombrablog...* Muy conmovedor y sensible, una auténtica llamada existencial al contacto humano, y la verdad era que yo deseaba establecer contacto con él lo antes posible. Pero antes necesitaba saber quién era.

Leí más correos. Cubrían un período de más de un año, y cada vez parecían más airados, pero todos eran anónimos, incluso los que hablaban del divorcio del autor de alguien a quien se refería sólo como «A». Escribía con mucha

amargura sobre el hecho de que ella no se esforzaba por encontrar trabajo, y todavía esperaba que él le pasara una pensión para pagarlo todo, y no podía permitirse dos pisos, de modo que, aunque ya estaban divorciados, tenía que vivir bajo el mismo techo que ella. Era un retrato muy conmovedor de la angustia de la clase media baja, y estoy seguro de que me habría ablandado el corazón de haberlo tenido.

Como la negativa a trabajar daba la impresión de ser lo que más le irritaba, escribía apasionadamente sobre la responsabilidad y el hecho de que No Cumplir Con Tu Parte era pura Maldad. Eso le conducía a una serie de observaciones sobre la sociedad en general y los «gilipollas» que se negaban a «obedecer las normas como el resto de los demás». A partir de ahí continuaba echando pestes de manera tediosa sobre la justicia, y sobre la gente que recibía su merecido, y sobre su aparente creencia de que el mundo sería un lugar mucho mejor si todo el mundo se pareciera más a él. En conjunto, era el retrato de alguien con problemas de gestión de la ira, baja autoestima y creciente frustración con un mundo que se negaba a reconocer sus excelsas cualidades.

Leí más. Llegué a una sección de media docena de entradas en las que se explayaba a gusto sobre crecientes problemas con «A», y yo le compadecí, pero ¿por qué no podía utilizar nombres reales? Facilitaría mucho más las cosas. Pero, por supuesto, entonces también habría utilizado mi nombre, de modo que la cosa quedaba compensada. Fui pasando de entrada en entrada. Todas se reducían al mismo tipo de insensateces inducidas por el malhumor, hasta que llegué a una entrada cuyo título era ¡Crac! Reconocí la fecha de la parte superior; era el día de mi cita con Valentine. Paré y empecé a leer.

*Ya estaba hasta los cojones de «A», siempre dándome la matraca acerca de por qué no podía ganar mucho dinero, menudo chiste, teniendo en cuenta que ella no gana NADA. Pero como eres un tío, se supone que has de ganar tú la pasta. Y la miro sentada en la casa de la que yo pago las facturas, y compro la comida, ¡y ella no hace nada! ¡Ni siquiera limpia como es debido! Y la miro y ya no veo a una puta perezosa, sino que veo a la Maldad con M mayúscula, y sé que ya no puedo aguantar más esta mierda sin hacer algo al respecto, y he de marcharme antes de hacerlo. Así que cojo su Honda, sólo para cabrearla, y voy a dar una vuelta, mientras aprieto los dientes y trato de pensar. Y tal vez al cabo de una hora estoy en el Grove, y lo único que tengo es la mandíbula dolorida y un depósito de gasolina casi vacío. He de sentarme en algún sitio y pensar en qué hacer, quizá en Peacock Park o algo por el estilo, pero está lloviendo, así que doy la vuelta hacia el sur. Cuanto más me acerco a casa, más cabreado estoy, y cuando doblo por Old Cutler, un capullo en un Beemer nuevo me corta el paso. Y pienso, ya está, se acabó, joder, y casi puedo oír el ¡crac! de algo que se me rompe dentro. Y piso el pedal y voy a por él, pero es aquello de, tío, despierta: él va en un Beemer nuevo*

*y yo en una mierda de Honda hecho polvo. Y desaparece de mi vista en tres segundos, y me cabreo todavía más. Doblo por la calle que creo que tomó, y ni rastro. Y circulo durante unos minutos, y pienso: qué coño, tal vez tenga suerte. Pero nada. Ha desaparecido.*

*Y entonces veo esa casa. Está hecha una mierda, otra casa con vencimiento de hipoteca. Un capullo que estafaba al banco y conseguía que subieran las tasas a todos los demás. Aminoro la velocidad y miro, porque hay un Chevy antiguo como escondido en el aparcamiento techado, como si todavía estuviera allí, viviendo gratis, mientras yo me parto el culo para pagar las deudas.*

*Aparco el coche y me dirijo a la puerta lateral contigua al aparcamiento, y me meto dentro. No sé en qué estaba pensando o qué habría hecho, pero sí sé que estaba cabreado como una mona. Y oigo algo en la habitación de al lado, me acerco a la puerta y miro...*

*La encimera. Hay una mano encima. Una mano humana.*

*Pero no está sujeta a nada. Esto tampoco tiene sentido.*

*Y al lado hay un pie, también suelto. Y otras partes también y, oh, madre mía, también veo la cabeza con los ojos abiertos de par en par que me están mirando, y lo único que puedo hacer es devolverle la mirada...*

*Y algo se mueve y veo a ese tipo allí, calma total, limpiando con aspecto de no haber pasado nada, un día más en la oficina. Y empieza a volverse hacia mí..., y veo su cara...*

*El Cura intentaba asustarnos con imágenes del Demonio. Cuernos, la cara roja y la mirada maligna, pero este tipo me da más miedo aún, porque su aspecto es de lo más normal y real, pero es malo, muy malo, y parece que está contentísimo de estar allí con el cuerpo descuartizado.*

*Y ahora se está volviendo hacia mí...*

*Es demasiado. Algo hizo ¡pum! y ya estaba en el coche y me largué a toda velocidad antes de darme cuenta de que me estaba moviendo. Y casi estoy llegando a casa cuando pienso: ¿por qué no he hecho algo? Podría haber llamado a la policía. Me cabean pensar que soy una nenaza, de modo que tal vez no sea de extrañar que me vean como una asquerosa sombra. Tendría que haber hecho algo. Debería hacer algo.*

*Pero ¿qué?*

De una manera muy extraña, era fascinante leer una descripción de Dexter el Oscuro en acción. Un poco espeluznante, tal vez, y no muy halagador: ¿aspecto normal? *Moi?* Desde luego que no. Pero, aparte de eso, no ayudaba gran cosa a proporcionar pistas sobre la identidad del bloguero.

Avancé hacia entradas posteriores. Una de ellas explicaba que me había visto en el súper (el Publix más cercano a mi casa, nada más ni nada menos), y que se había largado de la tienda como una sombra y mirado desde su coche cuando yo

salía con mis compras. Y dos entradas después describía nuestro encuentro aquella mañana en la rampa de acceso a la autopista de Palmetto con su acostumbrada prosa cautivadora.

*Estaba avanzando a paso de tortuga, en el habitual tráfico matutino tocapelotas, en dirección a mi estúpido trabajo temporal, conduciendo el coche de «A» para ahorrar gasolina, y estoy mirando los coches que me rodean y ¡bum!: veo ese perfil de nuevo. Es él, no cabe la menor duda, es él. Sentado en su cochecito de mierda como todos los demás esclavos asalariados, totalmente normal. Y no le descubro el menor significado, porque todo a mi alrededor es de lo más normal, como cada día, pero veo esa cara en el coche de al lado, la misma cara que todavía veo en mi cabeza rodeada de partes corporales troceadas, y está ahí, entre el tráfico, esperando subir a la Palmetto.*

*Y mi cerebro se ha quedado petrificado, no puedo pensar, sólo mirar; pensando algo así como: ¿hará algo? O sea, escupir llamas, convocar una nube de murciélagos o algo por el estilo. Y me doy cuenta cuando de repente sabe que le estoy observando, y su cabeza empieza a girar hacia mí, como aquella noche en la casa, y ocurre lo mismo: el pánico se apodera de mí, piso el acelerador y me largo incluso antes de ser consciente de lo que estoy haciendo. Y pienso en ello después, muy, pero que muy cabreado de haber huido otra vez así, porque no soy un puto don nadie y sé que debería hacer algo, pero me había largado antes de poder pensar, cosa muy impropia de mí.*

*Y pienso: bien, vale, ¿cómo soy en realidad? Y me doy cuenta de que no lo sé. Porque lo he estado demorando mucho tiempo, intentando hacer feliz a la gente con una versión falsa; al Cura, a mis profesores y a «A», incluso al jefe capullo de mi estúpido trabajo temporal, y me está hablando de programación de datos, el muy cerdo. Incluso a él, como a todos. Me esfuerzo más en hacerles felices que en ser Yo, y eso me lleva a pensar en quién soy yo durante un montón de tiempo, el resto del trayecto hasta el trabajo.*

*Vale, ¿quién soy? Hagamos una lista: primero, lo admito: casi nadie repara en mí. Segundo, creo en obedecer las normas, y me cabrea mucho que nadie más lo haga. Muy bueno con los ordenadores. Comida sana, en plena forma. Mmm...*

*¿Es así?*

*O sea, ¿no tendría que haber más? No hay mucho más que añadir, salvo que soy otro esclavo asalariado tan imbécil que hasta paga sus impuestos.*

*Y pienso en Él. El tipo del cuchillo.*

*Porque da la impresión de que Él sabe quién es. Y lo está siendo. Y se me ocurre otra idea, y me pregunto: ¿estoy huyendo de Él porque le tengo miedo?*

*¿O quizás esté asustado de lo que me inspiran sus actos?*

Un material fascinante, todo él, pero si fuera la mitad de listo de lo que cree

que es, debería huir de mí. Porque no recuerdo haber deseado hasta tal punto ver a alguien atado con cinta americana a una mesa.

Había mucho más, una nueva entrada cada pocos días. Pero antes de que pudiera leer más, oí un ruido metálico a mi espalda. Devolví el ordenador a su pantalla de presentación por un acto reflejo cuando Vince Masuoka entró, y la jornada laboral dio inicio y siguió su sendero establecido de esfuerzo y aburrimiento. Pero durante todo el día no pude pensar en otra cosa que no fuera la misma espantosa primera frase del blog de mi bandeja de entrada. «Y ahora sé tu nombre». Alguien sabía quién y qué era yo, y fuera quien fuera no era amable y bondadoso, ni deseaba recompensar mis buenas obras anónimas con flores y el reconocimiento de una nación agradecida. En cualquier momento podía atacar, o decidir desenmascaramme para dinamitar y destruir mi vida, fabricada con tanto esmero y tan bellamente satisfactoria, lo cual daría como resultado la Perdición de Dexter.

Fuera quien fuera, sabía mi nombre. Y yo no tenía ni idea de quién era, ni de qué iba a hacer él al respecto.

Ese pensamiento me acompañó todo el día, y durante el trayecto de vuelta a casa. Al fin y al cabo, era un tema muy importante, al menos para mí: el inminente final de todo cuanto era Yo, y Yo incapaz de impedirlo. Apenas era consciente del tráfico de hora punta, ni tampoco me di cuenta de haber llegado a casa, por lo visto en piloto automático. Y estoy seguro de que ocurrieron muchas cosas cuando llegué: debió producirse cierta interacción con la familia, y algún tipo de cena, y después una hora o así de estar sentado en el sofá viendo la televisión. Pero no me acuerdo de nada, ni siquiera de Lily Anne. Toda mi mente estaba concentrada en aquel terrible pensamiento único: Dexter estaba Condenado, y no había vuelta de hoja.

Fui a la cama, con mi cerebro dándole vueltas todavía, y conseguí dormir algunas horas. Pero al día siguiente, en el trabajo, me resultó más difícil todavía mantener mi disfraz de competencia risueña y cretina. Nada fue mal, en realidad. Nadie me disparó ni intentó ponerme grilletes, pero sentía un aliento frío en el cogote. En cualquier momento, mi Amigo de las Sombras podía decidir que había llegado el momento de dejar de titubear y denunciar a Dexter, y yo trabajando en la guarida del león, el único lugar donde sería facilísimo esposarme las muñecas y conducirme hasta la Freidora.

Pero el día continuó arrastrándose y nadie vino a por mí. Y después llegó el día siguiente, tal como estaba previsto, y continué sin oír los aullidos de la jauría en la distancia, ni una autoritaria llamada con los nudillos a la puerta, ni el tintinear de cadenas en el pasillo. Todo cuanto me rodeaba conservaba una normalidad enloquecedora, por más que paseara la vista a mi alrededor, siempre nervioso.

Habría sido natural esperar que cualquier movimiento dirigido a detenerme tuviera como líder a un entusiasta sargento Doakes, pero ni siquiera él daba señales de acechar, y no se había repetido aquel ominoso encuentro de cuando le descubrí fisgando en mi ordenador. Le vi una o dos veces mirarme con odio desde lejos, y sufrí momentos de paranoia cuando pensaba que él lo sabía, pero no hizo nada, salvo mirarme con su ponzoña habitual, como siempre, lo cual no era más que radiación de fondo. Hasta Camilla Figgs se abstuvo de derramar más café sobre mí. De hecho, durante varios largos y fatigosos días, no me tropecé en ningún momento con ella. Oí a Vince tomarle el pelo sobre un nuevo novio, y la mancha escarlata brillante de su rubor pareció indicar que era cierto. Nada de ello tenía interés para mí, pero al menos ya no me acechaba con peligrosos brebajes.

Pero alguien sí que me estaba acechando, y le sentía dando vueltas allí fuera, a favor del viento, pero acercándose cada vez más. Y sin embargo no veía nada, no oía nada, no descubrí pruebas de que hubiera algo que ver u oír, ni la menor

señal de que alguien, en casa o en el trabajo, alimentara un siniestro interés por mí. Todo el mundo continuaba tratándome con la misma indiferencia de siempre, ajenos por completo a mi terrible angustia. Todos mis compañeros de trabajo y familiares parecían notable e irritantemente satisfechos. De hecho, la felicidad brotaba a mi alrededor como flores en primavera. Pero la alegría me había abandonado, porque el Poderoso Dexter estaba a punto de ser eliminado, y yo lo sabía. Los pesados pies de Armagedón se estaban acercando de puntillas a mi espalda, y en cualquier momento se clavarían en mi espina dorsal y todo habría terminado.

Pero es una verdad de la vida que, por más que estés sufriendo, a nadie le importa; en términos generales, nadie se da cuenta ni siquiera. Por eso, aunque estaba empleando todo mi tiempo en esperar el brusco final de todo, la vida continuaba a mi alrededor. Y como para restregarme por las narices mi desdicha, dio la impresión de que la vida se tornaba extrañamente alegre para todo el mundo, salvo para mí. De repente, de una manera misteriosa, todo el mundo en Miami se veía henchido de un buen humor ofensivo. Hasta mi hermano, Brian, parecía contagiado de la espantosa alegría burbujeante que asolaba el resto de la ciudad. Lo sabía porque la tercera noche después de leer Sombrablog, el coche de Brian estaba aparcado delante de casa, y él me estaba esperando dentro, en el sofá.

—Hola, hermano —dijo, y me dedicó su terrible sonrisa falsa.

Por un momento, su presencia se me antojó absurda, porque su rutina era venir a casa a cenar todos los viernes por la noche, y estaba en mi sofá un jueves por la noche. Y como mis procesos mentales perjudicados estaban tan por completo ocupados con mi Sombra, no podía aceptar que Brian estuviera aquí, y le miré parpadeando como un imbécil durante varios segundos.

—Hoy no es viernes —solté por fin, cosa que a mí me parecía casi lógica, pero por lo visto él la consideró divertida, porque su sonrisa aumentó dos tallas.

—Eso es muy cierto —contestó, y antes de que pudiera continuar, Rita entró con Lily Anne en una mano y una bolsa de la compra aferrada en la otra.

—Ah, ya has llegado —dijo, algo que en mi opinión superó en obviedad el comentario que yo le había hecho a mi hermano. Dejó caer la bolsa de la compra al lado del sofá, y ante mi enorme decepción vi que contenía un montón de papeles en lugar de la cena—. Brian tiene una lista —añadió, y le sonrió con afecto.

Pero antes de que pudiera descubrir de qué tipo de lista se trataba, y por qué debía importarme, la voz de Astor llegó desde el fondo del pasillo, con suficiente fuerza para romper cristales.

—¡Mamá! —chilló—. ¡No encuentro los zapatos!

—No seas ridícula. Los llevas puestos. Toma, Dexter —dijo Rita, me entregó a Lily Anne y corrió por el pasillo, con el presumible propósito de evitar que

Astor volviera a berrear y rompiera los cimientos de la casa.

Me acomodé en la butaca con Lily Anne y miré a Brian con aire inquisitivo.

—Siempre me alegro de verte, por supuesto —dije, y él asintió—, pero ¿por qué has venido hoy en lugar del viernes?

—Oh, también vendré el viernes, estoy seguro.

—Una noticia maravillosa. Pero ¿por qué?

—Tu encantadora esposa —dijo, y ladeó la cabeza en dirección a Rita, tal vez para asegurarse de que yo sabía que se refería a ella y no a otra de mis encantadoras esposas—. Rita me ha reclutado para ayudarlos a buscar una nueva casa.

—Oh —exclamé, y recordé que ella había dicho algo al respecto no hacía mucho, pero, por supuesto, se había borrado de mi mente, puesto que yo estaba concentrado egoístamente en mi pequeño problema de encontrarme al borde de la muerte y el deshonor—. Bien —añadí, más para llenar el silencio que para otra cosa, y Brian se mostró de acuerdo.

—Sí —dijo—. Ningún momento como el presente.

Antes de que se me pudiera ocurrir algún tópico a su altura, Rita volvió al salón como una exhalación, sin dejar de hablar con Astor por encima del hombro.

—Las sandalias son perfectas. Póntelas. ¡Vamos, Cody! —Recogió su bolso de la mesa auxiliar—. ¡Vámonos, todo el mundo!

No deseaba en modo alguno ir a ver casas, ahora no, cuando todo mi mundo se estaba agrietando antes de caer en pedazos. Lo único que deseaba era ir a cazar a mi Testigo, y no podía hacerlo desde el asiento trasero del 4x4 de Brian. Pero no tenía otra elección. Tuve que seguir la corriente y fingir estar interesado en comparar terrazas cubiertas y distinguir arbustos, mientras durante todo el rato no podía pensar en otra cosa que no fuera el desagradable destino que se estaba acercando cada vez más, con cada casa tipo rancho de cuatro dormitorios y dos cuartos de baño y medio que visitábamos.

Y pasamos la siguiente noche después de trabajar, y todo el largo fin de semana, y la primera mitad de la semana siguiente dando vueltas en el 4x4 de Brian y mirando casas de nuestra zona a cuyos habitantes habían deshauciado. Mi frustración y angustia iban en aumento y me estaban royendo, y las casas que mirábamos se me antojaban símbolos ominosos de mi inminente desolación. Todas estaban abandonadas, con arbustos descuidados y jardines invadidos de malas hierbas. Todas estaban a oscuras, pues les habían cortado el suministro eléctrico, y parecían cernerse sobre sus patios olvidados como un mal recuerdo. Pero todas eran baratas y estaban disponibles gracias a los contactos de Brian en su nuevo trabajo, y Rita irrumpía en cada una de ellas con una salvaje intensidad que mi hermano parecía considerar tranquilizadora. Y en verdad, aunque yo no paraba de mirar hacia atrás, tanto física como mentalmente, Rita convertía el



proceso en algo tan frenético y consumidor que empecé a experimentar largos períodos de tiempo en que olvidaba a mi Sombra, a veces cinco o seis minutos seguidos.

Hasta Cody y Astor se imbuyeron del espíritu de la cacería. Vagaban con los ojos abiertos de par en par a través de la desolación de cada casa abandonada, contemplaban las habitaciones vacías y se maravillaban de que tal opulenta vaciedad pudiera llegar a ser toda de ellos. Astor se paraba en el centro de algún dormitorio azul pálido, con agujeros en las paredes, alzaba los ojos hacia el techo y murmuraba: «Mi habitación. Mi habitación». Y después, Rita entraba y conducía a todo el mundo de vuelta al coche, lanzando monólogos rapidísimos acerca de que aquél era «un barrio con malos colegios, y la base impositiva demasiado alta, el barrio ha presentado un recurso para parar un nuevo proyecto de zonificación, y hay que cambiar todas las tuberías y la instalación eléctrica de la casa», y Brian sonreía con auténtico placer sintético y nos conducía a la siguiente casa de su lista.

Y mientras Rita iba encontrando nuevas y cada vez más absurdas objeciones a todas las casas que veíamos, la novedad se esfumó. La sonrisa de Brian se fue haciendo más difusa y más falsa, y yo empecé a sentirme irritado cada vez que nos subíamos a su coche para ver una casa más. También Cody y Astor parecían haber caído en la cuenta de que el asunto les estaba manteniendo alejados de su Wii demasiado tiempo, ¿y por qué no podíamos elegir una bonita casa grande con piscina y acabar de una vez por todas?

Pero Rita era implacable. Para ella, siempre había una casa más que ver, y todas las siguientes iban a ser La casa, el emplazamiento ideal de la Felicidad Doméstica Absoluta, y así nos desplazábamos hasta otra casa perfecta y duradera, sólo para descubrir que un escape en el sistema de regadío por aspersión del patio trasero estaba causando casi sin la menor duda un orificio debajo del césped, o que había un gravamen bancario sobre la segunda hipoteca, o que abejas asesinas habían anidado a dos manzanas de distancia. Siempre había un algo, y Rita parecía no darse cuenta de que se había lanzado sola a una profunda fuga neurótica de rechazo perpetuo.

Y aún más trágico, como nuestras veladas, y todos los sábados y domingos, se dedicaban a esta búsqueda sin fin, no podía disfrutar de los guisos de Rita. Yo había pensado que sería capaz de soportar la búsqueda de la casa siempre que su cochinito asado hiciera acto de aparición de vez en cuando, pero ahora ya sólo era un recuerdo lejano, junto con sus fideos *thai*, la paella de mango, el pollo a la parrilla y todas las demás cosas buenas del mundo. Mi hora de la cena se convirtió en un laberinto diabólico de hamburguesas y pizzas, engullidas en un frenesí grasiento entre apresuradas visitas a casas inadecuadas, y cuando al final di un puñetazo sobre la mesa y exigí comida de verdad, el único alivio que recibí fue una caja de pollo de Pollo Tropical. Y después nos embarcamos de nuevo en

el interminable ciclo de negatividad, rechazando la oportunidad de ser propietarios de una maravillosa ganga más, sólo porque el tercer baño tenía paneles de vinilo en lugar de baldosas, y en cualquier caso la piscina no dejaba sitio para unos columpios.

Y si bien el constante rechazo de todo cuanto tuviera cuatro paredes y un techo daba la impresión de imbuir de felicidad a Rita, la búsqueda incesante no hacía nada por mí, salvo empeorar mi sensación de que estaba contemplando impotente el inminente desastre que se abalanzaba sobre mí. Regresaba a casa de nuestra búsqueda hambriento y aturdido, y salía a trabajar de la misma manera. Sólo conseguí tachar tres nombres de mi lista de Hondas, y si bien era del todo insuficiente, sólo pude apretar los dientes y seguir portando mi disfraz, mientras todo se elevaba hacia las mareantes cumbres de una frustración agravada.

Ocurrió a principios de la mañana del miércoles cuando la gran espinilla que era la Vida Actual de Dexter llegó a un punto crítico. Acababa de acomodarme ante mi escritorio, y empezaba a prepararme para otras ocho horas de prodigios y felicidad en el mundo de las manchas de sangre, y hasta me sentía agradecido de estar lejos de la frenética búsqueda de Rita de la casa perfecta. ¿Por qué parecía todo ir mal al mismo tiempo? Tal vez fuera pura autoalabanza, pero yo creía que era muy bueno a la hora de afrontar las crisis, siempre que llegaran de una en una. Pero tener que lidiar con buscar una casa, vivir a base de repugnante comida rápida, el aparato corrector de Astor y todo lo demás, mientras esperaba a que mi Sombra desconocida atacara de una manera no especificada... Empezaba a pensar que perdería la chaveta antes de poder afrontar lo que fuera. Me había ido todo muy bien durante mucho tiempo. ¿Por qué de repente las cosas se complicaban tanto?

De todos modos, no tenía otra opción que ser yo, puesto que nadie me ofrecía una alternativa mejor. Por tanto, en un penoso intento de calmarme y continuar adelante, respiré hondo dos veces y traté de evaluar las cosas en su justa perspectiva. De acuerdo: estaba en apuros. Pero siempre había encontrado una forma de solucionar los problemas, ¿verdad? Por supuesto. ¿Acaso no significaba eso que encontraría la manera de salir del lío en el que me hallaba ahora? ¿Desde luego! Eso era yo, un verdadero campeón que siempre subía al podio. ¡Siempre!

Y así, aunque me sentía como una animadora de un equipo que ni siquiera jugaba en el partido, pinté una horrible sonrisa jovial en mi cara y puse manos a la obra abriendo mi correo electrónico.

Pero eso era precisamente lo que no debía hacer si quería conservar mi optimismo artificial. Porque, por supuesto, el primer correo que esperaba mi atención llevaba por título *La hora de la verdad*. Y no cupo la menor duda en mi mente de quién lo había enviado.

Debo decir que mi mano no tembló cuando lo abrí, pero tal vez se debiera a agotamiento nervioso. Y el correo era justo lo que yo había pensado: otra nota de

mi corresponsal favorito. Pero esta vez era breve y personal, diferente de sus largos y farragosos Sombrablogs. Tan sólo unas líneas, pero suficientes:

*He llegado por fin a la conclusión de que somos más parecidos de lo que pudieras pensar, y esto no es una buena noticia para ti. Sé lo que voy a hacer, y voy a hacerlo a tu manera, lo cual es una noticia todavía peor para ti. Porque ahora puedes imaginar lo que se avecina, pero no cuándo.*

*Es la hora de la verdad.*

Contemplé aquellas líneas el tiempo suficiente para que me dolieran los ojos, pero la única idea que se me ocurrió fue que seguía llevando mi sonrisa falsa. La eliminé de la cara y borré el correo.

No sé cómo superé aquel día, y no tengo ni idea de qué hice en el trabajo hasta las cinco, cuando me encontré sentado en el coche una vez más y avanzando entre el tráfico hasta casa. Y mi aturdimiento perduró durante el primer largo tramo de llegar a casa e ir a la caza de otra, hasta que al fin, después de que Rita ya hubiera rechazado tres casas muy bonitas, me descubrí mirando por la ventanilla del coche de Brian y me di cuenta con creciente horror de que íbamos por una calle que me parecía vagamente familiar. Y enseguida comprendí por qué: íbamos en dirección a la casa donde yo había liquidado a Valentine y me habían sorprendido en plena faena, el mismo lugar donde toda mi desdicha y peligro habían empezado, y sólo para asegurarse de que me correspondiera toda mi tajada de infelicidad, Brian frenó el coche y aparcó justo delante de aquella exacta casa.

Supongo que tenía su lógica enfermiza. Al fin y al cabo, había elegido la casa porque habían desahuciado a sus habitantes, y se hallaba en la zona general donde vivíamos, y en cualquier caso ya estaba claro que la Mano del Destino estaba haciendo horas extras para amontonar agonías sobre el pobre Dexter, que no se merecía tanta ignominia. Por lo tanto, tendría que haberlo esperado, pero no era así, y aquí estaba, reducido una vez más a no hacer otra cosa que parpadear como un imbécil porque, al fin y al cabo, ¿qué podía decir? ¿Que no me gustaba esa casa porque había descuartizado a un payaso en ella?

De modo que no dije nada, me limité a bajar del coche y seguir al rebaño hasta la casa de los horrores sin decir nada. Y poco después me encontré en la cocina, al lado de la encimera que había sido el escenario de la última actuación de Valentine. Pero en lugar de un cuchillo, esta vez sujetaba a Lily Anne y escuchaba a Rita parlotear sobre el elevado coste de sacar el moho del espacio entre plantas que había debajo del tejado, mientras Cody y Astor se dejaban caer al suelo con la espalda apoyada contra la encimera que había sido el tajo del carnicero. Los ojos de Brian examinaron el entorno, y su sonrisa falsa resbaló del rostro hasta acabar colgada de su barbilla. Mi estómago carraspeó y emitíó

un gruñido de protesta por los malos tratos que había recibido en los últimos tiempos, y sólo se me ocurrió pensar que me encontraba en el único sitio donde no deseaba estar. Pronto estaría muerto o en la cárcel, y como estaba en la mismísima cocina donde las cosas habían empezado a torcerse, no podía pensar con lucidez. Mi estómago rugió de nuevo, y me recordó que ni siquiera iba a disfrutar de una comida decente antes de mi seguro fallecimiento. La vida ya no era una burla cruel; se había transformado en una interminable y absurda montaña de pequeños tormentos. Y sólo para empeorar un poco más las cosas, Rita empezó a dar pataditas en el suelo y, cuando yo dirigí una mirada automática a su pie, vi lo que parecía una pequeña mancha oscura. ¿Era eso posible? ¿Había pasado por alto una mancha de repugnante y pegajosa sangre de payaso en mi apresurada limpieza? ¿Estaba dando pataditas Rita sobre una mancha seca de algo que yo no había visto?

El mundo se redujo a una pequeña mancha y el ritmo de metrónomo del pie de Rita, y durante un largo momento no existió nada más mientras miraba, y sentí que empezaba a sudar, y oí que mis dientes comenzaban a rechinar...

... y de repente todo fue demasiado y ya no pude soportar otro momento de este bucle melodramático que se repetía infinitamente, y algo en mi interior se irguió, flexionó las alas y empezó a bramar.

Y cuando este salvaje alarido hizo retremblar el cristal de mis ventanas interiores, la aceptación paciente y dócil que había sido mi disfraz durante las últimas noches se rompió en mil pedazos y cayó al suelo en un montón de astillas. Mi yo real se abrió paso entre los cascotes hasta el escenario y me erguí allí liberado, Dexter Desencadenado.

—Muy bien —dije, y mi voz interrumpió el parloteo de las interminables objeciones de Rita. Se calló en mitad de un gimoteo y me miró sorprendida. Cody y Astor se sentaron erguidos cuando reconocieron el tono de la Oscura Autoridad que había adoptado mi voz. Lily Anne se agitó nerviosa en mis brazos, pero le di una palmadita en la espalda sin apartar los ojos de Rita—. Volvamos a casa —ordené, con la firmeza acerada que sentía crecer en las profundidades de mi yo—. A la casa no-lo-bastante-grande.

Rita parpadeó.

—Pero Brian quiere enseñarnos otra esta noche —objetó.

—No hace falta. Hay que poner nuevas tuberías en el techo y la cocina infringe la zonificación. Vamos a casa.

Y sin pararme a disfrutar de su estupor, di media vuelta y me dirigí hacia el coche de Brian. Oí que Cody y Astor se ponían en pie y salían disparados detrás de mí, y cuando llegué al coche, ya me habían alcanzado y empezaron a discutir sobre el juego con el que iban a jugar en la Wii cuando llegáramos a casa. Momentos después, Rita salió, con Brian a su lado, quien la animaba a caminar con falsa serenidad y auténtico entusiasmo.

Una Rita muy perpleja subió al asiento delantero y, antes de que se hubiera puesto el cinturón de seguridad, mi hermano se sentó al volante, puso el motor en marcha y nos llevó a casa.

Rita guardó un silencio poco habitual durante el trayecto hasta nuestra vieja casa-demasiado-pequeña. Y cuando Brian nos dejó en el bordillo y se alejó con un rugido feliz hacia el ocaso, avanzó con lentitud hasta la puerta de la calle detrás de nosotros, con una expresión de desconcertada preocupación en la cara. Mientras yo ponía a Lily Anne en el parque, y Cody y Astor se acomodaban delante de la Wii, ella desapareció en la cocina. En mi ignorancia, pensé que quizá podía significar algo bueno. Tal vez improvisaría una cena tardía para disipar la grasa acumulada de todas nuestras comidas rápidas. Pero cuando la seguí un momento después, descubrí que, en lugar de ponerse en acción delante de los fogones, se había servido una vez más una generosa copa de vino.

Cuando entré en la cocina, estaba sentada a la mesa, desplomada. Alzó la vista enseguida, después la apartó, y se atizó un buen lingotazo de vino. Una mancha roja apagada brotó en ambas mejillas, y vi que los músculos de su garganta trabajaban cuando tomó un segundo trago largo, antes de dejar en la mesa la copa semivacia. La miré y supe que debía decir algo sobre lo que acababa de suceder, pero no tenía ni idea de qué. Era evidente que no podía contarle la verdad. Bebió más vino, y yo traté de concentrarme en cómo explicarle que su búsqueda de una casa había perdido una rueda y estaba girando en círculos enloquecidos en la cuneta. Pero en cambio experimenté otra oleada de profunda irritación, y oí una vez más el lento y cauteloso crujido de alas ocultas, alas temblorosas, ansiosas de desplegarse y alzarnos hacia el cálido cielo oscuro...

—Tiene que ser perfecta —dijo Rita, con el ceño fruncido y sin mirarme.

—Sí —asentí, sin saber muy bien a qué estaba asintiendo.

—No puede ser cualquier vertedero, donde alguien cagaba en la bañera y un cableado de mierda queme la casa hasta los cimientos.

—Por supuesto —dije, pisando un terreno mucho más firme. Estábamos hablando de nuestra hipotética casa nueva—. Pero tarde o temprano hemos de elegir una, ¿verdad?

—¿Cómo? Porque es... O sea, los niños y... —Me miró y sus ojos se humedecieron—. Y tú —añadió, al tiempo que desviaba la vista—. Ni siquiera sé si...

Rita sacudió la cabeza y tomó otro largo sorbo de vino y lo engulló. Dejó la copa sobre la mesa y se apartó de la frente un mechón de pelo.

—¿Por qué es todo tan...? ¿Y por qué todo el mundo la toma conmigo?

Aspiré una bocanada de aire y sentí una satisfacción interna. Por fin se había presentado la oportunidad, y podría decirle, lisa y llanamente, sin la distracción de su maníaco ir de un lado a otro sin ton ni son, que nos estaba arrastrando a todos al borde del mapa, hasta un paisaje enrevesado de frustración y locura.

Sentí que las palabras se formaban en mi lengua: sílabas frías y racionales que la alejarían con júbilo de su fuga de eterno rechazo demencial, y la transportarían a un lugar sereno y luminoso donde todos podríamos relajarnos en un enfoque racional y metódico (algo que incluyera comida de verdad), hasta encontrar una casa aceptable. Y cuando abrí la boca para enunciar mis cuidadosas y persuasivas palabras, un terrible chillido llegó desde la sala de estar.

—¡Mamá! —bramó Astor en un tono de pánico airado—. ¡Lily Anne ha vomitado sobre mi controlador!

—Mierda —dijo Rita, que no solía prodigar ese tipo de palabras. Bebió el resto del vino y saltó de la silla, agarró un puñado de toallas de papel y corrió a limpiar. La oí decir a Astor con voz irritada que Lily Anne no debería tener el controlador en su poder, para empezar, y la niña respondió con firmeza que su hermana tenía más de un año de edad y querían saber si ya sabría matar dragones, y en cualquier caso estaban compartiendo, ¿y qué tenía de malo eso? Cody dijo: «¡Puaj!» con mucha claridad, y Rita empezó a mascullar breves y frenéticas instrucciones mezcladas con «Oh, por el amor de Dios» y «La verdad, Astor, ¿cómo has podido?», y la voz de la niña subió en la escala hasta alcanzar un gañido de excusas combinadas con acusaciones contra todos los demás.

Y mientras el conflicto ascendía los escalones de la conversación en dirección a una confrontación absurda y ridícula, expulsé el aire con frialdad y cuidado, y sentí una nueva oleada de algo ardiente, tenso y plagado de reflejos rojos. ¿Esto era mi alternativa al desenmascaramiento y la cárcel? ¿Chillidos, aullidos, bramidos y el vómito de leche agria de violencia emocional interminable? ¿Esto era el lado bueno de la vida? ¿La parte que, en teoría, iba a echar de menos cuando llegara el final, inminente por otra parte, que me conduciría a la oscura eternidad? Era insoportable. Sólo escuchar aquello en la habitación de al lado me daba ganas de vociferar, escupir fuego, aplastar cabezas, pero, por supuesto, ese tipo de sincera expresión de emociones reales sólo serviría para garantizar mi ingreso en prisión. Por lo tanto, en lugar de irrumpir como una fiera en la sala de estar y liar me a garrotazos, cosa que ansiaba hacer con desesperación, respiré hondo, atravesé la agitación de la sala de estar y entré en mi despacho.

Mi lista de los Hondas estaba en su carpeta, criando telarañas desde los últimos días de descuido. Aún quedaba tiempo esta noche para ir a ver un par de direcciones. Copié las dos entradas siguientes de la lista en un *post-it* y cerré la carpeta. Fui al dormitorio, me puse la ropa de correr y me encaminé a la puerta de la calle. Una vez más, tuve que abrirme paso entre el horroroso manicomio de la casa, que se había resuelto en Astor y Rita intercambiando gruñidos, mientras secaban casi todo cuanto las rodeaba con toallas de papel.

Había creído que pasaría desapercibido y saldría a la noche sin más

comentarios, pero como pasaba últimamente con todas mis ideas, estaba equivocado. Rita alzó la cabeza con brusquedad cuando pasé a toda prisa, e incluso con el rabillo del ojo pude ver que su cara se ponía más tensa, con una expresión todavía más desagradable, y se levantó cuando apoyé la mano en el pomo de la puerta de la calle.

—¿Adónde vas? —preguntó, y el tono de su voz aún conservaba la mala leche que había empleado con Astor.

—A la calle —contesté—. Necesito hacer ejercicio.

—¿Así lo llamas ahora? —dijo ella, y aunque hubiera hablado en estonio, porque carecía de sentido lo que había dicho, su tono era muy claro, y no contenía ni el recuerdo de algo agradable.

Me giré en redondo y la miré. Estaba al lado del sofá con los puños cerrados a los costados (uno de ellos aferraba una toalla de papel manchada), y tenía la cara tan blanca que casi parecía verde, salvo por las manchas de un tono rojo vivo en ambas mejillas. Su aspecto era tan raro, tan diferente de la Rita que conocía, que me limité a mirarla durante un largo momento. Al parecer, eso no la calmó. Me miró con los ojos entornados todavía más y empezó a dar pataditas en el suelo, y me di cuenta de que no había contestado a su pregunta.

—¿Cómo debería llamarlo? —pregunté.

Rita emitió un siseo en mi dirección. Fue tan sorprendente que la miré embobado, y entonces me tiró las toallas de papel hechas una bola. Se abrieron en el aire y cayeron al suelo a escasa distancia de mí.

—Me importa un pito cómo lo llames —contestó. Dio media vuelta y entró en la cocina como una exhalación, para regresar un momento después con más toallas de papel, sin hacerme el menor caso.

Miré un poco más, con la esperanza de obtener alguna pista, pero Rita sólo pasó todavía más de mí. Me gusta un buen acertijo tanto como a cualquiera, pero éste se me antojaba demasiado abstracto, y en cualquier caso tenía que encontrar respuestas más importantes. Decidí que se trataba de una cosa más que no comprendía del comportamiento humano, abrí la puerta y salí al calor del atardecer.

Giré a la izquierda al final de mi camino de entrada y empecé a correr. El primer nombre que había copiado de la lista era Alissa Elan: un nombre extraño, pero lo consideré un buen presagio. Elan, sinónimo de impulso vital. Era justo lo que tanto había echado de menos en los últimos tiempos: el Brio Mortífero de Dexter. Tal vez lo reavivaría esta noche cuando viera el Honda de la señorita Alissa. Y entonces, como si ese nombre fuera mágico, «Alissa», experimenté la sensación de que me habían golpeado en la cabeza con algo grande, pesado y húmedo, y me paré en mitad de la calle, y de haber pasado algún coche no me habría dado cuenta si me hubiera arrollado, porque acababa de caer en la cuenta de que Alissa empezaba con la letra «A».



Mi Sombra había bloqueado sin parar sobre la Zorra Malvada conocida sólo como «A», pero hasta ahora yo no había buscado las «A» de la lista. Era evidente que había estado viendo demasiada televisión; demasiadas células grises se habían desconectado y mi cerebro, en otro tiempo poderoso, se hallaba en un estado de triste decrepitud. Pero no continué reflexionando sobre mi estupidez. Mejor tarde que nunca, y yo la había descubierto. Estaba seguro de que era el coche que andaba buscando, y permití que una oleada de alegría irracional me empujara por la calle hasta la certidumbre del atardecer.

La calle se encontraba a poco más de kilómetro y medio de distancia, pero al otro lado de la U. S. 1. Hasta el momento sólo había ido a ver casas de mi lado de la autopista, puesto que cruzarla a pie por la noche era arriesgado. Pero si podía cruzarla sin peligro, daría la vuelta, me desviaría hacia el norte para ver la segunda anotación y volvería a casa antes de una hora.

Corrí sin apresurar el paso unos quince minutos por el lado oeste de la U. S. 1, una zona que nunca se había recuperado del huracán Andrew. Las casas eran pequeñas y tenían aspecto descuidado, incluso las que estaban ocupadas, y en la mayoría de los casos costaba mucho ver la dirección. Los números estaban borrados, cubiertos de vegetación o desaparecidos por completo. Había bastantes coches antiguos y abollados aparcados en la calle, y muchos estaban abandonados. Una docena de niños sucios estaban jugando entre ellos y a su alrededor. Más chicos estaban dando patadas a una pelota de fútbol en el aparcamiento de un edificio de apartamentos de dos plantas hecho una porquería. Miré a los chavales mientras corría, y me pregunté si se harían daño cuando se subieran a los coches viejos y oxidados, y casi pasé de largo.

Había oído el ruido de un patadón a la pelota y me volví para mirar, mientras el balón atravesaba el aparcamiento entre gritos de «¡Julio! ¡Aquí!». Pero mientras aplaudía la habilidad de Julio, la pelota pasó por delante del edificio y vi la dirección sobre la puerta: 8834. El número que iba buscando era el 8837. Me había distraído, y casi pasado de largo.

Dejé de correr y me puse a andar, y luego me detuve delante del edificio de apartamentos. Apoyé el pie sobre un muro de bloque de hormigón desmoronado como si quisiera atarme los cordones. Mientras manoseaba el lazo, miré al otro lado de la calle..., y allí estaba. Embutido al lado de un enorme seto descuidado, delante de la casa de enfrente, allí estaba.

La casa era pequeña, más bien una casita, y con la vegetación tan crecida que no se podían ver las ventanas. Una enorme enredadera nudosa se extendía sobre el tejado de la casa, como para sujetarlo e impedir que se viniera abajo. Apenas había patio delantero para aparcar el Honda, y una valla de tela metálica oxidada cerraba el patio trasero. La farola más cercana se hallaba a media manzana de distancia, y con la fila de árboles descuidados que flanqueaba la calle, cualquier cosa que sucediera en la pequeña casa después de oscurecer

sería casi invisible, tal como yo deseaba. El coche estaba aparcado detrás de una buganvilla grande que ocupaba la mitad del patio y se derramaba sobre el tejado de la casa, y sólo se veía un pequeño fragmento de la parte de atrás que sobresalía de los arbustos. Pero la certidumbre aumentó cuando miré el coche.

Habría empezado su vida como un bonito Honda pequeño con acabado azul metálico y brillantes franjas de cromo a los lados. Ahora era un desastre: descolorido, mellado, inclinado levemente a un lado, casi todo el cromo desprendido, el color reducido a una incierta mezcla de gris, azul y pintura de base.

Y sobre aquella pequeña sección de maletero había una mancha de óxido grande, como una marca de nacimiento metálica, y mi pulso se aceleró un par de puntos cuando las oscuras alas interiores empezaron a agitarse.

Pero demasiados coches presentaban manchas de herrumbre. He de asegurarme, por eso aplaco la impaciencia que crece en mi interior. Me estiro poco a poco y apoyo las manos en la espalda, me estiro como si hubiera corrido en exceso y echo una mirada indiferente a la parte posterior del coche. No puedo ver, no puedo estar seguro. La buganvilla tapa demasiado.

He de acercarme más. Necesito una excusa estúpida para entrar en el patio y mirar detrás de las hojas, para ver si el faro trasero del otro lado es el faro colgante revelador que recuerdo tan bien, pero no se me ocurre nada. Con mucha frecuencia, en el pasado, he sido el Hombre de la Tablilla, o el Tío del Cinturón de Herramientas, lo cual me sirvió para llegar tan cerca como necesitaba. Pero esta noche ya soy el Tipo Que Pasaba Corriendo. Ahora no puedo cambiarme el disfraz, y se me están agotando las excusas para demorarme aquí. Vuelvo a apoyar el pie en el muro y estiro los músculos de la pierna, rechazo furioso una serie de estúpidas ideas para entrar en el patio y mirar detrás de aquella horrible buganvilla gigante, hasta que casi llego a tomar la decisión de hacer lo más estúpido y lo más obvio: entrar en el patio, mirar y salir corriendo. Ridículo, peligroso y totalmente contrario a la imagen que aprecio de mí. Yo más inteligente, pero se me está agotando el tiempo y ando corto de ideas...

A lo lejos, quizá sentada en una nube, debe existir una caprichosa deidad oscura a quien caigo muy bien, porque justo antes de dejar que la frustración me empuje a la estupidez, oigo las voces de los chicos que juegan a fútbol, los cuales gritan en tres idiomas: « ¡Cuidado, señor! ». Y antes de caer en la cuenta de que soy el único « señor » de la zona, la pelota de fútbol me golpea la cabeza, rebota en el aire y cruza la calle rodando.

Veo rodar la pelota, sólo un poco aturrido, no tanto por el golpe en la cabeza, sino por la afortunada, improbable, estúpida y gloriosa coincidencia. Y la pelota cruza la calle, se mete en el patio de la mugrienta casa y queda apoyada contra el neumático trasero del Honda.

—Lo siento, señor —dice uno de los chicos.

Miro hacia el aparcamiento, donde se han parado formando un grupo vacilante, mientras me observan para ver si cogeré la pelota y huiré corriendo, o tal vez empezaré a dispararles. Así que les dedico una sonrisa tranquilizadora y digo: «Ningún problema. Voy a buscarla».

Cruzo la calle y entro en el patio donde se ha ido a parar esa maravillosa y bella princesa de todas las pelotas de fútbol. Me desvío un poco a la izquierda mientras me acerco al Honda, con la intención de disimular que miro el coche con codicia febril. Me adentro tres pasos en el patio, cinco, seis... Suficiente.

Durante unos largos y deliciosos segundos me detengo a mirar y dejo que la adrenalina fluya a través de mi organismo. Allí está, el revelador faro trasero izquierdo que cuelga, el mismo que vi cuando me vieron, el mismo que se despidió de mí parpadeando cuando huyó por la rampa de entrada a la Palmetto. No cabe la menor duda. Éste es el Honda que andaba buscando. En las profundidades de la Oscura Torre de Dexter se oye un sonoro susurro de satisfacción, y siento un levísimo cosquilleo en la base de la espina dorsal que asciende lentamente hacia mi cuello y después se acomoda sobre mi rostro como una máscara.

Hemos encontrado a nuestro Testigo.

Y ahora se convierte en nuestra presa.

Se alzan voces en el interior de la casa a punto de desmoronarse y cubierta de enredaderas, enzarzadas en una desagradable discusión, y después la puerta de la calle se cierra con estrépito. Aparto la vista de la seductora luz colgante y me vuelvo a mirar, justo a tiempo de ver la espalda de un hombre que sale y vuelve enseguida dentro para terminar la disputa. Siento un estremecimiento de aprehensión. Tiene que haberme visto, pero la puerta de la calle se cierra de golpe a su espalda. La suerte no me ha abandonado, y su voz se alza en el interior, la de ella contesta, y le he localizado y él no lo sabe y ahora es el principio del fin de mi Testigo. De modo que me acerco al Honda, le doy una palmada afectuosa y recojo la pelota.

Los jugadores de fútbol continúan esperando, formando un grupo vacilante, alzo la pelota en su dirección y sonrío. La miran como si fuera un artefacto explosivo improvisado; no se mueven. Me miran con gran cautela cuando les tiro la pelota. Y entonces rebota dos veces, uno de los chicos se apodera de ella, y todos salen corriendo hacia el extremo opuesto del aparcamiento, y reanudan el partido donde lo abandonaron.

Lanzo una mirada afectuosa a la casita sucia y me maravillo de mi suerte. El patio invadido de malas hierbas, la calle sin luces... El marco es perfecto, casi como si lo hubiéramos diseñado como lugar ideal para una velada de oscura diversión. Está apartado, envuelto en las sombras... El monstruo más quisquilloso no habría podido pedir un mejor parque recreativo.

Un estremecimiento de impaciencia agita las astas de las banderas del Castillo Dexter. Hemos buscado, hemos encontrado, y de repente hay mucho que hacer, y muy poco tiempo para ello. Todo ha de ser perfecto, como es debido, como siempre ha sido, para volver aquí esta noche (¡esta noche!), surcando la cómoda oscuridad para alcanzar a cuchilladas la bendita liberación y la promesa de seguridad, mientras reventamos esta pequeña y fea ampolla que ha estado amenazando nuestra comodidad. Y ahora la irritante e indeseable amenaza estaba al alcance, casi inmovilizada ya con cinta americana a una mesa, y pronto todo volvería a ser resplandeciente felicidad. Un, dos, tres, je je je, y la vida de Dexter volvería a su envoltorio de plástico brillante, falsamente normal y humano. Pero antes... Un programa de cuidadosos pero rápidos preparativos, y después una palabra muy afilada de Nuestro Patrocinador.

Un profundo suspiro para calmar la marea creciente de necesidad y recuperar el sombrío equilibrio. Hay que hacerlo, pero hay que hacerlo bien. Y lenta, cautelosa, indiferentemente desviamos nuestra vista de la casa y el Honda en el patio, y volvemos corriendo por donde hemos venido. Ahora a casa, pero volveremos, muy pronto, en cuanto oscurezca.

Y la Oscuridad se acerca, con « O » mayúscula.

Fue un sudoroso pero muy complacido Dexter el que entró corriendo en su calle, disminuyó la velocidad y se puso a andar, y entró sin prisas en su casa. Y esa complacencia aumentó hasta un nivel que casi habría podido ser satisfacción cuando entré por la puerta y vi a mis hijos congregados en el sofá, matando cosas con su Wii, porque Astor alzó la vista (era el turno de Cody de jugar) y dijo:

—Mamá quiere verte. Está en la cocina.

—Eso es maravilloso —dije, y lo era. Había encontrado a mi Testigo, había gozado de una hora de ejercicio saludable, y ahora Rita estaba en la cocina. Podría ser un sofrito chino o cochinitillo asado. ¿Acaso podía ser mejor la vida?

Pero, por supuesto, la felicidad es pasajera en el mejor de los casos, y por lo general es una indirecta de que no has entendido lo que está sucediendo en realidad. En este caso, se desvaneció en cuanto pisé la cocina, porque Rita no estaba guisando. Estaba encorvada sobre una gran pila de papeles y libros enormes que ocupaban casi toda la mesa de la cocina, y garabateaba algo en una libreta. Levantó la vista cuando me detuve decepcionado en el umbral.

—Estás todo sudado —dijo.

—He estado corriendo —expliqué. Había algo en su forma de mirarme que no reconocí, pero también parecía un poco aliviada, lo cual me resultó casi extraño.

—Oh... Has ido realmente a correr.

Me pasé la mano por la cara y la alcé para enseñarle el sudor.

—Realmente. ¿Qué te pensabas?

Meneó la cabeza y señaló con un ademán la pila de la mesa.

—No es... He de trabajar —dijo—. Esto del trabajo es de lo más... Y ahora he de... —Se humedeció los labios, y después me miró con el ceño fruncido—. Dios mío, estás cubierto de... No te sientes en ningún sitio hasta que... Maldita sea —exclamó, cuando su móvil empezó a gorjear sobre la mesa, a su lado. Lo cogió—. ¿Podrías pedir pizzas? Sí, soy yo —contestó, y se dio la vuelta para hablar por el teléfono.

La observé un momento mientras recitaba una ristra de números a la persona con la que hablaba, y después di media vuelta y me fui con mis esperanzas de una buena comida destrozadas al cuarto de baño. Como se me había hecho la boca agua al pensar en una cena casera, me costaba tragar la píldora de la pizza. Pero, mientras me duchaba, lo achaqué a mi mal humor. Al fin y al cabo, había Cosas que hacer esta noche, Cosas con las que, en comparación, el cochinito asado de Rita parecía un placer trivial. Puse el agua muy caliente y me restregué bien el cuerpo para eliminar el sudor del ejercicio, y después pasé al agua fría. Dejé que corriera por mi cuello y mi espalda durante un minuto, y noté que volvía la gélida alegría. Esta noche iba a salir debido a una rara combinación de necesidad y verdadero placer, y para lograr que eso sucediera comería de buen grado animales atropellados en la carretera.

De modo que me sequé alegremente, me vestí y pedí pizzas. Mientras esperaba a que llegaran, fui al estudio y me preparé para las actividades vespertinas. Todo cuanto necesitaba cabía a las mil maravillas en una pequeña bolsa de nailon, y ya la había llenado, y vuelto a llenar, por si acaso, cuando llegó la pizza, media hora después. Rita estaba absorta en su trabajo, y la mesa de la cocina cubierta con sus papeles. De modo que, ante el placer de los niños, serví la pizza en la mesita auxiliar que había delante del televisor. A Cody y Astor les gustaba mucho, por supuesto, y dio la impresión de que Lily Anne se contagiaba de su humor. Daba saltitos muy contenta en su trona y arrojaba su puré de zanahorias contra las paredes con gran pericia y vigor.

Mastiqué un pedazo de pizza, y por suerte para mí apenas me fijé en su sabor, porque en los oscuros recovecos de mi mente ya me encontraba muy lejos, en una casita de una calle lóbrega, colocando la punta del cuchillo aquí y la hoja allí, trabajando con lentitud y cuidado hasta alcanzar un dichoso clímax, mientras mi testigo se debate contra sus ligaduras, y observo que la esperanza muere en sus ojos y cada vez se revuelve con menos fuerzas, hasta que al fin, al fin...

Podía verlo, casi saborearlo, prácticamente oía el crujido de la cinta americana. Y de pronto el hambre se disipó, y la pizza era como cartón en mi boca, y el alegre masticar de los niños era un ruido artificial irritante, y ya no podía esperar más a volver a la realidad que me aguardaba en la casita. Me levanté y tiré el último tercio de mi pizza en la caja.

—He de irme —dijimos, y el sonido gélido de nuestra voz logró que Cody

volviera la cabeza hacia nosotros con brusquedad, y Astor se quedó petrificada con la boca abierta a mitad de un mordisco.

—¿Adónde vas? —preguntó en voz baja, con los ojos abiertos de par en par y muy ansiosa, porque no sabía el «dónde», pero sabía el «porqué» debido al tono acerado de mi voz.

Enseñamos los dientes y ella parpadeó.

—Dile a tu madre que tenía trabajo —dijimos. Ella y su hermano nos miraron con ojos desorbitados, henchidos de anhelo, y Lily Anne emitió un breve y afilado « ¡Da! », que tiró de las esquinas de mi capa oscura un momento. Pero la música estaba aumentando de intensidad en la distancia y llamaba al director de orquesta, y ya no nos quedaba otra alternativa que empuñar la batuta y ocupar el podio.

—Cuidad de vuestra hermana —ordené, y Astor asintió.

—De acuerdo —contestó—, pero, Dexter...

—Volveré —dijimos, cogí nuestra pequeña bolsa de juguetes y salimos a la noche tibia y acogedora.

Había oscurecido por completo y la primera ráfaga de aire nocturno penetró en mis pulmones e invadió mis venas, al tiempo que gritaba mi nombre con un atronador susurro de bienvenida y me espoleaba hacia la oscuridad ronroneante, y corrimos hacia el coche para dirigirnos en pos de la felicidad. Pero cuando abrimos la puerta del coche y pusimos un pie dentro, cierta leve preocupación agria tironeó de nuestros faldones traseros y nos detuvimos. Algo no iba bien, y el gélido regocijo de nuestra resolución resbaló de nuestra espalda y cayó sobre la acera como piel de serpiente vieja.

Algo no iba bien.

Paseé la vista a mi alrededor en la noche cálida y húmeda de Miami. El barrio estaba como siempre. Ninguna repentina amenaza había surgido de la hilera de casas de una planta con patios sembrados de juguetes. Nada se movía en nuestra calle, nadie acechaba en las sombras del seto, ningún helicóptero descendía en picado para ametrallarme; nada. Pero todavía me asaltaba la duda.

Aspiré aire poco a poco por la nariz. No había gran cosa que oler, salvo los olores mezclados de las cocinas, el aroma intenso de la lluvia lejana, el hedor de la vegetación podrida que siempre acechaba en la noche del sur de Florida.

Por tanto, ¿qué pasaba? ¿Qué había disparado las campanillas de alarma cuando ya había salido y era libre? No veía nada, no oía nada, no olía nada, no sentía nada..., pero había aprendido a confiar en los inoportunos susurros de advertencia, y permanecí inmóvil, sin respirar, en busca de una respuesta. Y, entonces, una hilera baja de nubes oscuras se abrió en los cielos y reveló un gajo de luna plateado, una luna diminuta, inadecuada, una luna sin consecuencias, y nos despojamos de todas las dudas. Por supuesto: estábamos acostumbrados a desplazarlos bajo el brillo perverso de una luna llena e hinchada, a rebanar y trincar con la banda sonora de un gran coro redondo que cantaba a pleno pulmón en el cielo. Esta noche no existía ese faro, y no parecía correcto galopar hacia el regocijo sin él. Pero la de hoy era una sesión especial, una incursión improvisada en una noche casi sin luna, y en cualquier caso había que hacerlo, se haría, pero esta vez como una cantata para una sola voz, una cascada de notas sin cantante que las respaldara. Esta pequeña y apocada luna en cuarto era demasiado joven para cantar, pero podríamos pasar sin ella, sólo esta vez.

Y sentimos la brillante y gélida determinación cerrarse a nuestro alrededor. No había peligro al acecho, sólo ausencia de luna. No había motivos para detenernos, no había motivos para esperar, pero sí todos los motivos para internarnos en la oscuridad aterciopelada de una Velada Extra.

Subimos al asiento del conductor del coche y ponemos en marcha el motor. No hay más de cinco minutos de trayecto hasta el barrio del decrepito edificio de apartamentos y la pequeña casa a punto de desmoronarse. Pasamos por delante

espacio y con cautela, vigilando cualquier señal de que las cosas no son como deberían, pero no descubrimos ninguna. La calle está desierta. La única farola, a media manzana de distancia, se enciende y apaga, y arroja una tenue luz azul más que un brillo real. La única otra luz en esta noche de luna diminuta procede de las ventanas del edificio de apartamentos, una aureola púrpura similar en cada ventana, una docena de televisores sintonizados todos con la misma estúpida, absurda y vacía irrealidad del mismo *reality show*, todo el mundo mirando embobado mientras la verdadera realidad desfila poco a poco en el exterior en gozosa anticipación de lo que va a suceder.

La sucia casita presenta una débil luz en la ventana delantera cubierta de enredaderas, y el viejo Honda continúa en su sitio, encajado en las sombras. Pasamos de largo, rodeamos la mitad de la manzana y aparcamos en la oscuridad, bajo un enorme baniano. Bajamos, cerramos el coche y nos quedamos inmóviles un momento, para olfatear la brisa de esta noche muy oscura y de repente maravillosa. Un viento suave mueve las hojas del árbol, y a lo lejos, hacia el horizonte, destella el rayo en una enorme almohada negra de nubes. Una sirena aúlla en la distancia, y un poco más cerca un perro ladra. Pero nada se mueve cerca, y aspiramos una profunda y fresca bocanada de aire nocturno, y dejamos que nuestra intuición se deslice a nuestro alrededor, para que inspeccione el silencio y la ausencia de cualquier peligro. Todo va bien, todo está preparado, está como es debido, y ya no podemos esperar más.

Ha llegado el momento.

Lenta, cautelosa, indiferentemente, nos colgamos al hombro la pequeña bolsa de gimnasia y volvemos hasta la casa ruínosa, un tío normal que vuelve a casa desde la parada del autobús.

A mitad de la manzana, un coche grande dobla la esquina y, por un segundo, sus faros nos iluminan. Da la impresión de que vacila una fracción de segundo, nos deja bañados en luz de una manera incómoda, y nos detenemos, parpadeamos a causa del resplandor inesperado. Después se oye la repentina detonación del petardeo del coche, acompañado de un extraño repiqueteo cuando un pistón vibra al unísono con un parachoques suelto, y el vehículo acelera y pasa de largo, inofensivo, y desaparece por la curva de delante. Se hace el silencio de nuevo y no se atisban más signos de vida en esta preciosa noche oscura.

Continuamos adelante y nadie ve nuestra perfecta imitación de un paseante normal, nadie en las cercanías está viendo otra cosa que la televisión, y cada paso nos acerca más al goce. Sentimos la creciente marea de deseo, de necesidad, de saber que sucederá pronto, y evitamos con mucha cautela que nuestro paso delate nuestra ansia cuando nos acercamos a la casa, pasamos de largo y nos adentramos en la oscuridad del gigantesco seto que oculta el Honda y ahora a nosotros.

Y aquí nos detenemos, vigilamos desde este lugar casi invisible junto al coche



oxidado, y pensamos. Lo hemos deseado tanto, y ahora ya hemos llegado y lo haremos y nada puede impedirlo, pero... esto es diferente. No es la ausencia de luna lo que nos mueve a vacilar y pararnos en las sombras y contemplar con aire pensativo la horrible casita. Y no se trata de un repentino cambio de opinión, ni de un cargo de conciencia, ni de ningún tipo de duda en la oscuridad despiadada y carente de conciencia de nuestra determinación. No. Es esto: hay dos personas dentro y sólo queremos a una de ellas. Necesitamos, debemos, queremos agarrar a nuestro Testigo e inmovilizarlo con cinta americana, y hacerle todas las cosas maravillosas que tanto hemos esperado para hacerle, pero...

Esa segunda persona. A. La ex mujer.

¿Qué haremos con ella?

No podemos permitir que contemple el espectáculo para que luego se vaya de la lengua. Pero enviarla a ella también a la larga noche eterna es contrario al Código de Harry, contrario a toda la Crueldad razonable y bien merecida que siempre hemos cometido y esperamos seguir cometiendo. Esto es un daño colateral inmerecido, no sancionado, conflictivo. Es un error, no podemos..., pero debemos. Pero no podemos... Respiramos hondo para relajarnos. Pues claro que debemos. No existe otra solución. Le diremos que lo sentimos mucho, y procederemos con rapidez, pero debemos, sólo esta única vez, desagradable y lamentable, pero es preciso.

Y lo haremos. Examinamos la casa con detenimiento, con el fin de comprobar que todo va bien. Un minuto, dos, no hacemos nada salvo esperar y mirar, extendiendo todos nuestros sentidos hasta la calle que nos rodea, el pequeño patio de la lóbrega casita, vigilamos a la espera de cualquier señal de que nos vigilan, y no hay ninguna. Estamos solos en un mundo de oscuro anhelo que pronto dará lugar a un estallido de dicha y nos conducirá al final feliz y necesario de esta noche maravillosa.

Tres minutos, cinco. No hay indicios de peligro, y ya no podemos esperar más. Aspiramos otra fría y tranquilizadora bocanada de aire, y después nos adentramos más en las sombras del seto, retrocedemos hacia la valla que delimita el patio. Un rápido y silencioso salto sobre la valla, una pausa momentánea para asegurarnos por completo de que nadie nos observa, y después nos deslizamos como un gato pegados al costado de la casa. Nada puede vernos, salvo las dos pequeñas ventanas, una de ellas en lo alto de la pared, hecha de cristal esmerilado, un cuarto de baño. La otra ventana es pequeña y está entreabierta unos quince centímetros, nos paramos a escasa distancia de ella y echamos un vistazo al interior.

Un tenue resplandor brilla en esta ventana, procedente de alguna habitación interior, pero no se oye nada ni se ven señales de ningún ser vivo. Abrimos la bolsa, sacamos los guantes y nos los ponemos. Estamos preparados, dejamos atrás la ventana y entramos en el patio.

El borde posterior del patio está tapiado completamente por una valla cubierta de bambú joven. Los brotes son delgados, pero ya miden tres metros de alto, y desde ese lado tampoco nos pueden ver, y respiramos más tranquilos. En la parte posterior de la casa, un pequeño patio de ladrillo asciende hasta una puerta de cristal deslizante. La hierba crece hasta la altura de la espinilla entre los ladrillos, y una parrilla redonda oxidada está apoyada contra un borde, le falta una rueda y se ladea como un borracho. Nada se mueve dentro, y un primer dedo de duda se clava entre nuestras costillas: ¿hay alguien en casa? ¿Hemos llegado tan lejos, estamos tan preparados, para nada?

Lenta y cautelosamente nos acercamos más a los ladrillos y empujamos cada vez con más fuerza: la puerta se mueve. La abrimos unos centímetros, quince, sesenta, tardamos medio minuto para asegurarnos de que no emite el menor ruido y nada reacciona dentro. Casi un metro abierta, nos detenemos, esperamos otro cauteloso momento, no pasa nada, cruzamos la puerta y la cerramos a nuestra espalda.

Estamos en una cocina: una nevera oxidada en una esquina al lado de unos fogones antiguos, una encimera de formica agrietada con un armario encima, un fregadero manchado y sucio con un grifo que gotea. No hay luz en la habitación, pero a través de la puerta del fondo distinguimos un tenue destello en la habitación de al lado. Un cosquilleo de advertencia empieza a trepar por nuestra espina dorsal, y sabemos que allí hay algo, hay algo en esa habitación iluminada. Y ahora toda nuestra concentración se proyecta en esa habitación, y llevamos en la mano el lazo de nailon, mientras cruzamos poco a poco la cocina en dirección a la luz, casi babeando de anticipación, y la alegría se desata en nuestro interior al pensar en lo que se avecina, al tiempo que nos acercamos con sigilo a la puerta y asomamos la cabeza a la habitación de al lado, para ver qué nos espera en ese pequeño halo de luz, y nos detenemos y miramos y...

Todo se detiene.

Ni respiración, ni pensamientos, ni movimientos. Nada, salvo un rechazo estupefacto y automático.

Esto no puede ser. Es imposible. Aquí no, ahora no, esto no... No lo estamos viendo, en absoluto, no es posible que estemos viendo algo semejante; es imposible, erróneo, no está incluido en el guión...

Pero ahí está. No se mueve, no cambia y es lo que es, sin la menor duda:

Es una mesa colocada debajo de una sola bombilla que presta escasa iluminación. Una vieja y vulgar mesa metálica salida de alguna tienda de segunda mano, con un acabado blanco astillado. Y distribuido sobre la mesa en pulcros paquetes hay algo que antes era un ser humano. El cuerpo ha sido cuidadosamente cortado, seccionado y agrupado en montones ordenados, y todo es tan exacto y perfecto como mandan los cánones, y me precipita hacia un momento irreal de comodidad tan familiar como imposible, porque sé muy bien

lo que es..., pero no puede serlo, y miro y miro y lo sigue siendo, justo eso.

Es un cuerpo preparado para deshacerse de él después de una larga y deliciosa sesión con un cuchillo y una necesidad, y es familiar y consolador por la razón más sencilla, porque es así como lo hago yo. Y esto no es posible, porque yo no lo he hecho, y nadie más en el mundo lo hace exactamente del mismo modo, ni siquiera mi hermano, Brian, pero ahí está, y parpadeo y vuelvo a mirar, y continúa allí y no ha cambiado.

Y es tan imposible y tan perfectamente salido de una pesadilla, tal como lo iba a hacer yo, que no puedo reprimir la tentación de cruzar la puerta, acercarme como si fuera un imán gigantesco, demasiado potente para oponer resistencia, y camino sin respirar y sin ver nada más, avanzo hacia la cosa que no puede existir, aunque está muy claro que sí: un paso, dos pasos...

Y al otro lado de la mesa algo avanza hacia mí, surgido de las sombras, y sin pensarlo dos veces saco el cuchillo y salto hacia delante ante esta nueva amenaza...

Y eso salta hacia mí con un cuchillo en la mano.

Y me acucillo y me quedo inmóvil con la hoja alzada...

Y se aculilla y se queda inmóvil con la hoja alzada.

Y en un eterno momento de absoluto pánico desorientado miro y parpadeo y veo que me miran y parpadean...

Me desenrosco poco a poco y me enderezo y miro y eso hace exactamente lo mismo que yo.

No puede hacer otra cosa...

... porque es mi reflejo en un espejo de cuerpo entero. Soy yo quien me está mirando a mí que estoy mirando...

Una vez más me quedo petrificado, incapaz de pensar, parpadear o hacer otra cosa que mirar la imagen del espejo, porque esto no puede ser un accidente, ni tampoco el cuerpo perfectamente dispuesto sobre la mesa. Han colocado el espejo en este específico lugar para lograr ese efecto, y ahora estoy viendo a mi reflejo mirar un cadáver cuyo tratamiento sólo yo habría podido lograr, y casi estoy seguro de que yo no lo hice, pero ahí está, y no sé qué hacer ni qué pensar.

De modo que continuo inmóvil en un diminuto cono de imposibilidad insensible y contemplo algo que alguien ha dispuesto para mí, para que lo encuentre y haga exactamente lo que estoy haciendo, que consiste en mirarlo y tratar de no creer que es lo que en realidad es.

Y poco a poco, por fin, una escurridiza idea se abre paso entre el fango aturrido que se ha vertido sobre mi cerebro, y me chilla en voz lo bastante alta para que yo la oiga, y parpadeo, respiro de manera entrecortada y dejo que el pensamiento me hable.

*¿Quién ha hecho esto?*

Es un buen comienzo, esta diminuta idea, lo bastante buena para que otra la

siga a través de la neblina. Sólo mi hermano, Brian, conoce mi técnica lo bastante bien para hacer esto. Durante un fugaz momento me pregunto si ha sido él. Todavía deseaba compartir un buen rato de diversión fraternal conmigo. ¿Podría ser esto un pequeño codazo en las costillas de Dexter para animarme?

Pero aún mientras lo pienso sé que es imposible. Brian pediría, rogaría, adularía, pero nunca haría esto. Y aparte de él, no existe nadie más en el mundo que haya visto mi trabajo y vivido para contarlo...

... salvo mi Testigo, por supuesto. Esa Sombra desconocida que me había visto con Valentine y se ganó el número uno de mi lista con su blog, el mismísimo charlatán irritante al que había venido a convertir en una copia exacta de lo que ahora estaba mirando. Y por más que fuera absurdo, tenía que ser él quien había hecho esto. Había dispuesto el cuerpo siguiendo mi pauta, y colocado un espejo al otro lado de la mesa, y no podía existir otra explicación, lo cual me conducía a una pregunta mucho más urgente:

*¿Por qué?*

No tengo respuesta. Sólo puedo pensar que es imposible, pero no obstante se sale del reino de las hipótesis y es tan real como el cuchillo que sujeto en la mano. Y doy un lento e indefenso paso hacia eso, como si pudiera hacerlo desaparecer si me acercara lo suficiente..., y al otro lado de la mesa, mi otro yo avanza un paso y me detengo de nuevo con brusquedad y miro mi reflejo que a su vez me está mirando.

Ahí estoy: Dexter. Levanto una mano para tocarme la cara, pero es la mano del cuchillo y la inmovilizo a mitad de trayecto cuando la hoja se acerca a mi rostro boquiabierto y me miro. Naturaleza muerta con cuchillo y zoquete. Mis dos rostros: Dexter el Demonio y Dexter el Idiota. El rostro se me antoja extraño, como si fuera de otra persona, pero es mi cara, la que he llevado todos estos años. Miro durante un largo momento, petrificado al verme a mí tal como soy, los dos yos, como si mirando el tiempo suficiente las dos caras pudieran fundirse en una sola persona real.

Es imposible, por supuesto. Dejo que la mano del cuchillo caiga al costado una vez más y contemplo la mesa, con la estúpida esperanza de que aquella cosa imposible se haya desvanecido. Pero sigue ahí, todavía real, y todavía imposible. Otro paso de robot, me paro delante y contemplo lo que he venido a hacer para descubrir que se me han adelantado. Contemplo los restos despiezados, y durante un estúpido momento se enciende una diminuta esperanza: ¿cabía la posibilidad de que aquel montón de carne no fuera obra de mi Sombra, sino que fuera ella? ¿Era posible que alguien hubiera acometido esa buena obra en mi lugar?

Busco alguna pista, y desde esta cercanía observo algunos defectos de los que yo jamás habría sido culpable. Y después veo un seno y me doy cuenta de que es una mujer, mi Sombra es un hombre, y la ínfima esperanza se diluye y muere. No es mi Sombra. Es otra persona, lo más probable su ex mujer. Me

acercó más. Desde esta distancia me doy cuenta de que no es un trabajo de calidad. Por ejemplo, esa mano izquierda, tan chapucera en la muñeca, apresurada, trinchada en lugar de cortada con la maestría de Dexter. Acercó la punta del cuchillo y la palpo para poner a prueba su realidad, y en ese momento me detengo.

Durante este último minuto he estado escuchando un sonido familiar, cada vez más alto, al que ya no puedo hacer caso omiso, porque es un sonido que conozco muy bien y que no quiero escuchar en este momento.

Es el sonido de una sirena, y cada vez está más cerca.

Una vez más me quedo petrificado en un estúpido aturdimiento inmóvil. Una sirena. Cada vez más cerca. De mí. De aquí. De esta casita de mierda. Donde estoy junto a un cuerpo troceado. Con un cuchillo en la mano.

Y por fin una gran sirena de alarma antiaérea empieza a aullar desde las murallas del Castillo Dexter, desde su estremecedora nota más baja de advertencia hasta un chillido ensordecedor de pánico, y nos alejamos de la basura acuchillada y amontonada sobre la mesa y en una fracción de segundo cruzamos la puerta deslizante y salimos a la noche. Sin detenernos a pensar saltamos por encima de la valla, agitamos los brazos para apartar los brotes de bambú y caemos de morros sobre el patio trasero de la casa del otro lado. Y nos ponemos en pie de un brinco al instante y corremos presa del pánico a toda la velocidad de nuestras piernas, cruzamos el patio y desembocamos en la calle justo cuando una luz se enciende en el patio donde estábamos hace tan sólo unos segundos.

Pero ya nos hemos ido, estamos a salvo en la calle, seguimos una acera que está tan oscura e invadida de malas hierbas como nos conviene, y apagamos el coro de alaridos de alarma y miedo, y obligamos a nuestras piernas a escuchar la voz fría y tranquilizadora que dice: *Ve despacio; actúa con normalidad. Hemos escapado.*

Vamos despacio, intentamos actuar con normalidad, pero la sirena que se acerca se encuentra ahora en la calle de al lado, delante de la casita, y su llamada aguda se está serenando para anunciar que ha llegado, así que, pese a las palabras interiores de prudencia, apresuramos un poco el paso hasta doblar la esquina y llegar a nuestro coche, que nos espera bajo el gigantesco baniano.

Y nos deslizamos agradecidos en el asiento del conductor y ponemos el motor en marcha y nos alejamos poco a poco de la casita de los horrores medio desmoronada, y regresamos con sigilo a nuestra vida normal. No vamos directamente a casa, sin embargo. Hemos de intentar pensar, y hemos de dejar que el temblor abandone nuestras manos, y que la sequedad terrorizada se desprenda de la boca mientras la adrenalina se calma y nos vamos transformando poco a poco en algo similar a una forma humana, antes de reintegrarnos a la compañía de seres humanos, y esto tarda mucho más de lo que

debería. Conducimos hacia el sur por la U. S. 1 hasta Old Card Sound Road, mientras intentamos pensar y comprender y extraer un sentido de la catástrofe surrealista de la velada... Lo intentamos, y fracasamos. El pánico enfermizo y húmedo nos va abandonando con parsimonia, pero no llegan las respuestas para ocupar su lugar, y durante todo el trayecto hasta casa sólo hay un pensamiento que se repite sin cesar en mi entumecido y destrozado cerebro, un pensamiento que da volteretas y despierta ecos en los oscuros pasillos de piedra de la Cúpula de Dexter. Y ninguna respuesta va al encuentro de este pensamiento, de modo que va rebotando de un lado a otro confuso y crispado, y se repite sin cesar cuando aparco al fin mi coche delante de casa y descubro que mis labios se están moviendo y repitiendo el mismo estúpido pensamiento único:

—¿Qué ha pasado?

No habría debido sorprenderme, pero aquella noche no dormí gran cosa. Ya fuera con los ojos abiertos o cerrados, lo único que podía ver o plasmar en mi mente era el cuerpo de la casita, tan parecido al estilo de Dexter, y Dexter boquiabierto ante su reflejo, ambos babeando estúpidamente mientras la sirena del coche policía se va acercando más y más...

Todo había sido una trampa, una añaaza, diseñada sin errores para atrapar nada más y nada menos que a un servidor, y casi había cumplido su función. El cebo había sido perfecto, me había atraído, para luego dejarme alelado como un estúpido al ver el cuerpo dispuesto como yo lo habría hecho. Había visto muchos cuerpos por el estilo, y siempre me habían proporcionado consuelo, y no me parecía justo que éste me robara el sueño, me aterrorizara e inyectara un pavor casi humano en todos mis pensamientos. ¿Tener conciencia era eso? ¿Dar vueltas sin cesar en la cama por la noche con la idea de que habías cometido un terrible error, que de un momento a otro iba a destriparte y aplastarte? Esa sensación no me gustaba en absoluto, y menos aún la idea de que mi Sombra me había tendido una trampa tan perfecta, hasta el punto de que casi me había atrapado.

Pero ¿qué podía hacer yo? ¿Qué podía idear para encontrar y aplastar aquella espantosa amenaza? Localizar el Honda había sido mi mejor oportunidad, mi única oportunidad, y la había aprovechado a la perfección, sólo para descubrir que mi Testigo iba tres pasos por delante de mí y me miraba con una sonrisa burlona. ¿Qué otra cosa me quedaba por hacer ahora, salvo esperar su siguiente maniobra? Y no tenía forma de descubrir cuál sería, de dónde llegaría... Sólo sabía que su primer intento había sido muy bueno, y que el próximo sería mejor.

Y así estuve dando vueltas entre las sábanas toda la noche, nervioso, rechinando los dientes de angustia a causa de la impotencia y la frustración, hasta que al final me sumí en un sueño vacío a eso de las cinco y media, hasta que el despertador me expulsó de él a las siete. Me quedé tumbado unos cuantos minutos tensos y aturcidos, mientras intentaba convencerme de que todo había sido un mal sueño, pero no fui lo bastante persuasivo. Había sucedido. Era real, y no tenía la menor idea de qué hacer al respecto.

Entré en la ducha y luego me vestí, y hasta conseguí llegar a la mesa del desayuno, con la esperanza de encontrar cierto alivio. Y Rita estuvo a la altura de la ocasión. Había llenado la mesa del agradable desorden de tortitas de arándanos y beicon. Me derrumbé en la silla y ella plantó delante de mí un tazón de café, y después hizo una pausa, de pie ante mí con aquella extraña expresión de leve desaprobación en el rostro, hasta que la miré.

—Volviste tarde —dijo, con expresión más forzada de lo acostumbrado en ella, y me pregunté por qué.

—Sí, lo siento —me disculpé—. Tenía que hacer unos, mmm..., análisis en el

laboratorio.

—Ah, análisis en el laboratorio.

Y entonces entró Astor y se dejó caer sobre una silla.

—¿Por qué hemos de comer tortitas? —preguntó.

—Porque te sientan mal y quiero que sufras —replicó con brusquedad Rita, y se volvió hacia los fogones. La niña la miró con una expresión casi cómica, que se desvaneció en cuanto se dio cuenta de que yo la estaba mirando.

—Los arándanos se me enredan en el aparato corrector —murmuró malhumorada en mi dirección, y entonces llegó Cody y Lily Anne lanzó su cuchara en un arco perfecto y le dio a Astor en la cabeza. «Ay», gimió, Cody rió, y toda apariencia de calma y comportamiento digno huyó de la sala en cuanto Astor se puso en pie de un brinco y tiró el plato al suelo, donde se rompió en tres grandes pedazos y una pila de comida dispersa. Sin hacer caso del desastre, sufrió un estallido de rabia teñida de autoconmiseración, mientras Rita limpiaba, le daba otro plato y la reprendía. Lily Anne se puso a berrear, y Cody continuó sentado, esbozó una sonrisita de suficiencia y, cuando creyó que nadie le miraba, robó un trozo de beicon a Astor.

Levanté a Lily Anne de la silla, en parte para que dejara de llorar y en parte para protegerla de Astor, y la sostuve sobre mi regazo con una mano mientras bebía café con la otra. Pasaron varios minutos antes de que Astor dejara de amenazar a su hermano y a su hermana, y el griterío dejó paso al estruendo habitual de las mañanas laborables. Terminé mis tortitas y tomé una segunda taza de café. No logró poner a mi cerebro en acción, pero cuando la terminé estaba lo bastante despejado para conducir, de modo que, sin otro plan a mano que seguir la rutina de cada día, dejé la taza en el fregadero y me dirigí al trabajo como un autómatas.

Noté que me relajaba un poco mientras conducía. No fue porque hubiera forjado algún Plan Maestro, ni por caer en la cuenta de que las Cosas no estaban Tan Mal como pintaban; las Cosas estaban mal, y tal vez con perspectivas de empeorar. Pero, como siempre, encontré relajante el taimado y traidor tráfico de Miami, y además la rutina siempre me proporciona consuelo. Cuando llegué al trabajo, ya no tenía los hombros encorvados alrededor de las orejas, y cuando llegué a mi escritorio, había dejado de apretar los dientes. Era absurdo, pero de una forma inconsciente debía suponer que el trabajo constituía una especie de refugio. Al fin y al cabo, mi pequeño despacho se encontraba en la jefatura de policía, rodeado de cientos de hombres y mujeres de mirada dura y armados con armas, que habían prestado el juramento de proteger y servir. Pero esta mañana, cuando más que nunca necesitaba que mi trabajo fuera un refugio seguro y acogedor de la tormenta, resultó ser un clavo más en el ataúd de Dexter.

Tendría que haberlo imaginado. O sea, sabía muy bien que mi trabajo implicaba ir a escenas de crímenes. Y sabía igual de bien que anoche se había



cometido un crimen. Era una ecuación muy sencilla de causa y efecto, y no tendría que haberme llevado una desagradable sorpresa al encontrarme una vez más en la lóbrega habitación de la que había huido hacia muy poco, contemplando el montón de partes humanas del Duplicado de Dexter.

Pero fue una sorpresa, y muy desagradable, y empeoró todavía más a medida que la mañana trajo todos los rituales ordinarios de la magia forense. Cada paso habitual del proceso conllevaba su propia sacudida de pánico. Cuando Ángel Batista empezó a espolvorear en busca de huellas dactilares, sudé durante varios minutos, mientras intentaba recordar si había conservado puestos los guantes todo el rato. Justo cuando había decidido que sí, Camilla Figg sacó su cámara al patio y empezó a fotografiar pisadas: ¡mis pisadas! Y pasé otros cinco espantosos minutos tranquilizándome como un estúpido porque esta mañana calzaba zapatos diferentes y podría deshacerme de los que había utilizado por la noche en cuanto llegara a casa. Y después, como para demostrar que me había sumido en una imbecilidad absoluta, dediqué varios minutos más a pensar si podría permitirme el gasto de tirar un par de zapatos estupendos.

Terminé mi trabajo con bastante rapidez. Sólo había un poco de sangre sobre la mesa con el cuerpo, y algunos rastros ínfimos en el suelo de debajo. Rocié con mi Bluestar en un par de puntos probables con el fin de aparentar diligencia, pero teniendo en cuenta el follón en que estaba metido, creo que no habría reparado en algo más pequeño que una salpicadura de ocho litros. Toda mi atención estaba concentrada en mis compañeros de trabajo. Cada procedimiento que llevaban a cabo provocaba un nuevo espasmo de angustia que recorría mi organismo y un nuevo reguero de sudor que resbalaba sobre mi espalda, hasta que me sentí extenuado por completo y la camisa se me pegó al cuerpo.

Nunca había tenido tanta justificación para sentirme angustiado, pero incluso mientras sudaba presa de los nervios todo se me antojaba levemente irreal. Tan sólo unas horas antes había estado en este mismo lugar, en esta misma habitación mugrienta, enfrentado a una de las sorpresas más grandes de mi larga y malvada vida. Y ahora volvía a estar aquí, en teoría, formando parte de un equipo que intentaba encontrar algún rastro de mí, mientras mi otro yo se dedicaba a observar los procedimientos con angustia frenética por si eso ocurría. Era una colisión casi surrealista entre el Oscuro Dexter y Dexter de Servicio, y por primera vez no estaba seguro de que pudiera mantener mis dos partes separadas.

En un momento dado me vi en el espejo, casi en la misma posición de la noche anterior (esta vez sosteniendo un frasco de Bluestar en lugar de un cuchillo), y las dos realidades desconectadas colisionaron entre sí. Durante unos minutos, los sonidos de los forenses que me rodeaban se desvanecieron por completo, y me quedé a solas conmigo mismo. No fue muy reconfortante. Me limité a contemplar mi reflejo, intentando dilucidar el sentido de una imagen que, de repente, carecía de todo sentido.

¿Quién era yo? ¿Qué estaba haciendo aquí? Y lo más importante, ¿por qué no huía como si me fuera en ello la vida? Las estúpidas y absurdas preguntas desfilaban a través de mi cerebro en un bucle repetido, hasta que incluso las palabras más sencillas se me antojaron de un idioma desconocido para mí, así que continué contemplando mi imagen, tan repentinamente desconocida.

Es probable que todavía seguiría allí si Vince no me hubiera arrancado de mi contemplación.

—Muy bonito —dijo—, y aun así muy estudiado. Sobreponete.

Su rostro se materializó en el espejo, al lado de mi imagen, y la banda sonora de la habitación regresó. Caí en la cuenta una vez más de en dónde estaba, aunque no había asimilado ninguna de las palabras de Vince. Aparté con brusquedad la cabeza del espejo para mirarle.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Él lanzó una risita.

—Llevas mirándote en el espejo unos cinco minutos, más o menos —dijo.

—Yo, mmm..., estaba pensando en algo.

Vince meneó la cabeza con expresión muy solemne.

—Siempre es una mala idea embrollar tu cerebro, joven Skywalker —dijo, y se fue al otro lado de la habitación. Me recuperé y volví a fingir que trabajaba. Floté en mi nube de adrenalina y alienación durante el resto de la mañana, con la sensación constante de que podía perder los pedales de un momento a otro.

Pero no me desmoroné ni estallé en llamas. Conseguí sobrevivir. Sabía demasiado bien lo frágil que es un cuerpo humano, pero Dexter debe estar hecho de una materia muy fuerte, porque soporté toda aquella espantosa mañana sin sufrir una apoplejía ni un infarto fatal, y ni siquiera salí corriendo a la calle con la mente hecha trizas, balbuciendo confesiones y súplicas de clemencia. Y pese a sus esfuerzos diligentes y expertos, toda la poderosa labor del equipo forense no logró descubrir ni el menor indicio de que yo había pasado por allí anoche. Dexter había sobrevivido, contra todo pronóstico, y logró volver al despacho de una sola pieza, aunque bastante desmadejada.

Me derrumbé en mi silla con auténtico alivio, y traté de concentrarme en respirar con normalidad durante un rato, y de hecho dio la impresión de que me salía muy bien. No habla a favor de mi inteligencia, pero incluso con tantas pruebas en contra, me sentí a salvo sentado ante mi escritorio. Cerré los ojos e intenté relajarme un poco, intenté reflexionar con calma, de una manera racional. De acuerdo: me habían empujado a la situación de tratar de atraparme a mí mismo. Y casi me habían atrapado, pero me había escapado. No había sido agradable regresar a la escena de pesadilla en mi papel de Dexter Diurno, pero también había sobrevivido a eso, y no parecía probable que alguien encontrara alguna prueba que me relacionara con el cadáver de la mesa.

Poco a poco, empecé a convencerme de que las Cosas no estaban tan mal

como parecía, y gracias a mi tozuda insistencia estuve a punto de convencerme de ello. Y entonces cometí el gravísimo error de respirar hondo por última vez, pintar una horrible sonrisa falsa en mi semblante y volver al trabajo cotidiano, mediante el expediente de echar un vistazo a mi correo electrónico.

Y cuando lo hice, toda la tranquilidad artificial tan cuidadosamente construida se disipó como si nunca hubiera existido, cuando vi el correo electrónico anónimo con el título de dos palabras:

*Más cerca.*

No sabía cuál debía ser el significado de las palabras, pero supe al instante quién las había escrito y me las había enviado, y en el eterno momento congelado en el tiempo de leer y volver a leer esas dos palabras, sentí una vez más el espantoso revolotear del pánico, que fue aumentando hasta pensar que iba a chillar...

Respiré hondo e intenté domeñar el pánico, pero me tenía clavado contra la almohadilla del ratón, y mi mano tembló cuando hice clic para abrir el correo. Y mientras leía, un salvaje silbido se alzó en mi interior y la calma abandonó el mundo.

Como los demás, éste empezaba con el encabezamiento:

*Sombrablog.*

Pero esta vez existía una diferencia sorprendente. La sombra del título, que antes había sido de un rojo desvaído, se había transformado en un charco enorme de sangre. Y ahora, un pequeño reguero de pisadas rojo sangre conducía desde el encabezamiento hasta las dos palabras del título, *Más cerca*. Con una enfermiza sensación de miedo, miré bajo el título y empecé a leer.

*Estoy aprendiendo mucho de mí mismo, y aún más de ti. Por ejemplo, no sabía que eras tan veloz. Pero has de serlo, porque lograste escapar. Menuda pinta debías tener, corriendo en la noche con el rabo entre las piernas. Ojalá hubiera estado allí con la cámara.*

*También he descubierto muchas otras cosas sobre ti. Te he estado vigilando cuando no tenías ni idea de que te estaban vigilando, con tus bolsas de comida y en el asiento del coche, y en el trabajo con aquel estúpido frasco de pulverizador, mientras intentas fingir que eres como los demás. Una actuación muy buena, y yo debería saberlo bien. He estado interpretando toda mi vida. Y cuando he dicho que estaba aprendiendo sobre mí mismo, adivina de lo que soy capaz ahora.*

*Sé que has leído mi blog. Es fácil para mí saber quién abre mi página. Debo decir que soy muy bueno con los ordenadores. Ya lo estás descubriendo. Así que lees mi blog y sabes que acabo de divorciarme y que no me gusta. Me educaron en la creencia de que el divorcio no es una opción. ¿Y mi esposa? Digamos que no opinaba lo mismo, de ninguna manera. Y yo intenté reconciliarme, intenté demostrarle que el divorcio estaba mal, y cada vez se puso de más mala leche, y*

*peor aún, empecé a comprender que no era simple mala leche, no era sólo pereza: era amoral, mala, tan mala como si hubiera matado a alguien. Y es incurable porque es una psicópata que chupa la vida de los demás y no aporta otra cosa que dolor y desdicha, y no puede cambiar, de modo que hay que detenerla.*

*Algunas personas carecen del sentido del Bien y del Mal. Nacen así. Como tú, por ejemplo. Y como mi ex esposa. Y cuando me chilla que me vaya a la mierda y no vuelva nunca más, y que le envíe por correo el cheque de la pensión de ahora en adelante..., y salgo a la calle y te veo allí, en el patio...*

*Oye, yo también soy muy veloz. Tú no me viste, salvo quizá de espaldas. Y cuando volví dentro, y la vi allí boquiabierta, y pensé en ti acechando fuera, sabiendo que estabas pensando en volver a por mí... Yo diría que todo encajó y supe quién he de ser ahora y lo que debo hacer. Mi Antiguo Yo habría huido en cuanto te vio. Pero el Nuevo Yo se dio cuenta de que la situación era perfecta, porque todo gira alrededor de aceptar la responsabilidad, y de repente comprendí por primera vez cuánto abarca eso y lo que debo hacer al respecto, que es... Desahacerme de ella y de ti al mismo tiempo. Dos Malos de un tiro. Ahora todo adquiere sentido. Así soy yo. Me pusieron aquí para plantar cara a los transgresores de las normas, los que han ido demasiado lejos y ya no pueden regresar. Tú. Mi muy ex esposa. ¿Y quién sabe quién más? Hay montones. Los veo cada día.*

*Por lo tanto, en cierto sentido me estoy volviendo como tú, ¿vale? La gran diferencia reside en que yo le paro los pies a gente como tú. Lo hago por el Bien. Pero, oye, gracias por ser un gran modelo para mí. Tal vez hasta debería darte las gracias por mi nueva novia, pero no creo que vaya a durar demasiado.*

*Espero que no creas estar a salvo. Espero que no creas que esto ha terminado. Sé quién eres y dónde estás, y tú no sabes nada de mí. Y piensa en esto:*

*Estoy aprendiendo de ti.*

*Estoy aprendiendo a hacer exactamente lo que tú haces, y te lo voy a hacer. Nunca sabrás dónde o cuándo. No puedes saber nada de nada, salvo que estoy aquí y me estoy acercando cada vez más.*

*¿Has oído algo a tu espalda?*

*¡Bú! Soy yo.*

*Más cerca de lo que crees...*

No sé cuánto tiempo continué sentado sin moverme, sin pensar ni respirar. Supongo que no debí ser tanto como me pareció, porque el edificio donde me encontraba no se había convertido en polvo, el sol no se había enfriado y caído del cielo. Pero en todo caso transcurrió mucho tiempo antes de que un único pensamiento desbocado lograra atravesar la bóveda fría y vacía encasquetada entre mis oídos, y cuando al fin lo registró, no pude hacer otra cosa que aspirar una larga y entrecortada bocanada de aire, y dejar que aquel pensamiento

resonara en soledad.

¿Más cerca...?

Volví a leer de nuevo aquel texto terrible, mientras buscaba con desesperación alguna pista de que todo fuera una broma de mal gusto, alguna palabra o frase reveladora que hubiera pasado por alto la primera vez demostrativa de que había entendido mal. Pero por más que releí la prosa tosca y autoindulgente, todo siguió igual. No encontré ningún significado oculto, ningún mensaje escrito con tinta invisible que contuviera un número de teléfono y una página de Facebook. Sólo las mismas frases absurdas e irritantes, una y otra vez, que siempre conducían a la misma vaga y siniestra conclusión.

Se estaba acercando más y pensaba que era como yo, y yo sabía muy bien lo que eso significaba, lo que intentaría hacer. Estaba dando vueltas a favor del viento mientras sacaba brillo a sus colmillos y se fundía con el escenario de mi vida. En cualquier momento (ahora, mañana, la semana que viene), saltaría sobre mí como caído del cielo, y yo no podía hacer nada para evitarlo. Estaba luchando contra una sombra en una habitación a oscuras. Pero esta sombra tenía manos de verdad, blandía armas de verdad. Podía ver en esta oscuridad, y yo no, y se estaba acercando, ya fuera por delante o por detrás, desde arriba o desde abajo. Lo único que yo sabía era que deseaba hacer lo que yo hago tal como yo lo hago, y quería hacérmelo a mí y se estaba acercando.

*Más cerca...*

—Estaba divorciada, vivía aquí sola. Se llamaba Melissa. Joder, espera un momento —dijo el detective Laredo. Abrió una carpeta y recorrió con un grueso dedo un papel que había dentro—. Sí, es A-lissa. Con «A». Alissa Elan. —Frunció el ceño—. Un nombre muy curioso —comentó.

Podría habérselo dicho a las primeras de cambio, puesto que yo había escrito ese nombre en un *post-it* hacía tan sólo un día, pero técnicamente yo no debía saberlo hasta que nos lo dijo, de modo que me mordí la lengua. Y en cualquier caso, por lo que sabía de él, Laredo no era el tipo de individuo al que le gustaba ser corregido, sobre todo por especialistas forenses intelectualoides. Pero era el jefe de la investigación del caso de la mujer descuartizada en la casita destartada, y todos estábamos a su servicio las veinticuatro horas, pues la política del departamento exigía, en los casos capitales, una dedicación de veinticuatro horas. Como yo era parte del equipo, me tocaba.

Es probable que hubiera improvisado cualquier motivo para estar presente, pues estaba desesperado por averiguar algo acerca del culpable de aquel atroz asesinato. Más que nadie en todo el departamento (más que nadie en todo el mundo policial de todo el globo), quería encontrar al asesino de Alissa y entregarle a la justicia. Pero no a la vieja bruja lenta, irresoluta y emputecida que es el sistema legal de Miami. Quería encontrarle en persona y arrastrarle hasta el Templo de la Justicia Oscura y Definitiva de Dexter. De modo que me agité inquieto y escuché a Laredo mientras nos hacía un resumen de lo que sabíamos, que resultó ser un poco menos que nada.

No existían pruebas forenses reales, salvo por algunas pisadas de una zapatilla de deporte New Balance, de un modelo y número muy comunes. Ni huellas dactilares, ni fibras, nada que pudiera guiarles hasta otra cosa que no fueran mis viejas zapatillas, sólo en el caso de que Laredo contratara a un buceador muy bueno para encontrarlas.

Aporté mi dosis de nada sobre el tema de las manchas de sangre, y esperé con impaciencia hasta que alguien dijo:

—Divorciada, ¿eh?

Laredo asintió.

—Sí, he mandado a alguien que buscara a su ex marido, un tipo llamado Bernard Elan —dijo, y yo me erguí de golpe y me incliné hacia delante. Pero Laredo se encogió de hombros—. Mala suerte. El tipo murió hace dos años.

Y tal vez añadiera algo más, pero no lo oí, porque a mi manera discreta aún me estaba recuperando de la sorpresa de oír que el ex marido de Alissa llevaba muerto dos años. Habría deseado con todo mi corazón que fuera cierto, pero sabía muy bien que estaba muy lejos de estar muerto, y en cambio se aplicaba con entusiasmo a conseguir que fuera yo quien estuviera muerto. Pero Laredo

era un policía muy bueno, y si decía que el hombre estaba muerto, tendría muy buenos motivos para pensar que era cierto.

Apagué el aburrido zumbido de la charla policial rutinaria y pensé en lo que aquello significaba, y sólo se me ocurrieron dos posibilidades. O bien mi Testigo no era en realidad el ex marido de Alissa, o bien había logrado fingir su propia muerte.

No existían motivos para inventar toda una vida falsa, con meses y meses de falsas entradas en un blog acerca de «A» y su divorcio de ella. Y no cabía la menor duda de que me había visto en el patio inspeccionando el Honda. Su voz airada era la que había sonado dentro de la casa, y le había visto de espaldas al entrar. Por lo tanto, debía creer que todo eso era cierto: era el ex de Alissa, y la había asesinado.

Lo cual significaba que había persuadido mediante engaños a la policía de que estaba muerto.

Lo más difícil de fingir tu propia muerte era amañar las pruebas materiales. Tenías que aportar un escenario realista, una escena del crimen verosímil, con pruebas de peso y un cadáver convincente. Cosa muy difícil de hacer sin cometer equivocaciones, y muy poca gente salía bien librada.

*Pero:*

Una vez superado el primer paso de estar muerto, después de llorar en tu funeral y enterrar tu cadáver, la cosa se pone mucho más fácil. De hecho, al fechar su muerte dos años antes, Bernard había convertido el trabajo en simple papeleo. Por supuesto, vivimos en el siglo XXI, y el papeleo significa hoy día trabajo de ordenador. Sería necesario entrar en varias bases de datos básicas e introducir la información falsa, y en una o dos costaba bastante meterse, aunque prefiero no explicar cómo lo sé. Pero una vez te has saltado las diversas ciberdefensas, si consigues introducir una o dos líneas de información nueva o alterada...

Podía hacerse. Difícil. Pensaba que yo sería capaz de hacerlo, pero era complicado, y mi opinión del Testigo y sus habilidades con un ordenador aumentó unos cuantos puntos más, lo cual no me hizo feliz.

Seguía infeliz cuando abandoné la reunión. Había ido con la tenue esperanza de encontrar una miguita que condujera a un rastro más grande de migas de pan, para seguirlo hasta mi Testigo. Me fui hasta con esa pequeña esperanza destrozada por completo. Una vez más, estaba en la inopia. La esperanza siempre es una mala idea.

De todos modos, existía una pequeña pista, y corrí a mi ordenador para ver adónde me conducía. Llevé a cabo una minuciosa investigación sobre Bernard Elan, y después Bernie Elan. Casi todos los documentos oficiales estaban borrados, sustituidos por la palabra «Fallecido». Había hecho un trabajo muy completo, se llamara como se llamara ahora.

Encontré cierto número de artículos antiguos sobre un Bernie Elan que jugaba de tercera base en un club de béisbol de segunda en Syracuse, los Chiefs. Por lo visto, era un potente bateador, pero nunca aprendió a lanzar las pelotas con efecto, y nunca le llamaron los equipos de primera, y al cabo de temporada y media desapareció. Había incluso una foto. Plasmaba a un hombre con uniforme de béisbol de perfil, a punto de efectuar un lanzamiento. La foto era granulosa y algo desenfocada, y si bien discerní que tenía una cara, no habría podido decir cuál era su apariencia, ni siquiera cuántas narices tenía. No había más fotos de Bernie en Internet.

Eso era todo. No había nada más que buscar. Ahora sabía que mi Testigo había jugado a béisbol, y que era bueno con un ordenador. Eso estrechaba la búsqueda a poco más de varios millones de personas.

Los siguientes días transcurrieron en una neblina impregnada de sudor, y no sólo porque el verano había llegado y elevado el calor unos cuantos grados. Dexter estaba indeciso, presa de una monumental agitación permanente que lindaba con el pánico. Estaba nervioso, distraído, incapaz de concentrarme en nada que no fuera la idea de que un desconocido iba a saltar sobre mí para hacerme Algo para lo cual no estaba preparado. Tenía que estar vigilante, preparado para cualquier cosa, pero ¿cómo? ¿Qué? ¿De dónde llegaría, y cuándo? ¿Cómo podría saber lo que debía hacer si no sabía cuándo, por qué y a quién?

Y no obstante, tenía que estar preparado cada momento de cada día, tanto despierto como dormido. Era una tarea imposible, y todas mis ruedas giraban furiosamente sin moverse, y cada vez estaba más acojonado. En mi paranoia febril, cada paso que oía era Él, que se deslizaba detrás de mí con malas intenciones y un Louisville Slugger<sup>[5]</sup>.

Hasta Vince Masuoka se dio cuenta. Habría sido difícil no hacerlo, puesto que yo pegaba un bote como un gato escaldado cada vez que carraspeaba.

—Hijo mío —dijo al fin, mientras me miraba desde el otro lado del laboratorio por encima de su ordenador portátil—, estás gravemente tenso.

—Trabajo demasiado —repuse.

Sacudió la cabeza.

—Entonces, necesitas ir de parranda más que nunca.

—Soy un hombre casado con tres hijos y un trabajo exigente. No voy de parranda.

—Escucha la sabiduría de la edad —dijo con su voz de Charlie Chan—. La vida es demasiado breve para no emborracharse y desnudarse de vez en cuando.

—Sabio consejo, maestro. Tal vez podría probar esta noche, con los Lobatos.

Asintió con semblante muy serio.

—Excelente. Enséñales cuando son jóvenes, y aprenderán de verdad.

De hecho, aquella noche era nuestra reunión semanal de la Rama Lobato.



Hacia un año que Cody acudía, aunque no le gustaba. Rita y yo habíamos llegado a la conclusión de que era bueno para él y tal vez le ayudaría a salir del cascarón. Por supuesto, yo sabía que la única forma de sacarle del cascarón era darle un cuchillo y algún ser vivo con el cual experimentar, pero era un tema que consideraba prudente evitar con su madre, y los Lobatos constituían la mejor alternativa. Y también pensaba que sería bueno para él, porque le ayudaría a aprender a comportarse como un chico humano real.

Así que aquella noche volví a casa de trabajar, cené sobras de Pollo Tropical mientras Rita trabajaba en la mesa de la cocina, y metí a Cody a toda prisa en el coche con su uniforme azul de explorador, que se ponía cada semana con odio apenas controlado. Opinaba que toda la idea de que el uniforme incluyera pantalones cortos no sólo era terriblemente desagradable, sino también humillante para cualquiera que debiera llevarlos. Pero yo le había convencido de que la experiencia de ser explorador era una manera valiosa de aprender a integrarse, y procuraba hacerle entender que esta parte de su entrenamiento era tan importante como aprender a elegir el sitio donde dejar las partes del cuerpo sobrantes, y había accedido a seguir el programa desde hacía un año sin oponer una rebelión abierta.

Esa noche, llegamos a la escuela elemental donde se celebraban las reuniones con unos cuantos minutos de antelación, y nos quedamos sentados en el coche en silencio. A Cody le gustaba esperar hasta poco antes de que empezara la reunión, tal vez porque Integrarse significaba todavía para él una tensión desagradable. Así que casi todas las noches nos quedábamos sentados juntos, y no hacíamos otra cosa que intercambiar unas cuantas palabras. Él nunca decía gran cosa, pero siempre valía la pena oír sus frases de dos o tres palabras, y pese a la incomodidad que me causaban los tópicos, debería decir que habíamos formado un Vínculo. Esta noche, no obstante, yo estaba tan ocupado buscando algo siniestro al acecho en todas las sombras, que no hubiera oído a Cody aunque hubiera recitado el *Kama Sutra* de cabo a rabo.

Por suerte, no parecía que tuviera ganas de hablar, y se limitó a estudiar a los demás chicos cuando bajaban de sus coches y entraban, algunos acompañados de sus padres y otros solos. Por supuesto, yo los estaba observando con igual detenimiento.

—Steve Binder —dijo Cody de repente, y yo di un pequeño bote. Él me miró como divertido, y señaló con un cabeceo a un niño gordo y cejijunto que pasó al lado de nuestro coche y entró en el edificio. Miré a Cody y enarqué una ceja. Él se encogió de hombros—. Abusón.

—¿Se mete contigo? —pregunté, y volvió a encogerse de hombros. Pero antes de que pudiera contestar con palabras reales, sentí un extraño cosquilleo en la nuca y un leve desplazamiento incómodo de un bulto inexistente en mi interior. Me volví para mirar atrás. Varios coches entraron en el aparcamiento y se

dirigieron a espacios cercanos. No observé nada siniestro en ninguno de ellos, nada inusual capaz de inquietar al Pasajero como lo había hecho. Sólo una breve ristra de furgonetas, y un abollado Cadillac de quince años de antigüedad, como mínimo.

Durante un breve momento me pregunté si alguno de ellos era Él, mi Sombra, que ya se estaba acercando (porque algo había enviado una pequeña corriente eléctrica desde el Sótano hasta mi mente consciente). Imposible..., pero examiné cada coche hasta que se paraba. En su gran mayoría eran vehículos comunes de zonas residenciales, los mismos que veíamos aquí cada semana. Sólo el Cadillac era diferente, y lo miré cuando aparcó y bajó un hombre corpulento, seguido de un niño rollizo. Era una imagen de lo más normal, lo que uno esperaba ver. No había nada raro ni amenazador en ellos, nada en absoluto, y entraron en la reunión sin lanzar granadas de mano ni prender fuego a algo. Los seguí con la mirada, pero el hombre corpulento no me miró ni hizo nada, salvo apoyar una mano tranquilizadora sobre el hombro del chico y acompañarle dentro.

No era él, no podía ser otra cosa que lo que aparentaba, un hombre que acompañaba a su hijo a los Exploradores. Sería de locos pensar que mi Sombra pudiera saber que yo iba a estar aquí esta noche, para luego reclutar a un niño deprisa y corriendo sólo para acercarse a mí. Respiré hondo y traté de expulsar la Estupidez. No sucedería aquí, fuera lo que fuera. Esta noche no.

De modo que aparte con firmeza la pequeña pero fastidiosa bandera de advertencia que me abofeteaba en la cara y me volví hacia Cody..., quien me estaba mirando.

—¿Qué? —dijo.

—Nada.

Y no debía ser nada, casi con toda certeza, sólo un tirón pasajero del radar, tal vez causado por intuir la rabia de alguien al ver que habían ocupado su espacio de aparcamiento favorito.

Pero Cody no lo creía así. Se volvió y paseó la vista alrededor del aparcamiento, como yo había hecho.

—Algo —dijo con seguridad. Y yo le miré interesado.

—¿El Tío Sombra? —le pregunté. Era el nombre que daba a su pequeño Oscuro Pasajero, implantado en él por cortesía de los repetidos traumas recibidos de su padre biológico, ahora en la cárcel. Si Cody y el Tío Sombra habían oído el mismo repiqueteo de una pequeña campana de alarma, valía la pena prestar atención.

Pero él se limitó a encogerse de hombros.

—No seguro —dijo, lo mismo que yo opinaba. Ambos paseamos la vista alrededor del aparcamiento durante un momento, y nuestras cabezas giraron casi al unísono. Ninguno de los dos detectó nada anormal. Y, entonces, el líder de la

guardia de los Lobatos, un hombre grande y entusiasta llamado Frank, asomó la cabeza por la puerta y empezó a gritar que era hora de empezar, de modo que Cody y yo bajamos del coche y entramos con los demás rezagados. Miré hacia atrás por última vez, y observé con algo cercano al orgullo paterno que Cody hacía exactamente lo mismo al mismo tiempo. Ninguno de los dos vio nada más alarmante que unos cuantos chicos con pantalones cortos azules de uniforme, de modo que me encogí de hombros y entramos en la reunión.

La reunión de la guardia de esa noche fue como la mayoría de las demás: tranquila y bastante aburrida. Lo único que rompió la rutina fue la presentación de un nuevo sublider, el hombre corpulento al que había visto bajar de su Cadillac antiguo. Se llamaba Doug Crowley. Le observé con detenimiento, todavía un poco nervioso por mi falsa alarma en el aparcamiento, pero aquel tipo no tenía nada de interesante, y mucho menos de amenazador. Tendría unos treinta y cinco años de edad y parecía aburrido, soso y serio. El chico rollizo con el que había venido era un dominicano de diez años llamado Fidel. No era hijo de Crowley. Éste se había presentado voluntario al programa de los Hermanos Mayores, y se había ofrecido a ayudar a Frank. Frank le dedicó unas palabras de bienvenida, le dio las gracias, y entonces se inició una discusión sobre nuestra inminente excursión a los Everglades. Había un informe sobre la ecología de la zona de dos chicos que estaban trabajando en un programa sobre el tema, y entonces Frank habló sobre las precauciones que debías tomar para evitar incendios cuando ibas de acampada. Cody soportó todo el tedioso programa con sombría paciencia, y consiguió no correr hacia la puerta cuando terminó. Y nos fuimos a casa, a nuestra casa no-lo-bastante-grande, con la mesa llena de papeles de Rita en lugar de comida, sin señales de nada más amenazador que un Hummer amarillo chillón con un sistema de sonido demasiado alto.

Al día siguiente, la jornada laboral se me hizo interminable. Seguía esperando que algo terrible me cayera encima desde cualquier ángulo posible, y eso continuaba sin suceder. Y el día siguiente no fue diferente, ni el otro. No pasaba nada. Ningún desconocido siniestro surgía de las sombras. No caía en diabólicas trampas. No había serpientes escondidas en el cajón de mi escritorio, no me lanzaban azagayas al cuello desde coches en marcha, nada. Hasta Deborah y sus dolorosos mamporros en el brazo se habían tomado vacaciones. La vi e incluso hablé con ella, por supuesto. Continuaba con el brazo enyesado, y con frecuencia había esperado que me llamara para pedir ayuda, pero no fue así. Por lo visto, Duarte se comía el marrón, y al parecer Debs estaba contenta de vivir a base de dosis mucho menos abundantes de Dexter.

De modo que la vida parecía volver al ritmo normal de los Días Sosos de Dexter, hora aburrida tras hora aburrida sin amenazas de ningún tipo, ninguna variación en la rutina, ni el menor signo de cambio, ni en el trabajo ni en casa. Nada, sólo más de lo mismo. Sabía que algo se avecinaba, pero cada día que no

llegaba parecía menos probable que fuera a suceder. Muy estúpido, lo sé, pero era (¿me atreveré a decirlo?) un sentimiento muy humano por mi parte. Nadie puede estar en estado de alerta las veinticuatro horas, día tras día. Ni siquiera el Oscuro Explorador Siempre Alerta, Dexter. No cuando la realidad sintética corriente era tan seductora.

De modo que me relajé, aunque fuera un poco. Vida normal: es reconfortante porque es aburrida y a menudo absurda, y poco a poco nos arrulla hasta sumirnos en un estado de sueño despierto. Consigue que nos fijemos en las cosas estúpidas y carentes de sentido, como quedarnos sin pasta de dientes o el cordón de un zapato que se rompe, como si esas cosas poseyeran un significado abrumador, mientras las cosas importantes de las que pasamos afilan sus colmillos y acechan detrás de nosotros. En alguno de los breves momentos de real perspicacia de nuestras vidas, tal vez nos demos cuenta de que trivialidades irrelevantes nos tienen hipnotizados, y hasta es posible que deseemos que algo emocionante y diferente venga a ayudarnos a concentrarnos y expulsar de nuestra mente a esas estúpidas nimiedades. Porque mantenerse de manera constante en estado de alerta es imposible, hasta para mí. Cuantas menos cosas ocurren, más improbable parece todo, hasta que al fin me descubrí deseando que sucediera algo, para acabar de una vez por todas.

Y, por supuesto, una de las escasas verdades del pensamiento occidental es ésta: cuidado con lo que desees, no sea que lo consigas.

Y lo conseguí.

Eran las tres de una tarde calurosa y húmeda, y acababa de llegar al despacho después de una aparición rutinaria en una escena del crimen bastante sosa. Un hombre había matado a tiros al perro del vecino, y el vecino le había matado a él. Los resultados eran los típicos del deprimente desastre resultante de la moderna obsesión por las armas de gran calibre. Intenté mantener el interés profesional mientras separaba la sangre del perro de la del hombre, pero había tanta de ambos que me rendí. Teníamos una confesión, así que no cabía duda de quién era nuestro asesino, y parecía bastante absurdo invertir excesivo entusiasmo en la tarea. De todos modos, nadie parecía estar demasiado concentrado. Todos habíamos visto este tipo de cosas con excesiva frecuencia, tanto policías como forenses, y después de las recientes emociones relacionadas con un martillo, un vulgar homicidio causado con arma de fuego se nos antojaba irrelevante y de lo más aburrido.

De modo que acabé con mi parte del trabajo bastante pronto, y cuando entré en mi despacho y me derrumbé en la silla, no estaba pensando en el indignado propietario del perro, sentado ahora en una celda del centro de detención, ni siquiera en el pobre pit bull destripado al que había vengado. Aunque pareciera idiota, hasta dejé de pensar en mi Sombra, puesto que me hallaba en la seguridad de mi pequeño cubículo, rodeado por el poderío del audaz cuerpo de policía de Miami-Dade. En cambio, estaba reflexionando sobre un problema mucho más importante: cómo convencer a Rita de que, por un día, dejara de trabajar en casa y nos guisara una cena de verdad. Era un problema delicado, y exigiría una rara y difícil combinación de halagos y firmeza, mezclados con el toque justo de comprensión solidaria, y yo estaba seguro de que sería un auténtico desafío para mi habilidad de Imitador Humano.

Practiqué un par de expresiones faciales que combinaban todas las facetas adecuadas en una máscara creíble, hasta que consideré haber dado en el clavo, y en uno de esos escasos momentos de lucidez, me vi de repente desde fuera, y tuve que parar. O sea, ahí estaba yo, con un implacable enemigo invisible que ponía cerco al Castillo Dexter, y en lugar de afilar mi espada y amontonar cantos rodados en las almenas, ensayaba muecas con la esperanza de conseguir que Rita me preparara una cena decente. Y tuve que preguntarme, ¿era eso lógico? ¿Era la mejor manera de prepararme para lo que, sin la menor duda, se avecinaba? Y tuve que admitir que la respuesta era un muy tajante: *Probablemente no.*

Pero ¿cuál era la mejor forma de prepararse? Pensé en lo que sabía, que se reducía a casi nada, y me di cuenta una vez más de que había permitido que la incertidumbre me alejara de lo que hago mejor. Necesitaba abandonar mi espera pasiva y volver a ser proactivo. Tenía que moverme de nuevo a favor del

viento, descubrir algo que me revelara más acerca de mi Sombra, seguir el rastro hasta su cubil y dejar que la Naturaleza Oscura siguiera su curso de nuevo. Si pensaba de forma realista, racional y fría, sabía que no había color. Había cazado a gente como él durante toda mi vida adulta, y no era más que un aficionado, un cordero con piel de lobo, un pobre y triste payaso que intentaba transformarse en una imitación del Fenómeno Muy Real que era Yo. Y podría dejarle muy claro cuál era la verdad verdadera; lo único que debía hacer era encontrarle.

Pero ¿cómo? Ya no sabía qué marca de coche conducía. Ni siquiera estaba seguro de que siguiera viviendo en la misma zona, el sur de Miami, cerca de mi casa. Era muy probable que se hubiera mudado a otra parte, pero ¿dónde? No le conocía lo bastante bien para conjeturar dónde habría podido ir a esconderse, y eso era un problema. La primera regla de ser un cazador de éxito consiste en comprender a tu presa, y en este caso no era así. Necesitaba comprender mejor cómo pensaba, qué le ponía nervioso, qué era lo que le incentivaba, aunque sólo fueran sus antecedentes en lugar de una dirección o el número de pasaporte. Y la única ventana a su mundo que yo conocía era Sombrablog. Había leído y releído aquellas aburridas chorradas una y otra vez, y no había averiguado nada que valiera la pena repetir. Pero volví a leerlas una vez más, y esta vez intenté construir un perfil de la persona que despotricaba.

El elemento principal era la ira, por supuesto. En aquel momento, parecía dirigida sobre todo contra mí, pero había bastante más. Empezaba con la injusticia del equipo de béisbol que nunca le catapultó a la primera división, aunque él hizo todo cuanto le pidieron y respetó las normas. Peroraba sin cesar sobre los Capullos que ahorran en gastos, engañaban, cometían crímenes sin castigo, y todavía más Capullos convencidos de que piratear un sitio web era divertido. No estaba nada contento con su ex esposa, «A», ni con los típicos conductores de Miami con los que se topaba.

No cabía duda de que la ira surgía de un rígido y excesivamente desarrollado sentido de la moralidad, y lo padecía desde hacía mucho tiempo, burbujeaba bajo la superficie y esperaba cualquier motivo para estallar y convertirse en algo concreto. Se enfurecía con cualquiera que no obedeciera las normas según sus principios, y hablaba con nostalgia del «Cura» y de sus enseñanzas. Maravillosa noticia, una pista de verdad: estaba buscando a un católico airado, lo cual estrechaba la investigación al setenta y cinco por ciento de la población de Miami. Cerré los ojos e intenté concentrarme, pero no me sirvió de nada. Sólo podía pensar en las ganas que tenía de inmovilizarle con cinta americana y enseñarle algo acerca de la Verdadera Penitencia, la que se administra en el oscuro Confesionario de la Catedral de Nuestra Señora del Cuchillo de Dexter. Casi podía verle retorciéndose, debatiéndose impotente contra la cinta que le sujetaba, y estaba empezando a saborear la imagen cuando Vince Masuoka

irrumpió en el cuarto muy nervioso.

—Hostia puta —dijo—. Oh, Dios mío, hostia puta.

—Vince —dije, irritado porque había interrumpido los primeros pensamientos felices que se me habían ocurrido desde hacía días—, en la cultura occidental tradicional, nos gusta distinguir las deidades de las blasfemias.

Se detuvo con brusquedad, me miró y parpadeó.

—Hostia puta —repitió, con una firmeza de lo más irritante.

—Vale, de acuerdo, hostia puta. ¿Podemos pasar a la siguiente sílaba, por favor?

—Es Camilla —dijo—. Camilla Figg.

—Sé quién es Camilla —repliqué, todavía molesto, y entonces oí un chasquido lejano de alas oscuras, y me di cuenta de que me había enderezado en la silla y un suave cosquilleo de interés procedente del Oscuro Pasajero reptaba sobre mi espina dorsal.

—Está muerta —dijo Vince; tragó saliva y meneó la cabeza—. Camilla está muerta, y es... Jesús, lo mismo otra vez, con el martillo.

Dejé que mi cabeza se moviera en un tic involuntario de negativa.

—Mmm..., ¿no estaba todo el mundo de acuerdo en que Deborah había cazado al tío del martillo?

—Negativo. Tu hermana la cagó y se equivocó de tío, porque ha vuelto a suceder, de la misma manera exacta, y ahora no la dejarán ni acercarse. —Sacudió la cabeza—. La ha cagado a lo grande, porque lo que le han hecho a Camilla es lo mismo que les hicieron a los otros dos polis. —Parpadeó y tragó saliva, y me miró con la expresión más solemne y aterrada que le había visto en toda la vida—. La mataron a martillazos, Dexter. Como a Klein y a Gunther.

Sentí la boca seca y una pequeña corriente eléctrica descendió desde mi nuca por toda la columna vertebral, y si bien no es muy halagador para mí, no estaba pensando en Deborah ni en su aparente caída en desgracia. Continué sentado, sin respirar apenas, mientras varias oleadas de un viento cálido intangible abofeteaban mi cara y arrojaban hojas secas a través de los canalones del Castillo Dexter. El Oscuro Pasajero se hallaba en estado de alerta, silbaba con algo más que indiferente preocupación, y apenas escuchaba a Vincent mientras balbuceaba de una manera estúpida acerca de lo espantoso que era aquello y lo mal que se sentía todo el mundo.

Estoy seguro de que, de haber tenido sentimientos, yo también me habría sentido fatal, puesto que Camilla era una compañera de trabajo y yo había trabajado con ella durante muchos años. No éramos íntimos, y a veces se comportaba de una manera que yo consideraba pasmosa, pero era muy consciente de que cuando la Muerte visita a un colega, uno ha de exhibir los sentimientos adecuados de horror y estupor. Eso era elemental, como estaba indicado con suma claridad en los primeros capítulos de *El viejo libro del*

*comportamiento humano*, y estaba seguro de que no tardaría en poder interpretar el papel con mi habitual excelencia dramática. Pero ahora no, todavía no. Ahora tenía demasiadas cosas en qué pensar.

Mi primera idea fue que aquello era obra de mi Sombra. Había escrito en su blog que iba a hacer algo, y ahora Camilla aparecía muerta, convertida en jalea. Pero ¿cómo me afectaba eso a mí? Aparte de obligarme a componer muecas de dolor y verbalizar tópicos sobre tan Terrible Pérdida, no me afectaba en absoluto.

De modo que se trataba de otra cosa, no relacionada con mi conflicto personal, y no obstante, algo había llamado la atención del Pasajero, y eso significaba más que todas las falsas emociones tipificadas del mundo. Significaba que aquí estaba pasando algo muy raro, que Cierta Alguien Misterioso consideraba de lo más provocador, y eso significaba que lo sucedido a Camilla estaba lejos de ser lo que parecía, lo cual, a su vez, era una indicación de que, por algún motivo que no estaba nada claro en aquel momento, Dexter necesitaba prestar atención.

Pero ¿por qué? Aparte del hecho de que Camilla era una compañera de trabajo y Deborah había caído en desgracia, ¿por qué el incidente despertaba más que un leve aleteo de interés fugaz en el Pasajero?

Intenté aislarme del parloteo de Vince y su irritante estallido de emoción, y concentrarme de momento en los hechos. Deborah estaba segura de haber detenido al verdadero culpable. Deborah era muy buena en su trabajo. Por lo tanto, o bien había cometido una enorme y nada habitual equivocación, o bien...

—Es una copia —dije, para interrumpir el torrente de sonidos carentes de sentido que brotaban de Vince.

Me miró y parpadeó, con ojos que, de repente, se me antojaron demasiado grandes y húmedos.

—Dexter —dijo—, jamás en la historia hubo nadie que hiciera algo semejante con un martillo, ni una sola vez..., ¿y ahora crees que hay dos?

—Sí. Por fuerza.

Meneó la cabeza vigorosamente.

—No. Imposible. No puede ser. O sea, sé que es tu hermana. Tienes que defenderla, pero oye...

Una vez más, su sarta de chorradas resultó rebatida por el lejano ronroneo, mucho más persuasivo, de la lógica reptiliana que surgía de la profunda fortaleza en sombras de la certidumbre del Pasajero, y supe que yo estaba en lo cierto. Todavía no sabía por qué sonaban los timbres de alarma. ¿Dónde residía la amenaza para el precioso e irremplazable Dexter? Pero el Pasajero casi nunca se equivocaba, y la advertencia era clara. Alguien había calcado la técnica del Asesino del Martillo, y aparte de insignificantes cuestiones morales y problemas de derechos de autor, algo no encajaba. Una nueva amenaza se estaba acercando demasiado para sentirse a gusto, hasta las almenas de la Oscura



Madriguera, y de repente me sentí muy inquieto por lo que no habría debido ser más que una oportunidad rutinaria de ofrecer otra sólida interpretación de Aflicción Humana Artificial. ¿Acaso todo el mundo se había confabulado para cazarme? ¿Era éste el nuevo Modelo de cómo iban a ir las Cosas?

Nada de lo que sucedió durante las siguientes horas contribuyó a tranquilizarme. Habían encontrado el cuerpo de Camilla en un coche aparcado en el rincón más alejado del aparcamiento de un gigantesco supermercado, situado muy cerca de la jefatura de policía. Muchos policías paraban en ese súper cuando volvían a casa del trabajo, y Camilla también debió de hacerlo. Había tres bolsas de plástico con el logo del súper en el suelo del asiento trasero, y habían depositado el cuerpo de Camilla sobre el asiento, encima de las bolsas. Al igual que las otras dos víctimas, habían golpeado salvajemente con un martillo todos los huesos y articulaciones, hasta que el cuerpo había perdido su forma original.

Pero el coche no era un vehículo oficial de la policía, y por lo visto ni siquiera era de Camilla. Era un Chevy Impala de cinco años de antigüedad, registrado a nombre de Natalie Bromberg, empleada del súper. La señorita Bromberg no había podido decir gran cosa a los detectives hasta el momento, tal vez porque, desde que había descubierto a Camilla en su coche, había empleado todo su tiempo en chillar y llorar, hasta que al final había aceptado una gruesa jeringa llena de sedante.

Vince y yo trabajamos poco a poco en la zona que rodeaba el Impala, y también en el interior, y mi sensación de que aquello había sido obra de una mano diferente fue en aumento. El cuerpo de Camilla estaba derrumbado a medias sobre el asiento, mientras que los otros dos habían sido dispuestos con más cuidado. Un detalle ínfimo, pero una vez más no encajaba con la pauta anterior, lo cual me impulsó a una inspección más detenida.

No soy un experto en traumatismos causados con elementos contundentes, pero los lugares donde habían golpeado el cuerpo de Camilla presentaban un aspecto diferente del que había visto en los dos casos anteriores. Los puntos de impacto en Gunther y Klein habían sido hechos por la superficie plana del extremo del martillo. En éstos se observaba una leve curva, un tenue contorno cóncavo, como si el arma fuera más redondeada que plana, algo así como una vara, un tarugo o... ¿o tal vez un bate de béisbol? ¿Del tipo que un ex jugador de béisbol de segunda división, con problemas de control de la ira, guardaría cerca?

Me concentré en dicha idea, y daba la impresión de encajar..., salvo por un pequeño detalle: ¿por qué querría matar Bernie Elan a Camilla Figg? Y si por algún motivo deseaba matarla, ¿por qué elegir ese método difícil y repulsivo? No concordaba, en absoluto. Estaba saltando a conclusiones paranoicas. Sólo porque alguien iba a por mí, no significaba que fuera el culpable. Ridículo.

Paseé alrededor del coche y lo rocié con Bluestar, con la esperanza de

descubrir alguna salpicadura de sangre reveladora. Encontré una impresión de sangre muy tenue del dedo del pie de una zapatilla de deporte en la línea blanca que separaba el espacio donde había aparcado el Impala del de al lado. Pero había una mancha de sangre grande en el asiento, debajo del cuerpo, que había manado de una salvaje herida en el lado izquierdo de la cabeza de Camilla. Las heridas en la cabeza son siempre muy aparatosas, pero en este caso sólo habían caído unas gotas sobre el asiento, lo cual significaba que la habían matado en otra parte, y poco después la habían tirado aquí. Era probable que el asesino hubiera aparcado al lado del Impala, sacado el cuerpo del vehículo a toda prisa para luego depositarlo sobre el asiento trasero del Chevy, y yo suponía que la sangre de la herida en la cabeza era la causante de la huella de pie parcial.

Había otra pequeña herida en el brazo de Camilla, donde el hueso del antebrazo asomaba a través de la piel. No había sangrado tanto como la herida de la cabeza, pero para mí era significativa. Los cuerpos de las otras dos víctimas no habían sangrado en absoluto, y éste lo había hecho dos veces. No era prueba suficiente para solicitar una orden judicial y detener a alguien, pero para mí era un punto muy importante, y como era un adulto responsable del cuerpo de policía, informé de inmediato al detective al mando, un hombre llamado Hood.

El detective Hood era un tipo grandullón de frente escasa y menor CI. Exhibía una sonrisita lasciva permanente y era aficionado a los ninguneos, a las insinuaciones de tipo sexual y a golpear a los sospechosos para animarles a hablar. Le encontré a escasa distancia de la propietaria del Impala, esperando con impaciencia a que el sedante hiciera efecto para que la mujer pudiera comprender sus preguntas sin ponerse a chillar. La estaba mirando con los brazos cruzados y una expresión muy intimidante en la cara, y la señorita Bromberg necesitaría probablemente una segunda inyección si alzaba la vista y veía su mirada.

Conocía un poco a Hood de haber trabajado con él en el pasado, de modo que le abordé con amistosa franqueza.

—Hola, Richard —dije. Volvió la cabeza con brusquedad hacia mí y su expresión se ensombreció un poco más.

—¿Qué quieres? —preguntó, y no hizo el menor esfuerzo por imitar mi tono cordial. De hecho, habló de una manera casi hostil.

De vez en cuando, me doy cuenta de que he calculado mal una situación y empleado una frase o expresión incorrecta. Estaba claro que lo había hecho ahora. Siempre tardo un momento en adaptarme y escoger una nueva, sobre todo si no estoy seguro de saber en qué me he equivocado. Pero una mirada en blanco y una pausa larga parecían inadecuadas, de modo que rellené el hueco como mejor supe.

—Mmm, es que, ¿sabes?...

—¿Sabes? —dijo, imitándome en tono burlón—. ¿Quieres saber lo que yo sé,

capullo?

No quería saberlo, por supuesto. Era imposible que Hood supiera algo que superara el nivel de tercero, salvo tal vez alguna cosa relacionada con pornografía, y ese tipo de cosas no me interesan en absoluto. Pero no me pareció diplomático manifestarlo así, y en cualquier caso no esperó mi respuesta.

—Lo que yo sé es que la cretina de tu hermanita se cagó en la cama — afirmó y, ajeno al hecho de que aquella imagen era absurda, la repitió—. Se cagó en la puta cama.

—Bien, es posible —dije, con la intención de sonar dócil pero seguro—, pero existen pruebas de que podría tratarse de un asesino imitador.

Me fulminó con la mirada, y su mandíbula se hinchó por los lados. Era una mandíbula grande, y parecía muy capaz de arrancarme un buen pedazo de carne en caso necesario.

—Pruebas —repitió Hood, como si la palabra supiera mal—. ¿Como cuáles?

—Las, mmm..., heridas. El cuerpo sangra en dos sitios, y en los otros dos la piel no estaba ni siquiera rota.

Hood volvió la cabeza un centímetro y escupió.

—Eres un saco de mierda —dijo, y se volvió hacia la señorita Bromberg. Se cruzó de brazos otra vez y su labio superior tembló—. Como la cretina de tu hermana.

Me miré los pies, sólo para comprobar que el escupitajo no había alcanzado mi zapato, y me alegré de ver que era así. Pero estaba claro que no podía esperar nada del detective Hood, salvo saliva y escatología, así que decidí dejarle con sus elucubraciones pedestres y volví a examinar los restos de Camilla Figg.

Pero cuando empecé a dar media vuelta, sentí un rugido seco y sísmico que se alzaba desde un profundo rincón en sombras interior, una rotunda advertencia seca y afilada del Pasajero, avisando de que Dexter se hallaba en el punto de mira de algún visor hostil. El tiempo avanzó a paso de tortuga mientras me quedaba paralizado y buscaba alguna amenaza a mi alrededor, y cuando miré a un lado, un destello brillante estalló junto a la cinta amarilla que custodiaba nuestro perímetro, y el Pasajero silbó.

Parpadeé, a la espera de una bala, pero no llegó ninguna. Sólo era algún fisgón tomando una fotografía. Forcé la vista para combatir la persistente ceguera del flash, y sólo vi la forma borrosa de un hombre grueso con camiseta gris que bajaba una cámara y daba media vuelta para fundirse con la muchedumbre. Desapareció antes de que pudiera ver su cara, o cualquier otro rasgo distintivo, y no existían motivos visibles para que mi alarma silenciosa se hubiera disparado. No era un francotirador, ni un terrorista con una bicicleta explosiva. No podía significar ningún peligro, uno más de los muchos miembros de la plebe que sentían una morbosa curiosidad por la muerte. Me estaba comportando como un verdadero estúpido. Veía Sombras por todas partes,

incluso donde era imposible. ¿Me estaba alejando sin remedio del mundo de la razón, para sumirme en una paranoia caleidoscópica?

Contemplé unos momentos más el lugar donde el fotógrafo había desaparecido. No volvió, y nada se precipitó rugiendo hacia mí. Eran sólo nervios, nada más, y no mi Testigo, y tenía trabajo que hacer.

Volví al Impala, donde el cuerpo destrozado de Camilla yacía en su montoncito irregular final. Todavía estaba muerta, y no pude desprenderme de la sensación de que, en algún lugar, alguien me estaba observando, se humedecía los labios y planeaba convertirme a mí también en un cadáver.

Era muy tarde cuando volví a casa, casi medianoche, y por un puro acto reflejo entré en la cocina y miré si Rita me había dejado algo de cena. Pero por más que me esforcé en buscar, no había sobras, ni siquiera un trozo de pizza. Busqué meticulosamente, en vano. No había ningún táper en la encimera, nada en los fogones, ningún cuenco tapado en la nevera, ni siquiera una bolsa de Wendy sobre la mesa. Busqué por toda la cocina, pero no encontré ni el menor rastro de algo comestible.

Supongo que no era una tragedia, comparativamente hablando. Peores cosas suceden cada día, y una de ellas le acababa de pasar a Camilla Figg, alguien a quien yo conocía desde hacía años. Debería sentirme un poco afligido, pero tenía hambre, y Rita no me había dejado nada para cenar. Eso a mí me parecía mucho más entristecedor, la muerte de una gran tradición nutritiva, una violación de un principio no verbalizado pero importante que me había alimentado durante mis numerosas zozobras. No había comida para Dexter: Todo estaba Perdido por Completo.

No obstante, descubrí una silla apartada de la mesa en un ángulo descuidado, y los zapatos de Rita tirados de cualquier manera al lado. Su trabajo estaba apilado sobre la mesa una vez más, y su blusa colgaba del respaldo de la silla. Al otro lado de la habitación vi un cuadrado amarillo pegado en la nevera y me acerqué a mirar. Era un *post-it*, presumiblemente de Rita, aunque las palabras garabateadas no se parecían a su pulcra caligrafía. La nota estaba pegada a la puerta de la nevera y rezaba: «Brian ha llamado. ¿Dónde estás?!». Había escrito dos veces la «B» de «Brian», y la última palabra estaba subrayada con torpeza tres veces. La punta del bolígrafo había rasgado el papel.

Sólo era una pequeña nota amarilla, pero algo en ella me dio que pensar, y me quedé parado un momento junto a la nevera, con el *post-it* en la mano, mientras me preguntaba por qué me sentía preocupado. No era la caligrafía chapucera, desde luego. No cabía duda de que Rita estaba cansada, extenuada por salir corriendo del trabajo después de una larga y tensa jornada laboral de luchar contra la crisis anual de su empresa, para luego llevar a tres niños a una hamburguesería en la calurosa y abarrotada noche de Miami. Suficiente para que cualquiera se sintiera tenso, cansado y...

... ¿y perdiera la capacidad de escribir bien la letra «B»?

Eso era absurdo. Rita era una persona metódica, neuróticamente limpia y metódica. Era una de las cualidades que admiraba en ella, y la fatiga y la frustración jamás habían aplacado su pasión por hacer las cosas de una forma ordenada. Había afrontado muchas adversidades en la vida, como su desastroso primer matrimonio con un drogadicto maltratador, y siempre había afrontado el violento desorden de la vida obligándole a ponerse firmes, lavarse los dientes y

dejar la colada en el cesto de la ropa. Garabatear una nota incoherente y dejar sus zapatos y la ropa diseminados en el suelo de esta manera era impropio de ella, y una clara indicación de que, mmm... ¿de qué?

La última vez había derramado una copa de vino. ¿La había derramado porque había tomado más de una? ¿Había vuelto a repetir la jugada esta noche?

Volví a la mesa de la cocina y miré el lugar donde Rita se había sentado y abandonado sus zapatos, y lo examiné como un técnico forense avezado y preparado. El ángulo del zapato izquierdo denotaba falta de control motriz, y la blusa colgante era una indicación definitiva de inhibición menguada. Pero para confirmarlo desde un punto de vista científico me acerqué al gran cubo de basura que había junto a la puerta de atrás. Dentro del cubo, bajo un montón de toallas de papel y correo basura, había una botella vacía que había contenido hacía poco vino tinto.

Rita era una entusiasta del reciclaje, pero aquí teníamos una botella vacía embutida en el cubo de la basura y cubierta con papeles. Y yo no recordaba haber visto la botella cuando estaba llena, y suelo saber al dedillo lo que hay en la cocina. Se trataba de una botella entera de merlot, y habría sido visible en cualquier lugar de la cocina. Pero yo no la había visto. Lo cual significaba que o bien Rita se había tomado algunas molestias para ocultarla, o bien había comprado la botella esta noche, trasegado su contenido de una sentada y olvidado reciclarla.

No era una copa de vino mientras trabajaba y yo pedía pizza. Era una botella entera, y todavía peor, la bebía cuando yo no estaba en casa, dejando a los niños sin vigilar y desprotegidos.

Estaba bebiendo demasiado, y con demasiada frecuencia. Yo había supuesto que bebía un poco de vino como una forma de soportar la tensión temporal, pero esto era algo más. ¿Existía otro factor desconocido que había transformado de repente a Rita en una beoda emergente? Y en tal caso, ¿no debía hacer yo algo al respecto? ¿O tendría que esperar a que faltara al trabajo y descuidara a los niños?

Como en respuesta a mis pensamientos, oí al final del pasillo que Lily Anne se ponía a llorar, y corrí a su cuna. Estaba pataleando y agitando los brazos, y cuando la levanté de su camita comprendí por qué. El pañal abultaba dentro de su pijama, rebosante. Miré a Rita. Estaba caída boca abajo sobre la cama, roncando, con un brazo sobre la cabeza y el otro aprisionado bajo el cuerpo. Estaba claro que los bramidos de Lily Anne no se habían abierto paso entre las brumas de su sueño, y que Rita no le había cambiado el pañal antes de acostarse. Era impropio de ella, como también beber vino en exceso y en secreto.

Lily Anne pataleó con más violencia y elevó el volumen de sus berridos, de modo que la llevé al cambiador. Su problema era evidente e inmediato, de fácil resolución. Rita se lo habría pensado un poco, y la noche estaba demasiado avanzada para pensar. Puse a la niña un pañal seco y la mecí hasta que dejó de

removerse y volvió a dormirse. La devolví a la cuna y me acerqué a mi cama.

Rita seguía en la misma posición exacta, esparrada e inmóvil sobre dos tercios de la cama. Podría estar muerta, salvo por los ronquidos. La contemplé y me pregunté qué estaría pasando dentro de aquella agradable cabecita rubia. Siempre había sido del todo fiable, completamente predecible y dependiente, jamás se desviaba ni un pequeño paso de su pauta básica de comportamiento. Era una de las razones por las que había decidido que era una buena idea casarme con ella. Sabía casi con exactitud lo que haría. Era como un perfecto tren de juguete, que daba vueltas por la misma vía, pasando delante del mismo paisaje, día tras día sin cambiar.

Hasta ahora. Por algún motivo, había descarrilado, y se me ocurrió la desagradable idea de que debería afrontar eso de alguna manera. ¿Debía escenificar una intervención? ¿Obligarla a acudir a una reunión de Alcohólicos Anónimos? ¿Amenazar con divorciarme de ella y abandonarla con los niños? Todo eso era terreno ajeno a mí, ideas que constaban en el programa de estudios de Matrimonio Avanzado, un curso de posgraduado en el área de estudios humanos, y no sabía casi nada de ello.

Pero fuera cual fuera la respuesta, esta noche no iba a averiguarla. Después de la larga jornada laboral, de aguantar a Sombrablog, a lloriqueantes compañeros de trabajo y al detective Cabezahueca, estaba hecho polvo. Una estúpida y espesa nube de fatiga se había esparcido sobre mi cerebro, y necesitaba dormir antes que cualquier otra cosa.

Empujé el cuerpo de Rita hacia su lado de la cama y me metí bajo las sábanas. Necesitaba dormir, lo máximo posible, y ahora mismo, y casi en el mismo momento en que mi cabeza tocó la almohada perdí la conciencia.

El despertador me sacó de la cama a las siete, y lo paré, con la irracional sensación de que todo iba a ir bien. Me había acostado con el cubo de las preocupaciones lleno: Rita y Sombrablog y Camilla Figg, y durante la noche había pasado algo que había calmado mi nerviosismo. Sí, había problemas. Pero los resolvería. Siempre lo había hecho antes, y lo haría también esta vez. Era del todo ilógico, lo sé, pero me sentía henchido de una confianza relajada, en lugar de la profunda angustia de anoche. No tenía ni idea de por qué se había producido el cambio. Tal vez era el efecto de un sueño profundo y reparador. En cualquier caso, desperté en un mundo en que el optimismo irracional parecía sentido común. No estoy diciendo que oyera pajaritos cantar a la luz dorada de un amanecer perfecto, pero percibí el olor a café y beicon procedente de la cocina, lo cual era mucho mejor que cualquier gorjeo de pájaros que hubiera escuchado. Me duché y vestí, y cuando llegué a la mesa de la cocina, había un plato de huevos estrellados con tres crujientes lonchas de beicon al lado, y un

tazón de café fuerte y caliente junto al plato.

—Llegaste muy tarde —dijo Rita, mientras cascaba un huevo y lo tiraba en la sartén. Por algún motivo, me sonó como si estuviera acusándome de algo, pero como eso era absurdo, decidí que era el efecto residual de beber demasiado vino.

—Anoche asesinaron a Camilla Figg —expliqué—. La mujer con la que trabajo.

Ella se volvió de los fogones, espátula en ristre, y me miró.

—¿Estabas trabajando? —preguntó, y una vez más percibí en su tono la insinuación de haber bebido demasiado vino anoche.

—Sí. No la encontraron hasta muy tarde.

Me miró unos segundos, y después sacudió la cabeza.

—Eso lo explicaría, ¿no? —dijo, pero siguió mirándome como si no explicara nada en absoluto.

Me puso un poco nervioso. ¿Por qué me estaba mirando de aquella manera? Bajé la vista para comprobar que llevaba puestos los pantalones, y así era. Cuando alcé los ojos de nuevo, continuaba mirándome.

—¿Pasa algo? —pregunté.

Rita sacudió la cabeza.

—¿Si pasa algo? —Puso los ojos en blanco y miró el techo—. Quiere saber si pasa algo. —Me miró con los brazos en jarras y dio pataditas en el suelo con impaciencia—. ¿Por qué no me dices tú si pasa algo, Dexter?

La miré sorprendido.

—Mmm... —dije, mientras me preguntaba cuál sería la respuesta correcta —, por lo que yo sé, no pasa nada. O sea, nada fuera de lo normal...

Me pareció, incluso a mí, una respuesta tristemente inadecuada, y no me cupo duda de que Rita compartía mi opinión.

—Ah, bien, no pasa nada —dijo. Y siguió mirándome, con una ceja enarcada y dando pataditas como si esperara más, aunque lo que yo había dicho era muy endeble.

Miré los fogones. Se elevaba humo de la sartén, en lugar de un aroma fragante.

—Mmm..., Rita —empecé con cautela—, creo que algo se está quemando.

Me miró y parpadeó, y después, como si entendiera lo que había dicho, se giró hacia los fogones.

—Oh, mierda, mira eso —dijo, y saltó hacia delante con la espátula en alto —. No, mierda, mira la hora —añadió, al tiempo que alzaba la voz debido, tal vez, a la frustración—. Maldita sea, ¿por qué no...? Nunca hay... ¿Cody? ¿Astor? ¡Venid a desayunar! ¡Ya! —Sacó los dos huevos de la sartén, tiró un grumo de mantequilla y rompió dos huevos más con una serie de movimientos tan rápidos que pareció uno solo—. ¿Niños? ¡Ya! ¡Venga! —Me miró de nuevo, y después vaciló un solo momento, al tiempo que me miraba—. Es que... Hemos de... —



Meneó la cabeza, como si no supiera las palabras en inglés—. No te oí llegar anoche —dijo, y el final de la frase apenas se oyó.

Yo habría podido decir que anoche no hubiera oído al Real Regimiento de las Tierras Altas desfilando por la casa al son de sus gaitas, pero no tenía ni idea de qué quería que yo dijera, ¿y para qué arruinar una agradable mañana intentando averiguarlo? Además, tenía la boca llena de yema de huevo, y habría sido grosero hablar mientras masticaba. De modo que me limité a sonreír y emití un sonido desdeñoso, mientras continuaba desayunando. Ella me miró expectante un momento más, pero entonces llegaron Cody y Astor, y Rita se volvió para dejar su desayuno sobre la mesa. La mañana continuó su rutina normal, y experimenté una vez más el estúpido destello de esperanza infundada con el que había despertado mientras iba al trabajo entre el lento tráfico.

Incluso a primera hora de la mañana, el tráfico de Miami posee un matiz que no se encuentra en otras ciudades. Da la impresión de que los conductores de Miami despiertan más deprisa y con más mala hostia que otros. Tal vez se deba a que la implacable y brillante luz del sol consigue que todo el mundo se dé cuenta de que podría estar pescando o en la playa, en lugar de arrastrarse como caracoles por la autopista para llegar a un trabajo aburrido y embrutecedor que no les paga lo que se merecen de verdad. O quizá sea el chute extra que nos da el café de Miami extrafuerte.

Sea cual sea la razón, nunca he visto un tráfico matutino sin un marcado matiz de manía homicida, y esta mañana no era excepcional. La gente tocaba la bocina, profería amenazas y exhibía peinetas, y en el enlace con la autopista de Palmetto un Buick antiguo había embestido por detrás a un BMW nuevo. Una pelea a puñetazos se había producido en la cuneta, y todo el mundo aminoraba la velocidad para mirar o gritar a los contendientes, y tardé diez minutos más en dejar atrás el caos y llegar al trabajo. Lo cual fue estupendo, teniendo en cuenta lo que me esperaba.

Como me sentía estúpidamente alegre y optimista, no me paré a tomar la taza de café letal que, al fin y al cabo, habría podido acabar con mi entusiasmo, o incluso conmigo. En cambio, fui directo a mi escritorio, donde encontré a Deborah esperándome, derrumbada en mi silla con el aspecto de la chica del cartel de la Fundación Nacional para la Indignación Contemplativa. Llevaba todavía el brazo izquierdo en cabestrillo, pero el yeso había perdido su pátina limpia y lustrosa, y lo había apoyado contra el secante del escritorio y derribado mi portalápices. Pero nadie es perfecto, y como la mañana era gloriosa lo dejé pasar.

—¿Qué sucedió anoche? —preguntó con una voz más áspera de lo habitual—. ¿Fue igual que las otras?

—¿Te refieres a Camilla Figg? —dije, y casi se puso a aullar.

—¿A qué coño me voy a referir, si no? Maldita sea, Dex, he de saber... ¿Fue

igual?

Me senté en la silla plegable que había al otro lado del escritorio, y pensé que era un acto muy noble por mi parte, teniendo en cuenta que Debs estaba usurpando mi silla y ésta no era muy cómoda que digamos.

—No creo —dije, y mi hermana emitió un largo siseo.

—Joder. Lo sabía. —Se enderezó y me miró con un brillo ansioso en la mirada—. ¿En qué fue diferente?

Levanté una mano para pararla.

—No es nada concluyente. Al menos, el detective Hood no lo cree.

—Ese estúpido gilipollas no podría encontrar el suelo ni utilizando ambos pies —replicó—. ¿Qué obtuviste?

—Bien, sólo que la piel estaba rota en dos puntos. Así que había un poco de sangre en el lugar de los hechos. Mmm..., el cuerpo no estaba dispuesto con excesiva pulcritud. —Me miró expectante—. El, mmm..., creo que las heridas traumáticas eran diferentes.

—¿Diferentes en qué?

—Creo que las hicieron con otra cosa. O sea, no era un martillo.

—¿Con qué? ¿Un palo de golf? ¿Un Buick? ¿Qué?

—No sabría decirlo, pero es probable que se trate de algo con superficie redonda. Quizá... —Vacilé medio segundo. Hasta decirlo en voz alta me hacía creer paranoico. Pero Debs me estaba mirando con una expresión de ansiedad a punto de tornarse mala leche, así que se lo dije—. Tal vez un bate de béisbol.

—Vale —dijo, y mantuvo la misma expresión concentrada en mí.

—Mmm..., el cuerpo no estaba dispuesto de la misma manera.

Deborah continuaba mirando, y como no añadí nada más frunció el ceño.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Casi. Tendremos que esperar los resultados de la autopsia para estar seguros, pero una de las heridas era en la cabeza, y creo que Camilla estaba inconsciente o incluso muerta cuando le hicieron las heridas.

—Eso no significa una mierda.

—Deborah, no había sangre en los demás. Y las primeras dos veces el asesino se tomó todo el cuidado del mundo para mantener a sus víctimas con vida todo el rato. Ni siquiera les rompió la piel.

—Nunca le venderás eso al capitán. Todo el departamento quiere mi cabeza en una pica, y si no puedo demostrar que tengo al verdadero culpable encerrado, se la concederán.

—No puedo demostrar nada. Pero sé que tengo razón.

Ella ladeó la cabeza y me miró con aire inquisitivo.

—¿Una de tus voces? —dijo con cautela—. ¿Puedes conseguir que te cuente algo más?

Cuando Deborah había descubierto por fin qué soy en realidad, le había

intentado explicar lo del Oscuro Pasajero. Le había dicho que las numerosas ocasiones en que había tenido «corazonadas» sobre un asesino eran pistas que me daba el espíritu gemelo que habitaba en mi interior. Por lo visto, se lo había explicado fatal, porque ella daba la impresión de pensar que caía en una especie de trance y charlaba a larga distancia con alguien del Más Allá.

—No es como en un tablero de güija —dije.

—Como si habla con hojas de té. Ordénale que nos diga algo que pueda utilizar.

Antes de que pudiera abrir la boca y soltara la réplica malhumorada agazapada en ella, un enorme pie pisó la entrada y una sombra larga y oscura cayó sobre los restos de mi agradable mañana. Me volví, y allí, en persona, estaba el final de todos los pensamientos felices.

El detective Hood se apoyó contra el marco de la puerta y nos dedicó su mejor sonrisa maligna.

—Fíjate —dijo—. Perdedora de pies a cabeza.

—Fíjate —replicó Debs—. Un capullo parlante.

Él no pareció ofenderse mucho.

—Capullo al mando para ti, querida. Capullo que descubrirá al verdadero asesino, en lugar de dar la tabarra en *Good Morning America*.

Deborah enrojeció. Era un comentario muy injusto, pero de todos modos la afectó. Debo reconocer que reaccionó al instante con una ocurrencia de las suyas.

—No podrías encontrarte la polla ni con una partida de reconocimiento.

—Y en cualquier caso sería una partida muy pequeña —añadí risueño. Al fin y al cabo, la familia ha de permanecer unida.

Hood me traspasó con la mirada, y su sonrisa se hizo más grande y perversa.

—Tú estás fuera de esto desde ya. Al igual que tu hermana de Hollywood.

—Vaya —dije—. ¿Porque puedo demostrar que te equivocas?

—No. Porque ahora eres... —Hood hizo una pausa para saborear las palabras, y después las soltó en un goteo lento y delicioso— una persona de interés para la investigación.

Estaba preparado para largar otro comentario ingenioso y punzante, dijera lo que dijera, pero eso me pilló por sorpresa. «Persona de interés», en el código de la policía, significaba «Creemos que eres culpable y vamos a demostrarlo». Y me quedé mirándole, presa de un terror paralizante, y me di cuenta de que no existía una respuesta ingeniosa cuando te decían que estabas bajo investigación por asesinato, sobre todo cuando ni siquiera lo habías cometido. Abrí y cerré la boca un par de veces en lo que debió ser una estupenda imitación de un mero arrancado de las aguas, pero no salió ningún sonido. Por suerte, Deborah intervino en mi nombre.

—¿Qué clase de mierda descerebrada te estás sacando de la manga, Richard?

—preguntó—. No puedes perseguirlo por esto sólo porque sabe que eres un imbécil.

—Oh, no te preocupes por eso —replicó—. Tengo un motivo muy bueno.

Y lo dijo como si fuera el hombre más feliz del mundo, hasta que vi al siguiente hombre que entró en mi despacho.

Y el siguiente hombre entró como si toda su vida hubiera esperado aquel momento para efectuar una entrada dramática. Oí un rítmico y firme sonido en el pasillo mientras las dos últimas palabras de Hood flotaban todavía en el aire, y entonces sí que entró el hombre más feliz del mundo.

Digo «hombre», pero en realidad no eran más que tres cuartas partes de carne y hueso de un *Homo sapiens*. El ruido protésico de sus pasos revelaba que los pies de verdad habían volado, y pinzas metálicas gemelas brillaban donde habrían tenido que estar las manos. Pero los dientes continuaban siendo humanos, y los exhibió todos cuando entró y entregó un grueso sobre de papel manila a Hood.

—Gracias —dijo el detective, y el sargento Doakes se limitó a asentir y mantuvo los ojos clavados en mí, con su sonrisa feliz sobrenatural extendida sobre la cara, la cual me aterrorizó.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Deborah, pero Hood negó con la cabeza y abrió el sobre. Sacó lo que parecía una lustrosa foto de ocho por diez y la lanzó sobre mi escritorio.

—¿Puedes decirme qué es esto? —me preguntó.

Levanté la foto. No la reconocí, pero mientras la miraba experimenté una breve e inquietante sensación de haber perdido la cabeza, y pensé: *¡Pero sí parezco yo!* Y después, aspiré una larga bocanada de aire, volví a mirar y pensé: *¡Soy yo!* Lo cual era absurdo por completo, por tranquilizador que resultara.

Era yo. Era una foto de Dexter: sin camisa, dando la espalda a la cámara a medias, y alejándose de un cuerpo tendido sobre la acera. Mi primer pensamiento fue. *Pero no me acuerdo de haber dejado un cadáver ahí...* Y eso no dice nada bueno de mí, debo admitirlo, pero mi segundo pensamiento, mientras miraba mi torso desnudo, fue ¡Estoy estupendo! Excelente tono muscular, abdominales en buena forma, ninguna señal del michelín que había acechado mi cintura en los últimos tiempos. De modo que la foto debía haber sido tomada uno o dos años antes, lo cual no explicaba por qué Doakes estaba tan contento con ella.

Dejé a un lado mis pensamientos narcisistas y traté de concentrarme en la foto, puesto que al parecer representaba una verdadera amenaza para mí. No ocurrió nada, ninguna pista de dónde había sido tomada o quién la había hecho, y miré a Hood.

—¿De dónde la has sacado? —pregunté.

—¿Reconoces la foto? —preguntó él a su vez.

—Nunca la había visto, pero pienso que soy yo.

Doakes emitió una especie de gorgoteo que habría podido ser una carcajada, y Hood asintió como si un pensamiento se estuviera formando en su cabeza huesuda.

—Piensas —dijo.

—Sí. Y no duele. Deberías intentarlo alguna vez.

Hood sacó otra foto del sobre y la arrojó sobre el escritorio.

—¿Qué me dices de ésta? ¿También piensas que eres tú?

Miré la foto. En ésta aparecía el mismo escenario de la primera, pero ahora yo estaba un poco más alejado del cuerpo y me estaba poniendo una camisa. Algo nuevo había entrado en el campo de enfoque, y al cabo de un momento de reflexión reconocí la parte posterior de la cabeza de Ángel Batista. Estaba inclinado sobre el cadáver, y la pequeña bombilla de mi cabeza se encendió por fin.

—Ah —dije, y me sentí muy aliviado. No era una foto de Dexter sorprendido en el acto de acabar con los avatares de una vida ajena. Era Dexter En Acto de Servicio. Podía explicarlo sin problemas, incluso demostrarlo, y estaría salvado.

—Ahora me acuerdo. Esto sucedió hace dos años, una escena del crimen en Liberty City. Un tiroteo desde un coche: tres víctimas, muy aparatoso. Me manché de sangre la camisa.

—Ajá —dijo Hood, y Doakes sacudió la cabeza, sin dejar de sonreír con ternura.

—Bien —dije—, a veces pasa. Llevo una camisa limpia en mi bolsa por si acaso. —Hood continuaba mirándome. Me encogí de hombros—. De modo que me puse una camisa limpia —añadí, con la esperanza de que lo entendiera por fin.

—Buena idea —contestó, y asintió como si aprobara mi sólido sentido común, y tiró una foto más sobre el escritorio—. ¿Qué me dices de ésta?

La levanté. Era yo de nuevo, no cabía duda. Era un primer plano de mi cara, de perfil. Estaba mirando a lo lejos con una expresión de noble anhelo, lo cual debía significar que era hora de ir a comer. Había una sombra de barba en mi cara, que no aparecía en las primeras fotos, de modo que habría sido tomada en un momento diferente. Pero como estaba tan concentrada en mi rostro, no distinguí nada que pudiera revelarme algo más sobre la foto, o cuándo la habían tomado. Por el lado positivo, eso significaba que no podrían utilizarla para demostrar nada contra mí.

Así que meneé la cabeza y volví a tirar la foto sobre mi escritorio.

—Una foto muy bonita —dije—. Dígame, detective, ¿cree que un hombre puede ser demasiado guapo?

—Sí —contestó Hood—. También creo que puede ser muy divertido. —Y tiró una última foto sobre el escritorio—. Ríete de ésta, gracioso.

Levanté la foto. Era yo otra vez, pero esta vez estaba delante de Camilla Figg. Había una expresión de asombrada adoración en su rostro, una mirada de un anhelo tan tierno que hasta un memo como Hood podría interpretarla sin ayuda. Miré en busca de pistas, y al fin reconocí el fondo. Había sido tomada en el Torch, donde habían encontrado al agente Gunther. Pero ¿y qué? ¿Por qué aquel estúpido animal me estaba enseñando fotos mías, por bonitas que fueran?

Lancé la foto sobre el escritorio con las demás.

—No tenía ni idea de que fuera tan fotogénico —dije—. ¿Me las puedo quedar?

—No —contestó él. Se inclinó sobre el escritorio y el olor a detective sin duchar, combinado con colonia barata, casi me hizo vomitar. El tipo recogió las fotos y se irguió mientras las devolvía al sobre.

Con Hood a cierta distancia de mí logré respirar de nuevo, y como me estaba empezando a picar la curiosidad, utilicé el aliento para algo práctico.

—Todas estas fotos son muy bonitas —dije—. Pero ¿y qué?

—¿Y qué? —dijo Hood, y Doakes emitió otro de sus sonidos carentes de lengua, pero risueños. No eran palabras, pero las sílabas confusas poseían un tono claro de «te pillé» que no me gustó en absoluto—. ¿Eso es lo único que tienes que decir sobre la colección de fotos de tu novia?

—Estoy casado —aduje—. No tengo novia.

—No, ya no. Está muerta. —Y como si estuvieran conectados mediante un cable y los controlaran desde bambalinas, Hood y Doakes revelaron los dientes al unísono, en una exhibición cegadora de esmalte y felicidad carnívora—. Estaban en el apartamento de Camilla Figg. Y hay centenares más.

Apuntó un dedo del tamaño de una banana entre mis ojos.

—Todas de ti —terminó.

Es muy posible que en algún lugar de este mundo los niños rieran despreocupados y jugaran con indiferente alegría. En algún lugar, era probable que suaves brisas mecieran la hierba de los campos, mientras jóvenes amantes se tomaban de la mano y paseaban bajo la luz del sol. Y en algún lugar de este miserable pequeño planeta era incluso posible que la paz, el amor y la felicidad florecieran en los corazones y mentes de los justos. Pero en este preciso momento, en este lugar, Dexter estaba hundido en la Caca, y la felicidad de cualquier tipo era una fábula amarga y burlona, a menos que te llamaras Hood o Doakes, en cuyo caso te encontrabas en el mejor de los mundos posibles. ¿Ves al gracioso Dexter? ¿Le ves retorcerse? ¿Ves cómo brota el sudor en su frente? Ja ja ja. Qué tipo más gracioso. Oh, mira, su boca se mueve, pero no sale nada, salvo vocales carentes de significado. Suda, Dexter. Suda y tartamudea. Ja ja ja. Qué gracioso es Dexter.

Todavía me estaba esforzando por encontrar una consonante, cuando mi hermana habló.

—¿Qué coño intentas sacarte de la manga, capullo? —preguntó, y me di cuenta de que ésas eran las palabras exactas que yo había estado buscando, de modo que cerré la boca y asentí.

Hood enarcó las cejas, y su frente era tan estrecha que casi se fundieron con su pelo.

—¿Sacarme de la manga? —dijo, con exagerado tono de inocencia—. No me estoy sacando nada de la manga. Estoy investigando un asesinato.

—¿Con un par de fotografías de mierda? —dijo Deborah con reconfortante desprecio.

Él se inclinó hacia ella.

—¿Un par? —resopló—. Como ya he dicho, hay cientos. —Apuntó su gigantesco dedo de nuevo hacia mi cabeza—. Todas con este chico risueño de protagonista.

—Eso no significa una mierda —dijo Deborah.

—Enmarcadas y colgadas en las paredes —insistió Hood—. Pegadas con celo en la nevera. Amontonadas sobre la mesita de noche. Dentro de cajas en el armario. En una carpeta escondida detrás del retrete —dijo con una sonrisa obscena—. Cientos de fotografías de tu hermano, corazón. —Avanzó medio paso hacia Deborah y parpadeó—. Y puede que no salga en *Today* para hablar de ello, como algunos perdedores que detienen al tipo que no deben, pero ahora estoy al mando de esta investigación, y creo que todas esas fotos sí significan una mierda, y tal vez mucho más que una mierda. Creo que significan que tu hermano se estaba tirando a Camilla, y creo que ella se lo iba a contar a su bonita esposa, y él no quería. Así que permite que lo pregunte de nuevo de manera oficial y con

mucha educación. —Se alejó de Debs. Se inclinó sobre mí, y cuando habló, el hedor de sus axilas sucias, combinado con su aliento podrido, logró arrancar lágrimas de mis ojos—. ¿Quieres decirme algo acerca de estas fotos, Dexter? ¿Y quizá sobre tu relación con Camilla Figgs?

—No sé nada sobre esas fotos. Y no mantenía ninguna relación con Camilla, salvo laboral. Apenas la conocía.

—¿Ah, sí? —dijo Hood, todavía inclinado sobre mi cabeza—. ¿Eso es lo único que tienes que decir?

—Bien, también me gustaría decir que necesitas cepillarte los dientes.

No se movió durante unos largos segundos, prolongados todavía más por el hecho de que volvió a espirar. Pero al fin asintió y se irguió poco a poco.

—Esto va a ser divertido —dijo. Cabeceó en mi dirección, y su desagradable sonrisa se ensanchó todavía más—. Estás suspendido desde las cinco de la tarde de hoy, en función de los resultados de esta investigación. Si deseas apelar esta decisión, puedes ponerte en contacto con el coordinador administrativo de personal. —Se volvió hacia el sargento y cabeceó risueño, y yo noté que se formaba un nudo frío en mi estómago, incluso antes de que añadiera el colofón inevitable—. Que es el sargento Doakes.

—No podía ser de otra manera —dije. Nada podía ser más perfecto. Los dos me sonrieron con verdadera y sentida felicidad, y cuando Hood sonrió todo cuanto su organismo era capaz de soportar sin derretirse, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Pero giró en redondo y señaló con el dedo a Deborah, al tiempo que emitía un chasquido con la lengua y dejaba caer el pulgar como si estuviera disparando contra ella.

—Hasta luego, pringada —dijo, y salió contoneándose, sonriendo como si se dirigiera a su fiesta de cumpleaños.

El sargento Doakes no me había quitado la vista de encima en todo el rato, y tampoco lo hizo ahora. Se limitó a sonreír, pues estaba claro que hacía mucho tiempo que no se divertía tanto, y por fin, cuando yo ya estaba pensando en arrojarle una silla a la cabeza, emitió su horrible carcajada gutural y siguió a Hood al pasillo.

Se hizo el silencio en mi despacho durante lo que se me antojó mucho tiempo. No se trataba de un silencio plácido y contemplativo. Era el tipo de silencio que llega después de una explosión, cuando los supervivientes están paseando la vista a su alrededor y ven los cadáveres, y se preguntan si va a detonar otra bomba, y el escalofriante silencio se prolongó hasta que Deborah sacudió al fin la cabeza y dijo: «Hostia puta». Me pareció que eso resumía muy bien la situación, así que no dije nada, de modo que ella lo repitió de nuevo.

—Dexter, he de saber —añadió.

La miré sorprendido. Su expresión era muy seria, pero fui incapaz de imaginar en qué estaba pensando.



—¿Saber qué, Debs? —pregunté.

—¿Te acostabas con Camilla?

Y ahora me tocó a mí decirlo.

—Hostia puta, Debs. —Estaba sorprendido de verdad—. ¿Tú también crees que la maté?

Vaciló un medio segundo demasiado largo.

—Noooo —dijo, de una forma muy poco convincente—. Pero tienes que darte cuenta de que pinta mal.

—Para mí, pinta como si estuvieras jugando a Darle por el Saco a Dexter. Esto es una locura. Apenas he intercambiado veinte palabras con Camilla en toda mi vida.

—Sí, pero venga ya. Todas esas fotos...

—¿Qué pasa? Yo no las tomé, y no sé qué crees que significan.

—Estoy diciendo que significan muchísimo para un saco de mierda descerebrado como Hood, y se va a agarrar a ello, y hasta es posible que se salga con la suya —continuó, sin parar de mezclar imágenes—. Es perfecto para él: individuo casado se folla a compañera de trabajo, y después la mata para impedir que su esposa se entere.

—¿Eso crees tú?

—Sólo te lo estoy explicando. O sea, has de darte cuenta de que pinta así. Es totalmente creíble.

—Es totalmente increíble para cualquiera que me conozca. Es completamente... ¿Cómo puedes pensarlo ni que sea un segundo?

Y la verdad es que estaba experimentando auténticos sentimientos humanos de ofensa, traición e indignación. Porque por una vez era inocente como un niño, pero hasta mi única hermana parecía incapaz de creerlo.

—Vale, vale... Sólo lo estoy diciendo.

—¿Estás diciendo que estoy hundido en un Río de Mierda y no me vas a tirar un remo?

—Venga ya —dijo, y debo admitir que se retorció inquieta.

—Estás diciendo que quieres saber si es correcto que detengan a tu hermano —continuó, porque yo también puedo ser implacable—. Porque tú sabes que, en secreto, es el tipo de sujeto que machaca con un martillo a sus compañeras de trabajo.

—¡Dexter, por el amor de Dios! Lo siento, ¿vale?

La miré otro segundo, pero parecía apenada de verdad, y tampoco echó mano a sus esposas.

—Vale.

Deborah carraspeó y desvió la vista un momento, y después volvió a mirarme.

—No te tiraste nunca a Camilla —dijo, y añadió con más convicción—: Y

jamás has matado a nadie a martillazos.

—Todavía no —declaré, con un leve toque de advertencia.

—Estupendo.

Levantó su mano buena, como si quisiera dejar claro que estaba preparada por si intentaba atacarla con un martillo.

—Y hablando en serio —continué—, ¿por qué quería alguien guardar una sola foto de mí?

Deborah abrió la boca, volvió a cerrarla, y después dio la impresión de que se le había ocurrido algo divertido, aunque yo no le veía la gracia a nada.

—¿De veras no lo sabes? —preguntó.

—¿Saber qué, Debs? Venga ya.

Todavía parecía pensar en algo que era cómico. Pero se limitó a sacudir la cabeza.

—De acuerdo. No lo sabes. Mierda. —Sonrió—. No soy yo quien debería decírtelo, tu hermana, pero en fin. —Se encogió de hombros—. Eres un tío guapo, Dexter.

—Gracias, tú tampoco estás mal. ¿Qué tiene que ver eso con lo que está pasando?

—Dexter, por los clavos de Cristo, no seas obtuso. Camilla estaba enamorada de ti, capullo.

—¿De mí? ¿Enamorada? ¿Un encaprichamiento romántico, quieres decir?

—Mierda, sí, durante años. Todo el mundo lo sabía.

—Todo el mundo, excepto yo.

—Sí, bien. —Se encogió de hombros—. Pero con todas esas fotos, a mí me parece una auténtica obsesión.

Meneé la cabeza, como si así pudiera expulsar la idea. O sea, no pretendo comprender a la desquiciada raza humana, pero esto era demasiado.

—Qué locura. Estoy casado.

Por lo visto, había dicho algo divertido. En cualquier caso, lo fue para Deborah. Resopló risueña.

—Sí, vale, casarte no te convierte en feo. Todavía no, al menos.

Pensé en Camilla, y en su comportamiento conmigo durante todos estos años. Hacía muy poco, mientras estábamos trabajando en el lugar donde habían tirado el cadáver del agente Gunther, me había tomado una foto, y después tartamudeado algo absurdo e incoherente acerca del flash cuando yo la había mirado. Tal vez su incapacidad para formular frases completas sólo sucedía cuando se encontraba en mi presencia. Y era cierto que se ruborizaba cada vez que me veía, y pensándolo bien, había intentado besarme borracha en mi fiesta de despedida de soltero, aunque sólo consiguió desmayarse a mis pies. ¿Resumía todo esto una secreta obsesión por mí? Y en tal caso, ¿cómo había acabado hecha trizas por dicha obsesión?

Siempre me he enorgullecido de mi capacidad para ver las cosas tal como son, sin ninguno de los cientos de filtros emocionales humanos que se interponen entre ellas y los hechos. De modo que llevé a cabo un esfuerzo consciente por despejar el aire apestoso, real y metafórico, que Hood había dejado. Hecho uno: Camilla estaba muerta. Dos: la habían asesinado de una forma muy rara, y eso era todavía más importante que el hecho uno, porque era una imitación de lo que les habían hecho a Gunther y Klein. ¿Por qué lo harían?

En primer lugar, ponía a Deborah en mal lugar. Había gente a la que le gustaría eso, pero estaban en la cárcel o al frente de una investigación por asesinato. Pero también a mí me dejaba en mal lugar, lo cual era más pertinente. Mi Testigo había lanzado una amenaza, y entonces Camilla apareció muerta y yo me convertí en el principal sospechoso.

Pero ¿cómo había podido saber que Camilla tenía esas fotografías? Un retazo de recuerdo pasó flotando, unas habladurías en la oficina...

Miré a Deborah. Me estaba observando con una ceja enarcada, como si pensara que yo estaba a punto de caerme de la silla.

—¿Sabías que Camilla tenía novio? —le pregunté.

—Sí. ¿Crees que fue él?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque vio mi galería fotográfica.

Debs sacudió la cabeza, poco convencida.

—¿Y qué? ¿La mató porque estaba celoso?

—No. La mató para tenderme una trampa.

Deborah me miró unos segundos, con una expresión reveladora de que no sabía si darme un puñetazo o pedir asistencia médica. Parpadeó, respiró hondo y habló con calma manifiestamente artificial.

—De acuerdo. El nuevo novio de Camilla la mató para tenderte una trampa. Claro, ¿por qué no? Sólo porque es una locura...

—Pues claro que es una locura, Debs. Por eso tiene sentido.

—Ajá. Muy lógico, Dex. ¿Qué clase de capullo psicópata asesinaría a Camilla para hundirte a ti en la mierda?

Era una pregunta delicada. Yo sabía qué clase de capullo psicótico lo había hecho. Mi Testigo había dicho que se estaba acercando, y lo había hecho. Era él quien me había vigilado en la escena del crimen y tomado fotografías. Y había asesinado a Camilla Figg, sólo para joderme. Era notablemente perverso, matar a una persona inocente sólo para causarme inconvenientes, y habría resultado muy tentador pararse a reflexionar sobre las profundidades de perfidia despiadada que revelaba este acto. Pero no había mucho tiempo para reflexionar, y en cualquier caso es mejor dejar que aquellos provistos de valores morales se preocupen por la inmoralidad manifiesta.

La cuestión acuciante en aquel momento, y era delicada, consistía en cómo decirle a Deborah que todo aquello estaba sucediendo porque alguien me había sorprendido en *flagrante delicto*. Mi hermana me había aceptado como el monstruo que soy, pero eso no era lo mismo que estar sentada en la jefatura de policía y escuchar una explicación sobre un ejemplo real de mi afición. Aparte de eso, me resultaba muy incómodo hablar de mis Oscuras Incursiones, incluso con Debs. De todos modos, era la única forma de explicar la situación.

De manera que, sin entrar en demasiados detalles embarazosos, le conté que un bloguero desquiciado me había visto jugando, y se lo había tomado como algo muy personal. Mientras avanzaba a trancas y barrancas por el relato de mi infortunio, Deborah adoptó su expresión impenetrable de «soy policía», y no dijo nada hasta que terminé. Entonces, continuó en silencio un rato más y me miró como si esperara posteriores revelaciones.

—¿Quién fue? —parecía más una afirmación que una pregunta, no demasiado lógica para mí.

—No sé quién es, Debs. Si lo supiera, podríamos ir a por él.

Meneó la cabeza con impaciencia.

—Tu víctima —dijo—. El tipo con el que te vio hacerlo. Quién era.

Por un momento, me limité a parpadear. No podía imaginar por qué se concentraba en un detalle tan nimio, cuando mi precioso cuello estaba a mitad de camino del nudo. Y sonaba muy sórdido, dicho de aquella manera. «Víctima» y «hacerlo», con ese soso tono de voz de poli, y no me gustaba pensar al respecto de esa manera. Pero continuó mirándome, y me di cuenta de que explicarle que no era así sería mucho más difícil que limitarme a responder.

—Steven Valentine —dije—. Un pedófilo. Violaba y estrangulaba a niños pequeños. —Continuó mirándome—. Mmm..., al menos a tres.

Deborah asintió.

—Me acuerdo de él. Le encerramos dos veces, no pudimos retenerle. —La mitad de las arrugas desapareció de su frente, y comprendí sorprendido por qué había querido saber quién había sido mi compañero de juegos. Tenía que asegurarse de que yo había seguido las normas de Harry, su padre semidiós, y ahora se sentía satisfecha. Sabía que Valentine encajaba en el perfil, y aceptaba esta justicia heterodoxa con satisfacción. Miré a mi hermana con verdadero afecto. Había cambiado mucho desde que descubrió qué era yo, y había tenido que reprimir el deseo de encerrarme.

—De acuerdo —dijo, y me sacó de mi ensueño senil antes de que me pusiera a cantar «Hearts and Flowers»—. De modo que te vio, y ahora quiere liquidarte.

—Exacto.

Deborah asintió y continuó estudiándome, se humedeció los labios y sacudió la cabeza, como si yo fuera algo que escapara a su habilidad de reparar cosas.

—Bien —dijo al fin, cuando me cansé de que me mirara—. ¿Qué vamos a

hacer al respecto?

—No podemos hacer gran cosa, al menos oficialmente. Cualquier cosa que intente conllevará mi suspensión, y ni siquiera puedo pedir ayuda a alguien de manera extraoficial, porque es mi hermano al que están investigando...

—No es culpa mía —dije, algo fastidiado porque había hablado como si lo fuera.

—Sí, bueno, vale —desechó mis palabras con un ademán—. Si de verdad eres inocente...

—¡Deborah!

—Sí, lo siento, quiero decir, porque eres inocente. Y Hood es un saco de mierda descerebrado que no podría descubrir nada ni que fueras culpable, ¿verdad?

—¿Esto nos va a llevar a alguna parte? ¿Tal vez a un lugar muy alejado de mí?

—Escucha, sólo estoy diciendo que dentro de un par de días, cuando no hayan obtenido nada, empezaremos a buscar a este tipo. De momento, no te agobies demasiado con Hood y sus chorradas. No hay nada de qué preocuparse. No tienen nada.

—Vaya.

—Mantén la calma durante un par de días —dijo mi hermana con absoluta convicción—. Las cosas no pueden empeorar.

Si somos capaces de aprender algo en esta vida, pronto descubrimos que siempre que alguien está seguro de algo, la mayoría de las veces acaba descubriéndose que estaba equivocado. Y el caso actual no fue la excepción. Mi hermana es una detective muy buena y una excelente tiradora, y estoy seguro de que posee otras cualidades dignas de alabanza, pero si alguna vez quisiera ganarse la vida como pitonisa, se moriría de hambre. Porque sus palabras tranquilizadoras, « no pueden empeorar », resonaban todavía en mis oídos cuando descubrí que, en realidad, las cosas podían empeorar muchísimo, y ya lo habían hecho.

La situación, para empezar, no era estupenda: había continuado la jornada laboral esquivado por todo el mundo, lo cual es mucho más difícil de lo que parece, y ello dio como resultado varios momentos de comedia clásica, cuando la gente se escabullía para evitar mi presencia, al tiempo que fingía no haberme visto. Por algún motivo, no obstante, me costó un poco apreciar el efecto cómico, y a las cinco menos seis minutos me sentía más hecho polvo que nunca cuando me dejé caer en la silla para ver cómo el reloj desgranaba los últimos minutos de mi carrera, y tal vez de mi libertad.

Oí un ruido en el laboratorio y me volví a mirar. Vince Masuoka entró, me vio y se quedó petrificado.

—Oh —dijo—. He olvidado, mmm...

Giró en redondo y salió corriendo. Estaba claro que había olvidado que yo todavía podía estar allí y tendría que decir algo a un compañero de trabajo sometido a investigación por el asesinato de otra compañera, y para alguien como Vince eso sería demasiado violento.

Me oí exhalar un profundo suspiro, y me pregunté si era así cómo iba a terminar todo: falsamente inculinado por un matón descerebrado, evitado por mis colegas, acosado por un friki informático lloriqueante que no había destacado ni en la segunda división de béisbol. Era mucho más que innoble, y muy triste. Yo también había mostrado unos progresos prematuros tremendos.

El reloj seguía desgranando los minutos. Faltaban dos para las cinco. Mejor sería que recogiera mis cosas y volviera a casa. Fui a levantar mi ordenador portátil, pero cuando apoyé la mano sobre la pantalla para cerrarlo, un diminuto y desagradable pensamiento reptó sobre el suelo de mi cerebro, e hice clic en la bandeja de entrada. No era lo bastante concreto para llamarlo corazonada, pero una voz suave y correosa estaba susurrando que, después de que yo encontrara el cadáver dexterizado en la mugrienta casucha, el Testigo había enviado un correo electrónico, y ahora Camilla había muerto y tal vez, tal vez...

Y cuando abrí la bandeja de entrada, el «tal vez» se convirtió en una certidumbre, en cuanto leí el título del asunto de mi correo electrónico más

reciente. Rezaba: *¡Si lees esto, no estás en la cárcel!*

Sin la menor duda en mi mente acerca de quién había escrito esto, abrí el mensaje.

*Todavía no, al menos. Pero no te preocupes. Si la suerte te sigue acompañando, pronto lo estarás, lo cual siempre será mejor que lo que tengo previsto para ti. No me basta meterte en chirona. Antes quiero que la gente sepa lo que eres. Y después... Bien, ya has visto de lo que soy capaz. Y estoy mejorando cada vez más, a la espera de que te toque el turno.*

*Le gustabas mucho. Vamos, todas aquellas fotos... ¡Había por todas partes! Era algo enfermizo, una obsesión. Y me dejó entrar en su apartamento la segunda vez que salimos, cosa que no habría hecho de haber sido ella una buena persona. Y cuando vi tu cara pegoteada por toda la casa, supe lo que debía hacer al respecto, y lo hice.*

*¿Tal vez fui un poco apresurado? O puede que me esté aficionando a esto, no lo sé. Irónico, ¿eh? Que al intentar deshacerme de ti, me esté pareciendo cada vez más a ti. De todos modos, era demasiado perfecto para ser accidental, así que lo hice, y no lo lamento, y sólo acabo de empezar. Y si piensas que puedes pararme, piénsalo dos veces. Porque no sabes nada de mí, salvo que soy capaz de hacer exactamente lo que tú haces, y te lo voy a hacer a ti y ni siquiera sabes cuándo, salvo que será pronto.*

*¡Que tengas un buen día!*

Por el lado positivo, era agradable saber que no había padecido fantasías paranoicas. Mi Sombra había asesinado a Camilla para fastidiarme. Por el lado negativo, Camilla estaba muerta y yo estaba metido en el peor lío de mi vida.

Y, por supuesto, las cosas empeoraron, sólo porque Deborah había dicho que no lo harían.

Me fui a casa en un estado de desdicha aturdida, con el único deseo de obtener un poco de tranquilo consuelo de mi querida familia. Y cuando llegué, Rita me estaba esperando en la puerta de la calle, pero no se hallaba poseída por el espíritu de una tierna bienvenida.

—Hijo de puta, lo sabía —susurró a modo de recibimiento. Fue tan sorprendente como si me hubiera arrojado el sofá a la cabeza. Y aún no había terminado—. Maldito seas, Dexter, ¿cómo pudiste hacerlo?

Me miró con los puños cerrados y una expresión de santa furia en su rostro. Sé muy bien que soy culpable de muchas cosas capaces de enfurecer a la gente, incluida Rita, pero últimamente daba la impresión de que todo el mundo me encontraba culpable de cosas que no había hecho, y que ni siquiera podía imaginar. De manera que mi ingenio, por lo general veloz, no reaccionó con el tipo de réplica inteligente y avispada que me ha hecho famoso. La miré con los

ojos desorbitados y tartamudeé:

—Podría... ¿Cómo...? ¿Qué he...?

Era de una endeblesz casi imperdonable, y Rita aprovechó la ventaja. Me dio un puñetazo en el brazo, justo en pleno blanco favorito de Deborah.

—¡Hijo de la gran puta! ¡Lo sabía!

Miré hacia el sofá. Cody y Astor estaban hipnotizados con la partida que estaban jugando con la Wii, y Lily Anne estaba en el parque a su lado, contemplándolos muy contenta mientras liquidaban monstruos. No habían escuchado las desagradables palabras de Rita, pero si se prolongaba mucho más, hasta niños traspuestos despertarían y se darían cuenta. Le agarré la mano antes de que pudiera pegarme de nuevo.

—Rita, por el amor de Dios, ¿qué he hecho?

Liberó su mano.

—Hijo de puta —repitió—. Sabes muy bien lo que has hecho. ¡Te follabas a esa puta descolorida, maldito seas!

De vez en cuando nos encontramos viviendo momentos carentes de todo sentido. Es casi como si un montador de cine omnipotente nos hubiera recortado de nuestra película cotidiana familiar para pegarnos en otra cosa al azar, de una época y género diferentes, incluso de un país diferente y animado en parte, porque de repente paseas la vista a tu alrededor y desconoces el idioma, y nada de lo que sucede está relacionado con lo que consideras real.

No había duda de que era uno de esos momentos. La apacible Rita Devota de Dexter, quien nunca perdía los estribos ni nunca, nunca, decía palabrotas, estaba haciendo ambas cosas a la vez, con toda su furia dirigida contra su marido, esta vez inocente.

Pero si bien no sabía en qué película me encontraba, sí sabía mis diálogos, y también que debía tomar el control de la escena cuanto antes.

—Rita —dije en el tono más tranquilizador posible—, no estás siendo coherente...

—¡A la mierda la coherencia y a la mierda tú! —gritó, y pateó el suelo y alzó el puño para pegarme de nuevo. Astor levantó la cabeza y nos miró (era el turno de Cody en la partida), de modo que así una vez más la mano de Rita y la alejé de la puerta.

—Vamos. Hablemos en la cocina.

—No pienso ir... —empezó a decir, y yo alcé mi voz sobre la de ella.

—Lejos de los niños —dije. Los miró con aire de culpabilidad, y me siguió a través de la sala de estar hasta la cocina—. Muy bien. —Cogí mi silla y me senté a la mesa familiar—. Utilizando palabras sencillas, claras y que no estén prohibidas en Kentucky, ¿quieres hacer el favor de decirme de qué demonios estás hablando?

Rita se quedó al otro lado de la mesa y me fulminó con la mirada, con



aquella misma expresión de santa furia en el rostro y los brazos cruzados.

—Eres tan sereno —dijo entre dientes—. Incluso ahora, casi te creo. Hijo de puta.

Soy sereno, en realidad. Dexter es casi todo serenidad y frío control, y siempre le ha sido de utilidad. Pero en aquel momento notaba que la frialdad y la serenidad se estaban fundiendo en un budín tibio de frustración, de modo que cerré los ojos y respiré hondo, en un esfuerzo por lograr que la temperatura descendiera.

—Rita —dije, al tiempo que abría los ojos y le dirigía una larga y paciente mirada de sufrimiento muy auténtica—, finjamos por un momento que no tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Hijo de puta, no intentes...

Levanté una mano.

—No es necesario que me recuerdes que soy un hijo de puta. Recuerdo esa parte. Es la otra la que me da problemas: por qué soy un hijo de puta. ¿Vale?

Me lanzó dardos envenenados con la mirada una vez más, y oí que su pie golpeaba el suelo, después descruzó los brazos y respiró hondo.

—De acuerdo —dijo—. Seguiré tu juegucito, hijo de puta. —Me apuntó con el dedo, y si el dedo hubiera estado cargado, habría muerto en aquel mismo momento—. Tenías un rollo con esa zorra del trabajo ¡Me llamó un detective! —dijo, como si el hecho de que un detective la hubiera llamado demostrara todo sin la menor duda—. ¡Y ese detective preguntó si yo sabía algo sobre ella y el rollo que te llevabas y si había más fotos! Y después, salió en las noticias que había muerto, y Dios mío, Dexter, ¿también la asesinaste para que yo no lo descubriera?

Estoy convencido de que algún nivel de mi cerebro continuaba en funcionamiento todavía, porque al parecer me recordaba que debía respirar. Pero todas las funciones mentales superiores parecían anuladas por completo. Pequeños fragmentos de ideas pasaban de largo, pero ninguna parecía capaz de dar pie a algo sólido que pudiera pensar o decir. Noté que respiraba de nuevo, y después expulsaba el aire, y fui apenas consciente de que había transcurrido cierta cantidad de tiempo, y de que el silencio se estaba prolongando de una manera incómoda, pero era incapaz de juntar suficientes piezas escurridizas de pensamiento para formar una frase real. Lenta, penosamente, las ruedas giraron, y al final recordé palabras sueltas: *hijo de puta... asesinato... detective...*, y al final, con la tercera palabra, una imagen se elevó flotando de las neuronas dispersas y llegó a lo alto de mis no pensamientos remolineantes, un retrato ceñudo y paleta de un homínido de frente estrecha y sonrisa taimada, y por fin logré articular una sílaba entera pletórica de sentido.

—Hood —dije—. ¿Te llamó?

—Creo que tengo derecho a saber que mi marido asesinó a alguien —replicó

Rita—. Y que me estaba engañando —añadió, como si pudiera pasar por alto el asesinato, pero el engaño fuera algo de lo más despreciable. No era el orden apropiado en las prioridades de nuestra sociedad, tal como yo las había llegado a entender, pero aquél no era el momento de discutir sobre conceptos éticos contemporáneos.

—Rita —dije, con toda la serena autoridad que pude reunir—, apenas conocía a esa mujer. Camilla.

—Tonterías. Richard dijo... ¡El detective dijo que había fotos tuyas por todas partes!

—Sí, y Astor tiene fotos de los Jonas Brothers.

Pensé que había dado en el clavo, pero por algún motivo Rita no se mostró de acuerdo.

—Astor tiene once años —dijo muy enfadada, como si fuera una vileza por mi parte emplear aquel argumento, y ella no fuera a permitirme jamás salir bien parado con algo tan bajo—. Y no pasa toda la noche con los Jonas Brothers.

—Camilla y yo trabajábamos juntos —dije, intentando abrimme paso entre la nube de sinrazones—. Y a veces hemos de trabajar hasta tarde. En público. Rodeados de montones de policías.

—¿Y todos los policías tenían fotos tuyas? ¿En una carpeta? ¿Detrás del retrete? Por favor, no insultes a mi inteligencia.

Tenía muchas ganas de decirle que, para poder insultarla, antes tendría que encontrarla, pero a veces hemos de sacrificar una frase muy buena en aras del propósito inmediato, y ésta era sin duda una de dichas ocasiones.

—Rita, Camilla me hizo fotos. —Levanté las manos con las palmas hacia fuera para demostrar que era lo bastante hombre para admitir un hecho inoportuno—. Montones, por lo visto. Deborah dice que estaba enamorada de mí. No puedo controlar esas cosas. —Suspiré y sacudí la cabeza, para que se diera cuenta de que todo el peso de un mundo injusto recaía sobre mis anchas espaldas—. Pero nunca te he engañado, jamás. Ni con Camilla, ni con nadie.

Vi un primer destello de duda en su rostro. Soy muy bueno interpretando a un ser humano real, y esta vez contaba con la ventaja de decir algo muy cercano a la verdad. Era un auténtico Momento Interpretativo del Método, y Rita se dio cuenta de que era sincero.

—Chorradas —dijo, pero con menos convicción—. ¿Y todas aquellas noches cuando te ibas de casa? Con alguna estúpida excusa acerca del trabajo. Como si yo pudiera creer... —Meneó la cabeza y se sulfuró de nuevo—. Maldita sea, sabía que estaba pasando algo por el estilo. Lo sabía porque... ¿Y la asesinaste?

Fue un momento muy incómodo, todavía más que cuando me había acusado por primera vez. «Todas aquellas noches» en cuestión me habían tenido ocupado, pero no por culpa de un lío amoroso, y mucho menos por estar con Camilla. Me había dedicado a practicar mi diversión favorita, que era

relativamente inocente, al menos en el contexto actual. Pero no podía decirle eso y, por supuesto, no existían pruebas de esa inocencia, eso esperaba, al menos. O sea, estaba seguro de que siempre limpiaba a fondo. Sin embargo, lo peor de todo era caer en la cuenta de que yo había dado por hecho que no se fijaba en mis escapadas, cuando me marchaba «casualmente» de casa, lo cual me hacía quedar como un perfecto estúpido, al menos a mis ojos.

Pero sobrevivir en esta vida significa casi siempre poner al mal tiempo buena cara, y si es preciso un pequeño momento de creatividad, suelo estar a la altura de la tarea, sobre todo porque no me abruma ninguna compulsión de decir la verdad. De modo que respiré hondo y dejé que mi gigantesco cerebro me guiara hasta salir del bosque.

—Rita, mi trabajo es importante para mí. Ayudo a capturar a gente muy mala. Ni siquiera es gente. Son animales. El tipo de animal que representa una verdadera amenaza para todos nosotros, incluso... —hice una pausa para lograr un efecto dramático—. Sobre todo para los niños. Incluso para Lily Anne.

—¿Por eso te vas de casa por las noches? ¿Para hacer qué?

—Yo, mmm... —dije, como si me sintiera un poco avergonzado—. A veces se me ocurre una idea. Sobre algo que, ya sabes, puede contribuir a solucionar un caso.

—Oh, venga ya. Eso es increíblemente... O sea, no soy tan ingenua, por el amor de Dios...

—Rita, maldita sea, tú eres igual: estás obsesionada con tu trabajo. En los últimos tiempos trabajas por la noche hasta tarde y... O sea, pensaba que me entendías.

—Yo no me escabullo de casa por las noches para ir a la oficina.

—Pero para ti no es necesario. —Pensé que estaba ganando la partida—. Puedes hacer el trabajo en tu cabeza, o en una hoja de papel. Yo necesito el equipo del laboratorio.

—Bien, pero, o sea... —dijo, y me di cuenta de que la duda estaba empezando a asomar a sus ojos—. Suponía que... Es decir, era más lógico que..., ya sabes.

—¿Era más lógico que engañara a una chica tan guapa como tú? ¿Con alguien tan soso y deforme como Camilla Figg?

Sé que se considera inadecuado hablar mal de los muertos, y hacerlo puede hacerte acreedor de la venganza divina, pero como para demostrar que Dios no existe, hablé mal de la pobre Camilla y ningún rayo atravesó el techo para convertir a Dexter en menudillos, y hasta la expresión de Rita se suavizó un poco.

—Pero eso no es... —Para mi gran alivio, vi que adoptaba de nuevo su pauta verbal habitual de frases parciales—. O sea, Richard dijo... Y tú ni siquiera, cuando llegabas tarde aquellas noches... —Parpadeó y agitó una mano en el aire—. ¿Cómo es posible...? Con todas esas fotos...

—Sé que pinta mal —dije, y entonces tuve una de esas maravillosas inspiraciones que tan sólo un simulacro vacío, perverso y maligno de una persona sería capaz de utilizar, lo cual, por supuesto, me sentaba como un guante—. Pinta mal para el detective Hood: Richard —aseguré, y sacudí la cabeza con amargura para demostrar que había reparado en su uso del tuteo con el enemigo—. Tan mal que estoy metido en un montón de problemas. Y para ser sincero, pensaba que tú eras la única persona que me iba a apoyar. Cuando realmente necesito a alguien a mi lado.

Fue un golpe perfecto, un mamporro auténtico, y la dejó tan desmadejada que se derrumbó en la silla como si fuera una muñeca hinchable y alguien la hubiera pinchado.

—Pero eso es sólo... Ni siquiera... Y él dijo... O sea, es un detective.

—Un detective muy malo. Le gusta pegar a los sospechosos para obligarles a hablar. Y le caigo mal.

—Pero si no has hecho nada... —balbuceó, mientras intentaba convencerse por última vez de que sí había hecho algo.

—Ya han acusado falsamente a gente en otras ocasiones —dije en tono cansado—. Estamos en Miami.

Ella meneó la cabeza poco a poco.

—Pero estaba tan seguro... ¿Cómo pudo...? O sea, si no lo hiciste.

Llega un momento en que repetir tus argumentaciones empieza a sonar como si sólo estuvieras inventando excusas. Lo sabía debido a las horas de dramas cotidianos que había presenciado a lo largo de los años, y estaba convencido de que había llegado a ese punto. Por suerte, había visto esta misma situación tantas veces en la tele que sabía muy bien lo que debía hacer. Apoyé ambas manos sobre la mesa, ejercí presión y me levanté.

—Rita —dije, con una dignidad impresionante—, soy tu marido, y nunca ha habido ninguna otra mujer. Si ahora eres incapaz de creerme, cuando te necesito de verdad, será mejor dejar que el detective Hood me encierre en la cárcel.

Lo dije con absoluta sinceridad, y con tal convicción y patetismo que estuve a punto de creérmelo yo.

Era mi último cartucho, pero llegó a su objetivo. Rita se mordió el labio y sacudió la cabeza.

—Pero todas aquellas noches cuando tú... Y las fotos... Y luego aparecía muerta... —Durante un segundo, una última duda destelló en su rostro, y pensé que había fracasado. Pero después, cerró los ojos con fuerza y se mordió el labio y supe que había ganado—. Oh, Dexter, ¿y le creen a él? —Abrió los ojos y una lágrima resbaló por su mejilla, pero la secó con un dedo y se humedeció los labios—. Ese hijo de puta —dijo, y me di cuenta con gran alivio de que ya no se refería a mí—. Y se supone que ha de... Pero no puede... —Entonces dio una palmada sobre la mesa—. Bien, no se lo permitiremos —dijo, se levantó, rodeó

la mesa corriendo y me agarró—. Oh, Dexter —susurró contra mi hombro—. Siento que... Has de sentirte tan...

Sorbió por la nariz, y después se alejó a la longitud del brazo.

—Pero has de comprender —empezó—. Y no era sólo por... Es... una buena temporada. Y en los últimos tiempos, has sido tan... como... —Meneó la cabeza poco a poco—. O sea, ya sabes —dijo, pero yo no sabía ni papa, ni siquiera lo intuía—. Todo coincidía, porque a veces parece que... No sé... Y no era sólo la casa. Los vencimientos de hipoteca. Es todo en conjunto. —Seguía sacudiendo la cabeza, ahora más deprisa—. Tantas noches, cuando tú... O sea, así es como... se comportan los hombres cuando hacen eso... Y yo he de..., con los niños aquí, y lo único que puedo hacer es...

Se volvió y cruzó los brazos de nuevo, al tiempo que se metía un nudillo entre los dientes. Le dio un mordisco y una lágrima resbaló por su mejilla.

—Dios mío, Dexter, me siento tan...

Es posible que me esté convirtiendo en un poco más humano, sin pausas pero sin prisas, pero tuve un momento de inspiración cuando vi que Rita hundía los hombros y sus lágrimas caían al suelo.

—Por eso bebes tanto vino —dije. Volvió la cabeza hacia mí y vi que los músculos de su mandíbula se cerraban todavía con más fuerza sobre su pobre e indefenso dedo índice—. Creías que me escapaba porque tenía un lío.

—Ni siquiera podía... —Entonces se dio cuenta de que estaba mordisqueando el dedo y se lo sacó de la boca—. Sólo quería... Porque ¿qué otra cosa puedo hacer? Cuando te comportas tan... O sea, a veces... —Respiró hondo y se acercó un poco más—. No sabía qué otra cosa hacer, y me sentía tan... impotente. Un sentimiento muy... Y después pensé que tal vez yo..., porque justo después de tener otro hijo..., y tú nunca parecías... —Meneó la cabeza vigorosamente—. Qué idiota he sido. Oh, Dexter, lo siento muchísimo.

Apoyó la cabeza contra mi pecho y sorbió por la nariz, y yo comprendí que era mi turno de responder.

—Yo también lo siento —dije, y la rodeé con el brazo.

Ella levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—Soy idiota —repetió—. Tendría que haber adivinado que... Porque somos tú y yo, Dexter. Eso es lo único que cuenta. O sea, eso pensaba. Hasta que, de pronto, me pareció que... —Se enderezó de repente y aferró mis brazos—. ¿De veras que no te acostabas con ella?

—Te doy mi palabra —contesté, muy aliviado por poder reaccionar al fin con un fragmento de frase apoyado por un pensamiento completo.

—Oh, Dios mío —dijo ella, hundió la cara en mi hombro y emitió ruiditos húmedos durante uno o dos minutos. Y por lo que yo sé acerca de la gente, tal vez habría debido sentirme un poco culpable por haber manipulado a Rita de una forma tan atroz. O aún mejor, tal vez tendría que haberme vuelto hacia la

cámara para exhibir mi verdadera maldad con una sonrisa de perversa satisfacción. Pero no había cámara, por lo que yo sabía, y al fin y al cabo había manipulado a Rita con la verdad, en su mayor parte. De modo que la retuve y dejé que mi camisa se empapara de lágrimas, mocos y quién sabe qué más.

—Oh, Dios —dijo por fin, al tiempo que levantaba la cabeza—. A veces, puedo ser tan estúpida. —No me apresuré a llevarle la contraria, y ella meneó la cabeza y se secó la cara con la manga—. Nunca habría debido dudar de ti. —Me miró fijamente—. Me siento tan... Y tú debes sentirte... Oh, Dios mío, ni siquiera puedo empezar a... Dexter, lo siento muchísimo, y no es sólo por... Oh, ese hijo de puta. Además, hemos de buscarte un abogado.

—¿Qué? —dije, mientras intentaba dejar de seguir sus saltos mentales para pasar a una nueva idea muy alarmante—. ¿Por qué voy a necesitar un abogado?

—No seas lerdo, Dexter, —contestó, con un brusco movimiento de cabeza. Sorbió por la nariz y empezó a cepillar mi hombro con aire ausente, en el lugar que había ensuciado—. Si ese tal Rich..., el detective Hood. —Hizo una pausa para ruborizarse—. Si intenta demostrar que asesinaste a esa mujer, has de conseguir la mejor asesoría legal posible y... estoy pensando en Carlene, del trabajo. Dijo que su cuñado... Y en cualquier caso la primera consulta siempre es gratis, así que no hemos de... Tampoco es que el dinero... Así que se lo consultaré mañana. —No había duda de que eso estaba decidido, porque dejó de hablar y me dirigió otra mirada inquisitiva, mientras sus ojos saltaban de derecha a izquierda. Por lo visto, no encontró lo que andaba buscando en ningún lado, y al cabo de un momento dijo—: Dexter...

—Estoy aquí.

—Hemos de hablar más.

Parpadeé, lo cual debió sorprenderla a una distancia tan corta, porque ella también parpadeó.

—Bien, claro, o sea... ¿Hablar de qué?

Apoyó una mano sobre mi mejilla y, por un segundo, la apretó con tanta fuerza que me pregunté si estaba intentando suturar una brecha en mi cara. Después suspiró, sonrió y alejó la mano.

—A veces eres increíble —dijo, y me resultó difícil llevarle la contraria, porque no tenía ni idea de a qué se refería.

—Gracias —probé, y ella sacudió la cabeza.

—Hemos de hablar. No ha de ser acerca de... Porque por eso la situación se nos ha ido de las... Y debe de ser por mi culpa.

Una vez más, costaba refutar la conclusión, puesto que no había entendido adónde quería ir a parar.

—Bien —dije, muy incómodo—, siempre me gusta hablar contigo.

—Si hubiera hablado —me dijo con tristeza—. Porque tendría que haber sabido que tú no... Tendría que haber dicho algo hace semanas.

—Mmm..., no nos hemos enterado de esto hasta hoy.

Sacudió la cabeza un momento con irritación.

—Ésa no es la cuestión —dijo, lo cual constituyó un alivio, aunque seguía sin saber cuál era la cuestión—. Quiero decir que habría debido... —Respiró hondo y sacudió mis hombros un momento—. Has estado muy, muy... Quiero decir, tendría que haberme dado cuenta de que estabas ocupado y trabajando mucho. Pero has de comprender lo que yo pensaba, porque... Y después, cuando lo hablamos, todo pareció adquirir sentido. De modo que si habláramos más a menudo...

—De acuerdo —concluí. Acceder se me antojaba más sencillo que comprender.

No cabía duda de que era eso lo que debía decir, porque Rita sonrió con ternura y me dio un gran abrazo.

—Superaremos esto —dijo—. Te lo prometo. —Y después, lo más extraño de todo, se apartó un poco y añadió—: ¿No has olvidado que este fin de semana es la gran excursión de acampada de verano? ¿Con Cody y los Lobatos?

No me había olvidado, pero tampoco lo había recordado en el contexto de interpretar una escena dramática de angustia doméstica, y tuve que hacer una pausa para ponerme a su altura.

—No. No me he olvidado.

—Bien —y volvió a apoyar la cabeza sobre mi pecho—. Porque creo que tiene muchas ganas... Y a ti también te irá bien unas vacaciones.

Y mientras palmeaba distraído la espalda de Rita, intenté con todas mis fuerzas reconfortarme con esa idea, porque, gracias a un detective neandertal y a un asesino copiamonas, iba a gozar de unas vacaciones me gustara o no.

El día siguiente era viernes, y por puro hábito me levanté a las siete de la mañana. Pero cuando la conciencia inundó mi cerebro, con ella regresó la desagradable realidad, y recordé que no tenía adónde ir y ningún motivo para levantarme: estaba suspendido del trabajo, mientras un hombre a quien no le caía bien me investigaba por el asesinato de alguien con quien no me había acostado y a quien ni siquiera había asesinado, y sólo podía apelar a alguien que me odiaba con todas sus fuerzas: el sargento Doakes. Era la clase de trampa casi perfecta en la que a todos nos gustaría ver caer a un malo de dibujos animados, pero yo no veía la justicia de atrapar en ella al Gallardo Dexter. O sea, sé que tengo algunos defectos sin importancia, pero en serio, ¿por qué yo?

Intenté ser optimista: al menos, Hood no había logrado persuadir a los poderes fácticos de que me suspendieran de sueldo también. Eso podría ser importante si Rita encontraba al fin una casa nueva: iba a necesitar hasta el último centavo. Y yo estaba en casa, ahorrando todavía más dinero por no utilizar gasolina ni pagarme la comida: ¡qué suerte! De hecho, si lo pensaba desde el punto de vista positivo, era casi como gozar de vacaciones extras, salvo por la posibilidad de que estas pequeñas vacaciones acabaran con mis huesos en la cárcel, o muerto. O ambas cosas.

De todos modos, allí estaba yo suspendido, y de momento daba la impresión de que poco podía hacer al respecto, de modo que no existían motivos para que saltara de la cama y me sintiera preocupado. Y de haber sido el ser lógico y racional que con frecuencia me gustaba suponer que era, me habría dado cuenta de que incluso una situación tan desdichada tenía su lado positivo (¡no tenía que levantarme!), y me habría vuelto a dormir enseguida. Pero por algún motivo, descubrí que no podía. Al primer recuerdo de lo sucedido el día anterior, el sueño había salido chillando de la habitación, y pese al hecho de que me quedé tumbado varios minutos con el ceño fruncido y amenazante, no regresó.

De modo que continué tendido en la cama con terquedad y escuché los sonidos de la mañana en casa de Dexter. Los sonidos no habían cambiado, aunque era verano y el colegio había terminado. Los niños estaban matriculados en un servicio de guardería en el parque al que iban después de clase durante el curso escolar, y Rita todavía tenía que llegar al trabajo a la hora habitual, de manera que el programa matutino no había cambiado. La oí en la cocina. Los olores que me llegaban por el pasillo me revelaron que estaba preparando huevos revueltos con queso, acompañados de tostadas con canela. Llamó dos veces a Cody y Astor para que fueran a desayunar, y al final tuve que admitir que no iba a volver a dormir, y me derrumbé en mi lugar habitual de la mesa de la cocina justo cuando Cody estaba terminando de desayunar. Lily Anne estaba en la trona, enfrascada en crear un magnífico mural de compota de manzana en su



bandeja y en su cara. Astor estaba sentada con los brazos cruzados, al parecer más interesada en fruncir el ceño que en comer.

—Buenos días, Dexter —dijo Rita, y dejó una taza de café delante de mí—. Cody ha repetido, así que he de... Astor, cariño, has de comer algo.

Volvió a los fogones y empezó a cascar huevos sobre la sartén.

—No puedo comer —susurró Astor—. La comida se me queda enganchada en el aparato corrector.

Pronunció las palabras con suficiente veneno para derribar a un elefante, y mostró el corrector para que todos pudiéramos compartir el horror de la espantosa desfiguración.

—Bien, aun así has de comer algo —dijo Rita, al tiempo que revolvía los huevos—. Te daré un yogur, o si quieres...

—Odio el yogur.

—Ayer te gustaba.

—O... —se quejó Astor con los dientes apretados. Puso los codos sobre la mesa y se apoyó sobre ellos airada—. Comeré los huevos —dijo, como si accediera con nobleza a llevar a cabo algo vil y peligroso.

—Maravilloso —dijo Rita, y Lily Anne golpeó la bandeja con la cuchara como alentando a su hermana.

El desayuno terminó y dio paso al ritual de cepillado de dientes y pelo, elegir vestuario, localizar calcetines, cambiar a Lily Anne, preparar su bolsa del día, todo ello entre gritos y pataleos, y por fin, tras cerrarse de golpe cinco veces la puerta de la calle, todos se fueron al coche, mientras Rita y Astor continuaban discutiendo sobre si los calcetines rosa iban bien con la camisa roja. La voz de la niña se difuminó en la distancia, oí que las puertas del coche se cerraban y, de repente, un silencio sobrenatural se instaló en la casa.

Me levanté y desconecté la cafetera, no antes de servirme los últimos restos del brebaje. Me senté y bebí, mientras me preguntaba por qué me tomaba la molestia. No existían motivos para que estuviera despierto y alerta. Tenía todo el tiempo libre que un hombre podría desear: estaba suspendido de empleo, y me acosaba alguien convencido de que se estaba convirtiendo en mí. Y si no lograba dar conmigo, todavía seguía bajo investigación por un asesinato que no había cometido. Considerando de cuántos había salido bien librado, no dejaba de ser irónico. Intenté reírme de mí mismo, pero la risa burlona sonó demasiado espeluznante en el repentino silencio de la casa desierta. De modo que bebí el café y me concentré un rato en compadecerme de mí mismo. Me resultó de lo más sencillo. Era la víctima de una grave equivocación de la justicia, y era fácil para mí sentirme herido, martirizado, traicionado por el mismísimo sistema al que había servido tan bien durante tanto tiempo.

Por suerte, mi ingenio natural regresó justo antes de que empezara a cantar temas *country*, y desvié mis pensamientos hacia la forma de salir de mi apuro.

Pero pese al hecho de que había terminado el café (mi tercera taza de la mañana, en realidad), no dio la impresión de que pudiera rescatar a mi cerebro del fango glutinoso de desdicha en que había caído. Yo estaba razonablemente seguro de que Hood no podría encontrar nada que me incriminara. No había nada que encontrar. Pero también sabía que estaba muy ansioso por resolver el asesinato de Camilla, con el fin de quedar bien ante el departamento y la prensa y, tan importante como lo anterior, lograr que Deborah quedara mal. Y si añadía el hecho inquietante de que recibía la ayuda y la complicidad del sargento Doakes y su tóxica estrechez de miras, debía llegar a la conclusión de que el panorama estaba muy lejos de ser halagüeño. En el fondo, no les creía capaces de falsificar pruebas para acusarme injustamente, pero por otra parte, ¿por qué no? Ya había sucedido antes, incluso con un agente de investigación que se jugaba mucho menos.

Cuanto más pensaba en ello, más preocupado me sentía. Hood albergaba sus propias intenciones, y yo estaba hecho a medida para el papel protagonista. Y Doakes llevaba mucho tiempo buscando una forma de convertirme en culpable legalmente de algo. Casi cualquier cosa serviría, siempre que terminara con Dexter en el Contenedor de Escombros. No existían motivos para que ninguno de ellos descartara una excelente oportunidad tan perfecta para meterme en chirona sólo porque era una ficción. Hasta veía el sendero que tomaría su razonamiento: *Dexter era culpable de algo. No podemos demostrarlo, pero estamos seguros de ello. Pero si tomamos unos cuantos atajos, podemos conseguir que esto encaje y le meteremos donde se merece, en la trena durante mucho tiempo. No perjudicamos a nadie, y la sociedad estará mucho mejor sin él. ¿Por qué no?*

Era perfecta lógica policial, y la única pregunta era si Hood y Doakes estaban dispuestos a seguirla y añadir algunos detalles que convencieran a un jurado de mi culpabilidad. ¿Serían tan perversos y estarían tan decididos a acabar conmigo como para tomarse la molestia? Pensé en la exhibición sincronizada de trabajo dental que habían realizado en mi despacho, el auténtico júbilo malvado que habían experimentado al tenerme en sus garras, y un nudo frío y ácido se formó en mi estómago y murmuró: *Por supuesto que lo harían.*

De modo que pasé la primera mitad del día dando vueltas por la casa, probando casi todas las sillas, con el propósito de descubrir si algún destello de esperanza me alumbraría en caso de que pudiera encontrar el mueble adecuado. Ninguno parecía funcionar mejor que los demás. Las sillas de la cocina no contribuyeron a estimular mis procesos cerebrales, ni tampoco la butaca colocada junto al televisor. Hasta el sofá era una zona mental muerta. No podía expulsar la imagen de Hood y Doakes pronunciando mi condena con alegría, los dientes brillando con idéntica sonrisa salvaje, acorde con el tono de la última nota de mi Sombra. Daba la impresión de que todo el mundo me enseñaba los dientes, y no se me ocurría nada que pudiera ayudarme a cerrarles las mandíbulas o

disuadirles de su empeño. Estaba atrapado, y no existía ningún mueble en el mundo que pudiera salvarme.

Pasé el resto del día presa de los nervios, mientras me preguntaba qué diría a Rita y Debs cuando Hood y Doakes vinieran al fin a por mí. Sería duro para Rita, por supuesto, pero ¿y para Deborah? Sabía lo que yo era, y yo sabía que merecía cualquier castigo que me impusieran. ¿Facilitaría eso que lo aceptara mejor? ¿Y cómo afectaría mi detención a su carrera? No puede ser fácil para un policía de homicidios tener a un hermano en la cárcel por asesinato. La gente hablaría, sin duda, y no diría cosas amables.

¿Y qué sería de Lily Anne? ¿Qué terribles daños causaría a una niña tan brillante y sensible crecer con un famoso monstruo como padre? ¿Y si ello la empujaba a una vida en el Lado Oscuro, junto con Cody y Astor? ¿Cómo podría yo vivir sabiendo que había destruido una vida en potencia tan hermosa?

Era algo demasiado insoportable para un ser humano, y yo estaba muy contento de no serlo. Ya era bastante lidiar con mi colosal irritación y frustración. Estoy seguro de que, de haber tenido sentimientos normales, me habría mesado el cabello, aullado y rechinado los dientes, todo lo cual debía de ser muy contraproducente.

Nada de lo que hice aquel día produjo algo de valor. Ni siquiera se me ocurrió un discurso de despedida decente que pronunciar en el tribunal, después de que el jurado me declarara Culpable de Todos los Cargos, como sin duda haría. ¿Qué podía decir yo? «He hecho cosas mucho más oscuras..., y disfrutado cada minuto de ellas».

Preparé un bocadillo para comer. No quedaban sobras en la nevera, ni embutido. Tampoco quedaba pan, salvo dos rebanadas medio rancias, de modo que acabé con el ágape ideal para semejante día: bocadillo de mantequilla de cacahuete y mermelada con rebanadas rancias. Y como es importantísimo maridar la bebida con la comida, me lo zampé con agua del grifo, y me regodeé con el succulento sabor a cloro.

Después de comer intenté ver la televisión, pero descubrí que, incluso con las dos terceras partes del cerebro concentradas en inquietarme por mi inminente fallecimiento, la tercera parte restante de mi intelecto era insuficiente para soportar las alegres y descerebradas chorradas de todos los canales. Apagué el aparato y me senté en el sofá, encadenando un pensamiento desdichado con otro, hasta que al fin, a las cinco y media, la puerta de la calle se abrió con brusquedad y Astor irrumpió, arrojó la mochila al suelo y corrió a su habitación. Cody apareció a continuación, reparó en mi presencia y me saludó con un cabeceo, y después Rita, cargada con Lily Anne.

—Oh —dijo—. Me alegro de que no... ¿Puedes coger a la niña, por favor? Hay que cambiarle el pañal.

Cogí a Lily Anne y la abracé, mientras me preguntaba si sería la última vez.

La pequeña pareció intuir mi estado de ánimo, y se esforzó por alegrarme a base de meterme el dedo en el ojo y emitir balbuceos risueños. Tuve que admitir que fue muy inteligente por su parte, y estuve a punto de sonreír cuando la llevé al cambiador con un ojo medio cerrado y anegado en lágrimas.

Pero ni siquiera el ingenio astuto y las alegres travesuras de Lily Anne consiguieron hacerme olvidar que tenía la cabeza en el lazo, y unas manos muy ansiosas lo estaban cerrando alrededor de mi garganta.

A la mañana siguiente, con escasa luz y demasiado temprano, Cody y yo estábamos en el aparcamiento de la escuela elemental donde se reunían los Lobatos. Frank, el líder de la manada, ya estaba allí con una vieja camioneta que tenía un enganche de remolque en la parte de atrás. Le acompañaba su nuevo ayudante, Doug Crowley, junto con Fidel, el chico al que patrocinaba Crowley por mediación del programa Hermanos Mayores. Cuando Cody y yo llegamos, estaban empujando el remolque de la guarida hacia el enganche. Aparqué el coche mientras tres madres dejaban a sus hijos en diversas fases de desnudez y somnolencia propias de un sábado por la mañana. Todos bajamos de los vehículos al pesado calor húmedo de una mañana de verano y vimos que llegaban más chicos, expulsados de los coches con sus cosas, que removían los pies mientras veían a sus madres huir a toda prisa, agradecidas por disfrutar de un fin de semana de felicidad sin crios.

Cody y yo seguimos juntos, a la espera de que llegaran los demás exploradores. Llevaba una buena dosis de café de Rita en una petaca, y mientras bebía me pregunté por qué me había tomado la molestia de ser puntual. Estaba claro que era el único ser de Miami que comprendía el significado de los números que aparecían en el reloj, y pasaba demasiado tiempo de mi menguante libertad en esperar a gente que no acababa de comprender la noción de tiempo. Hacía mucho que tendría que haber dejado de tomarme la molestia. Al fin y al cabo, me había criado aquí, y conocía muy bien el Tiempo Cubano, una ley inmutable de la naturaleza por la cual cualquier hora de cita significa en realidad « más cuarenta y cinco minutos » .

Pero esta mañana la tardanza me estaba irritando particularmente. Sentía acercarse la Condenación de Dexter, y pensaba que debía entrar en concentrada acción, llevar a cabo algo inteligente y proactivo desde un punto de vista dinámico, y no estar en el aparcamiento de una escuela elemental bebiendo café y viendo desplegarse el Tiempo Cubano. Esperaba que quien viniera a detenerme se ciñera al Tiempo Cubano, o incluso Doble Cubano. Tal vez lograra escapar mientras terminaba un *cafecito*, jugaba al dominó y al fin se decidía a ir a por mí.

Bebí. Miré a Cody. Estaba contemplando el aparcamiento con aire pensativo, mientras su labio inferior temblaba un poco, el lugar donde Frank y Doug estaban empujando el remolque. Cody nunca parecía aburrirse o impacientarse, y me pregunté en qué pensaba que le tenía siempre tan absorto. Como sabía muy bien que era igual que yo por dentro, con su Tío Sombra y sus Oscuros Anhelos, adiviné en qué dirección se movían sus pensamientos. Sólo confiaba en ser la mitad de bueno que Harry lo había sido conmigo en impedirle llevarlos a la práctica. De lo contrario, era muy probable que el chico celebrara su

decimoquinto cumpleaños en la cárcel.

Como si presintiera mis pensamientos, Cody me miró y frunció el ceño.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

Se limitó a negar con la cabeza, todavía con el ceño fruncido, y volvió a mirar a Frank y Doug, que intentaban enganchar el remolque. Bebí café y miré también, lo cual resultó ser lo más parecido a una diversión que el día había ofrecido hasta el momento. Frank estaba bajando el soporte del gato para encajar el enganche en el remolque, pero cuando recibió todo el peso de éste, el soporte se partió y el enganche golpeó contra el pavimento.

Pensé en varias palabras cuidadosamente elegidas que habrían sido adecuadas para la ocasión, pero por supuesto Frank sabía que estaba rodeado de oídos inocentes, de modo que apoyó ambas manos sobre su cara y sacudió la cabeza. Crowley, no obstante, se agachó, agarró el enganche con ambas manos y, con un gruñido que se oyó en todo el aparcamiento, se enderezó y levantó el remolque. Avanzó dos breves pasos hacia la camioneta, dejó caer el enganche sobre la bola del remolque y se sacudió el polvo de las manos.

Fue tan impresionante como divertido. Por la forma en que cayó cuando el soporte del gato se rompió, estaba claro que el remolque pesaba mucho. No obstante, Crowley lo había levantado y tirado de él sin ayuda. Tal vez por eso Frank le había nombrado ayudante de líder.

Por desgracia, ése fue el último acto de entretenimiento del programa matinal, y cuarenta minutos después de la hora oficial de salida aún estábamos esperando a que llegaran los tres últimos Lobatos. Dos llegaron juntos cuando terminaba mi café, y por fin, con un saludo risueño y despreocupado de su padre, el último chico bajó de un Jaguar nuevo y corrió hacia Frank. Éste agitó el brazo en dirección a los demás y todos nos congregamos a su alrededor para que nos diera las instrucciones.

—Muy bien —dijo—. ¿Conductores?

Paseó la vista a su alrededor con las cejas enarcadas, tal vez con la idea de que uno o dos chicos ya conducirían, pero ninguno sostenía llaves de coche. Tal vez estaba esperando demasiado de un Lobato, incluso en Miami. Yo levanté la mano, al igual que Doug Crowley y otros dos hombres a los que no conocía.

—Vale —dijo Frank—. Vamos al Parque Estatal de Fakahatchee. —Uno de los muchachos lanzó una risita y repitió el nombre, y Frank le miró con aire cansado—. Es un nombre nativoamericano —explicó en tono ominoso, y miró al chico durante un largo momento, hasta que éste sintió todo el peso del poder de enfrentarse a algo nativoamericano vestido con uniforme de Lobato—. Bien, mmm... El Parque Estatal de Fakahatchee. Nos encontraremos en el puesto de los guardabosques, por si llegamos separados... Bien —alzó los ojos por encima de los chicos hacia la altura de los adultos—, vamos a dejar los coches y el remolque en el puesto de los guardabosques. Estarán seguros por completo. Los

guardabosques están allí. Y después caminaremos tres kilómetros hasta el campamento. —Sonrió, con el aspecto de un perrazo ansioso—. Será una gran excursión, la distancia ideal, y tendremos mucho tiempo para ajustarnos bien las correas de las mochilas para que no nos rocen, ¿de acuerdo? Además, los guardabosques nos darán un libro a todos para descubrir las cosas que hemos de buscar en el camino. Porque si mantenéis los ojos bien abiertos, veréis cosas increíbles. Y si tenemos mucha suerte, hasta es posible que veamos... —Frank hizo una pausa melodramática y paseó la vista alrededor del círculo, con los ojos brillantes de entusiasmo— una orquídea fantasma.

—¿Qué es eso? —preguntó el niño que había llegado último—. ¿Una flor que es un fantasma?

El chico que tenía al lado le dio un empujón.

—Idiota —murmuró, y Frank sacudió la cabeza.

—Es una de las flores más raras del mundo —explicó Frank—. Y si vemos una, hay que procurar no tocarla. Ni siquiera respirar sobre ella. Es muy delicada, y muy rara, y estropear una sería un verdadero crimen. —Dejó que sus palabras surtieran efecto, sonrió y continuó—. Recordad: aparte de las orquídeas, vamos a una zona que se ha conservado tal como los calusa la dejaron.

Bajó los ojos a la altura de los niños y asintió.

—Ya hemos hablado de esto, chicos. Es una zona primitiva, y hemos de respetar su pureza. No hay que dejar nada, salvo nuestras huellas, ¿de acuerdo? —Miró a cada chico para comprobar que se lo tomaban en serio. Ellos asintieron, y él volvió a sonreír—. Vale. Nos lo vamos a pasar pipa. En marcha.

Frank asignó cada niño a uno de los coches. Yo tenía sitio para dos. Uno de ellos resultó ser Steve Binder, el chico al que Cody había calificado de abusón. Era un muchacho grande con una sola ceja y el nacimiento del pelo muy bajo. Podría haber sido el hijo del detective Hood, si fuera posible que alguna mujer viva hubiera tenido el pésimo gusto de entregarse a Hood, y después conservar el resultado.

Mi otro pasajero era un chico risueño llamado Mario, quien por lo visto se sabía todas las canciones de exploradores habidas y por haber, y cuando estábamos a mitad de distancia del parque, ya las había cantado todas dos veces como mínimo. Como yo conducía con ambas manos, no podía darme la vuelta y estrangularle, pero no me entrometí cuando Steve Binder, en el momento de la canción en que todavía quedaban ochenta y dos botellas de gaseosa en la pared, dio un fuerte codazo a Mario y dijo: «Corta el rollo, estúpido».

Mario estuvo malhumorado unos tres minutos, y después empezó a parlotear alegremente sobre conchales calusa, y cómo hacer refugios impermeables con hojas de palmera y la mejor forma de encender una hoguera en los pantanos. Cody mantenía la vista clavada en el frente desde su lugar de honor en el asiento

delantero, y Steve Binder hervía de furia, se retorció en el asiento, y de vez en cuando lanzaba miradas asesinas a Mario. Pero éste continuaba dale que dale, por lo visto sin darse cuenta de que todos los pasajeros del coche deseaban su muerte. Era optimista, risueño, estaba bien informado y era casi todo lo que un Lobato debía ser, y yo no habría presentado muchas objeciones si Steve Binder le hubiera arrojado por la ventanilla del coche.

Cuando llegamos al puesto de los guardabosques del parque, y yo rechinaba los dientes y aferraba el volante con tanta fuerza que tenía blancos los nudillos. Aparqué al lado de uno de los padres que habían llegado primero, y todos bajamos y abandonamos a Mario en plena naturaleza. Steve Binder se alejó a toda prisa con el fin de encontrar algo que romper, y una vez más Cody y yo nos encontramos en un aparcamiento a la espera de que apareciera gente.

Como ya no podía beber café mientras esperaba, aproveché el tiempo para sacar nuestro equipo del maletero y comprobar que todo estaba guardado en nuestras mochilas. La mía contenía nuestra tienda y casi toda la comida, y ya me estaba empezando a parecer mucho más grande y pesada que cuando la había hecho en casa.

Transcurrió una buena media hora antes de que llegara el último coche al puesto de los guardabosques, el abollado Cadillac antiguo ocupado por Doug Crowley y su grupo. Habían parado a mear y comprar MoonPies. Pero diez minutos después todos recorriamos la senda en dirección a Nuestra Maravillosa Aventura en el Campo.

No vimos ninguna orquídea fantasma en el sendero. Casi todos los niños fueron capaces de disimular su amarga decepción, y yo olvidé mis esperanzas destrozadas de ver la rara flor a base de ajustar las correas de la mochila de Cody hasta que pudo enderezarse lo suficiente para caminar. El truco, tal como habíamos aprendido en una de nuestras reuniones de la guarida, era cargar el peso sobre la correa de la cadera, y después apretar las correas de los hombros, pero no tanto como para cortar la circulación y entumecer los brazos. Hicieron falta dos intentos para lograrlo mientras caminábamos por el sendero, y cuando Cody cabeceó en mi dirección para anunciar que se sentía cómodo, caí en la cuenta de que los brazos se me habían entumecido, y tuvimos que empezar de nuevo. En cuanto mis brazos recuperaron la sensibilidad y pudimos andar con normalidad, empecé a sentir un dolor terrible en el talón, y antes de llegar a mitad de camino del campamento, ya tenía una maravillosa ampolla nueva en el talón izquierdo.

De todos modos, entramos tambaleantes en el campamento en buena forma y de un relativo buen humor, y Cody y yo montamos en un periquete la tienda bajo un árbol umbroso, cómodo y acogedor. Frank organizó a los chicos para dar una caminata por la naturaleza, y yo obligué a Cody a seguirles. Al fin y al cabo, el único propósito de meterle en el escultismo era ayudarlo a aprender a actuar



como un chico de verdad, y no podía estudiar eso quedándose conmigo. Tenía que ir solo y aprender a montárselo, y éste era un momento tan bueno como cualquier otro para empezar. Además, me dolía la ampolla, y quería quitarme los zapatos y sentarme un rato a la sombra, sin hacer otra cosa que masajearme los pies y ejercitar mi autocompasión.

Así que me senté, con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol y los pies descalzos extendidos ante mí, mientras las voces se perdían en la distancia. La entusiasta voz de barítono de Frank declamaba fascinantes hechos de la naturaleza sobre el sonido agudo de los chicos que bromeaban a su alrededor, además del ruido preponderante de Mario cantando «There's a Hole in the Bucket». Me pregunté si alguien pensaría en entregarle de alimento a los caimanes.

Se hizo un gran silencio, y durante unos minutos lo disfruté. Una brisa fresca soplaba entre los árboles y sobre mi cara. Un lagarto pasó corriendo a mi lado y subió por el árbol en el que estaba apoyado. A mitad de camino se volvió a mirarme e hinchó la garganta, y la piel púrpura se desenrolló como si me estuviera retando a luchar. Una garza de buen tamaño voló en lo alto, mascullando para sí. Tenía un aspecto bastante curioso, pero quizás era algo deliberado, una especie de camuflaje para convencer a su presa de que la subestimara. He visto ese tipo de truco en el agua, y eran mortíferas y veloces como el rayo cuando se dedicaban a cazar peces. Se quedaban muy quietas, con su aspecto atractivo y sedoso, y después se hundían en el agua y volvían a salir con un pez empalado en el pico. Era una rutina espléndida, y me sentí en parte pariente de las garzas. Al igual que yo, eran depredadores disfrazados.

La garza desapareció en el pantano, y una bandada de garcillas bueyeras ocupó su lugar, agitando las alas. Casi como resultado del paso de las aves, el viento sopló entre los árboles y me acarició de nuevo, y agradecí el efecto en mi cara y en mis pies. La ampolla del talón dejó de doler, empecé a relajarme, y hasta todos mis problemas con Hood, Doakes y mi Sombra se fundieron con el decorado un poquito. Al fin y al cabo, era un hermoso día en el bosque primordial, en plena naturaleza, maravillosa y eterna, con aves y todo. Esto no había cambiado en miles de años, y era posible que continuara así durante cinco o seis años más, hasta que alguien quisiera construir edificios de apartamentos. Hermosos seres salvajes se estaban matando mutuamente a mi alrededor, y era relajante estar sentado allí y sentir que formaba parte de un proceso eterno. Tal vez la naturaleza tenía su qué, al fin y al cabo.

Era relajante y maravilloso y duró casi cinco minutos enteros, y entonces las fastidiosas preocupaciones empezaron a infiltrarse y maltratarme de nuevo, hasta que fue como si el paisaje exuberante y poblado de aves estuviera pintado en una vieja postal hecha pedazos. ¿Qué importaba que el bosque fuera eterno? Dexter no lo era. Mi tiempo se estaba agotando, desapareciendo para siempre en

la Larga Noche Oscura. ¿De qué servía un árbol si crecía en un mundo sin Dexter? Mientras estaba allí, admirando aves en plena naturaleza, mis esperanzas se estaban desvaneciendo en el mundo real. Con suerte y destreza, tal vez sobreviviera al ataque combinado de Hood y Doakes, pero sin suerte e inteligencia inspirada, todo habría acabado para mí. De manera que, a menos que pudiera imaginar una forma de desactivarlos, iba a terminar mis días en una celda.

Y aunque esquivara su bala, mi Sombra continuaba acechando con su amenaza desconocida. Intenté recuperar la sensación de tranquila confianza con la que había despertado el otro día. Muchas cosas habían sucedido desde entonces, y en lugar de manejarlas con la segura competencia de que hacía gala a diario, estaba sentado bajo un árbol en un pantano y contemplando aves, sin pensar ni un momento en lo que debía hacer. No tenía ningún plan. Para ser sincero, ni siquiera tenía un destello de una idea de verdad que pudiera dar lugar a un plan. Pero debía existir cierto consuelo en saber que me hallaba en plena naturaleza, donde los depredadores son respetados, lo cual debería contar para algo.

Por desgracia, no existía el menor consuelo. No veía nada delante de mí, salvo dolor y sufrimiento, y la mayor parte me iba a tocar a mí.

—Eh, tú tampoco has ido, ¿verdad? —dijo una voz risueña detrás de mí, y me sobresaltó hasta tal punto que casi tiré un zapato. En cambio, me limité a volverme para ver quién había interrumpido de una forma tan grosera mis ensueños.

Doug Crowley estaba apoyado contra mi árbol, con un aspecto demasiado despreocupado, como si intentara aprender esta postura pero aún no estuviera seguro de dominarla, y sus ojos, detrás de las gafas con montura metálica, parecían demasiado abiertos para aparentar despreocupación. Era un hombre más o menos de mi edad, de cuerpo cuadrado y aspecto algo fofo, y sombra de barba incipiente en la cara, que debía ocultar una barbilla débil, pero no del todo. Y de alguna manera, pese a su tamaño, se había deslizado detrás de mí sin hacer ruido y yo no le había oído, algo que consideraba casi tan irritante como su cordial buen humor.

—De excursión —aclaró esperanzado—. No has ido a la excursión tampoco. —Una pobre sonrisa falsa destelló en su boca—. Ni yo —añadió, de una forma totalmente innecesaria.

—Sí, ya lo veo —dije. No debió ser muy cordial por mi parte, pero no me sentía de muy buen humor, y sus esfuerzos por ser cordial eran tan claramente artificiales que ofendían mi sentido artístico. Había invertido mucho tiempo y esfuerzo en aprender a falsearlo todo. ¿Por qué no podía hacer él lo mismo?

Me miró durante un largo y embarazoso momento, lo cual obligó a mi cuello a torcerse hacia arriba para mirarle. Sus ojos eran muy azules y parecían

demasiado pequeños, y algo pasaba detrás de ellos, pero no supe decir qué, y la verdad, no me importaba.

—Bien, sólo quería, ya sabes, saludar. Presentarme. —Se alejó del árbol y bajó hacia mí con la mano extendida—. Doug Crowley —dijo, y estreché de mala gana su mano.

—Encantado de conocerte —mentí—. Dexter Morgan.

—Sí, lo sé. O sea, Frank me lo dijo. Encantado de conocerte también. —Se incorporó y me miró durante lo que se me antojaron varios minutos—. Bien —dijo por fin—, ¿es la primera vez que vienes a los Glades?

—No, iba mucho de acampada.

—Ah, ajá. Acampada —repetió, en un tono de voz muy raro que parecía insinuar la sospecha de que yo estaba mintiendo.

—Y a cazar —añadí, con un poco más de énfasis.

Crowley retrocedió medio paso y parpadeó, y después asintió por fin.

—Claro. Ya me lo imaginaba. —Se miró los pies, y después paseó la vista a su alrededor vacilante, como si pensara que alguien iba a cazarle—. No has traído ninguna... Quiero decir, no pensarías... Ya sabes. Durante la excursión. O sea, con tantos niños cerca.

Se me ocurrió que estaba preguntando si yo me planteaba ir de caza ahora, rodeado de una manada de salvajes Lobatos, y la idea me pareció tan estúpida por un momento que sólo pude ladear la cabeza y mirarle.

—Noooo —dije por fin—. Ni lo había pensado. —Y sólo porque se había mostrado tan irritantemente imbécil, me encogí de hombros y añadí—: Pero nunca sabes cuándo te pueden entrar ganas, ¿verdad?

Y le dediqué una sonrisa de felicidad, sólo para que viera cómo era una auténtica sonrisa falsa.

Crowley parpadeó de nuevo, asintió poco a poco y trasladó su peso de un pie al otro.

—Claaaaro —dijo, y su barata sonrisa falsa destelló de nuevo—. Entiendo qué quieres decir.

—Estoy seguro —contesté, pero sólo estaba seguro de que deseaba verle convertirse en una tea ardiente. Y al fin y al cabo, liquidarle sería un gran ejercicio para los críos.

—Ajá. —Trasladó su peso al otro pie y volvió a pasear la vista a su alrededor. No iba a llegar ayuda, de modo que me miró de nuevo—. Bien, hasta luego.

—Casi con toda seguridad —contesté, y me dirigió una mirada de sorpresa, al tiempo que se quedaba petrificado un momento. Después asintió, me dirigió otra breve y muy poco convincente sonrisa y se encaminó hacia el otro lado del campamento. Le seguí con la mirada. Había sido una interpretación de una torpeza increíble, lo cual me llevó a preguntarme cómo esperaba ser ayudante de líder sin que los Lobatos le dieran una paliza y se llevaran el dinero de su

comida. Tenía aspecto torpe y desvalido, y yo no comprendía cómo había llegado a una edad tan avanzada sin que palomas hambrientas le hubieran matado a picotazos.

Sabía muy bien que hay muchísimos más corderos que lobos en el mundo, pero ¿por qué acudían siempre a mí balando? Me parecía de lo más injusto que aquí, en mitad del bosque salvaje, pudieran asaltarme cobardicas como Crowley. ¿No debería existir una norma del parque contra ellos? ¿O incluso una temporada de caza? No eran una especie en peligro de extinción.

Intenté sacudirme de encima la irritación de aquella interrupción injustificada, pero había perdido la concentración. ¿Cómo podía concentrarme en escabullirme de una trampa cuando absurdas interrupciones me atormentaban sin cesar? De todos modos, no había formulado ningún pensamiento sobre formas creativas de escabullirme. Había aporreado la pila de rocas mental durante dos días enteros, y seguía sin la menor pista. Suspiré y cerré los ojos, y como para confirmar que era un estúpido, la ampolla del talón empezó a dolerme de nuevo.

Intenté pensar en cosas tranquilizadoras, imaginé a la garza atravesando con el pico un pez grande, o picoteando a Crowley, pero la imagen no perduró. Sólo veía los rostros felices de Hood y Doakes. Una sorda desesperación gris se retorció en mis tripas, y lanzó una carcajada maligna y desdeñosa por mis pobres intentos de salir de la trampa. No había escapatoria, esta vez no. Me acosaban dos policías muy decididos y peligrosos que deseaban con todas sus fuerzas detenerme por algo, lo que fuera, y sólo necesitaban una prueba falsa para encarcelarme hasta el fin de mis días, y para colmo, una persona desconocida que profería amenazas poco claras, pero quizá muy peligrosas, se estaba acercando a mí cada vez más. ¿Y pensaba que podría combatirles a todos sentado en una tienda de Lobatos y admirando garzas? Era como un niño que jugara a la guerra y gritara: « ¡Bang, bang! ¡Te pillé! », y al alzar la vista viera un tanque Sherman de verdad rodando hacia él.

Era absurdo y desesperante, y continuaba sin pistas.

Dexter estaba Condenado, y estar sentado descalzo debajo de un árbol y ser grosero con un lerdo no iba a cambiarlo.

Cerré los ojos, abrumado y mientras el estribillo entonado a pleno pulmón de « Pity Me » resonaba en el vacío de mi interior, se conoce que caí dormido.

Desperté de un sueño malhumorado cuando los sonidos de la Excursión a la Naturaleza regresaron al campamento, con dos o tres voces infantiles gritándose mutuamente, mientras Frank chillaba algo acerca de la comida, y la voz de Mario se alzaba sobre todas las demás con una conferencia muy instructiva sobre lo que hacen los caimanes con sus presas y por qué era una mala idea darles algo de comer, incluso aquella espantosa comida basura que servían en la cafetería del colegio, que incluso lograría provocar vómitos a un caimán.

Era una forma muy extraña de recobrar la conciencia del sueño muerto y aletargado en el que me había sumido, y al principio los sonidos se me antojaron carentes de todo sentido. Parpadeé para abrir los ojos y me esforcé en reducir el ruido a algo que se acercara a una realidad consensuada, pero la plomiza estupidez de mi siesta no me abandonaba, de modo que continué tendido presa del sopor en la base del árbol, al tiempo que fruncía el ceño, carraspeaba y trataba de despejarme, hasta que al fin una pequeña sombra apareció en mi campo visual y vi que era Cody. Me miró muy serio hasta que al final me senté, carraspeé por última vez y recordé cómo conseguir que palabras de verdad surgieran de mi boca.

—Bien —dije, y hasta a mis oídos amodorrados la palabra sonó estúpida, pero continué adelante—. ¿Qué tal la excursión a la naturaleza?

Cody frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Bien —contestó.

—¿Qué clase de naturaleza has visto?

Por un momento, pensé que iba a sonreír.

—Caimán —dijo, y había algo en su voz que casi podía tomarse por entusiasmo.

—¿Viste un caimán? —pregunté, y él asintió—. ¿Qué hizo?

—Me miró —contestó. Algo en su forma de decirlo reveló mucho más que aquellas dos palabras.

—¿Y qué sucedió entonces?

Cody paseó la vista a su alrededor y bajó aún más su voz, ya de por sí apagada, para que nadie le oyera.

—El Tío Sombra se rió del caimán.

Era un discurso muy largo para él, y para que ese hecho resultara todavía más notable, sonrió, tan sólo un breve destello en su cara pequeña y seria, pero era inconfundible. El Tío Sombra, el Oscuro Pasajero de Cody, había establecido una conexión emocional con el espíritu sincero y salvaje de un auténtico depredador vivo, y el chico se sentía muy satisfecho.

Y yo también.

—¿No es maravillosa la naturaleza? —dije, y asintió muy contento—. Bien,

¿qué toca ahora?

—Hambre —contestó, lo cual era lógico, así que bajé la cremallera de la tienda y saqué nuestra comida. Estaba en la mochila de Cody, porque había procurado que cargara con menos peso de vuelta a casa, por si el esfuerzo de la acampada le dejaba exhausto.

No tuvimos que hacer muchos preparativos para esta comida: Rita nos había puesto una comida pre-preparada que consistía en bocadillos de ensalada con mortadela y una bolsa llena de bastoncitos de zanahoria y uvas, seguidas de un último plato de galletas de la panadería del súper. Dicen que caminar y respirar aire puro consiguen que la comida sepa mejor, y puede que sea cierto. En cualquier caso, no sobró nada.

Después de comer, Frank reunió a todo el mundo y nos organizó en equipos, cada uno con un Trabajo Importante. A Cody y a mí nos asignaron al grupo dedicado a recoger leña, y nos quedamos de pie junto al círculo de la hoguera y escuchamos obedientes mientras Frank nos largaba una conferencia sobre cómo estar seguros de que recogíamos tan sólo madera seca, porque debíamos recordar que a veces parecía seca pero no lo era, y que maltratar a un árbol vivo en esta zona no sólo era malo para el planeta, sino un auténtico crimen; y no debíamos olvidar ser muy cautelosos con el roble venenoso, la hiedra venenosa y algo llamado manzanilla de la muerte.

Me di cuenta de que era muy difícil ser cauteloso con algo si no tenías ni idea de lo que era, de modo que cometí la equivocación de preguntar acerca de la manzanilla de la muerte. Por desgracia, era justo la excusa que Frank necesitaba para lanzarse a una Lección sobre la Naturaleza a gran escala. Me dedicó un cabeceo muy complacido.

—Hay que tener mucho cuidado con ella —dijo alegre—. Porque es mortífera. Sólo tocarla te quemará la piel. O sea, ampollas y toda la pesca, y necesitarás atención médica. Así que vigila: es un árbol, y las hojas son como ovals y cerúleas, y tiene, mmm... El fruto se parece a la manzana. ¡Pero No La Comas! Te matará, y hasta tocarla es peligroso, de modo que...

No había duda de que era un tema apreciado por Frank, y me pregunté si le habría juzgado mal. Cualquiera con tal pasión por la vegetación letal no podía ser malo del todo. Nos endilgó una conferencia de cinco minutos sobre la manzanilla venenosa, y eso sólo fue el comienzo.

Fue muy instructiva. Por lo visto, la manzanilla venenosa había sido utilizada por los pueblos aborígenes del Caribe como veneno, tortura y varios otros propósitos útiles. Hasta estar sentado bajo uno de esos árboles durante una tormenta podía resultar mortífero. De hecho, los indios del Caribe habían atado a sus prisioneros al tronco de una manzanilla venenosa cuando llovía, porque el agua que goteaba de las hojas constituía un baño ácido lo bastante fuerte para corroer la carne humana. Y las flechas impregnadas en la savia podían causar

una muerte muy dolorosa. No cabía duda de que era una materia maravillosa. Pero el principal mensaje de Frank (¡evitad la manzanilla venenosa!) había quedado muy claro mucho antes de que finalizara la conferencia con algunas sentidas advertencias sobre el árbol venenoso. Y entonces, justo cuando pensaba que ya podíamos largarnos, uno de los chicos preguntó:

—¿Y las serpientes?

Frank sonrió dichoso. ¡Vamos con los animales letales! Respiró hondo y se lanzó a la carga de nuevo.

—Oh, no son sólo las serpientes. O sea, hemos hablado de serpientes de cascabel, crótalos diamantinos, massasaugas y serpientes de coral. ¡Asesinos Absolutos! No los confundáis con las serpientes del maíz. ¿Os acordáis? «Rojo toca amarillo».

Enarcó las cejas, y todo el grupo terminó el verso.

—Estás perdido —canturrearon. Franksonrió y asintió.

—Exacto. Sólo las serpientes de coral tienen anillas rojas que tocan sus anillas amarillas. De modo que manteneos alejados de ellas. Y no os olvidéis de la *Agkistrodon piscivorus*, junto al agua. No es tan mortífera como las serpientes de coral, pero os atacarán. Es probable que una mordedura no os mate, pero suelen ir en grupo, y atacan como avispas, y si recibís cinco o seis mordiscos, es más que suficiente para mataros. ¿De acuerdo?

Yo pensaba que sí, y ya había levantado un pie para salir pitando, cuando Mario alzó su risueña voz.

—¡La guía turística dice que también hay osos!

Frankasintió y le señaló con el dedo, y allá que fuimos otra vez.

—Exacto, Mario. Bien dicho. Tenemos osos negros en Florida, que no son tan agresivos como los pardos, ni tampoco tan grandes. Diminutos en comparación con un grizzly, sólo unos doscientos kilos.

Si esperaba que todos exhaláramos un suspiro de alivio al saber el diminuto tamaño de un oso negro, se llevó una decepción. Un oso de doscientos kilos parecía lo bastante grande para jugar una partida de *jai alai* con mi cabeza, y a juzgar por los ojos desorbitados de los niños que me rodeaban, no era el único que lo pensaba.

—Recordad, es posible que sean pequeños, pero también pueden ponerse quisquillosos si tienen crías. Corren muy deprisa, y trepan a los árboles. ¡Ah! También las panteras, que son muy escasas, una especie en peligro de extinción. De modo que es probable que no veamos ninguna, pero si veis alguna, recordad esto, chicos: son básicamente como leones, así que... ya sabéis. Hablamos de lo hermosas que son, y de que hemos de contribuir a la protección de las panteras y de su hábitat, pero aun así son animales muy peligrosos. Quiero decir, casi todos los animales de aquí. Recordad que son salvajes. De modo que concededles espacio. Respetad su hábitat, porque estáis en su espacio, y es... Hasta los

mapaches, ¿de acuerdo? O sea, se meten por todas partes, y son muy monos. Es posible que hasta se os acerquen. Pero pueden ser portadores de la rabia, que os contagiarán con un simple rasguño, de modo que manteneos alejados.

Una vez más, efectué un pequeño movimiento en dirección a la salvación, y como si fuera un guardia de prisiones que siguiera a un preso fugado con la mira de su rifle, Frank alzó un dedo y lo apunto hacia mí.

—Y no olvidéis los insectos, porque hay muchos insectos venenosos. No sólo hormigas rojas, que todos conocéis, ¿verdad? —Los chicos asintieron con solemnidad. Todos conocíamos a las hormigas rojas—. Bien, por aquí también hay montículos de avispas, y es posible que existan abejas africanizadas, además de escorpiones. El escorpión rojo puede picarte a base de bien, y también hay que vigilar a las arañas, la loxosceles reclusa, la viuda negra, la viuda parda...

Siempre había pensado que Miami era un lugar peligroso, pero a medida que Frank abundaba en su recital de las incontables formas de muertes horribles que nos esperaban en el bosque, Miami empezó a palidecer en comparación con la rapaz sed de sangre de la Naturaleza. Existía una lista interminable de cosas que podían matarnos, o al menos transformarnos en unos seres muy desdichados, y si bien la idea de una Naturaleza asesina y rapaz tenía su encanto, empecé a pensar que tal vez no había sido una buena idea ir a un lugar tan abarrotado de plantas y animales letales. También me pregunté si lograría escapar de Frank antes de que cayera la noche, puesto que su lista de Terrores de la Naturaleza seguía desplegándose después de quince minutos, y parecía muy capaz de hablar largo y tendido sobre todos y cada uno de ellos. Paseé la vista a mi alrededor en busca de una vía de escape, pero daba la impresión de que todas las direcciones estaban bloqueadas por horrores al acecho. Por lo visto, casi todo en el parque estaba esperando una oportunidad de asesinarnos, o al menos causarnos vómitos de sangre.

Frank finalizó al fin con algunas palabras de precaución acerca de los caimanes... ¡y no os olvidéis del cocodrilo americano! ¡Que tiene un morro más puntiagudo y es mucho más agresivo! Terminó con un recordatorio final acerca de que la Naturaleza era Nuestra Amiga, lo cual parecía un poco ilusorio, teniendo en cuenta el largo y mortífero censo del parque que acababa de finalizar. En cualquier caso, Cody estaba tan impresionado que insistió en volver a la tienda a buscar la navaja. Yo me quedé en el inicio de la senda y le esperé, mientras miraba a los demás grupos dedicarse a sus ocupaciones. Doug Crowley iba al frente de un trío de muchachos que iban a recoger desperdicios, y los observé un momento, hasta que se detuvo de repente con una lata de Dr Pepper aplastada y descolorida en la mano y se volvió a mirarme.

Durante un largo momento Crowley se limitó a mirarme, algo boquiabierto. Yo le devolví la mirada, aunque tenía la boca cerrada. El momento se prolongó, y me pregunté por qué no desviaba la vista. Pero entonces uno de los chicos de



Crowley gritó algo acerca de una serpiente indigo, y se volvió a toda prisa. Yo contemplé su espalda unos cuantos segundos más, y después también di media vuelta. Encima de ser una completa nulidad, Crowley era mucho más inepto desde un punto de vista social de lo que yo había sido nunca. No tenía ni idea de cómo relacionarse con los demás, y su torpeza me ponía un poco incómodo. Pero sería fácil evitarle en cuanto esta expedición a los horrores mortales terminara, suponiendo que sobreviviera. Un minuto después, Cody volvió con la navaja, y él y yo conseguimos por fin internarnos de puntillas en el ponzoñoso bosque, en busca de algunas ramitas combustibles que no nos mataran.

Avanzamos con lentitud y cautela. Frank había hecho un trabajo maravilloso al convencernos de que sólo sobreviviríamos por un milagro afortunado, y yo sabía que Cody sentía el aliento del peligro y la muerte violenta en su nuca a cada paso cauteloso que daba. Caminaba por el sendero con la navaja abierta en la mano, se acercaba a cada hoja y ramita como si fuera a saltar para seccionarle la yugular. De todos modos, al cabo de una hora o así habíamos logrado reunir una pila decente de madera seca y, por un milagro, todavía seguíamos con vida. Llevamos nuestra leña al círculo de la hoguera del campamento, y después nos retiramos a la relativa seguridad de nuestra tienda.

La puerta de la tienda estaba abierta, aunque yo la había cerrado. Estaba claro que Cody la había dejado abierta cuando volvió a por la navaja. Lo cual era doblemente irritante, porque ahora sabíamos que toda la zona estaba infestada de terroríficos animales que estaban temblando de ansiedad a la espera de la oportunidad de introducirse en nuestra tienda para envenenarnos, torturarnos y devorarnos. Pero el único propósito de la excursión era estar con Cody, y reñirle por su descuido no sería una experiencia afectiva en el mejor sentido de la palabra, así que suspiré y entré reptando en la tienda, muy alerta.

La cena de la noche fue un asunto de grupo, con todo el mundo reunido alrededor del fuego y comiendo cosas tradicionales de los parques naturales, justo lo que comían los calusa: frijoles y escalopes de ternera. Después Frank sacó una pequeña y baqueteada guitarra y se lanzó a un programa de canciones de campamento, y al final de la segunda canción había doblegado lo suficiente la resistencia de los niños para que empezaran a acompañarle. Cody paseó la vista a su alrededor con una expresión en el rostro de consternada incredulidad, que se intensificó todavía más cuando yo me sumé al coro en «There's a Hole in the Bottom of the Sea». Le di un codazo para obligarle a cantar. Al fin y al cabo, estábamos intentando enseñarle a encajar. Pero eso era demasiado para su naturaleza superior, de modo que negó con la cabeza y me miró con desaprobación.

Tenía que dar ejemplo, por supuesto, y enseñarle lo sencillo e indoloro que era fingir ser humano. De modo que continué impertérrito con «Sé amable con tus amigos los patos», «Davy Crockett», «El Rey caníbal», la versión de los

Lobatos del «Himno de Batalla de la República» y docenas de otros conmovedores y divertidos recordatorios de que Estados Unidos es una nación con una canción en el corazón y un hueco en la cabeza.

Cody miraba a su alrededor como si el mundo hubiera enloquecido y estallado en un horripilante coro de maullidos, y él fuera el único que conservara la lucidez y cierto sentido de la decencia. Incluso cuando Frank dejó la guitarra, la diversión no terminó. La velada mágica se prolongó con una serie de aterradoras historias de fantasmas. Daba la impresión de que Frank se lo pasaba en grande cuando las contaba, y tenía un don para los detalles terroríficos que dejaba a sus oyentes boquiabiertos de miedo. Escuchamos con creciente temor «El gancho», «El olor terrible», «El golpe sordo en la habitación de al lado», «La ventosa oscura», «La víbora» y muchas más, hasta que el fuego se redujo a un brillo rojizo, y Frank nos dejó en libertad por fin para que volviéramos reptando y dando tumbos, aturcidos y temblorosos, a nuestros pequeños y acogedores sacos de dormir, con visiones de terror sobrenatural que ahora se mezclaban con nuestros pensamientos de serpientes, arañas, osos y mapaches rabiosos.

Cuando al final me sumí en el sueño, me juré que, si sobrevivía a la noche, nunca más volvería a ir de acampada sin un lanzallamas, una bolsa con dinamita y un poco de agua bendita.

Ay, los parques naturales.

Es posible que deba replantearme la posibilidad de que exista alguna deidad, amable y afectuosa, porque sobreviví a la noche. Sin embargo, tuve que pagar un precio. La lista casi interminable de terrores naturales de Frank había incluido docenas de insectos letales, pero no obstante se había dejado el más común: el mosquito. Tal vez disgustados por haber sido apeados de la lista, hordas de mosquitos habían congregado su inmenso ejército en el interior de nuestra tienda, y se habían pasado la noche procurando que nunca volviera a olvidarme de ellos. Cuando desperté, demasiado temprano, tenía la cara y las manos, que habían estado expuestas toda la noche, cubiertas de picaduras, y cuando me senté, me sentí un poco mareado debido a la pérdida de sangre.

Cody se hallaba en un estado algo mejor, puesto que su preocupación por caimanes rabiosos y zombis con ganchos metálicos le había impulsado a refugiarse dentro del saco de dormir, de modo que sólo asomaba su nariz. Pero la punta de la nariz estaba rebosante de puntos rojos, como si los insectos hubieran organizado una competición para ver cuántas picaduras podían caber en la zona más pequeña de piel expuesta.

Salimos a gatas de la tienda, nos rascamos vigorosamente, y conseguimos tambalearnos hasta la hoguera sin desmayarnos. Frank ya había encendido un fuego para guisar, y me animé un poco cuando vi que había agua hirviendo en una olla. Pero como no cabía duda de que el Universo estaba decidido a castigar a Dexter por todos sus pecados, reales o imaginarios, nadie había llevado café, ni siquiera instantáneo, y el agua hirviendo se utilizó para preparar chocolate caliente.

La mañana discurrió desde el desayuno hasta las Actividades Organizadas. Frank preparó a los niños para la Caza del Gamusino, cuya principal intención era humillar a los nuevos Lobatos que aún no habían ido de acampada con la manada. Cada uno de estos novatos recibió una bolsa de papel grande y un palo, y les dijeron que golpearan los matorrales con el palo y cantaran al estilo tirolés hasta que los gamusinos salieran corriendo y saltaran a la bolsa. Por suerte, Cody era demasiado suspicaz para picar el anzuelo, y se quedó a mi lado y contempló la hilaridad con el ceño fruncido, hasta que un risueño Frank dio por finalizado el juego.

Después de eso, todo el mundo sacó sus guías de la naturaleza, y todos nos adentramos de nuevo en el Bosque Letal para ver cuántas cosas diferentes de la guía éramos capaces de identificar antes de que una nos matara. Cody y yo lo hicimos muy bien, encontramos muchas aves y casi todas las plantas. Hasta descubrí hiedra venenosa. Por desgracia, la descubrí de una forma muy directa. Vi lo que me pareció un escorpión negro huyendo, y cuando aparté con cautela el follaje para enseñárselo a Cody, el crío señaló la planta que yo sujetaba y

levantó la guía.

—Hiedra venenosa —anunció.

Señaló la ilustración, y yo asentí: coincidían a la perfección. Estaba sujetando hiedra venenosa con las manos desnudas. Como ya estaban cubiertas de picaduras de mosquitos, parecía redundante, pero no cabía duda de que me esperaba una comezón épica. Ahora, si alguna especie de águila en estado de extinción me atacaba y arrancaba los ojos, mi Aventura en el Parque Natural estaría completa. Me restregué con agua y jabón, y hasta tomé un antihistamínico, pero mis manos, que ya picaban bastante, estaban doloridas e hinchadas cuando regresamos a nuestros coches para volver a casa.

Otros campistas que no habían tenido la inmensa suerte de toparse con Nuestros Amigos Letales del Bosque iban de un lado a otro y se llamaban mutuamente muy contentos, mientras yo me acunaba las manos y esperaba a que todo el mundo llegara al aparcamiento y encontrara el vehículo que le habían asignado. Por algún motivo, tal vez un truco malvado más de un Hado positivamente malhumorado, el grupo de Doug Crowley llegó al completo, subió al abollado Cadillac antiguo y se marchó a casa, mientras Cody y yo esperábamos todavía a Mario. Vi que el coche se alejaba y salía del aparcamiento, para luego girar a la derecha y desembocar en la autopista. El vehículo dio una curiosa sacudida y petardeó una vez, lo cual causó una extraña vibración cuando el pistón golpeó al mismo tiempo que el parachoques delantero suelto se movía. Di la vuelta y me apoyé en mi coche, con la vista clavada en el inicio de la pista por si veía a Mario.

El niño no aparecía. Una mosca empezó a dar vueltas alrededor de mi cabeza de una forma obsesiva, en busca de eso que las moscas siempre quieren, sea lo que sea. Yo no sabía lo que era, pero debía estar lleno de ello, porque la mosca me encontraba de lo más atractivo. Dio vueltas, se lanzó hacia mi cara, dio más vueltas, y no se rindió ni tomó las de Villadiego. Le solté un manotazo, pero ni siquiera la toqué, y este movimiento tampoco pareció disuadirla. Me pregunté si la mosca también sería venenosa. Si no, seguro que sería alérgico a ella. Le solté otro sopapo sin la menor suerte, tal vez porque mis manos estaban hinchadas a causa de la hiedra venenosa y las picadas de mosquito. O tal vez me estaba haciendo viejo y lento. Debía de ser eso, justo cuando necesitaba todos mis reflejos a pleno rendimiento para afrontar las amenazas que me asediaban, conocidas y desconocidas.

Pensé en Hood y Doakes, y me pregunté qué habrían estado tramando para acusarme injustamente mientras yo estaba ocupado infectándome con plantas e insectos venenosos. Confiaba en que el abogado con el que Rita iba a consultar me ayudaría, pero tenía la sensación de que no sería así. He estado relacionado con la ley durante toda mi vida, y siempre me ha dado la impresión de que cuando necesitas un abogado ya es demasiado tarde.

Entonces pensé en mi Sombra, y me pregunté cómo y cuándo me atacaría. Sonaba tan melodramático, como salido de un cómic antiguo. La Sombra se acerca. Uuuuuuuu. Tontorrón más que peligroso, a juzgar por el sonido, pero los sonidos pueden ser engañosos. Como el petardeo del coche de Crowley: daba la impresión de que el vehículo se iba a caer en pedazos, pero el trasto había llegado hasta aquí sin problemas. Y yo ya había oído ese sonido antes.

Parpadeé. ¿De dónde había salido ese pensamiento?

Volví a lanzar un manotazo contra la mosca y fallé. Estaba seguro de haber oído aquel petardeo tan característico no hacía mucho, pero no podía recordar cuándo. Pero ¿y qué? No era importante. Un embrollo más en mis circuitos mentales sobrecargados. Un sonido peculiar, no obstante, muy singular, y estaba seguro de haberlo oído antes. *Bang, brrrum brrrum*. Pero mi cerebro continuaba en blanco. Tal vez el pobre estaba precipitándose hacia una senilidad prematura. Sin duda un inevitable daño colateral de la reciente combinación de peligro, frustración y pérdida de sangre debida a los mosquitos. Incluso la única vez que había salido a divertirme un poco había salido mal. Reproduje aquella noche en mi mente, y recordé una vez más la horrible sorpresa de la casita destartalada. Y había empezado de una forma tan prometedora, en la calle oscura y desierta donde me sentía tan ansioso, dispuesto, incluso imparable, cuando un coche que pasaba me había iluminado de forma inesperada...

Sin ser consciente de lo que estaba haciendo, me descubrí erguido y mirando en dirección a la autopista. Era una estupidez: hacía rato que el coche de Crowley había desaparecido. De todos modos, continué mirando durante mucho tiempo, hasta que al final me di cuenta de que Cody estaba tirando de mi brazo y repitiendo mi nombre.

—Dexter. Dexter. Mario ha llegado. Vámonos, Dexter —dijo, y caí en la cuenta de que lo había dicho más de una vez, pero daba igual, porque también había caído en la cuenta de algo mucho más importante.

Sabía cuándo había oído ese petardeo antes.

*Bang. Brrrum brrrum.*

*Dexter está bañado por la luz de los faros de un coche viejo, sosteniendo la bolsa de gimnasia llena de regalos para la fiesta mientras parpadea. De pie en la acera, envuelto en el frío capullo de mi disfraz henchido de necesidad, y cuando el coche dobla la esquina, me ilumina como si ocupara el centro de un escenario y cantara el tema principal de un espectáculo de Broadway, y quien va en ese coche me ve con tanta claridad como si fuera una luminosa tarde de verano.*

*Sólo aquel momento congelado de iluminación perfecta. Después el coche acelera:*

*Bang. Brrrum brrrum.*

*Y se aleja a toda prisa, dobla la siguiente esquina y se pierde en la noche, lejos de la casita mugrienta de la calle oscura, lejos del barrio donde Dexter ha*

*descubierto el Honda de su Testigo.*

*Y Dexter no piensa más en ello y entra en la casa, y aún está mirando la Cosa Casi Familiar que hay sobre la mesa, cuando las sirenas empiezan a acercarse...*

*... porque alguien sabía exactamente cuándo entré, y cronometró su llamada al 911 a la perfección...*

*... porque me había visto fuera, iluminado por sus faros, y cuando estuvo seguro de que era yo, pisó el acelerador para huir y hacer la llamada...*

*Bang. Brrrum brrrum.*

*Alejándose en la noche, mientras Dexter se colaba en el interior para recibir la lección que le dejó boquiabierto y babeante.*

*Y ahora me ha dicho que está cada vez más cerca, para mofarse de mí, para castigarme, para convertirse en mí...*

*Y sí que se ha acercado, hasta plantarse ante mis narices.*

*Doug Crowley es Bernie Elan, mi Sombra.*

*Había pensado que era una tontería autoindulgente, divagaciones de un imbécil desquiciado, y nada de lo que tramara podría hacerme mella. Pero después Camilla apareció muerta y me echaron la culpa a mí...*

*Y tal como había prometido, de repente todo se puso muy mal para mí.*

*Había entrado en el apartamento de Camilla y visto todas aquellas fotos mías, y hasta dejó una de su propia cosecha: Camilla y yo frente a frente, la instantánea decisiva de su rompecabezas, la forma ideal de tenderme una trampa y acabar conmigo. Y había asesinado a Camilla para que todas las sospechas cayeran sobre mí. Muy pulcro. Daba igual que me detuvieran o no. Era el centro de atención indiscutible, bajo escrutinio constante, y por lo tanto impotente por completo para hacer algo. Una pequeña parte de mí hizo una pausa para admirar lo bien que se lo había montado. Pero sólo era una parte muy pequeña, la aplasté de inmediato y experimenté la sensación de que empezaba a arder sin llama. Más cerca de lo que crees, había dicho, y lo había hecho exactamente así. Su estúpido y torpe intento de entablar conversación, que tanto me había irritado; me había preguntado por qué no se largaba de una vez y me dejaba en paz. Y ahora sabía por qué. Se había plantado ante mis narices y me había tocado como diciendo: *Esto habría podido significar tu muerte, y eres demasiado lento y estúpido para detenerme.**

*¡Bú!*

*Y tenía razón. Lo había demostrado. Yo no había sospechado nada, no había sentido otra cosa que irritación mientras él me miraba y farfullaba chorradas, para luego alejarse, sin duda iluminado por dentro como el cielo en un Cuatro de Julio. Y ni siquiera me había enterado hasta ahora.*

*Bang. Brrrum brrrum.*

*Tè pillé.*

*—¿Dexter? —dijo Cody una vez más, y parecía un poco preocupado. Vi que*

me miraba con el ceño fruncido y tiraba de mi brazo. Mario y Steve Binder estaban a su lado, y me miraban como si se sintieran incómodos.

—Lo siento, chicos. Estaba pensando en algo.

Y es un homenaje a mis largos años de diligente entrenamiento que, a pesar de que mi cerebro me estaba urgiendo a gritos que entrara en acción y abriera fuego con todos los cañones, todavía conseguí mantener mi risueño disfraz, meter a los tres niños en el coche y empezar a conducir, y hasta recordar la dirección exacta que nos llevaría a casa.

Por suerte para todos nosotros, Mario se mostró mucho más silencioso durante el trayecto de vuelta. Había tropezado con un montículo de avispa y recibido tres o cuatro picotazos antes de escapar, lo cual demuestra que los insectos son mucho más listos de lo que creemos. El otro chico, Steve Binder, estaba sentado en silencio a su lado, en el asiento trasero, ceñudo. De vez en cuando se volvía y miraba los picotazos de Mario, tocaba uno con un dedo y sonreía cuando Mario pegaba un bote. Incluso a pesar de mi profundo canguelo mental, Steve Binder empezó a caerme un poco mejor.

Aparte de esas escasas interrupciones, la vuelta a casa fue tranquila, y aproveché el relativo silencio para pensar, algo que necesitaba hacer con desesperación en aquel momento. Al cabo de unos cuantos minutos de reflexión, bajé el nivel de alarma y me puse a analizar la situación con calma y raciocinio. Muy bien: el sonido del Caddy era inconfundible, pero eso no demostraba nada de manera concluyente. Era típico de cualquier coche viejo. Y costaba aceptar que Crowley fuera peligroso en algún sentido. Era tan fofo, tan inepto, su presencia casi intangible...

... cosa que el autor de Sombrablog había insistido en afirmar de sí mismo. De ahí procedía el nombre de Sombrablog. *Entro en una habitación y es como si no me vieran, como si no fuera más que una puta sombra.* Una descripción perfecta de Crowley, si las sombras pudieran ser irritantes.

Pero ¿y si lo considerara una especie de disfraz, del mismo tipo que el mío? Ridículo. Era demasiado bueno, puede que hasta mejor que el mío, cosa que no deseaba admitir. Y era imposible que fuera lo bastante bueno para engañarme, y engañar al Pasajero, encima. Nadie era tan bueno, sobre todo alguien a quien le costara tanto falsificar una sonrisa de aspecto real. Pensar que algo de apariencia tan fofo e insustancial pudiera matar a martillazos a Camilla Figg... era absurdo. No era lógico...

Recordé a la garza que había admirado en el pantano: tan hermosa y sedosa, y tan mortífera al mismo tiempo. ¿Era posible que Crowley no fuera, en fin de cuentas, un garrulo anodino, sino otro de los grandes logros de la Naturaleza, algo como la garza, que parecía tan dócil y agradable que te saltaba encima y te picoteaba, mientras todavía seguías admirando su plumaje?

Era posible. Y cuanto más lo pensaba, más probable me parecía.

Crowley era mi Sombra.

Me había acosado, tendido una trampa, y después me había pasado la mano por la cara para regodearse. Y ahora iba a expulsarme de mi vida para lanzarme a la Oscura Eternidad, donde yo había enviado a tantos amiguitos que se lo merecían. ¿Y qué haría entonces, ocupar mi lugar? ¿Convertirse en el nuevo Oscuro Vengador? ¿Transformarse en Dexter Serie II, un doble con un aspecto más blando e inofensivo? ¿Atraer a sus víctimas con la apariencia de la sosa e irritante Normalidad, y después *bang*? Ensartados y engullidos, como la presa de la garza.

Tal vez habría tenido que ser reconfortante pensar que alguien deseaba continuar mis Buenas Obras después de mi desaparición, pero no me reconfortaba en absoluto. Me gustaba ser yo y hacer lo que hacía, y lo que no había hecho todavía, ni de lejos. Planeaba seguir siendo Dexter durante mucho tiempo, buscar a los malos y enviarles al infierno, y tenía en mente a un candidato muy inmediato. Se había convertido en algo personal. Sabía que era algo malo, contrario al Código de Harry y a todo lo que yo consideraba recto y cierto, pero quería a Doug Crowley, o Bernie Elan, o quien quisiera ser. Deseaba como nunca ponerle las manos encima, sujetarle con cinta americana a una mesa, verle revolverse, ver sus ojos desorbitados de terror y oler el sudor del miedo cuando lo empapara, y después, poco a poco, muy lentamente, alzar una hoja pequeña y muy afilada y, mientras sus ojos enrojecen al anticipar la agonía que se avecinaba, sonreír y dar principio a su final...

Pensaba que era muy listo, presentarse ante mí y murmurar estupideces, al tiempo que practicaba su jueguecito, tocarme apenas en lugar de matarme. Había imitado aquel antiguo juego de los indios de las llanuras. Era el insulto definitivo si eras un lakota, una falta de hombría tan vergonzosa que podía acabar con la vida de un guerrero cuando ocurría, el que un enemigo te tocara mientras estabas indefenso, pero yo no era un nativo norteamericano. Yo era Dexter, el Único, el Irrepetible, y Crowley había pasado por alto algo importante:

Los lakotas perdieron.

Entraron en los libros de historia con el orgullo intacto, pero perdieron la guerra y todo lo demás porque se enfrentaron a gente que prefería matar y ni siquiera se había enterado de que le habían insultado, y eso era también una descripción muy buena de mí. Yo no practicaba esos juegos de guardería. Iba, utilizaba la cinta americana, conquistaba. Así soy yo.

¿Y osaba pensar que podía ser como yo? ¿Y empezar con un trabajo tan chapucero? No tenía ni idea de lo que significaba en realidad ser como Yo. No tenía ni idea. No había entendido nada. Pero iba a descubrir que la Punta de Dexter está al final del cuchillo, y Dexter no tiene igual ni competencia, y nadie iba a ocupar su lugar, y mucho menos un chiflado carente de carácter que había robado mis métodos porque carecía de personalidad. Crowley iba a aprender de



primera mano por qué no existiría jamás un Doble de Dexter, y esa lección sería la última que recibiría, y la más penosa, y se la llevaría a la auténtica oscuridad, y cuando se hundiera en el Final Absoluto, sabría que el Viejo Maestro le había impartido la Lección Definitiva.

Doug Crowley iba a pasar a mejor vida, y era mi intención localizarle lo antes posible y desollarle y enviarle al fondo del mar en cuatro pulcras bolsas de basura diferentes, y lo haría antes de que pudiera escribir otro blog burlón repleto de chorradas en los que se jactara de haberme insultado. Le inmovilizaría con cinta y le enseñaría lo que significaba en realidad ser Yo, y le haría desear haber elegido a otro para rellenar su sombra, y la única pregunta era muy sencilla y requería tan sólo una palabra:

¿Cómo?

El viaje de vuelta a casa fue largo, pero no lo suficiente para que lograra invocar respuestas. Tenía que encontrar a mi Sombra, y deprisa, pero ¿cómo? Mi única pista era el nombre que estaba utilizando ahora, Doug Crowley. A juzgar por la habilidad con los ordenadores que había demostrado hasta ahora (falsear su propia muerte había sido impresionante), estaba seguro de que no utilizaría un nombre que no estuviera apoyado por documentación y un historial convincentes. No era gran cosa, pero yo tenía acceso a varios buscadores que dejaban a Google en bragas, y podría descubrir algunos datos sobre él y su posible ubicación. Era un punto de partida, y me sentía más optimista sobre la situación cuando dejé a Mario y Steve Binder y me dirigí a casa.

La sección femenina de mi familia estaba sentada en el sofá cuando llegamos. Rita tenía una taza de café en la mano y estaba bebiendo mientras veía la televisión. Nos miró, frunció el ceño, volvió a mirar, se puso en pie de un salto y dejó la taza de café sobre la mesa.

—¡Oh, Dios mío, vaya pinta! —dijo, corrió hacia nosotros y paseó la vista entre la nariz roja hinchada de Cody y mi cara y manos cubiertas de picaduras—. ¿Qué demonios ha pasado...? Cody, tu nariz está completamente... Dexter, por el amor de Dios, ¿no te llevaste antimosquitos?

—Sí —admití—, pero no lo utilicé.

Me dedicó una consternada sacudida de cabeza.

—No sé en qué estarías pensando, pero esto es... ¡Oh, miraos los dos! Cody, para de rascarte.

—Pica —dijo el niño.

—Bien, si te rascas, será peor... Oh, por el amor de... Dexter, ¿también tus manos?

—No, es sobre todo hiedra venenosa.

—La verdad —dijo Rita, con evidente desagrado ante mi incompetencia—, es un milagro que no os haya devorado un oso.

Poco podía decir al respecto, sobre todo porque estaba de acuerdo, y en cualquier caso ella no me concedió la oportunidad de replicar. Se puso en acción de inmediato y empezó a moverse como una loca a nuestro alrededor, aplicó loción de calamina a mi cara y manos, y llevó a empujones a Cody al baño para que tomara una ducha caliente. Lily Anne se puso a llorar, y Astor me dirigió una sonrisa burlona.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunté.

—Tu cara —respondió—. Parece que hayas contraído la lepra.

Di un paso hacia ella.

—La hiedra venenosa es contagiosa —dije, y levanté mis manos hacia ella.

Astor se encogió, agarró a Lily Anne, la alzó y la sostuvo entre nosotros como

un escudo protector.

—Aléjate de mí. Tengo a la niña. Calma, calma, Lily Anne —dijo, apoyó a su hermana sobre un hombro y le palmeó la espalda con una serie de veloces porrazos. La pequeña dejó de llorar casi al instante, tal vez sobrecogida por la fuerza de las palmadas de Astor, y yo las dejé y me fui a ducharme.

El agua caliente que corría sobre mis manos hinchadas constituyó una sensación asombrosa, sin parangón con nada que hubiera experimentado antes y, la verdad, no era algo que estuviera ansioso por vivir de nuevo. Se encontraba a medio camino entre un intensísimo picor y una agonía de dolor, y estuve a punto de ponerme a chillar. Salí de la ducha y me apliqué más calamina a las manos, y el dolor se convirtió en una especie de tormento de fondo. Sentía las manos entumecidas y desmañadas, y me costó utilizarlas para vestirme. Pero en lugar de pedir ayuda para la cremallera y los botones de la camisa, me puse la ropa limpia y yo solito, y no tardé en encontrarme sentado a la mesa de la cocina, con una taza de café muy ansiada para mí solo.

Sostuve la taza entre las palmas de mis manos hinchadas y doloridas. El dorso de mis manos latía con el calor de la taza, y me pregunté qué esperaba poder hacer con dos apéndices tan inútiles. Creía necesitar toda la ayuda posible, y no sólo porque mis manos estuvieran fuera de juego. Por algún motivo, había ido dos pasos rezagado todo el tiempo, casi como si Crowley leyera mi mente. Sabiendo lo que sabía de él, no podía creer que fuera debido a su asombrosa inteligencia, porque carecía de ella. Tenía que ser yo. Me habían expulsado de mi partida y estaba revolcándome en el cieno de la mediocridad, cayendo a tumba abierta por una larga pendiente desde mi habitual posición elevada de suprema excelencia, y me pregunté por qué.

Tal vez no era tan avispado y perverso como era antes. Cabía la posibilidad, comprendí, de que Crowley estuviera a la altura de mi Yo actual. Me había ablandado en exceso, permitido que mi nuevo papel de Papaíto Dexter me hiciera demasiado humano. Un pequeño problema me había convertido en un ser sentimentaloides e impotente. Aunque, para ser preciso, eran dos problemas, ninguno de los cuales era pequeño, pero la cuestión era la misma.

Pensé en mi otro Yo, el que coincidía con la imagen de mí que había colgado en la pared posterior de mi autoestima: Dexter el Dominante. Inteligente, avispado, en forma y preparado para cualquier cosa, ansioso por salir a cazar y siempre alerta y capaz de olfatear los posibles peligros que podían aguardarle en cualquier bifurcación del sendero de caza. Y cuando comparé ese retrato idealizado con lo que me estaba mirando desde el espejo en aquel momento, me sentí perdido, y hasta avergonzado. ¿Cómo había perdido a mi otro yo, el Dexter ideal de mis sueños? ¿Había permitido que la vida muelle me degenerara hasta ese punto?

No cabía duda. Hasta la había desperdiciado alegremente, ansioso por

convertirme en algo que nunca podría ser en realidad. Y ahora, cuando necesitaba ser Yo más que nunca, me había reblandecido. Culpa mía. Las cosas se me habían puesto muy cómodas en los últimos tiempos y me había llegado a gustar. La plácida serenidad de la vida de casado, la influencia debilitadora de cuidar a Lily Anne, la rutina de casa, hogar y homicidios... Todo se me había hecho demasiado cómodo. Me había vuelto fofo, pagado de mí mismo, autosatisfecho, arrullado y adormecido por mi estilo de vida confortable y la fácil accesibilidad de la caza en estos prados de abundancia en los que había cazado durante tanto tiempo. Y la primera vez que aparecía un auténtico desafío, me había comportado como las demás ovejas del corral. Me había quejado y puesto nervioso, incapaz de creer que una amenaza real pudiera acecharme, y estaba sentado aquí, esperando a que me abatiera, y para impedirlo no hacía otra cosa que desear que se marchara.

¿De veras me había convertido en esto? ¿Había perdido mi posición aventajada? ¿Se había infiltrado la Humanidad en la mismísima fibra de mi ser, para transformarme en una cosa blanda y fofa, un monstruo a tiempo parcial demasiado holgazán, perezoso y tan tonto como para no hacer otra cosa que contemplar boquiabierto el hacha cuando caía sobre mi cuello y gritar: *¡Ay, pobre Dexter!*?

Bebí el café y sentí el dolor de mis manos. Esto no me estaba llevando a ninguna parte. No hacía otra cosa que hundirme cada vez más en el Pozo de la Desesperación, y ya estaba a mitad de camino. Había llegado el momento de trepar con mis garras, erguirme y volver a escalar la montaña hasta llegar al lugar que ocupaba por derecho propio, el Rey de la Cumbre. Yo era un tigre, pero por algún motivo me había estado comportando como un gato doméstico. Esto tenía que parar, ahora mismo, y por fin contaba con una pista sobre cómo hacerlo. Tenía un nombre que buscar y un ordenador para buscarlo, y lo único que debía hacer era poner manos a la obra y terminar de una vez por todas.

Así que terminé el café, me levanté y fui a la pequeña habitación que Rita llama el Estudio de Dexter. Me senté y encendí mi ordenador portátil, y cuando lo inicié cerré los ojos, respiré hondo e intenté volver a ponerme en contacto con mi Tigre Interior. Casi de inmediato sentí que se estiraba y ronroneaba y se frotaba contra mi mano. Gatito bonito, pensé agradecido, y me enseñó las fauces con una alegre sonrisa malvada. Le devolví la sonrisa, abrí los ojos y me puse a trabajar.

En primer lugar consulté los registros de tarjetas de crédito, y con infinita alegría obtuve resultados inmediatos. «Doug Crowley» había utilizado su Visa para comprar gasolina en una estación de servicio de Tamiami Trail, entre Miami y el parque de Fakahatchee el sábado por la mañana, el día que todos fuimos a la acampada.

Si existía una tarjeta de crédito activa, tenía que existir una dirección de

facturación. Con independencia de cómo lo hubiera conseguido, se había convertido en Doug Crowley, un concienzudo ciudadano con un buen historial de crédito y una casa, y si utilizaba la tarjeta de crédito, confiaba en que el propietario no se quejaría. Eso debía significar que la casa también estaba disponible, puesto que yo sabía muy bien cómo le gustaba solucionar a mi Sombra sus problemas personales. El auténtico Doug Crowley había muerto, de modo que su casa estaba disponible, y me sentía convencido de que mi Doug Crowley vivía en ella. Y maravilla de las maravillas, eso me iba muy bien. La dirección era Terrace, 148, a unos tres kilómetros escasos de donde yo estaba sentado.

Contemplé con suspicacia el ordenador. ¿Podría ser tan fácil? Después de todo lo sucedido, ¿iba a resultar tan sencillo? ¿Sólo averiguar la dirección, ir hasta allí y pasar un buen rato de esparcimiento con mi ex admirador anónimo? No parecía muy complicado, y durante uno o dos momentos miré la dirección como si hubiera hecho algo muy malo.

Pero el Pasajero se agitó impaciente, y yo asentí. Por supuesto que era así de sencillo. No había sabido qué nombre estaba utilizando Crowley hasta ahora, y había intentado impedir que lo averiguara. Ahora que lo sabía, no existían motivos para dudar de que había descubierto su guarida. Sólo me estaba comportando de una forma cínica y paranoica, y al fin y al cabo, ¿quién tenía más derecho? Me froté distraído las manos hinchadas y pensé en el asunto, y noté que la certidumbre regresaba poco a poco. Era él; tenía que serlo. Y como para añadir la Aprobación del Sello del Temor, el Pasajero ronroneó para manifestar su acuerdo.

Espléndido: le había encontrado. Ahora lo único que debía hacer era pensar en cómo ocuparme de él sin utilizar las manos.

Pero podría superar lo de la hiedra venenosa, y en cualquier caso no podía esperar. El final se hallaba a la vista, y la velocidad era esencial. Crowley había sido demasiado escurridizo hasta el momento, y no podía concederle tiempo para que se preparara. Lo haría esta noche, en cuanto oscureciera, con las manos hinchadas o no. Sólo pensar en ello consiguió que me sintiera mejor que en mucho tiempo, y me regodeé en la emocionada impaciencia que sentía burbujear en los rincones más oscuros del Sótano de Dexter. Iba a embarcarme de nuevo en una buena noche, y no iba a ser delicado.

El resto del día transcurrió con bastante placidez. ¿Y por qué no? Yo era un hombre con un plan, acunado en el seno de mi dichosa familia. Estaba sentado con Lily Anne en mi regazo y veía a Cody y Astor matar a sus amigos animados en la Wii.

Rita había desaparecido en la cocina. Supuse que estaría trabajando con otra bolsa de súper llena de gráficas adormecedoras y cifras de su trabajo. Pero poco a poco fui tomando conciencia de que el aroma que llegaba desde la cocina no

era de tinta y rollo de calculadora, sino de algo muchísimo más succulento. Y mira por dónde, a las seis de la tarde se abrió la puerta de la cocina y liberó un abrumador torrente de vapor delicioso que me hizo babear. Me volví a mirar, y allí estaba una radiante Rita, ataviada con delantal y guantes de horno, el rostro rubicundo a causa de sus justificados esfuerzos.

—La cena —nos anunció. Hasta los niños la miraron, y enrojeció todavía más—. Es que... —dijo, y me miró—. O sea, sé que en los últimos tiempos no he... Y tú has estado tan... —sacudió la cabeza—. Sea como sea, he guisado algo. Y ya está preparado. Paella de mango —añadió con una sonrisa, y jamás fueron pronunciadas palabras tan felices.

La paella de mango era una de las mejores recetas de Rita, y hacía mucho tiempo que no la hacía. Pero el tiempo transcurrido no había disminuido su pericia, y lo había hecho con orgullo. Me sumergí en la humeante y fragante masa con ahínco. Durante unos veinte minutos no albergué pensamientos más complicados que *ñam ñam!*, y para ser brutalmente sincero, comí demasiado. Y también Cody, e incluso Astor abandonó su malhumor mientras atacaba la cena, y cuando todos estuvimos saciados y empujamos hacia atrás las sillas de la mesa, no quedaban sobras.

Rita contempló a su bien alimentada familia con una expresión de auténtica satisfacción.

—Bien —dijo—, espero que estuviera... O sea, no estaba tan buena como de costumbre...

Astor puso los ojos en blanco.

—Mamá, siempre dices lo mismo. Estaba estupenda.

Cody miró a su hermana, meneó la cabeza y se volvió hacia Rita.

—Estaba buena.

Ella sonrió y, como yo reconocía una invitación a participar en cuanto la oía, añadí mi parte.

—Has hecho una obra de arte —dije, y reprimí un eructo de satisfacción—. Un arte muy elevado.

—Bien —dijo Rita—, eso es muy... Gracias. Yo sólo quería... Recogeré los platos —añadió, se ruborizó de nuevo y se puso en pie de un brinco para despejar la mesa.

Y envuelto en una nube de absoluta satisfacción, me tambaleé hasta el Estudio de Dexter y llevé a cabo mis modestos preparativos para el poste: cinta americana, cuchillo para filetear, lazo de nailon... Unos sencillos accesorios para rematar una velada encantadora con mi dulce favorito. Cuando todo estuvo comprobado y vuelto a comprobar, y cerrada la bolsa de gimnasia, me reuní con los niños delante de la Wii. Me senté en el sofá y contemplé la feliz matanza, y hasta noté que la tensión de los acontecimientos recientes me abandonaba. ¿Y por qué no? Tenía una bolsa de gimnasia llena de juguetes y un amigo elegido para

compartirlos. Por fin regresaba la Vida Normal, y Rita lo había declarado maravillosamente oficial con una cena memorable.

Así que esperé a que oscureciera en la calle, pensando muy satisfecho en la Cosa que haría un poco después, y complacido con no hacer nada de momento, salvo digerir la cantidad irracional de paella que me había zampado. Fue una labor agradable, relativamente poco exigente, y creo que lo estaba haciendo muy bien cuando, de repente, me quedé dormido.

Desperté sin saber muy bien dónde estaba y qué hora era, y parpadeé como un estúpido al tiempo que miraba a mi alrededor en una habitación casi en penumbras. No soy propenso a las siestas, y ésta me había pillado desprevenido, además de dejarme lento y atontado. Pasó un minuto entero antes de que recordara que estaba en el sofá de mi sala de estar y que había un reloj al lado de la televisión. Hice acopio de toda mi energía sobrenatural, volví los ojos en la dirección correcta y miré el reloj: eran las diez y cuarenta y siete minutos. Esto era más que era una siesta; era hibernación.

Parpadeé y respiré un minuto más, con la intención de volver al estado de impaciente viveza ante lo que había planeado para el resto de la noche. Pero la sensación de aturdimiento no me abandonaba. Me pregunté qué habría puesto Rita en la paella: ¿alguna especie de hierba que inducía el sueño? ¿Kriptonita? Fuera lo que fuera, me había dejado fuera de juego con tanta eficacia como un psicotrópico. De hecho, dediqué un buen par de minutos a pensar que tal vez sería una buena idea volver a dormir y dejar a Crowley para mañana. Era tarde, estaba cansado, y no había nada tan urgente que no pudiera esperar un día más...

Justo a tiempo, una pizca de sentido común me iluminó para recordarme que no, que no podía esperar, en absoluto. El peligro era inmediato; la solución estaba a mano, y hasta cabía la posibilidad de que fuera terapéutica. Tenía que actuar ahora mismo, sin más dilación. Me lo repetí varias veces. No fue suficiente para devolverme a mi estado de alerta total, pero al menos consiguió que me moviera. Me estiré y levanté, esperando a recuperar la conciencia por completo. No fue así, de modo que fui a buscar la bolsa de gimnasia que había preparado después de la cena.

Antes de marchar, eché un vistazo a mi dormitorio: Rita estaba durmiendo, roncaba con suavidad, y Lily Anne descansaba plácidamente en su cuna. Sin novedad en el frente doméstico, y había llegado la hora de que Dexter se escabullera en la noche.

Pero cuando salí por la puerta de la calle, un enorme bostezo me hizo crujir la boca, en lugar de la gélida alerta a la que estaba acostumbrado. Sacudí la cabeza en un vano intento de lograr que la sangre corriera por las venas de nuevo. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué no podía ponerme en funcionamiento? Tenía que ocuparme de una tarea agradable y gratificante, y era absurdo ocuparse de ella si la iba a acometer sonámbulo y en piloto automático. Me dirigí una severa

reprimenda: *Concéntrate, Dexter. Vuelve a centrarte en la cacería.*

Cuando me senté al volante y encendí el motor, empezaba a sentirme un poco más alerta. Puse el coche en marcha y salí a la calle, pensando que conducir despacio entre el tráfico de Miami volvería a resucitar mi adrenalina. Y funcionó mejor de lo esperado, porque antes de haber recorrido treinta metros, toda mi provisión de adrenalina del mes invadió mi organismo cuando miré por casualidad el retrovisor. Detrás de mí, en el solar vacío que había a media manzana de mi casa, un par de faros delanteros se encendieron y un coche asomó en la calle detrás de mí.

Miré el espejo, con la intención de convertir los faros en una alucinación. Pero continuaron a mi espalda, y casi me empotré contra un árbol cuando recordé que también debía vigilar delante. Y traté de hacerlo, pero mis ojos seguían clavados en el espejo y en los faros que me acechaban.

Esto no es nada, una simple coincidencia, me dije con firmeza, en pugna con la alarma que empezaba a sonar en mi cerebro. Por supuesto que no me seguían. Algún vecino había aparcado a la buena de Dios en el solar vacío por algún motivo, y ahora iba a dar un paseo nocturno a la buena de Dios. O quizás un borracho se había parado a descabezar un sueñecito después pasarse con los cubalibres. Había muchas explicaciones sensatas y serias, y que alguien hubiera puesto en marcha el coche en el mismo momento que yo, y después hubiera tomado mi misma dirección no significaba que me siguieran. La razón decía que era pura casualidad y nada más.

Doblé a la derecha en el semáforo y conduje despacio, y un momento después lo hizo mi inoportuno acompañante, y mi alarma interior sonó un poco más fuerte. Intenté enmudecerla a base de pensar con lógica: pues claro que había girado también a la derecha. Era la única forma de salir del barrio, la ruta más corta hasta la autopista Dixie y sus supermercados y el Farm Store, donde comprar un cuarto de litro de leche. Todo cuanto pudiera sacar a alguien a las calles a esta hora se encontraba al final de esta carretera. Era la única forma de acceder, y el hecho de que alguien fuera detrás de mí era una simple coincidencia, y nada más. Para demostrarlo, giré a la derecha en el siguiente semáforo, lejos de la bien iluminada autopista Dixie y todos sus placeres comerciales, y miré por el retrovisor para ver girar a la izquierda el coche que me seguía.

No lo hizo.

Giró a la derecha, como yo, y me siguió como una sombra poco grata...

Y cuando esa palabra se infiltró en mi cerebro, una oleada de algo parecido al pánico me hizo incorporar en el asiento: ¿sombra? ¿Era posible? ¿Se me habría adelantado Crowley una vez más?

Casi no era necesario ni planteárselo. Pues claro que era posible. Más que posible, era probable, puesto que me había llevado la delantera en cada fase del



camino. Sabía dónde vivía yo. Sabía cómo era mi coche. Lo sabía todo sobre mí. Ya me había dicho que me vigilaba, y que vendría a por mí. Y ahora aquí estaba, olfateando mi rastro como un lebel.

Aceleré sin darme cuenta. El coche de detrás se adaptó a mi velocidad y empezó a acortar distancias. Giré a la derecha, a la izquierda, a la derecha, siempre al azar. El otro coche siguió conmigo, cada vez más cerca, mientras yo reprimía furioso el deseo de aplastar el acelerador y alejarme en la noche. Pero no me abandonó ni un solo instante a pesar de mis maniobras, mientras iba ganando terreno, hasta que sólo nos separaron nueve metros.

Giré a la izquierda de nuevo, y él me siguió. Era inútil. Tenía que dejarle atrás o plantarle cara. Mi abollado coche no iba a dejar atrás nada más veloz que una bicicleta de tres velocidades, de modo que plantar cara era la única opción.

Pero aquí no, en estas calles residenciales casi a oscuras, donde podría hacer todo cuanto se le pasara por la cabeza sin preocuparse de que le vieran. Si iba a producirse un enfrentamiento, quería que sucediera bajo las luces brillantes de la autopista Dixie, en algún lugar donde cámaras de seguridad y los empleados de los supermercados lo vieran todo.

Volví sobre mis pasos, en dirección a la autopista Dixie, y un momento después el otro coche giró detrás de mí, y una vez más se fue acercando. Y aún se aproximó más cuando aceleré hacia la autopista, me zambullí entre el tráfico y frené en la primera gasolinera. Aparqué en la zona más iluminada, delante de la ventanilla, a la vista del empleado y la cámara de seguridad. Esperé con el motor en marcha. Un momento después, el coche que me había seguido desde mi casa se detuvo a mi lado.

No era el viejo Cadillac baqueteado que Crowley había conducido antes, sino un Ford Taurus nuevo de trinca. Se parecía a un coche que había visto antes, un coche que había visto con frecuencia, incluso a diario, y cuando su conductor abrió la puerta y salió al resplandor naranja chillón de las luces de seguridad, me di cuenta de quién era.

Con lo cual, en lugar de salir como una exhalación del coche para aporrear a Crowley con mis manos hinchadas, seguí sentado al volante y bajé la ventanilla cuando el otro conductor se acercó. Se paró junto al vehículo, me miró y sonrió, una bonita sonrisa de felicidad que reveló dientes relucientes y afilados, y en el rostro una dicha tan inmensa que sólo pude decir una cosa, con una imitación muy buena de leve sorpresa:

—Sargento Doakes, ¿qué demonios está haciendo aquí a esta hora?

Durante un largo e inquietante momento, el sargento Doakes no contestó. Se limitó a mirarme y dedicarme su sonrisa de depredador hasta que la ausencia de conversación empezó a incomodarme. Pero más inquietante que el dentado silencio del sargento fue recordar la bolsa de gimnasia que había en el suelo del coche, detrás de mí. Sería difícil explicar el contenido de la bolsa a alguien de mente sucia y suspicaz, alguien, en otras palabras, como el sargento Doakes, y si abriera la bolsa y viera mi colección de inocentes juguetitos, podrían producirse unos momentos muy violentos, puesto que yo estaba bajo Sospecha Oficial por utilizar dichosartilugios.

Pero Dexter se había criado en el peligro y amamantado con faroles, y éste era el tipo exacto de crisis que sacaba lo mejor de mí. De modo que tomé la iniciativa y rompí el hielo.

—Qué asombrosa coincidencia —dije risueño—. He venido a buscar unos antihistamínicos. —Le enseñé mis manos hinchadas, pero no pareció interesado—. ¿Vive por aquí? —Hice una pausa a la espera de su contestación. No me dio ninguna, y como el silencio se prolongó tuve que reprimir las ansias de preguntarle si el gato se le había zampado la lengua, antes de darme cuenta de que no llevaba su sintetizador de voz—. Oh, perdone. No lleva encima la maquinita de hablar, ¿verdad? Bien, entonces abreviaremos. Nada peor que una conversación unilateral. ¡Buenas noches, sargento! —añadí alegre, al tiempo que subía la ventanilla.

Doakes se inclinó hacia delante, con sus relucientes garfios protésicos sobre mi ventanilla, y la empujó hacia abajo. Ahora ya no sonreía, y los músculos de sus mejillas se flexionaron de manera visible cuando impidió que mi ventanilla se cerrara. Me pregunté por un momento qué sucedería si su presión rompía el cristal: ¿sería posible que una astilla de vidrio se colara entre sus garfios plateados y le segara las muñecas? La idea de Doakes desangrándose en el aparcamiento al lado de mi coche era muy atractiva, pero, por supuesto, también existía la posibilidad de que su horrible sangre húmeda saltara dentro de mi coche y me cubriera de una espantosa masa rojiza pegajosa, y esa imagen consiguió que se me pusiera la piel de gallina. No sólo la abominable y desagradable sangre, sino la asquerosa sangre de Doakes. Era una idea tan repugnante que, por un momento, no pude respirar.

Pero las ventanillas de los coches están hechas de vidrio de seguridad. No se rompen en astillas. Estallan en una pila de pequeños guijarros, y sería preciso un gran ingenio para matar con ellos a Doakes, a menos que pudiera convencerle de que se los comiera. Eso no parecía probable, de modo que con un encogimiento de hombros filosófico dejé de subir la ventanilla y sostuve la mirada del buen sargento.

—¿Algo más? —pregunté cortésmente.

El sargento Doakes nunca había sido famoso por sus habilidades para la conversación, y el que le hubieran cortado la lengua no facilitaba la tarea. Por lo tanto, si bien estaba claro que tenía muchas cosas que decir, no me las comunicó. Se limitó a mirarme, y los músculos de sus mejillas continuaron hinchándose, aunque ya no estaba empujando hacia abajo la ventanilla. Por fin, cuando un hombre inferior a Dexter se hubiera venido abajo debido a la tensión, Doakes se acercó un poco más a mí. Le miré. Era muy incómodo, pero al menos no olía tan mal como Hood, y conseguí soportarlo sin derrumbarme entre lágrimas y confesar.

Y al fin el sargento debió de darse cuenta de que, en primer lugar, no podía decir nada, literalmente, y en segundo, yo no iba a derrumbarme y admitir que yo estaba haciendo justo lo que él pensaba, disponiéndome a llevar a cabo el tipo de misión que sospechaba. Se incorporó poco a poco, sin apartar los ojos ni un instante de mí, asintió un par de veces, como diciendo: *Vale pues*. Después exhibió la fila delantera de su impresionante dentadura, una sonrisa a medias salvaje, mucho más inquietante que una sonrisa completa, e hizo aquel gesto de machito que hemos visto en tantas películas: dos dedos apuntados a sus ojos, y después uno hacia mí. Por supuesto, como no tenía dedos, tuvo que apuntar su brillante y reluciente garfio prostético, y necesité un poco de imaginación extra para descifrar la señal. Pero el mensaje era muy claro: *Té estoy vigilando*. Dejó que el mensaje calara en mí, a base de apuntar el garfio y mirarme sin parpadear. Después dio media vuelta con brusquedad, volvió al lado del conductor de su coche, abrió la puerta y subió.

Esperé un momento, pero Doakes no puso su coche en marcha. Se quedó sentado, medio vuelto para mirarme, aunque yo no estaba haciendo nada más interesante que sudar. No cabía duda de que estaba dispuesto a cumplir su amenaza literalmente. Me iba a vigilar, hiciera lo que yo hiciera. Me estaba vigilando ahora, y recordé que, en teoría, había ido a comprar unos antihistamínicos, y él estaba muy concentrado en observar que no los compraba. Por eso, al cabo de varios inquietantes segundos más, bajé del coche y entré en el súper. Cogí una caja de algo que había visto en un anuncio y volví al auto.

Doakes continuaba vigilando. Puse mi coche en marcha, salí del aparcamiento y empecé a conducir hacia mi casa. No necesité mirar por el retrovisor para saber que el sargento me estaba siguiendo de muy cerca.

Regresé a casa poco a poco, y los faros delanteros del coche de Doakes se mantuvieron todo el rato en el centro exacto de mi retrovisor, sin flaquear en ningún momento ni rezagarse más de nueve metros. Era un maravilloso ejemplo de manual de seguir a alguien con lo que se llama una pista abierta, y de verdad me habría gustado que Doakes estuviera en el colegio de detectives enseñando la técnica, en lugar de fastidiarme con ella. Hacía tan sólo unos minutos era un

hombre casi feliz, inflado de paella e intención, y ahora me hallaba de nuevo sumido en mi dilema. Tenía que ocuparme de Crowley sin falta, y lo antes posible, pero «antes» y «posible» estaban muy lejos, fuera de mi alcance mientras el sargento Doakes siguiera pegado a mi parachoques.

Y todavía peor que la irritante frustración era la creciente certeza de mi ineptitud y estupidez. No era sólo Crowley quien estaba correteando a mi alrededor; también se dedicaba a ello el sargento Doakes. Tendría que haberlo imaginado. Pues claro que estaría vigilándome. Había esperado años a acorralarme en este aprieto concreto. Para ello había vivido, y no tendría que comer, dormir o sacar brillo a sus prótesis mientras tuviera a Dexter en el punto de mira.

Estaba atrapado, acorralado por completo, y no había forma de escapar. Si no cazaba a Crowley, sería él quien me cazaría. Si intentaba cazarle, Doakes me cazaría. En cualquier caso, Dexter estaba cazado.

Le di todas las vueltas posibles, pero siempre llegaba a la misma conclusión. Tenía que hacer algo y no podía hacer nada: el rompecabezas perfecto, y no tenía a mano a la señorita Marple para que me echara una mano. Cuando aparqué el coche delante de mi casa, había molido una capa de esmalte de mis dientes, atacado a puñetazos el volante con mis manos hinchadas, lo cual produjo resultados sorprendentemente dolorosos, y casi devorado mi labio inferior. Ninguna de estas cosas me había proporcionado una respuesta.

Estuve sentado detrás del volante con el motor apagado durante un minuto, demasiado frustrado para moverme. Doakes pasó de largo poco a poco, dio media vuelta y aparcó donde antes, con una visión perfecta de mí y de mi casa. Apagó el motor y los faros, y se dispuso a vigilarme. Yo machaqué mis dientes un poco más, hasta que empezaron a dolerme casi tanto como las manos. Eso no serviría de nada. Podía quedarme sentado allí hasta descubrir una forma de infligir dolor a todas mis partes corporales, o aceptar el hecho de que estaba atrapado, entrar en casa y dormir unas horas de sueño inquieto. Tal vez brotaría alguna respuesta en mi inconsciente mientras dormía. Era igualmente probable que una lluvia de meteoros cayera en la noche y aplastara a Doakes y Crowley.

En cualquier caso, decidí ir a dormir. Al menos, estaría descansado cuando llegara el fin. Bajé del coche, lo cerré y me fui a la cama.

Y para mi gran sorpresa, de una forma extraña, asombrosa y maravillosa, obtuve una respuesta mientras dormía. No se me apareció en sueños. Casi nunca sueño, y en las raras ocasiones en que me pasa, son cosillas vergonzosas, plagadas de simbolismos obvios y bochornosos, y jamás escucho los consejos que ofrecen.

En cambio, cuando abrí los ojos a los sonidos matutinos de Rita en el cuarto de baño, una sola imagen diáfana estaba flotando en mi cerebro: el risueño rostro de Brian, mi hermano, con su sonrisa sintética. Volví a cerrar los ojos y me

pregunté por qué había despertado pensando en él, y por qué la imagen mental de su sonrisa artificial debería alegrarme tanto. Era de la familia, por supuesto, y tener una familia debería ser una fuente de dicha para todos nosotros. Pero era mucho más que eso. Además de compartir mi ADN, Brian era también la única persona del mundo capaz de interpretar la música de la Danza Oscura de Dexter casi tan bien como yo. Y todavía mejor, era también la única persona del mundo capaz de interpretar una petición.

Seguí tumbado en la cama con una sonrisa casi auténtica dibujada en mi rostro, y pensé en ello cuando Rita salió en tromba del cuarto de baño, se vistió y se fue corriendo a la cocina. Intenté desechar la idea, pensando en todo lo que podía salir mal. Me dije que me estaba agarrando a un clavo ardiendo, sumido en una nube inducida por el sueño de estúpida esperanza. No podía salir bien. Era demasiado sencillo, demasiado eficaz, y diez segundos de conciencia despejada y alerta me demostrarían casi con toda seguridad que esto no era más que un sueño imposible, estúpidamente optimista.

Pero la alerta aumentó, y no emergió de ella ninguna epifanía negativa, y la sonrisa regresó para borrar las arrugas de mi ceño.

Podía salir bien.

Dale a Brian la dirección de Crowley, explícale el problema y deja que la naturaleza siga su curso.

Era una solución elegante, y el único problema residía en que no me desharía de Crowley en persona. Ni siquiera lograría presenciar su fin, y eso me parecía terriblemente injusto. Había deseado con todas mis fuerzas hacerlo yo, ver a aquel ser miserable sudar y retorcerse y tratar de apartarse cuando yo, lenta, minuciosa, tiernamente le fuera alejando cada vez más de cualquier atisbo de esperanza, y acercándole en cambio al oscuro círculo que le aguardaba al final de su brillante y breve momento de luz...

Pero una parte muy importante de aprender a ser adulto es admitir que nada es perfecto. Todos hemos de sacrificar pequeños caprichos de vez en cuando con el fin de lograr nuestros objetivos fundamentales, y tendría que comportarme como un adulto y aceptar que los resultados eran más importantes que mi mezuquina gratificación personal. Lo esencial en este caso era enviar a Crowley a la profunda y oscura eternidad, y daba igual que llegara allí sin mi ayuda, siempre que llegara, y de prisa.

Salté de la cama, me duché y vestí, y fui a sentarme a la mesa de la cocina, y no descubrí ningún error en mi idea. La certidumbre fue aumentando a medida que tomaba un buen desayuno de gofres y beicon canadiense, y cuando aparté el plato vacío y me serví una segunda taza de café, había parido un plan desarrollado por completo. Brian me ayudaría; era mi hermano. Y era exactamente su tipo de problema, algo en lo que podría sacar partido a sus cualidades y, al mismo tiempo, distraerse un poco, y hasta ayudar a su único

hermano. Era pulcro, eficaz y satisfactorio, y de hecho me descubrí reflexionando sobre lo estupendo que era tener un hermano mayor. Es cierto lo que dicen: la familia es lo más importante de la vida.

Cuando Rita retiró los platos del desayuno, y yo estaba henchido de buen humor y de una irritante afición por la vida, así como de gofres, y casi tenía ganas de ponerme a cantar a pleno pulmón. El problema estaba prácticamente solucionado, y podría volver a ocuparme de la otra señal luminosa de mi radar: Doakes, Hood y su intento de aguarme la fiesta. Pero me sentía tan bien acerca de la solución relacionada con mi Sombra que parte del optimismo se desbordó, y empecé a creer que también encontraría una solución para salir de aquel problema. Tal vez, si volvía a dormir, otra idea afloraría en mi inconsciente.

Los preparativos matutinos de mi familia resonaban a mi alrededor, alcanzaron un climax, y después, justo antes de la parte en que, como bien sabía por experiencia, la puerta de la calle empezaba a cerrarse de golpe al menos cuatro veces, Rita entró y me dio un beso en la mejilla.

—A las dos y media —dijo—. Olvidé decírtelo anoche porque te quedaste dormido. Y antes quería..., y sabes..., porque la paella exige mucho tiempo.

Una vez más, experimenté la sensación de encontrarme en mitad de una conversación que había empezado unos minutos antes sin mí. Pero en una mañana tan plétórica de alegres esperanzas, podía ser paciente.

—La paella estaba muy buena —dije—. ¿Qué te olvidaste de decirme?

—Ah. A las dos y media. Hoy, quiero decir. Nos encontraremos allí. Porque concerté la cita mientras tú y Cody... Y como llegasteis a casa tan completamente... En cualquier caso, se me fue de la cabeza.

Varios comentarios divertidos se acumularon en mi boca y lucharon por ocupar un espacio de lengua, pero una vez más conseguí mantenerme concentrado en lo más importante, lo cual era que no tenía ni idea de qué me estaba hablando Rita.

—Estaré allí a las dos y media —dije—. Si prometes decirme dónde es y por qué he de ir.

—¡Mamá! —chilló Astor, y la puerta de la calle se cerró de golpe una vez más. Rita frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Ah —dijo—. ¿No te...? Pero Carlene, la del trabajo, como ya te dije. Su cuñado es abogado. —Volvió la cabeza hacia la puerta de la calle—. ¡Un momento, Astor! —gritó.

Tal vez se debiera a que me estaba acostumbrando a sus conversaciones inconexas, pero logré entender lo que estaba diciendo Rita al cabo de unos pocos segundos de devanarme los sesos.

—¿Tenemos cita con un abogado? —pregunté.

—Hoy a las dos y media —contestó Rita, se agachó y volvió a besarme—. No te olvides —dijo, y desapareció en la sala de estar para llamar a Astor. Sus

voces se elevaron al mismo tiempo en una disputa complicada y absurda sobre el código de vestimenta, que no se aplicaba porque era verano, y en cualquier caso la falda no era tan corta, de modo que por qué debía llevar pantalones cortos debajo, y al cabo de tan sólo unos minutos de histeria la puerta de la calle se cerró de golpe tres veces más y se hizo un repentino silencio. Suspiré aliviado, y creo que hasta casi pude sentir que la casa hacía lo mismo.

Y aunque no me gusta que alguien manipule mis horarios, y me gusta tratar con abogados todavía menos, me levanté y cogí el *post-it* azul de la nevera. Decía: *Fleischmann, 2:30*, y debajo había una dirección de Brickell Avenue. Eso no me dijo gran cosa sobre si sería un buen abogado, pero al menos la dirección significaba que sería caro, lo cual debía ser un consuelo. No me perjudicaría ir a verle y descubrir si podía ayudarme con mis problemas con Hood y Doakes. Ya era hora de pensar en alguna forma de quitarme de encima todo el peso de la ley, sobre todo porque mi otro problema se hallaba a una rápida llamada telefónica de resolverse.

De modo que guardé en el bolsillo el *post-it* y fui a por mi teléfono, y mientras tecleaba el número de Brian se me ocurrió que no iba a ser la clase de cháchara desenfadada apropiada para un móvil. Había escuchado suficientes conversaciones grabadas para saber lo que debía hacer. Incluso las evasivas habituales, como «¿Viste al tío al que le va el rollo?» sonaban muy sospechosas cuando se reproducían ante un jurado. Los móviles son aparatos maravillosos, pero no constituyen una forma segura de comunicación, y si Doakes se había tomado la molestia de seguirme, era muy posible que gozara de acceso, legal o no, a cualquier cosa que yo dijera por teléfono. Por lo tanto, en la convicción de que «más vale prevenir que curar» era un buen lema para aquel día, quedé con Brian para comer en el Café Relámpago, mi restaurante cubano favorito.

Pasé la mañana matando el tiempo y limpiando cosas que ya estaban a medio limpiar, pero eso era mejor que volver a sentarme en el sofá y tratar de convencerme de que ver televisión era mejor para mí que darme de cabezazos contra una pared de ladrillo. Deshice la bolsa de gimnasia y guardé todo con amoroso cuidado. *Pronto*, dije a mis juguetes.

A las doce y media cerré con llave la casa y subí al coche. Cuando me asomé a la calle, el sargento Doakes se puso detrás de mí y me siguió. Hasta llegar a la autovía de Palmetto se mantuvo justo detrás de mí, y cuando salí en el aeropuerto y me dirigí hacia el centro comercial que albergaba el Café Relámpago, no se me había despegado. Aparqué delante del café y Doakes aparcó a unas cuantas plazas a mi izquierda, entre mi coche y la única salida del aparcamiento. Por suerte para mí, no me siguió dentro. Se limitó a quedarse sentado en su coche, con el motor en marcha, y me miró a través del parabrisas. Le dediqué un alegre saludo con la mano y fui a reunirme con mi hermano.

Brian estaba sentado en un reservado del fondo, de cara a la puerta, y levantó

la mano a modo de saludo cuando entré. Me senté ante él.

—Gracias por quedar conmigo —dije.

Enarcó las cejas con fingida sorpresa.

—Por supuesto —dijo—. ¿Para qué está la familia, si no?

—Aún no estoy seguro, pero tengo una sugerencia.

—Cuéntame.

Pero antes de que se la pudiera revelar, la camarera se precipitó hacia nosotros y nos dejó dos cartas de plástico sobre la mesa. La familia Morgan había ido al Café Relámpago durante toda mi vida, y esta camarera, Rose, nos había servido cientos de veces. Pero no hubo el menor destello de reconocimiento en su cara cuando dejó caer la carta delante de mí y, cuando Brian abrió la boca para hablarle, se alejó a toda prisa.

—Un encanto de mujer —dijo mi hermano, mientras veía a Rose desaparecer en la cocina.

—Aún no has visto nada —dije—. Espera a ver cómo pone los platos en la mesa.

—Ardo en deseos.

Podría haber hablado de trivialidades, o contado a Brian la técnica secreta de la familia Morgan para lograr que Rose trajera la nota en menos de cinco minutos, pero era consciente de la presión de los acontecimientos, así que fui al grano.

—Necesito un pequeño favor —dije.

Brian enarcó las cejas.

—Por supuesto, crecí en una familia de acogida —contestó, y empezó a jugar con un sobre de azúcar sobre la mesa—. Pero por mi experiencia, cuando un miembro de la familia pide un «pequeño favor», eso siempre significa que es enorme, y probablemente doloroso.

Se pasó el azúcar de una mano a la otra.

—Espero que sea muy doloroso —repliqué—. Pero no para ti.

Dejó de jugar con el sobre de azúcar y me miró con un tenue brillo de algo oscuro agitándose en el fondo de sus ojos.

—Cuenta.

Se lo conté. Narré a trompicones y con bastante torpeza cómo Crowley me había visto jugar. No estoy seguro de por qué me sentí tan violento cuando se lo conté. Es verdad que nunca me gusta hablar de Esas Cosas, pero además creo que me resultó vergonzoso admitir ante mi hermano que había sido descuidado como un niño y había permitido que me vieran. Noté que mis mejillas enrojecían, y me costó mirarle a los ojos, que había clavado en mí cuando empecé a hablar, y que mantuvo así hasta que llegué al final.

Brian no dijo nada al principio, y pensé en coger yo también un sobre de azúcar y ponerme a jugar. En el silencio, Rose apareció de repente y puso dos



vasos de agua delante de nosotros, recogió las cartas y desapareció de nuevo antes de que alguno de ambos pudiera hablar.

—Muy interesante —dijo Brian al fin.

Le miré. Aún me estaba mirando, y la tenue sombra seguía en sus ojos.

—¿Te refieres a la camarera? —pregunté.

Me enseñó los dientes.

—No. Si bien su interpretación ha sido divertida hasta el momento. —Desvió la vista al fin y miró hacia la puerta de la cocina, por donde Rose había desaparecido—. Así que te has metido en este pequeño problema. Y, naturalmente, has acudido a tu hermano en busca de ayuda...

—Mmm..., sí...

Levantó de nuevo el sobre de azúcar y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué yo?

Miré a Brian, mientras me preguntaba si le había entendido bien.

—Bien, la verdad es que no conozco a demasiada gente capaz de hacer este tipo de cosas.

—Ajá —dijo, todavía con el ceño fruncido, como si intentara leer la letra diminuta del sobre.

—Y como ya he dicho, me están vigilando. El sargento Doakes está en el aparcamiento en este mismo momento.

—Sí, ya veo —pero no estaba viendo otra cosa que el sobre de azúcar con el que jugaba.

—Y tú eres mi hermano —añadi esperanzado, mientras me preguntaba por qué me estaba hablando de aquella forma tan vaga—. O sea, todo el rollo de la familia...

—Sssssí... —dijo Brian vacilante—. Y, ah..., ¿eso es todo? ¿Un favor sin importancia de tu miembro de la familia favorito? ¿Un pequeño proyecto envuelto como un regalo para el hermano mayor, Brian, porque el pequeño Dexie está en tiempo muerto?

No tenía ni idea de por qué se comportaba de una forma tan extraña, y la verdad era que contaba con su ayuda, pero me estaba irritando más a cada sílaba que pronunciaba, y ya estaba harto.

—Brian, por el amor de Dios. Necesito tu ayuda. ¿Por qué estás tan raro?

Dejó caer el sobre de azúcar sobre la mesa, y el leve sonido se me antojó mucho más fuerte de lo que era en realidad.

—Perdona, hermano —me miró por fin—. Como ya he dicho, crecí en una familia de acogida. Eso ha causado que sea suspicaz por naturaleza. —Volvió a enseñarme los dientes—. Estoy seguro de que no ocultas secretas intenciones.

—¿Por ejemplo? —pregunté, muy desconcertado.

—Ah, no sé. No puedo evitar pensar que tal vez se trate de una trampa.

—¿Qué?

—O que tal vez quieras utilizarme como una especie de pelele, a ver qué pasa.

—Brian...

—Es el tipo de cosas que se le ocurren a uno, ¿verdad?

—A mí no —dije, y como no se me ocurrió nada más persuasivo, añadí—: Eres mi hermano.

—Sí. Por otra parte, está eso. —Frunció el ceño, y por un momento me aterrorizó la posibilidad de que cogiera de nuevo el paquete de azúcar. En cambio sacudió la cabeza, como si acabara de vencer una terrible tentación, y me miró a los ojos. Durante un largo momento se limitó a mirarme, y yo sostuve su mirada. Después, su rostro se iluminó con aquella espantosa sonrisa falsa—. Será un placer ayudarte.

Exhalé una nube muy grande de angustia e inhalé todavía más alivio.

—Gracias —dije.

El bufete de Figueroa, Whitley y Fleischman se hallaba en el piso catorce de un rascacielos de Brickell Avenue, justo al borde de la zona en que el espacio para oficinas empieza a subir de precio. El vestíbulo estaba desierto cuando entré a las dos y cuarto, y cuando me paré al lado del ascensor y examiné el directorio del edificio, descubrí que muy pocas plantas tenían inquilinos. Como muchos de los edificios más nuevos de la atestada línea del horizonte de Miami, por lo visto éste había sido construido durante el período de desaforado optimismo del último bum de la construcción, cuando todo el mundo estaba seguro de que los precios continuarían subiendo eternamente. En cambio, los precios se habían hundido como un globo agujereado, y la mitad de los relucientes edificios nuevos del centro de Miami se habían convertido en centelleantes y carísimas ciudades fantasma.

Rita no estaba en la sala de espera cuando salí del ascensor, así que me senté y ojeé un ejemplar de la revista *GOLF*. Había varios artículos sobre mejorar mi juego corto que habrían sido muchos más interesantes si jugara al golf. El gran reloj dorado de la pared anunciaba que eran exactamente las dos y treinta y seis minutos cuando las puertas del ascensor se abrieron y Rita salió.

—Oh, Dexter, ya estás aquí —dijo.

Nunca sé qué contestar a este tipo de comentarios tan penosamente obvios, aunque al parecer son muy populares, de modo que admití que, de hecho, estaba allí, delante de ella, y Rita asintió y se encaminó a toda prisa hacia la recepcionista.

—Tenemos cita con Larry Fleischman —anunció sin aliento.

La recepcionista, una mujer fría y elegante de unos treinta años, ladeó la cabeza para echar un vistazo a la agenda de citas y asintió.

—¿Señora Morgan?

—Sí, exacto —contestó Rita, y la recepcionista sonrió y marcó un número en el teléfono de su escritorio.

—El señor y la señora Morgan —dijo al teléfono, y pocos momentos después nos acompañaron hasta un despacho situado a mitad del pasillo, donde un hombre de aspecto serio de unos cincuenta años y pelo negro muy mal teñido se encontraba sentado ante un gran escritorio de madera. Nos miró cuando entramos, se levantó y extendió la mano.

—Larry Fleischman. Tú debes de ser Rita —dijo, tomó su mano y la miró a los ojos con sinceridad bien ensayada y totalmente falsa—. Carlene me ha hablado mucho de ti. —Sus ojos descendieron hacia la pechera de su blusa y mi mujer se ruborizó y trató de soltar la mano. Él la miró a la cara y dejó caer la mano al fin de mala gana, y después se volvió hacia mí—. Y, mmm... ¿Derrick? —me preguntó, al tiempo que extendía la mano, tan alejada de mí que tuve que

inclinarme para estrecharla.

—Dexter —contesté—. Con equis.

—Ajá —dijo con aire pensativo—. Un nombre poco común.

—Casi raro —señalé, y después, para equilibrar la situación, añadí—: Usted debe de ser Leroy Fleischman...

Parpadeó y soltó mi mano.

—Larry. Es Larry Fleischman.

—Lo siento —me disculpé, y por un momento nos quedamos mirándonos.

Por fin, Larry carraspeó y volvió a mirar a Rita.

—Bien —dijo ceñudo—. Sentaos, por favor.

Nos sentamos ante el escritorio en sillas idénticas, trastos de madera vapuleados con asientos de tela desgastada, y Larry se sentó detrás de su mesa y abrió una carpeta de papel manila. Sólo contenía una hoja, la levantó y la miró con el ceño fruncido.

—Bien —volvió a decir—. ¿Cuál parece ser el problema?

Por lo visto, nuestro problema no estaba escrito en el papel, y me pregunté si habría algo escrito en él, o si sólo era un accesorio para demostrar que Larry era un abogado de verdad, y la carpeta era tan falsa como su color de pelo. Para ser sincero, estaba empezando a preguntarme si Larry podría sernos de alguna ayuda. Si iba a tener que repeler un ataque decidido y artero de Hood y Doakes, necesitaba un perro de presa, un abogado que fuera avisado, entusiasta y muy agresivo, dispuesto a cortar a dentelladas la correa y destrozar a aquella vil y vieja puta, la Justicia. En cambio, tenía ante mi vista a un farsante de edad madura a quien no le caía bien, y que probablemente decidiría ayudar a Hood y a Doakes a arrojarme al talego para poder tirarse a mi esposa. Pero aquí estábamos, al fin y al cabo, y Rita parecía impresionada. De modo que me senté y dejé que farfullara nuestro relato de aflicción. Larry la miraba y asentía, y de vez en cuando apartaba los ojos de su escote y me miraba con una expresión de tibia sorpresa.

Cuando Rita terminó por fin, Larry se reclinó en su silla y se humedeció los labios.

—Bien —dijo—. En primer lugar, os tranquilizaré diciendo que habéis hecho lo correcto al venir a consultarme. —Sonrió a Rita—. Demasiada gente espera a consultar a un abogado cuando las cosas ya han ido demasiado lejos para que yo pueda ser de ayuda. Cosa que no habéis hecho, en este caso. —Pareció gustarle el sonido de esas palabras, y cabeceó varias veces en dirección a los pechos de Rita—. Lo importante —les dijo— es recibir un buen asesoramiento legal al principio del asunto. Aunque seas inocente —y se volvió a mirarme con una expresión reveladora de que él no lo creía. Después se volvió hacia Rita y le dedicó una sonrisa condescendiente—. El sistema legal norteamericano es el mejor del mundo —aseguró, aunque ello no parecía ni remotamente posible,

puesto que él formaba parte de dicho sistema. Pero lo dijo con rostro serio y continuó—. Sin embargo, es un sistema adversario, lo cual significa que el trabajo del fiscal consiste en conseguir una condena por todos los medios posibles, y mi trabajo consiste en impedirlo y conservar a tu marido fuera de la cárcel.

Volvió a mirarme, como si se estuviera preguntando si eso sería una buena idea.

—Sí, lo sé —dijo Rita, y Larry volvió la cabeza con brusquedad y la miró atentamente—. O sea, eso es exactamente... Y ni siquiera sé... ¿Tienes mucha experiencia? Con, mmm... esta clase de... Quiero decir, nos damos cuenta de que el derecho penal y el derecho de sociedades son muy... Y Carlene dijo, tu cuñada... Así que podría ser importante.

Larry asintió a Rita como si todo cuanto hubiera dicho tuviera sentido, una pista más de que, en realidad, no la estaba escuchando.

—Sí —dijo—, es una consideración importante. Y quiero que sepas que no escatimaré esfuerzos y haré todo cuanto esté en mis manos para ayudarte a salir bien librados de ésta. Pero —le enseñó las palmas de las manos y sonrió con aire confiado— esto requerirá bastante trabajo. Y debéis saber que puede resultar caro. —Me miró otra vez, y luego miró a Rita—. Claro que no se puede poner precio a la libertad.

De hecho, yo estaba convencido de que Larry podía y quería poner precio a la libertad, y resultaría ser diez dólares más de lo que teníamos en el banco. Pero antes de que pudiera pensar en una forma diplomática de decirle que prefería pasar veinte años en la cárcel que diez minutos más en su compañía, Rita empezó a decirle que lo comprendía muy bien y que el dinero no significaba ningún problema, porque Dexter, o sea, su marido, y de todos modos, estábamos de acuerdo y nos sentíamos muy agradecidos. Y Larry sonrió y asintió pensativo a los pechos de Rita, hasta que ella se quedó al final sin oxígeno y paró de parlotear. Y cuando hizo una pausa para tomar aire, el hombre se levantó y extendió la mano.

—Genial. Y déjame decirte que haré todo cuanto esté en mi mano, de modo que deja de preocuparte. —Le dedicó una sonrisa, y debo decir que fue un esfuerzo mucho más chapucero que la sonrisa falsa de Brian—. Y quiero que me llames si puedo ayudar en algo. —Cabeceó poco a poco—. Lo que sea —insistió, con excesivo énfasis.

—Gracias, es muy... Lo haremos, y gracias —dijo Rita, y unos momentos después estábamos de nuevo en la sala de espera y la recepcionista nos entregó una pila de formularios y nos dijo que, si los podíamos rellenar, el señor Fleischman se sentiría muy agradecido.

Miré hacia la puerta del despacho de Fleischman. Estaba allí, asomado a la puerta medio cerrada. Me complació ver que ya no miraba la pechera de la

blusa de Rita; ahora le estaba mirando el culo.

Me volví hacia la recepcionista y cogí los formularios.

—Se los enviaremos por correo —expliqué—. Mi parquímetro está a punto de expirar.

Y cuando Rita me miró ceñuda y abrió la boca para decir algo, la tomé con firmeza del brazo y la conduje hasta el ascensor. Las puertas se cerraron misericordiosamente, borrando el mundo de pesadilla de Figueroa, Whitley y Fleischman por la que yo esperaba que fuera la última vez.

—Podrías haber aparcado en el edificio y te lo habrían validado —dijo ella—. Porque ni siquiera veo... Dexter, no sabía que hubiera parquímetros en esta parte de...

—Rita —dije, en tono plácido pero firme—, si he de elegir entre ver a Larry mirándote el escote e ir a la cárcel, creo que Raiford<sup>[6]</sup> me parece una buena idea.

Ella se ruborizó.

—Pero eso ni siquiera está... O sea, lo sé, Dios mío, debe creer que soy ciega o... Pero, Dexter, si puede ser de ayuda... Porque esto es muy grave.

—Demasiado grave para confiar en Larry —dije, y el ascensor emitió un timbrazo apagado, las puertas se abrieron y nos escupieron a la planta baja.

Acompañé a Rita a su coche. Siguiendo su propio y excelente consejo, había aparcado en el garaje del edificio, aunque no había conseguido validar el ticket porque yo me la había llevado a toda prisa antes de que pudiera preguntar a la recepcionista.

Le dije que diez dólares más no nos enviarían de cabeza a la ruina, le prometí que buscaría otro abogado y la vi alejarse entre el tráfico de Brickell Avenue. Ya había empezado la hora punta, y me pregunté si Rita lograría sobrevivir al tráfico de Miami. No era una buena conductora. Conducía como hablaba, con montones de paradas, vueltas al principio y cambios súbitos, pero lo compensaba siendo la conductora más afortunada que había conocido en mi vida, y jamás había sufrido un accidente, ni siquiera una abolladura.

Subí a mi coche e inicié la tediosa vuelta a casa, de nuevo al sur por Brickell durante unas cuantas manzanas, y después al oeste por la I-95 hasta que terminaba y desembocaba en la autopista Dixie. Me descubrí reflexionando mientras conducía, lo cual nunca es una buena idea en el tráfico de hora punta de Miami, y en el cruce de Le Jeune casi me estampé contra un Jaguar cuyo conductor había tomado la muy razonable decisión de girar a la izquierda desde el carril central. Di un volantazo en el último segundo, lo cual me ganó un sonoro y operístico coro de bocinazos y palabrotas en tres idiomas. Supongo que me sirvió de lección por criticar a Rita.

Conseguí llegar a casa sin empotrarme contra un camión cisterna y morir consumido en una gigantesca bola de fuego, y tuve tiempo de sobra para

preparar una cafetera y servirme una taza, cuando Rita entró en casa como una tromba, con Lily Anne en brazos y seguida de los otros dos niños.

—¡Estás en casa! —exclamó, mientras atravesaba la puerta—. Porque traigo una noticia maravillosa, y he de... Cody, no tires la chaqueta ahí, cuélgala en el... Astor, por el amor de Dios, no cierres la puerta a lo bruto. Coge a la niña —me dijo, lanzó a Lily Anne en mi dirección y dio la vuelta con tal rapidez que tuve que dar un salto para agarrar a la niña, lo cual logró que derramara una cuarta parte de la taza.

Rita guardó las llaves en el bolso y dejó el bolso sobre la mesa, al lado de la puerta de la calle, mientras continuaba.

—Brian acaba de llamarme, tu hermano —añadió, por si me había olvidado de quién era Brian—. Y en cualquier caso me dijo... ¿Qué, cariño? —preguntó a Cody, quien se había parado a su lado y le estaba preguntando algo en voz baja—. Sí, puedes jugar con la Wii una hora... Pues Brian, cuando llamó... —Se acercó a mí, que estaba haciendo juegos malabares con Lily Anne y mi taza, con el pie en el charco de café derramado—. Oh —dijo, y frunció el ceño al ver el pequeño charco en el suelo—. Dexter, has derramado el café. Yo lo limpiaré —dijo, y fue corriendo a la cocina, para salir de nuevo casi al instante con un montón de toallas de papel. Se acuclilló y empezó a secar el café.

—¿Qué dijo Brian? —pregunté a la cabeza de Rita, y ella me miró con una sonrisa radiante.

—Hemos de ir a Key West —contestó, y antes de que pudiera preguntarle por qué, o por qué Brian podía darnos órdenes así como así, y por qué estaba tan contenta, ella se puso en pie de un salto y corrió hacia la cocina con las toallas de papel mojadas aferradas en la mano—. La verdad —dijo sin volverse—, nadie más ha sido tan...

Y desapareció a través de la puerta de la cocina, mientras yo me maravillaba de haber sobrevivido en esta casa sin saber jamás qué estaba pasando a mi alrededor, o de qué estaba hablando Rita.

Pero Lily Anne me recordó la inutilidad de intentar comprender las duras condiciones de nuestra sombría existencia. Me atizó un tortazo en la nariz que llenó mis ojos de lágrimas, acompañado de una gran carcajada, mientras yo parpadeaba y la miraba a través de una neblina de dolor, y entonces Rita volvió a la sala y me arrebató a la niña.

—Hay que cambiarla —dijo, y corrió hacia el cambiador antes de poder añadir que yo también lo necesitaba, pero la seguí, con la esperanza de aclarar un poco más las cosas.

—¿Por qué dijo mi hermano que hemos de ir a Key West? —pregunté a su espalda.

—Oh. Es por la casa. Brian me explicó que todo el mundo va a ir... Deja de moverte, Lily, tonta —dijo a la niña cuando empezó a cambiarle el pañal—. ¿Y si

fuéramos nosotros también? Es una oportunidad muy buena para... Y con los contactos de Brian... Podríamos encontrar un chollo. Ya está, cariñito —dijo, mientras ponía el pañal limpio a Lily Anne—. Si prometes consultar lo del abogado, esta noche... Porque podríamos irnos mañana por la mañana.

Rita se volvió hacia mí con Lily Anne en los brazos, y tuve que creer que la expresión de radiante placer de su cara no tenía nada que ver con la asombrosa rapidez empleada en cambiar el pañal.

—Es una oportunidad —me aseguró—, pero una oportunidad maravillosa. ¡Y Key West! ¡Será tan divertido!

En la vida de todo hombre llega un momento en que ha de cuadrarse, mantenerse firme y ser un hombre. Había llegado ese momento para mí.

—Rita —mi tono era firme—, quiero que respire hondo, y después, poco a poco, detenidamente y con toda claridad, me cuentes de qué demonios estás hablando.

Y para subrayar la seriedad con la que estaba hablando, Lily Anne dio un manotazo a su madre en la mejilla y dijo: « ¡Blap! », con voz clara y autoritaria.

Rita parpadeó, posiblemente de dolor.

—Oh, pero he dicho...

—Has dicho que Brian nos obliga a ir a Key West, queramos o no. Y has dicho que todas las casas estarán allí. Aparte de eso, es como si me hubieras hablado en etrusco.

Ella abrió la boca, y después volvió a cerrarla. Sacudió la cabeza.

—Lo siento. Pensaba que había dicho... Porque a veces a mí me parece muy claro.

—Estoy seguro.

—Yo estaba en el coche, de camino a recoger a los críos. Y Brian me llamó por teléfono —añadió. La idea de que hubiera hablado por teléfono en el curso de su ya errática conducción me alegró de haber salido ya de las carreteras—. Y dijo... Me dijo eso, sabes. La empresa de bienes raíces para la que trabaja va a acogerse al Capítulo Once, y ha de recaudar la mayor cantidad posible de dinero en efectivo. —Me dedicó otra cálida sonrisa—. Lo cual es una noticia maravillosa.

No soy un experto en economía, pero hasta yo había oído hablar del Capítulo 11 y estaba bastante seguro de que estaba relacionado con la bancarrota. Pero si eso era cierto, no entendía por qué era una noticia maravillosa, salvo para la competencia de la empresa de Brian.

—Rita...

—Pero ¿es que no lo entiendes? Eso significa que tendrán que vender todas las casas por lo que puedan obtener, ¡así que habrá una subasta! —dijo en tono triunfal—. ¡Este fin de semana! Y será en Key West, porque puedes obtener tarifa de convención. Y en cualquier caso, irá más gente a la subasta si se celebra



allí. Por eso hemos de ir a ver. O sea, para conseguir una de las... casas en la subasta. Por eso Brian nos va a traer una lista completa, así que tenemos una gran oportunidad de comprar la casa nueva. Dexter, esto podría ser, podría ser exactamente... ¡Oh, estoy tan emocionada!

Se precipitó hacia delante e intentó abrazarme, pero como yo estaba sosteniendo a Lily Anne fue más como si se apoyara contra mi pecho, lo cual convirtió a la niña en un emparedado. La pequeña no era de las que desperdiciaban una oportunidad, así que empezó a patear mi estómago vigorosamente.

Retrocedí un paso para salvarme del ataque y apoyé las manos sobre los hombros de Rita.

—¿Una subasta en Key West? —pregunté—. ¿De todas las casas de nuestra zona cuya hipoteca ha vencido?

Ella asintió sin dejar de sonreír.

—En Key West —confirmó—. Adonde nunca hemos ido juntos.

Por un momento, me esforcé en decir algo, pero no lo conseguí. Daba la impresión de que los acontecimientos me estaban sobrepasando. Era como si me hubieran tirado al suelo y estuviera rodando hacia algo completamente irrelevante, extraño y ajeno. Sé que, en teoría, no soy el centro del universo, pero en Miami tenía unas preocupaciones muy importantes e inmediatas, y marcharme corriendo a Key West a comprar una casa en el sur de Miami, y en un momento como éste... Se me antojaba un poco frívolo y, bien..., no giraba en torno a Mí, lo cual no me parecía justo.

Pero aparte de mi mezquino deseo de quedarme en casa y salvar el pellejo, no se me ocurría ningún motivo de peso para no ir, sobre todo teniendo en cuenta el entusiasmo rayano en la histeria de Rita. Por eso, cinco minutos después, me encontré sentado delante de mi fiel ordenador portátil para reservar tres noches de hotel en Key West. Lo encendí y esperé. Me dio la impresión de que, en los últimos tiempos, se iniciaba más despacio. Yo era un especialista en mantener limpio el disco duro, pero había estado un poco distraído. En cualquier caso, las *cookies* y los programas espía informáticos son cada día más sofisticados, y ahora no estaba actualizado del todo. Tomé nota mental de dedicar un poco de tiempo a las actualizaciones cuando la situación se calmara de nuevo.

El ordenador terminó por fin de configurarse, y yo me conecté *online* para buscar una habitación de hotel en vistas a nuestra visita a la Ciudad Más Al Sur. Yo me encargaba de preparar los viajes familiares, en parte porque era mucho más experto en navegar por Internet, y en parte porque, en su nerviosismo, Rita había salido pitando hacia la cocina para preparar una especie de cena de celebración, e incluso en mi muy comprensible mal humor no quería interferir en eso.

Visité mis habituales páginas web que ofrecían ofertas de viajes. Mi humor no

mejoró cuando averigüé que era difícil encontrar habitaciones libres de hotel aquel fin de semana, porque era el fin de semana clave de los Días de Hemingway, un antiguo festival protagonizado por tíos gordos barbudos que celebraban todas las formas posibles de excesos humanos. No encontré ninguna habitación a precio razonable, pero encontré una oferta muy buena para una suite en el hotel Surfside. Había suficiente espacio para todos nosotros por un precio que podría pagar a plazos sin problemas en unos diez años, lo cual no estaba mal, teniendo en cuenta que era Key West y que la ciudad fue fundada por rapaces piratas. Di un número de tarjeta de crédito e inscribí a la familia Morgan durante tres noches en la habitación 1229, a partir de la noche siguiente, y apagué el ordenador.

Dediqué cinco buenos minutos a contemplar la pantalla a oscuras del ordenador, y a pensar en cosas todavía más oscuras. Intenté decirme que todo iba a salir bien. Podía confiar en que Brian llevaría a cabo un trabajo concienzudo cuando se ocupara de Crowley, aunque yo no pudiera mirar. Y el caso inexistente de Hood contra mí se vendría abajo casi con toda seguridad. Por fuerza. No existían indicios de pruebas contra mí, en ningún rincón del mundo, y al fin y al cabo Deborah cuidaba de mí. Vigilaría de cerca a Hood y a Doakes, e impediría que buscaran atajos. No era más que la proverbial tormenta en un vaso de agua.

Y lo mejor de todo, un veloz viaje a los Cayos desconcertaría por completo a Doakes. Tendría que dejar de seguirme, o bien gastar una cantidad exorbitante de su bolsillo para ir tras de mí hasta Key West.

Pensar en eso consiguió que me sintiera algo mejor. La imagen de Doakes en una gasolinera viendo cómo la cantidad de dólares que debía pagar aumentaba sin cesar, mientras rechinaba los dientes, era muy agradable, y durante un rato me contenté con eso. Que el sargento pagara algo de dinero no constituía la revancha de proporciones épicas que yo prefería, pero tendría que conformarme de momento con eso. La vida es dura e incierta, y a veces una pequeña victoria ha de ser suficiente.

El resto de la velada transcurrió en un frenesí enloquecido de actividad. Mi último momento de calma llegó cuando llamé a Deborah y le pedí que me recomendara un abogado. Dijo que tenía un colega en Professional Compliance y que me conseguiría el nombre del tipo al que más detestaban enfrentarse. Y después Rita gritó: « ¡A cenar! », y sonó el timbre de la puerta, y al mismo tiempo Astor se puso a chillar a Cody que dejara de hacer trampas y Lily Anne se puso a llorar.

Fui a la puerta y la abrí. Era Brian, vestido de oscuro y, por una vez, la sonrisa que me dedicó no parecía sintética del todo.

—Hola, hermano —dijo risueño, y el tono de su voz logró que se me erizara el vello de la nuca, y en las Profundidades del Piso de Abajo el Oscuro Pasajero silbó y se desenroscó en señal de intranquila impaciencia.

La voz de Brian parecía más profunda, más fría de lo normal, y algo ardiente destellaba en sus ojos, y yo supe muy bien qué deducir de todo ello.

—Brian —dije—, ¿estás...? ¿Has...?

Negó con la cabeza y su sonrisa se ensanchó todavía más.

—Todavía no. Estoy en ello.

Le miré con algo muy cercano a los celos, mientras su sonrisa continuaba creciendo y parecía más real.

—Toma —dijo, y me tendió varias hojas de papel grapadas y cubiertas por completo de anotaciones de escritura muy apretada, y que parecían consistir sobre todo en cifras.

Durante un momento de perplejidad pensé que los papeles estaban relacionados con lo que ambos sabíamos, y los cogí sin mirarlos.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Tu lista. —Y como no contesté, añadió—: La lista de casas. Para la subasta. Le dije a tu encantadora esposa que la traería.

—Ah. Claro. —Miré por fin la hoja de encima. Un vistazo fue suficiente para comprobar que era una lista de direcciones de Miami, con columnas de metros cuadrados, número de habitaciones y todas esas cosas—. Bien, gracias. Mmm... ¿Has cenado?

Abrí la puerta más para invitarle a entrar.

—Tengo... otros planes para la velada —respondió, y el tono de su voz era inconfundible—. Como ya sabes —añadió en voz baja.

—Sí, supongo que es... —Miré su ropa oscura y su propósito más oscuro, y ahora fue envidia de la buena la que recorrió mi ser, pero la verdad era que sólo podía decir una cosa, y lo hice—. Buena suerte, hermano.

—Gracias, hermano —contestó, y señaló con un cabeceo la lista que yo sostenía—. Lo mismo te digo. —Y su sonrisa tal vez contenía un toque burlón

cuando añadió—: Con tus casas.

Después se volvió y caminó hacia su coche, para luego desaparecer en la creciente oscuridad, mientras yo no podía hacer otra cosa que mirar y desear acompañarle.

—¿Dexter? —llamó Rita desde la cocina, interrumpiendo mi bajón melancólico—. ¡Se está enfriando!

Cerré la puerta y fui a la mesa, donde la cena ya había adoptado un ritmo frenético. Y las cosas tampoco se calmaron durante el transcurso del ágape. Se me antojaba casi una felonía devorar a toda prisa el cerdo salteado al *wok* de Rita, pero lo hicimos. Intenté comer con calma y saborear las cosas, pero los niños estaban muy nerviosos por el inminente viaje a Key West, y Rita nos llevaba ventaja a todos y alcanzó las cotas del aleteo hiperrítmico de un colibrí. Entre bocado y bocado, enumeró una lista de lo que debíamos hacer cada uno de nosotros nada más terminar la cena, y cuando todos los platos estuvieron en el fregadero, descubrí que yo también me había contagiado del ritmo frenético.

Me levanté de la mesa y me dediqué a meter en la maleta mi ropa. No era un trabajo muy complicado, pese al hecho de que Rita invertía varias horas en ello. Por mi parte, cogí un bañador y una muda completa, y después los embutí en la bolsa de gimnasia, mientras ella corría de un lado a otro desde el armario hasta la cama, donde su enorme maleta aguardaba abierta y vacía. Cuando yo terminé, levanté la bolsa y la dejé al lado de la puerta de la calle, y después fui a ver cómo les iba a Cody y Astor.

El niño estaba sentado en la cama con una mochila llena a su lado, y contemplaba a su hermana, que dirigía miradas amenazadoras al fondo de su armario. Sacó una camisa, la levantó, compuso una mueca horrible y la devolvió a su sitio. Miré, fascinado, cuando repitió el procedimiento dos veces. Cody me miró y sacudió la cabeza.

—¿Lo tienes todo guardado? —le pregunté.

Asintió, y yo miré a Astor. Se agitaba sin moverse del sitio, se mordisqueaba el labio y pateaba el suelo, pero por lo demás no parecía que estuviera haciendo muchos progresos. Por lo cual, convencido de que era lo que un padre haría en mi lugar, corrí el grandísimo riesgo de dirigirle la palabra.

—¿Astor? —dije.

—¡Déjame en paz! —rugió sin volverse—. ¡Estoy intentando hacer el equipaje! ¡Y no tengo ropa!

Y sacó de las perchas unas cosas que, por lo visto, no eran prendas de ropa, las arrojó al suelo y las pateó.

Cody enarcó una ceja y me miró.

—Chicas —dijo.

Debía tener razón en lo tocante a que era algo propio del sexo, porque la interpretación desafortunada de Astor era casi idéntica a la que Rita me ofreció unos

segundos después cuando entré en nuestro dormitorio. Estaba sosteniendo un vestido sin mangas delante de ella y lo miraba como si hubiera asesinado a Kennedy, y había un montón de vestidos y blusas en el suelo al lado de la cama, algo más pulcro que en el caso de Astor, pero básicamente el mismo tipo de exhibición.

—¿Cómo te va? —le pregunté risueño.

Volví la cabeza con brusquedad y me miró con la expresión de un ciervo sobresaltado y bastante cabreado, como si la hubiera interrumpido en mitad de una intensa y privada meditación.

—¿Qué? —dijo, y me dedicó una sacudida de cabeza y una expresión muy malhumorada—. Oh, Dexter, ahora no, por favor. La verdad, ni siquiera has... ¿No puedes poner gasolina en el coche o algo por el estilo? He de... ¡Esto es repulsivo! —añadió, y arrojó el vestido a la pila que había al lado de la cama.

Abandoné a Rita a sus intensas vacilaciones, y guardé mi maleta y la mochila de Cody en el coche. Comprobé el indicador de gasolina y vi que el depósito estaba casi lleno. Y después me quedé junto al coche y pensé en lo que mi hermano estaría haciendo en aquellos momentos, mientras yo no hacía otra cosa que ir de un lado a otro cargado con maletas. Si todo había ido bien, ya tendría que haber empezado. No me parecía justo que él disfrutara de toda la diversión, cuando era yo quien había soportado a Crowley todo el tiempo. Pero al menos eso había terminado. Cuando me fuera a dormir aquella noche, Crowley estaría tan extinto como el dodo y el presupuesto equilibrado. Mis problemas estaban derivando hacia un final malvado, y eso era estupendo, aunque todas las células de mi cuerpo me estuvieran suplicando que siguiera a Brian a la Hora del Recreo.

Pero tendría que conformarme con tratar de imaginar bajo la luz de la luna las felices actividades de mi hermano. Y sólo por si necesitaba recordar el motivo, una mirada hacia el solar abandonado fue suficiente. El Ford Taurus que albergaba al siempre vigilante sargento Doakes seguía aparcado allí, e imaginé que podía ver centellear sus dientes a través del parabrisas. Suspiré, le saludé con la mano y entré.

Rita continuaba arrojando ropa a su alrededor y mascullando velozmente cuando me acosté. Cerré los ojos e intenté dormir con todas mis fuerzas, pero resulta muy difícil cuando estás en medio de un ciclón menor. Una y otra vez me sumí en el sueño, sólo para despertarme por culpa del ruido de perchas que chocaban entre sí furiosas, o cientos de zapatos que caían en cascada sobre el suelo del armario. De vez en cuando, Rita mascullaba cosas muy sorprendentes, o salía corriendo de la habitación para regresar un momento después aferrando algún objeto misterioso que embutía después en la abultada maleta.

Convocar a Morfeo fue más difícil de lo acostumbrado. Me dormía y despertaba, me dormía y despertaba, hasta que al fin, a eso de las dos y media,

Rita cerró la maleta, la depositó en el suelo con un golpe sordo y se acurrucó a mi lado, y yo me sumí por fin en un sueño profundo y maravilloso.

Por la mañana, desayunamos a la velocidad de la luz, y tuve el coche cargado y preparado a una hora muy razonable. Todo el mundo subió mientras doblaba el cochecito de Lily Anne, lo arrojaba atrás y me disponía a marchar. Pero cuando encendí el motor y puse en marcha el coche, un Ford Taurus se acercó y nos cortó el paso.

No era un gran misterio adivinar quién era el conductor. Bajé y, en ese momento, la puerta del pasajero del Ford se abrió y el detective Hood bajó y me dedicó una mirada desdeñosa a modo de buenos días.

—El sargento Doakes me dijo que estabas cargando el coche —dijo.

Miré hacia el Ford. El rostro complacido de Doakes se veía detrás del brillo del parabrisas.

—¿De veras? —pregunté.

Hood se inclinó hacia mí hasta que su cara se encontró a escasos centímetros de la mía.

—No quiero que pienses que puedes huir así como así, tío —dijo, y su aliento olía como la marea baja en la conservera.

Soy una imitación muy buena, pero en realidad no soy una buena persona. He hecho muchas cosas malas, y espero vivir lo suficiente para hacer muchas más. Y para ser objetivo del todo, es casi seguro que merezco todas las cosas que Hood y Doakes deseaban hacerme. Pero mientras espero a que el largo brazo de la ley me agarre del gañote, también merezco respirar aire que no esté contaminado con el hedor de apocalipsis dentales sucios y podridos.

Clavé un rígido dedo índice en el esternón de Hood y le empujé para alejarle. Por un momento, pensó en revolverse, pero yo había elegido bien el sitio, y tuvo que retroceder.

—Podéis detenerme, o podéis seguirme. Si no, apártate de mi camino. —Le empujé con un poco más de fuerza y tuvo que retroceder otro paso—. Y por el amor de Dios, lávate los dientes.

Hood apartó mi mano de un manotazo y me miró furioso. Yo le devolví la mirada. No hace falta mucha energía, y habría podido hacerlo todo el día en caso necesario. Pero fue el primero en cansarse de nuestra competición de miradas. Miró a Doakes, y después a mí.

—Muy bien, tío. Nos vemos.

Me miró un momento más, pero como no me derretí, dio media vuelta, subió al lado de Doakes y el coche retrocedió en marcha atrás unos quince metros.

Les observé un instante para ver si iban a hacer algo, pero por lo visto se contentaron con vigilarme. De modo que volví a nuestro coche y empecé el

largo camino hacia el sur.

Doakes se mantuvo pegado a nosotros casi hasta Key Largo. Pero cuando quedó claro, incluso para sus limitadas facultades de razonamiento, que yo no iba a saltar de mi coche a un hidroavión para escapar a Cuba, frenó, dio media vuelta y volvió hacia Miami. Al fin y al cabo, era la única carretera para ir y venir de los Cayos, y yo conducía por ella. Unas cuantas llamadas telefónicas, y hasta era probable que localizaran mi reserva en Key West si querían. Estupendo, no estaba haciendo nada que no pudiera hacer delante de ellos. Los alejé de mí mente y me concentré en el tráfico, que ya estaba empeorando.

El trayecto desde Miami hasta Key West nunca ha sido agradable si estás interesado en llegar. Por otra parte, si lo que deseas obtener del viaje es una bonita, lenta y serpenteante caravana en una interminable columna de tráfico que atraviesa un país de las maravillas hortería de tiendas de camisetas y garitos de comida basura, y te gusta parar de vez en cuando en la carretera para echar un vistazo a alguna señal de tráfico, y aprenderte de memoria lo que pone para luego contárselo a tus amigos de Ohio, mientras los que viajan en los coches de atrás se refugian del sol de julio que ningún aire acondicionado puede mitigar, y los conductores de todos los demás vehículos miran angustiados ascender sin parar hasta el rojo la aguja del termómetro, y te apostrofán a través del resplandor cegador del parabrisas y desean que estalles en llamas y desaparezcas de la faz de la tierra, aunque hay miles de coches llenos de gente como tú en la carretera, a la espera de usurpar tu lugar y de que la caravana se ponga en marcha de nuevo con espantosa lentitud... Si ésa es tu idea de unas vacaciones de ensueño en la Tierra Prometida, ¡ven a los Cayos! ¡Te espera el Paraíso!

Deberían ser, en realidad, dos o tres horas de viaje. Nunca he conseguido hacerlo en menos de seis, y esta vez fueron siete horas y media de rabia vial antes de entrar en el aparcamiento del hotel Surfside, en el centro de Key West.

Un hombre negro notablemente esquelético con uniforme oscuro saltó delante de nuestro coche y abrió la puerta para dejarme bajar, y después dio la vuelta corriendo y abrió la puerta para Rita, y todos nos quedamos inmóviles un momento, aturridos y cegados por el calor despiadado de julio en Key West. El tipo del uniforme se paró ante mí. Por lo visto, no sentía el calor, o quizás estaba tan delgado que no tenía nada en el organismo susceptible de sudar. En cualquier caso, su cara estaba seca por completo, y daba saltitos a nuestro alrededor con la chaqueta oscura sin dar señales de que el aire que todos estábamos respirando era tan húmedo y caliente que podías sostener un huevo en la mano y verlo hervir.

—¿Van a registrarse, señor? —preguntó, con el marcado acento del Caribe en su voz.

—Eso espero —contesté—. Sobre todo si tienen aire acondicionado.

El hombre cabeceó como si estuviera acostumbrado a escuchar la frase.

—En todas las habitaciones, señor. ¿Puedo ayudarles con sus maletas?

Me pareció una pregunta muy razonable, y todos miramos al hombre apilar nuestro equipaje en un carrito, salvo Cody, quien no se desprendió de su mochila. No sé si sospechaba del hombre uniformado, o bien llevaba algo en la mochila que no quería que nadie viera. Con Cody, cualquiera de ambas cosas era posible. Pero eso no parecía tan importante como entrar en el fresco y oscuro vestíbulo del hotel lo antes posible, antes de que las suelas de nuestros zapatos se fundieran y nos quedáramos pegados al pavimento, y nos derrumbáramos impotentes mientras toda la carne se desprendía de nuestros huesos.

Seguimos al interior al capitán Flacucho, y cuando entramos en el vestíbulo, el aire frío me golpeó con una fuerza que entumeció mis labios y consiguió que el tiempo transcurriera más despacio. Pero todos conseguimos llegar a recepción sin sumirnos en una *shock* hipotérmico. El empleado de recepción inclinó la cabeza con suma seriedad.

—Buenas tardes, señor —dijo—. ¿Tiene reserva?

Asentí y dije que, en efecto, habíamos reservado una habitación, y Rita se puso delante de mí y soltó:

—No es una habitación, es una suite. Porque es eso, o sea, y en cualquier caso la conseguimos... ¿online? Y Dexter dijo..., mi marido. O sea, Morgan.

—Muy bien, señora —contestó el empleado. Se volvió hacia su ordenador, y yo dejé que Rita se ocupara de los rituales del registro mientras me llevaba a Lily Anne y seguía a Cody y Astor hasta un expositor con folletos de todos los encantadores y adorables atractivos que esta Isla Mágica reservaba incluso al viajero más bregado. Al parecer, podías hacer casi cualquier cosa en Key West, siempre que llevaras un par de tarjetas de crédito de primera división y un ansia abrumadora de comprar camisetas. Los niños contemplaron las docenas de folletos de alegres colores. Cody frunció el ceño y señaló uno, y Astor lo sacó de su hueco. Entonces sus dos cabezas se juntaron sobre las fotos mientras estudiaban la página, al tiempo que la niña susurraba a su hermano, Cody asentía y la miraba ceñudo, y después sus ojos se alzaron y volvieron al expositor para coger otro. Cuando Rita nos hubo registrado y vino a reunirse con nosotros, Astor sostenía quince folletos, como mínimo.

—Bien —dijo Rita, tan sin aliento como si hubiera llegado corriendo desde Miami—. ¡Todo está arreglado! ¿Subimos a nuestra habitación? Quiero decir, nuestra suite, porque estamos aquí y es... O este hotel es tan... ¡Nos lo vamos a pasar en grande!

Tal vez estaba cansado de tanto apretar los dientes en el tráfico durante siete horas y media, pero descubrí que me costaba estar a la altura del entusiasmo de Rita. De todos modos, allí estábamos, y más o menos intactos. Así que la seguí cuando nos guió hasta el ascensor y subimos a nuestra habitación, quiero decir,



nuestra suite.

La suite consistía en un dormitorio grande, una zona de estar con una cocina pequeña y un sofá cama, y un cuarto de baño embaldosado con una ducha y un *jacuzzi*. Reinaba un tenue olor distintivo en toda la suite, como si alguien hubiera frito una bolsa entera de limones en una cuba de productos de limpieza tóxicos. Rita se precipitó al interior y abrió las cortinas, que revelaron una hermosa panorámica de la parte posterior del hotel vecino.

—Oh —jadeó—, esto es tan... Dexter, ve a abrir la puerta. Es el hombre con nuestro equipaje. ¡Mirad esto, Cody, Astor! ¡Estamos en Key West!

Abrí la puerta. Tal como me habían advertido, era el hombre con nuestro equipaje. Lo dejó en el dormitorio, y después me sonrió de una forma tan agresiva que casi me sentí culpable cuando le di tan sólo un billete de cinco dólares. Pero él lo aceptó sin que le diera una rabieta y desapareció por la puerta. Apenas tuve tiempo de sentarme, cuando alguien llamó a la puerta de nuevo, esta vez otro hombre uniformado, que entró con una cuna de ruedas, la preparó y aceptó con semblante serio otro billete de cinco dólares por sus desvelos.

Cuando se fue, volví a sentarme, mientras Lily Anne saltaba sobre mi regazo. Ella y yo vimos que los demás miembros de nuestra pequeña familia se desplegaban por la suite y la exploraban, abrían puertas y armarios, y se llamaban mutuamente a cada nuevo descubrimiento. Todo parecía un poco irreal. Por supuesto, siempre pasa lo mismo en Key West, pero esta vez la sensación era un poco más intensa. Al fin y al cabo, no debería estar allí, y se me antojaba absurda mi presencia en aquel lugar, pero allí estaba sentado yo en aquella brillante y reluciente meca turística, en una cara habitación de hotel (quiero decir suite), mientras a pocas horas de distancia unos policías muy serios y muy entregados estaban haciendo horas extras para acusarme de asesinato. Y al otro lado de Miami, mi hermano estaba refocilándose en la sensación de bienestar posterior a una cita que tendría que haber sido mía. Esas dos cosas eran inmediatas, importantes y tangibles para mí de una manera que nuestro viaje a este oasis surrealista de codicia nunca lo sería, y me costaba creer que estaba atrapado en una ostentosa desconexión mientras la vida real seguía girando sin mí a pocas horas al norte.

Rita terminó por fin de abrir todos los armarios y armaritos, y vino a sentarse a mi lado. Levantó a Lily Anne de mi regazo y exhaló un profundo suspiro.

—Bien —dijo, en un tono de lo más complacido—, aquí estamos.

Y por improbable que a mí me pareciera, tenía razón. Allí estábamos, y durante los días siguientes, lo que sucediera en la Vida Real tendría que suceder sin mí.

Como la subasta de los inmuebles no tenía lugar hasta el día siguiente, gozábamos de una larga tarde y noche de lo que Rita llamaba tiempo libre, una denominación engañosa para algo que salía tan caro. Todos la seguimos por las calles del viejo Key West para comprar agua embotellada (a precio de aeropuerto), y helados y una galleta de cinco dólares y gafas de sol y protector solar y sombreros y camisetas y auténticas sandalias de Key West. Empecé a sentirme como un cajero automático portátil. A la velocidad a la que estaba escupiendo dinero, estaríamos arruinados a la hora de acostarnos.

Pero no había forma de detener a Rita. No cabía duda de que estaba decidida a arrastrarnos a la ruina, y sólo para asegurarse de que yo perdiera mis últimas inhibiciones acerca de ahorrar dinero suficiente para comprar gasolina a la vuelta, nos condujo a un bar muy ruidoso que daba a la acera. Pidió dos *mai tais* y dos piñas coladas vírgenes, y cuando llegó la cuenta, sólo equivalía a una cena para ocho en un buen restaurante. Bebí del vaso de plástico, y casi me arranqué el ojo con la pequeña sombrilla de papel hundida en el brillante líquido rosado, mientras Rita daba su móvil a Astor para que nos hiciera una foto a los dos delante de un gran tiburón de plástico, con nuestros *mai tais* levantados.

Terminé mi bebida sin descubrir que contuviera alcohol, y padecí un breve pero cegador dolor de cabeza por beber demasiado deprisa aquella bazofia helada. Caminamos por Duval Street, y descubrimos formas todavía más ingeniosas de tirar el dinero. Después bajamos por el otro lado de Duval Street hasta Mallory Square, y llegamos justo a tiempo de participar en un estilo más informal de gastar dinero, la legendaria celebración de la puesta de sol. Rita entregó billetes de dólar a Cody y Astor, y les azuzó a tirarlos a la inmensa colección de malabaristas, tragafuegos, acróbatas y demás vivales, y el clima llegó cuando ella dejó caer un billete de diez dólares en las manos extendidas del hombre que obligaba a una colección de gatos domésticos a saltar a través de aros en llamas, a base de gritarlos con voz aguda y un extraño acento extranjero.

Cenamos en un lugar encantador que afirmaba servir el marisco más fresco de la ciudad. No tenía aire acondicionado, de modo que deseé con todas mis fuerzas que fuera fresco. Incluso con los ventiladores de techo a plena máquina, el calor era asfixiante, y después de estar sentados durante cinco minutos a la gran mesa estilo picnic, descubrí que estaba pegado al banco. Pero la comida llegó al cabo de tan sólo tres cuartos de hora, y la grasa en la que había cocido sólo tenía unos cuantos días de antigüedad, de modo que no pude protestar cuando llegó la cuenta y el total no era superior a la entrada de un Mercedes nuevo.

Mientras tanto, el calor no remitía, el ruido de la multitud aumentaba y mi cartera pesaba cada vez menos. Cuando volvimos tambaleantes hacia el hotel, estaba empapado de sudor, medio sordo y tenía tres nuevas ampollas en los pies.

En conjunto, hacía mucho tiempo que no me divertía tanto, y me derrumbé en una silla de nuestra habitación (suite), y recordé de nuevo por qué no me gusta divertirme.

Me di una ducha, y cuando salí, limpio pero cansado, Cody y Astor se habían instalado delante de la televisión para ver una película. Lily Anne dormía en la cuna, y Rita estaba sentada a la mesa con la lista de las casas de la subasta de mañana, con el ceño fruncido y escribiendo en el margen. Me acosté y me sumí en el sueño de inmediato, con visiones de billetes de dólar bailando en mi cabeza. Todos se despedían de mí.

A la mañana siguiente, abrí los ojos y todavía reinaba una semipenumbra. Rita estaba sentada otra vez (o todavía) a la mesa, hojeando la lista de casas y escribiendo en una libreta. Miré el reloj de la mesita de noche. Eran las cinco y cuarenta y ocho minutos.

—Rita —dije, con una voz a medio camino entre un graznido y un gorgoteo. No levantó la vista.

—He de calcularlas todas con interés fijo a treinta años —respondió—. Pero si la financiamos a través del hermano de Ernesto, el interés será inferior. Pero pagamos los costes de cierre.

Era demasiada información para mí en aquel momento, así que volví a cerrar los ojos. Pero acababa de sumirme en el sueño de nuevo, cuando Lily Anne empezó a dar la tabarra. Abrí un ojo y miré a Rita. Fingía no oír a la niña, que es el Código de la Persona Casada para *Hazlo tú, cariño*. De modo que me despedí de toda idea de dormir y me levante. Cambié el pañal de Lily Anne y le preparé un biberón de leche maternizada, y cuando hube terminado, ya había dejado claro que estaba despierta y había que abandonar toda esperanza de volver a dormir.

El letrero del vestíbulo del hotel decía que el desayuno se servía a partir de las seis de la mañana. Si tenía que estar despierto, decidí que debía hacerlo como es debido, o sea, con café y una línea de montaje de bollos daneses. Me vestí y, con Lily Anne debajo de un brazo, me dirigí a la puerta. Pero cuando había avanzado dos pasos en la sala de estar, una cabecita rubia se asomó desde el lio de sábanas del sofá cama.

—¿Adónde vas, Dexter? —preguntó Astor.

—A desayunar.

—Nosotros también queremos ir —dijo, y ella y Cody saltaron de la cama al suelo como si los hubieran cargado en un tubo lanzatorpedos y me hubieran esperado para ir a nadar.

Cuando estuvieron vestidos, Rita había salido a ver a qué venía tanto follón, y decidió acompañarnos. De este modo, diez minutos después de haber dado aquel paso vacilante hacia la puerta y el café, toda la tropa estaba desfilando en dirección al comedor.

Sólo había otras dos personas: un par de hombres de edad madura que tenían aspecto de ir a pescar. Nos sentamos lo más lejos posible de la televisión y nos precipitamos sobre un bufé muy bien pertrechado, sobre todo teniendo en cuenta que sólo eran 19,95 dólares por persona.

Bebí una taza de café que sabía como si lo hubieran hecho en mi oficina el año pasado, congelado y transportado hasta Key West en un barril de cebo. De todos modos, logró que mantuviera los ojos abiertos. Me descubrí pensando en Brian y en lo que a estas alturas ya habría terminado, casi con toda seguridad. Estaba un poco celoso. Confié en que no se hubiera dado prisa y se hubiera divertido.

Pensé en Hood y Doakes, y me pregunté si me habrían seguido hasta aquí. Estaba seguro de que les habría gustado, pero técnicamente sería saltarse las normas, ¿verdad? De todos modos, Doakes nunca había permitido que las normas enfriaran su celo. Y pensaba que Hood era incapaz de comprender las normas, puesto que muchas de ellas contenían palabras con más de una sílaba. Estaba convencido de que harían acto de aparición tarde o temprano.

Mi cadena de pensamientos se partió cuando Rita dejó la lista sobre la mesa y habló con gran decisión.

—Cinco —dijo, con el ceño fruncido, y dio unos golpecitos con el lápiz encima de una anotación.

—¿Perdón? —pregunté cortésmente.

Alzó la vista y me miró sin comprender.

—Cinco —repitió—. Cinco casas. Las demás son... —Meneó la mano vigorosamente, la del lápiz, y prosiguió con voz quebradiza y veloz—. Demasiado grandes. Demasiado pequeñas. Mala zona. Mal urbanismo. Base impositiva elevada. Tejados viejos y quizá...

—¿De modo que podemos pujar por cinco casas que nos convendrían? —interrumpí, porque siempre había creído que, si dos personas están hablando, deberían saber de qué.

—Sí, por supuesto —dijo Rita, ceñuda de nuevo, y después aporreó el papel con el lápiz—. Ésta, en Terrace, Ciento Cuarenta y Dos, sería la mejor, y no está lejos de donde vivimos ahora, pero...

—¿Hemos de hablar de este rollo de las casas? —interrumpió Astor—. ¿No podemos ir al acuario y comprar la casa después?

—No, Astor, no podemos... Y no interrumpas —dijo Rita—. Esto es de extrema importancia y... No tienes ni idea de cuánto nos queda por hacer para estar preparados a las tres.

—Pero nosotros no tenemos que hacer nada —dijo Astor, con su gimoteo más razonable—. Queremos ir al acuario.

Miró a Cody, y él asintió, y después miró a su madre.

—Eso es imposible —dijo Rita—. Ésta es una de las decisiones más

importantes... ¡Y tu futuro! Porque vivirás allí mucho tiempo.

—Acuario —dijo el niño en voz baja—. Dar de comer a los tiburones.

—¿Qué? ¿Dar de comer a...? Cody, no puedes dar de comer a los tiburones —dijo Rita.

—Sí que puedes dar de comer a los tiburones —rebatía Astor—. Lo pone en el folleto.

—Eso es una locura, son tiburones —dijo su madre con énfasis, como si la niña hubiera utilizado palabras equivocadas—. Y la subasta sólo es... Oh, fíjate qué hora es.

Empezó a agitarse en la silla, embutió el lápiz en el bolso y sacudió la lista de casas para llamar al camarero. Y yo, al intuir que existen ciertas formas de aburrimiento que es mejor soportar sin mí, miré a Cody y Astor, y después me volví hacia Rita.

—Yo llevaré a los niños al acuario —anuncié.

Ella me miró estupefacta.

—¿Qué? Dexter, no, no seas... Hemos de repasar toda esta lista, ya no digamos las cinco..., y después registrarnos en el... No, eso es demasiado.

Una vez más, mi abundante experiencia en ver dramas a diario me indicó cuál era la maniobra correcta que debía llevar a cabo, y apoyé la mano sobre la de ella, algo difícil, puesto que la mano no dejaba de moverse. Pero me apoderé de ella y la inmovilicé contra la mesa, y después, lo más cerca de ella posible, dije:

—Rita, tú sabes más de esto que todos nosotros juntos. Y lo más importante, confiamos en que lo harás bien.

Cody y Astor no son lentos, y reconocían una apertura melodramática cuando oían una. El niño asintió enseguida.

—Totalmente, mamá, de veras —dijo Astor.

—Además —añadí—, son niños. Están en un lugar nuevo y desconocido, y quieren ver cosas nuevas y emocionantes.

—Dar de comer a los tiburones —insistió Cody.

—¡Y es muy educativo! —casi gritó Astor, lo cual me pareció un poco exagerado.

Pero, por lo visto, el mensaje llegó a su destinatario, porque Rita ya no parecía tan segura.

—Pero la lista, Dexter, deberías... Ya sabes.

—Tienes razón —dije, lo cual, al menos, era posible—. Pero, Rita, míralos. —Señalé con un cabeceo a los niños, que al instante compusieron una expresión de perro apaleado—. Y confiamos de veras en que lo harás bien. Por completo —añadí, y apreté un poco su mano para subrayar mis palabras.

—Bien, pero la verdad... —dijo ella sin convicción.

—Por favooooooooorrr —suplicó Astor.

—Tiburones, mamá —añadió Cody.

Rita paseó la mirada entre ambos, y se mordió frenéticamente el labio inferior, hasta que me dio miedo de que se lo seccionara.

—Bien, si es sólo...

—¡Sí! —gritó Astor, y Cody estuvo a punto de sonreír—. ¡Gracias, mamá!

Ella y su hermano se levantaron de un salto.

—¡Pero antes cepillaos los dientes! —dijo Rita—. Y, Dexter, han de ponerse protección solar. Está en la mesa de nuestra habitación, nuestra suite.

—De acuerdo —dije—. ¿Dónde estarás tú?

Ella frunció el ceño y paseó la vista alrededor de la sala hasta que localizó el reloj.

—La oficina de la subasta abre a las siete. Faltan diez minutos. Me llevaré a Lily Anne y les preguntaré... Y Brian dijo que también tenían fotografías, mejor que las... Pero, Dexter, de verdad...

Palmeé su brazo para consolarla.

—Todo irá bien —repetí—. Eres muy buena en esto.

Rita sacudió la cabeza.

—No dejes que se acerquen demasiado a los tiburones. Porque al fin y al cabo...

—Iremos con cuidado —la tranquilicé, y cuando salí para reunirme con Cody y Astor, Rita estaba levantando a Lily Anne de la trona y le limpiaba compota de manzana de la cara.

Los niños estaban delante del hotel, contemplando estupefactos a varios grupos de hombres barbudos y corpulentos que bajaban por Duval Street e intercambiaban miradas suspicaces.

Astor meneó la cabeza.

—Todos son iguales, Dexter. Hasta visten igual. ¿Son gais o algo por el estilo?

—Todos no pueden serlo. Ni siquiera en Key West.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó, como si fuera culpa mía que todos los hombres se parecieran.

Estaba a punto de decirle que se trataba de un extraño accidente cósmico, cuando recordé que estábamos en julio y esto era, a fin de cuentas, Key West.

—Oh —dije—. Los Días de Hemingway. —Ambos me miraron sin comprender—. Todos los hombres se parecen a Hemingway.

Astor frunció el ceño y miró a Cody. Éste sacudió la cabeza.

—¿Qué es Hemingway? —preguntó la niña.

Contemplé la multitud de replicantes que invadían la acera, mientras se daban empujones y bebían cerveza.

—Un hombre que se dejó barba y bebía un montón.

—Bien, a mí no me gustaría tener ese aspecto —murmuró Astor.

—Vamos —dije—. Tenéis que cepillaros los dientes.

Los guíé hacia el ascensor, justo a tiempo de ver que Rita salía por la puerta. Nos saludó aparatosamente y gritó:

—¡No os acerquéis demasiado! Os llamaré cuando... ¡Recordad que debéis estar allí a las dos en punto!

—¡Adiós, mamá! —contestó Astor, y Cody la saludó con la mano.

Subimos hasta nuestra planta en silencio, y nos dirigimos por el pasillo hasta nuestra habitación. Introduje la llave en la cerradura, abrí la puerta de un empujón y la sostuve para que pasaran Cody y Astor. Entraron a toda prisa y, antes de que pudiera seguirles y cerrar la puerta, se pararon en seco.

—Caramba —exclamó Astor.

—Guay —añadió Cody, en voz más alta y afilada de lo normal.

—Dex-ter —canturreó la niña contenta—, será mejor que echés un vistazo.

Entré en la habitación a mirar, y después de un rápido vistazo, lo único que pude hacer fue mirar. Mis pies no se movían, tenía la boca seca, y todo pensamiento coherente me había abandonado, sustituido por sólo dos sílabas, «pero», que se repetían en un bucle interminable mientras miraba.

El sofá cama donde Cody y Astor habían dormido estaba preparado a la perfección, con las almohadillas ahuecadas y la manta doblada. Y sobre la cama, acurrucado cómodamente, había un bulto rígido de algo que había sido un ser humano. Pero ahora ya no lo parecía. En el lugar de la cara había un cráter aplastado y de escasa profundidad, con una mancha de sangre apelmazada alrededor, donde un objeto grande y duro había entrado en contacto con la carne y los huesos. Algunos fragmentos de dientes grisáceos se veían en el centro, y un globo ocular, que se había salido de la cavidad por la fuerza del golpe, colgaba a un lado de la masa informe.

Alguien había golpeado aquella cara con fuerza descomunal, con algo similar a un bate de béisbol, lo había deformado, aplastado y quizá matado al instante, lo cual casi parecía una lástima. Porque aún sin forma, y pese al hecho de que me encontraba estupefacto por encontrarlo allí, reconocí el traje barato y lo suficiente de las facciones machacadas para saber quién había sido aquel bulto cubierto de costras.

Era el detective Hood.

Nunca me había gustado el detective Hood, y ahora me gustaba mucho menos. Ya había sido bastante coñazo en vida. Aparecer muerto en la habitación de mi hotel era mucho peor, violaba hasta las normas más básicas de etiqueta y decencia. Era de lo más impertinente, y casi deseé que estuviera vivo para poder matarle de nuevo.

Pero aparte de aquella grave violación del decoro, existían otras implicaciones, infinitamente más preocupantes. Y si bien me gustaría decir que mi poderosísimo cerebro se puso en acción de inmediato y empezó a analizarlo todo, la triste verdad es que sucedió todo lo contrario. Estaba tan ocupado maldiciendo la ofensa final de Hood contra el buen gusto que no pude pensar en nada más hasta que oí a Astor decir:

—Pero, Dexter, ¿qué está haciendo aquí?

Y cuando abrí la boca para soltar alguna airada réplica, me di cuenta de que se trataba de una pregunta muy importante. No por qué Hood estaba en Key West. Estaba claro que me había seguido para asegurarse de que no robaba un barco y huía a Cuba. Pero otra persona también nos había seguido, y asesinado a Hood de esta manera tan original, y eso era muchísimo más preocupante porque, en teoría, era imposible. Porque a menos que deseara aceptar la idea de que una monstruosa coincidencia había impulsado a un completo desconocido a matar a Hood por alguna caprichosa razón, y después por una milagrosa casualidad se le ocurrió depositarlo al azar en mi suite, sólo había una persona en el mundo capaz de haber hecho esto.

Crowley.

Se suponía que estaba muerto, por supuesto, lo cual tendría que haberle mantenido demasiado ocupado para hacer algo así. Pero aunque siguiera vivo..., ¿cómo me había localizado aquí? ¿Cómo había descubierto no sólo que me hallaba en Key West, sino que estaba aquí, en este hotel, en esta habitación concreta? Sabía cualquier movimiento que iba a dar antes de hacerlo, y ahora conocía hasta mi número de habitación. ¿Cómo?

Cody intentó adelantarse para mirar con más detenimiento, y yo le empujé con firmeza hacia la puerta.

—Quédate ahí —ordené, y saqué mi teléfono. Si era incapaz de imaginar cómo se me había adelantado Crowley en todo momento, al menos averiguaría si estaba muerto. Marqué. Sonaron tres breves timbrazos, y después un temible y alegre « ¡Hola! ».

—Brian —dije—, lamento hacerte una pregunta rara, pero, mmm... ¿Te ocupaste de lo que ibas a hacer la otra noche?

—Oh, sí —contestó, e incluso a través del teléfono percibí la alegría de su voz—. Y casi todos lo pasamos muy bien.



—¿Estás seguro? —pregunté, mientras contemplaba el bulto que había sido Hood.

—Tienes razón. Ésa sí que es una pregunta rara. Pues claro que estoy seguro, hermano. Estuve presente.

—¿No existe ninguna probabilidad de que te hayas equivocado?

Se hizo una pausa en la comunicación, y me pregunté si la línea se habría cortado.

—¿Brian?

—Bien —dijo al cabo de un momento—, es curioso que preguntes eso. El, mmm..., caballero en cuestión utilizó mucho esa palabra. No paró en todo el rato de decirme que estaba cometiendo una terrible equivocación. Algo acerca de robo de identidad, creo. La verdad es que no le hice caso.

Algo me empujó por detrás.

—Dexter —dijo Astor, empujando con más fuerza—. No podemos ver.

—Un momento —repliqué, y les empujé hacia atrás de nuevo—. Brian, ¿puedes describir al, mmm..., caballero en cuestión?

—¿Antes o después?

—Antes.

—Bieeeeeen. Yo diría que unos cuarenta y cinco años, tal vez metro setenta y cinco y setenta kilos. Pelo rubio, bien afeitado, gafas de montura dorada.

—Oh —dije. Crowley debería pesar unos quince kilos más que ese tipo y llevaba barba.

—¿Todo va bien, hermano? Pareces un poco alicaído.

—Me temo que no todo va bien. Creo que el caballero en cuestión tenía razón.

—Oh, Dios. ¿Se produjo una equivocación?

—Eso parece desde aquí.

—Oh, vaya. *Qué será*.

Astor me dio otro codazo.

—Dex-ter, venga.

—He de colgar —dijo a Brian.

—Me encantaría saber qué hice. ¿Me llamarás después?

—Sí puedo. —Guardé el teléfono y me volví hacia los niños—. Bien, los dos vais a esperar en el pasillo.

—Pero, Dexter —dijo Astor—, no hemos visto nada, de veras.

—Lástima —mi tono fue firme—. No podréis acercaros más hasta que la policía haya terminado.

—No es justo —se quejó Cody, con un puchero gigantesco.

—Te aguantas. Así me gano la vida —contesté, en referencia al trabajo en la escena del crimen, por supuesto, no a los crímenes en sí—. Hemos de salir de la habitación sin tocar nada y llamar a la policía.

—Sólo queremos mirar. No tocaremos nada —insistió Astor.

—No —dije, y les empujé hacia la puerta—. Esperad en el pasillo. Saldré dentro de un momento.

No les gustó en absoluto, pero salieron, mientras intentaban todo el rato echar un vistazo más al sofá cama, pero yo les expulsé al pasillo, cerré la puerta y me dispuse a echar un vistazo más detenido.

Nadie habría dicho nunca que Hood era un hombre guapo, pero ahora era definitivamente repulsivo. La lengua asomaba entre los dientes rotos, y el ojo que no colgaba de la cavidad estaba enrojecido. Eso era el claro resultado de un golpe tremendo, y no creí que hubiera sufrido mucho rato, lo cual no me parecía justo.

Me arrodillé al lado de la cama y miré debajo. No había llaves arrojadas con las prisas ni pañuelos con monogramas que me revelaran quién había hecho esto, pero no eran necesarios. Yo sabía quién lo había hecho. Pero todavía necesitaba saber cómo. Al otro lado de la cama vi algo, di la vuelta y lo arrastré hacia fuera lo suficiente para ver qué era. Se trataba de un gran sombrero de pirata de los que venden como recuerdo, de esos que llevan el parche de goma negro incorporado para que cuelgue por delante. Dentro había embutido un pañuelo rojo. Incluso sin tocarlo, vi sangre en el pañuelo. ¿Un disfraz para Hood? Era probable que hubiera cubierto las heridas lo suficiente para conseguir introducirle en el hotel.

Me levanté y, sólo para ser concienzudo, entré en el dormitorio a ver si habían tocado algo. Pero todo parecía en su sitio; no había nadie acechando en el armario, daba la impresión de que no habían registrado la maleta de Rita, y hasta mi ordenador portátil continuaba sobre el escritorio, al parecer intacto. Me extrañó, Crowley se jactaba de ser un maestro de la informática. ¿Por qué no había dedicado dos minutos a investigar en mi ordenador y averiguar mis secretos?

Y desde el fondo de la Mazmorra de Dexter se oyó un suave aleteo y una respuesta entre susurros:

*Porque no lo necesitaba.*

Parpadeé. Era una respuesta dolorosamente sencilla, y consiguió que me sintiera más estúpido que nunca.

No necesitaba averiguar mis secretos.

Ya los conocía.

Siempre iba un paso por delante de mí porque ya había pirateado mi disco duro, y cada vez que yo lo encendía para descubrir su dirección, leer mis correos electrónicos o reservar una habitación de hotel, él me hacía compañía. Había muchos programas para conseguir eso. La única pregunta era cómo lo había introducido en mi disco duro. Intenté recordar si había abandonado mi ordenador en algún lugar, aparte de en casa o en el trabajo: no. Nunca lo había hecho. Pero, por supuesto, no era necesario el contacto físico con un ordenador para

piratearlo. Con el gusano informático adecuado, la wi-fi sería suficiente. Y con ese pensamiento recordé haber estado sentado delante de mi ordenador y abrir un correo electrónico que anunciaba el nuevo sitio web «Sangre Tropical». Se había producido un estallido de bonitos gráficos muy veloces, y después un lento reguero de sangre, perfecto para distraerme mientras el programa se introducía en mi disco duro y empezaba a contarle a Crowley todo sobre mí.

Era lógico. Estaba seguro de tener razón, y con dos minutos de trabajo en el ordenador obtendría la confirmación, pero se oyeron golpes continuados en la puerta, y la voz angustiada y ahogada de Astor gritando mi nombre. Di media vuelta. Daba igual. Incluso sin encontrar el gusano de Crowley, sabía que estaba allí. Era la única posibilidad.

Los golpes se repitieron, de modo que abrí la puerta y salí al pasillo. Los dos niños intentaron atisbar el cuerpo de Hood, pero yo cerré la puerta.

—Sólo queremos echar un último vistazo —dijo Astor.

—No —repliqué—. Y otra cosa. Tenéis que fingir estar asqueados y asustados. Para que la gente crea que sois niños normales.

—¿Asustados? —preguntó ella—. ¿Asustados de qué?

—Asustados del cadáver, de la idea de que un asesino ha estado en la habitación de vuestro hotel.

—Es una suite —me corrigió la niña.

—De modo que ponéis cara de susto cuando llegue la policía —dije, y nos fuimos hacia el ascensor. Por suerte, había un espejo en el ascensor, y durante la bajada hasta el vestíbulo practicaron lo de poner cara de susto. Ninguno de los dos era muy convincente (son necesarios años de práctica), pero confié en que nadie se daría cuenta.

He estado en centenares de escenas del crimen durante mi carrera, y muchas estaban en hoteles, por lo cual era muy consciente de que la dirección, hablando en términos generales, no considera los cadáveres hallados en las habitaciones una buena publicidad para el hotel. Prefieren mantener esas cosas en privado, de modo, que imbuido del espíritu de la cooperación educada, me acerqué al mostrador de recepción y pedí hablar con el director.

La empleada era una mujer negra muy atractiva. Sonrió con verdadera solidaridad.

—Por supuesto, señor. ¿Hay algún problema?

—Hay un cadáver en nuestra suite —explicó Astor.

—Calla —le dije.

La sonrisa de la empleada tembló, y después se esfumó cuando paseó la mirada entre Astor y yo.

—¿Estás segura de eso, jovencita? —preguntó a la niña.

Apoyé una mano represora sobre Astor.

—Temo que sí —dije a la empleada.

Ella nos miró boquiabierta unos segundos.

—Oh, Dios mío —exclamó por fin—. Quiero decir... —Carraspeó, y después llevó a cabo un esfuerzo muy visible por recuperar su expresión formal de empleada—. Esperen aquí —dijo, y luego se lo pensó mejor—. O sea... ¿Me acompañan, por favor?

La seguimos a través de la puerta que había detrás del mostrador y esperamos a que llamara al director. Éste llegó, y esperamos un poco más mientras llamaba a la policía. Y después esperamos todavía más mientras la policía y los forenses subían a nuestra suite. Llegó una mujer y nos miró mientras hablaba con la empleada. Aparentaba unos cuarenta y cinco años, de pelo gris y piel fofa que colgaba de su cuello como papel crepé. Daba la impresión de ser una de aquellas chicas alegres que habían llegado a Key West y frecuentaban los bares, hasta que un día despertó y se dio cuenta de que la fiesta había terminado y de que debía conseguir un trabajo de verdad. No parecía gustarle mucho. Tenía una expresión de permanente decepción grabada en la cara, como si tuviera un mal sabor en la lengua y no pudiera deshacerse de él.

Después de una veloz y silenciosa conversación con la empleada, se acercó y me habló.

—¿Señor Morgan? —dijo en tono oficial, y yo reconocí el tono al instante. Sus siguientes palabras demostraron que estaba en lo cierto—. Soy la detective Blanton. He de hacerle algunas preguntas.

—Por supuesto.

—En primer lugar, quisiera saber si sus hijos se encuentran bien —dijo, y sin esperar la respuesta se acuclilló al lado de Cody y Astor—. Hola —les saludó, en un tono de voz reservado por lo general a mascotas inteligentes o humanos idiotas—. Soy la detective Shari. ¿Puedo hablar con vosotros de lo que visteis en la habitación?

—Es una suite —puntualizó Astor—. Y de todos modos, no conseguimos ver casi nada porque Dexter nos obligó a abandonar la habitación antes de poder ver algo concreto.

Blanton parpadeó boquiabierta. Estaba claro que no era la reacción que esperaba.

—Entiendo —dijo, y me miró.

—Estaban muy asustados —expliqué y puse un poco de énfasis en la palabra para que ellos recordaran que estaban asustados.

—Por supuesto. —Blanton miró a Cody—. ¿Te recuperarás, colega?

—Bien —dijo el niño en voz baja, y después me miró—. Muy asustados.

—Eso es de lo más normal —dijo la detective, y Cody pareció muy complacido—. ¿Y tú, cariño? —continuó, al tiempo que se volvía hacia Astor—. ¿Lo llevas bien?

La niña llevó a cabo un visible esfuerzo por no contestar con un rugido al

«cariño».

—Sí, estoy bien —logró articular—, gracias, sólo asustada.

—Ajá —dijo Blanton. Paseó la vista entre los dos niños, al parecer en busca de un indicio de que fueran a sumirse en estado de *shock*.

Mi teléfono sonó. Era Rita.

—Hola, querida —dije, medio vuelto hacia el otro lado.

—Dexter, acabo de pasar por delante del acuario. No abre hasta casi... Y tú, ¿dónde estás? Porque faltan un par de horas.

—Bien, tenemos un pequeño problema. Se ha producido un pequeño incidente en el hotel...

—Oh, Dios mío, lo sabía.

—Nada de qué preocuparse —dije, y alcé mi voz por encima de la suya—. Todos estamos bien. Es que ha pasado algo y fuimos testigos, de modo que hemos de prestar declaración, eso es todo.

—Pero sólo son unos niños. Ni siquiera es legal, y han de... ¿Se encuentran bien?

—Los dos están bien. Están hablando con una mujer policía muy simpática —dije, y pensé que había llegado el momento de cortar por lo sano—. Rita, por favor, adelántate a la subasta. Estaremos bien.

—No puedo... Porque, o sea, ¿la policía está ahí?

—Has de ir a la subasta. Para eso hemos venido. Consíguenos una casa en la calle Ciento cuarenta y dos.

—Es Terrace. Terrace, Ciento cuarenta y dos.

—Todavía mejor. Y no te preocupes. Llegaremos con tiempo de sobra.

—Bien, pero... Creo que debería ir allí...

—Has de prepararte para la subasta. Y no te preocupes por nosotros. Terminaremos aquí e iremos a ver a los tiburones. No es más que un pequeño inconveniente sin importancia.

—¿Señor Morgan? —dijo Blanton a mi espalda—. Aquí hay alguien que quiere hablar con usted.

—Compra esa casa —dije a Rita—. He de colgar.

Me volví hacia la detective, y vi que mi pequeño inconveniente había crecido varias tallas.

El sargento Doakes, con los dientes por delante, entró en la habitación.

He estado en muchas salas de interrogatorios de la policía, y la verdad, la de la comisaría de Key West era de lo más normal. Pero esta vez parecía diferente, puesto que yo estaba en el lado equivocado de la mesa. No me habían esposado, lo cual consideré muy amable por su parte, pero daba la impresión de que tampoco querían que fuera a ningún sitio. Así que me senté a la mesa mientras

Blanton, y después varios detectives más, entraban y salían, rugían las mismas preguntas, y después volvían a desaparecer. Y cada vez que se abría la puerta, veía al sargento Doakes de pie en el pasillo delante de la sala. Ahora no sonreía, aunque estoy seguro de que se sentía muy feliz, puesto que yo estaba donde él deseaba, y sabía que, en su opinión, valía la pena haber perdido a Hood con tal de ponerme en ese lugar.

Intenté con todas mis fuerzas ser paciente y contestar a las cuatro preguntas habituales que los policías de Key West no paraban de formular, por más veces que las repitieran, e intenté con el mismo ánimo recordar que esta única vez yo era inocente como un niño y no tenía nada de qué preocuparme. Tarde o temprano tendrían que soltarme, por más que Doakes se empeñara en invocar la cooperación profesional.

Pero daba la impresión de que no tenían prisa, y al cabo de una hora o así, durante la cual no me ofrecieron ni café, pensé que tal vez debería animarles. De manera que, cuando entró el cuarto detective y se sentó frente a mí, y me informó por tercera vez de que se trataba de un asunto muy grave, me levanté.

—Sí, lo es. Me están reteniendo aquí sin ningún motivo, sin presentar cargos, cuando yo no he cometido ningún delito.

—Siéntese, Dexter —dijo el detective. Tendría unos cincuenta años y tenía aspecto de haber recibido varias palizas, y pensé que una más sería una buena idea, porque había dicho mi nombre como si lo considerara divertido, y aunque por lo general soy muy paciente con la estupidez (al fin y al cabo, es lo que más abunda), eso fue la gota que colmó el vaso.

De modo que apoyé los nudillos sobre la mesa y me incliné hacia él, y liberé toda la justa indignación que sentía.

—No, no pienso sentarme. Y no contestaré a las mismas preguntas una y otra vez. Si no van a presentar cargos y no van a soltarme, quiero un abogado.

—Escuche —dijo el tipo, con cansada cordialidad—, sabemos que trabaja en el Departamento de Miami-Dade. Un poco de cooperación profesional no le va a perjudicar, ¿verdad?

—En absoluto. Y a menos que me deje en libertad de inmediato, pienso cooperar lo máximo posible con su departamento de Asuntos Internos.

El detective tamborileó con los dedos sobre la mesa unos segundos como si fuera a destrozarla. Pero al final le dio una palmada suave, se levantó y salió sin decir palabra.

Sólo transcurrieron cinco minutos antes de que Blanton volviera a entrar. No parecía contenta, pero tal vez no sabía cómo. Sostenía una carpeta de papel manila en una mano que golpeaba contra la otra, mientras me miraba como si quisiera culparme del déficit presupuestario federal. Pero no dijo nada. Se limitó a mirarme unos instantes más, golpeó la carpeta varias veces, y después meneó la cabeza.

—Puede marcharse —dijo.

Esperé a ver si pasaba algo más. No fue así, de modo que salí al pasillo. Por supuesto, el sargento Doakes me estaba esperando.

—Mejor suerte la próxima vez —le dije.

No contestó, ni siquiera me enseñó los dientes. Se limitó a dirigirme la mirada de chacal hambriento que yo tan bien conocía, y como nunca he sido de los que disfrutan de un silencio incómodo, di media vuelta y asomé la cabeza en la sala de interrogatorios que había sido mi hogar durante los últimos noventa minutos.

—Blanton —dije, bastante orgulloso de mí mismo por recordar su nombre—, ¿dónde están mis hijos?

Dejó la carpeta sobre la mesa, suspiró y se acercó a la entrada.

—Han ido a reunirse con su madre —contesté.

—Ah, estupendo. ¿Les ha acompañado un coche patrulla?

—No, podríamos meternos en líos por eso. Tenemos problemas de presupuesto.

—Bien, no los habrá metido en un taxi sin acompañante, ¿verdad? —pregunté, y admito que me estaba irritando con ella, y con todo el Departamento de Policía de Key West.

—No, claro que no —dijo, con algo más de ánimo del que había demostrado hasta el momento—. Se fueron con un adulto autorizado.

Sólo se me ocurrían dos personas que pudieran considerarse autorizadas, y por un momento experimenté un breve destello de esperanza. Tal vez Deborah había llegado y las cosas estaban mejorando al fin.

—Ah, bien. ¿Era su tía, la sargento Deborah Morgan?

Blanton me miró, parpadeó y negó con la cabeza.

—No —dijo—, pero no pasa nada. Su hijo le conocía. Era el líder de sus Lobatos.

Últimamente había dedicado demasiado tiempo a lamentar el declive de mis poderes mentales, antes tan asombrosos, y por eso supuso un gran alivio constatar que las células grises estaban volviendo *online*, porque no pensé, ni por un momento, que el «líder de sus Lobatos» se refiriera a Frank, el barrigudo líder real de la manada, tan aficionado a contar cuentos de fantasmas. Supe al instante quién se había llevado a Cody y Astor.

Era Crowley.

Había ido a la comisaría, un edificio lleno de policías que le estaban buscando a él, aunque no lo supieran, y a base de engaños había entrado en posesión de mis hijos y se había marchado con ellos, y mientras una parte muy pequeña de mí admiraba la absoluta audacia de la jugada, el resto no estaba de humor para repartir cumplidos.

Se había llevado a mis hijos. Cody y Astor eran míos, y me los había arrebatado ante mis propias narices. Era una afrenta personal muy especial, que me embargó de la rabia más grande, intensa y cegadora que había experimentado jamás. Una niebla roja cubrió todo lo que veía, empezando por la detective Blanton. Me estaba mirando con los ojos desorbitados, como una especie de pez espantoso, estúpido y mustio, me estaba mirando y burlándose de mí por dejarme detener y perder a los niños, y todo era por su culpa. Todo: había hecho caso a Doakes, me había retenido en la comisaría y entregado a mis hijos a la única persona en el mundo que no quería cerca de ellos, y estaba delante de mí, haciendo estúpidas muecas, y me entraron unas ganas enormes de agarrar su cuello fofo y sacudirla hasta que las arrugas de papel crepé de su cuello vibraran, y después apretar hasta que se le salieran los ojos de las órbitas y su rostro se tiñera de púrpura y todos los huesos pequeños y delicados de su garganta crujieran y se partieran entre mis manos...

Blanton debió darse cuenta de que mi reacción era algo más que un educado «gracias» y un cabeceo despreocupado. Se alejó de mí un paso, hasta entrar en la sala de interrogatorios.

—Mmm..., hicimos bien, ¿verdad, señor Morgan? —Y si bien dirigirse a mí por el apellido demostraba más respeto que el simple tuteo, ello no me calmó, en absoluto. Sin darme cuenta de lo que estaba haciendo, avancé un paso hacia ella y flexioné los dedos—. Su hijo le conocía —añadió ella un poco desesperada—. Era... Quiero decir, los Lobatos. Todos han de pasar un control de antecedentes...

Justo antes de rodear su garganta con mis manos, algo muy duro y metálico agarró mi codo y me obligó a retroceder medio paso. Me volví, dispuesto a hacerle pedazos también, pero, por supuesto, era el sargento Doakes, y no parecía posible hacerle pedazos, incluso a través de la neblina roja. Había aferrado mi brazo con una de sus garras protésicas, y me estaba mirando con



una expresión de divertido interés, como si esperara que intentara algo. La niebla roja se disipó de mi vista.

Liberé mi brazo de su garra, lo cual fue más difícil de lo que suena, y miré una vez más a la detective Blanton.

—Si les ha pasado algo a mis hijos, lo lamentaré durante el resto de su breve, estúpida y miserable vida.

Y antes de que pudiera pensar en contestarme algo, di media vuelta, pasé rozando a Doakes y me alejé por el pasillo.

No fue un paseo a pie muy largo hasta el centro de la ciudad. No hay largos paseos en Key West. Todo cuanto lees sobre la población te dice que es una isla pequeña, unos pocos kilómetros cuadrados embutidos al final de los Cayos de Florida. Se supone que es una agradable ciudad pequeña, llena de sol y diversión y un buen tiempo que nunca se acaba. Pero cuando pasas al calor sofocante de la calle Duval con el fin de localizar a un hombre concreto con dos niños, no tiene nada de pequeña. Y cuando llegué por fin al centro de la ciudad y paseé la vista a mi alrededor, presa del pánico y la furia, me llegó la idea con tal fuerza que estuvo a punto de dejarme sin aliento. Estaba buscando la punta de una aguja en un campo lleno de pajares. Era mucho más que un vano esfuerzo, mucho más que un esfuerzo desesperado. Ni siquiera existía un lugar lógico por donde empezar.

Todo parecía conchabado contra mí. Las calles rebosaban de gente de todos los tamaños y formas, y ni siquiera podía ver a media manzana en cualquier dirección. Un trío de Hemingways me adelantó, y tomé conciencia del hecho de que buscar a Crowley era ridículo. Era un tipo corpulento con barba, y las calles de Key West estaban atestadas de tipos corpulentos con barba. Paseé la vista a mi alrededor, pero era absurdo, inútil, imposible. Estaban por todas partes. Más hombres corpulentos con barba me adelantaron. Dos de ellos llevaban niños de la mano, niños del tamaño y la forma de Cody y Astor, y cada vez sentí una punzada de esperanza, y cada vez sus caras no eran las debidas y la multitud se cerraba en torno a ellos y avanzaba en tropel por Duval y me dejaba abandonado en una oscura nube gris de desesperación. Nunca los encontraría. Crowley había ganado, y lo mejor que podía hacer era volver a casa y esperar el fin de todo.

La desesperación me invadía como una marea viva, y yo me apoyé contra un edificio y cerré los ojos. Era más fácil no hacer nada, con la espalda apoyada contra un edificio, que obtener el mismo resultado yendo de un lado a otro sin tener ni idea de adónde ir ni qué buscar. Podría haberme quedado allí sin hacer nada más, refugiado en la sombra y envuelto en la derrota. Y habría podido quedarme allí mucho más rato, de no ser porque una idea muy pequeña y brillante se abrió paso entre la marea gris y meneó la cola en mi dirección.

Vi que nadaba describiendo perezosos círculos durante un momento, y

cuando por fin comprendí lo que estaba diciendo la agarré por las aletas y la levanté para echarle un vistazo. Le di la vuelta y miré por todas partes, y cuanto más lo hacía, más acertada me parecía. Abrí los ojos, me incorporé lenta y deliberadamente, eché un último vistazo a la cosa ondulante y supe que tenía razón.

Crowley no había ganado; todavía no.

No quiero decir que mi idea conllevara un destello de estúpida esperanza, ni que me revelara adónde había ido Crowley con Cody y Astor. Me había revelado una verdad mucho más simple y convincente:

El juego no había terminado.

Crowley aún no había hecho lo que tenía que hacer. Secuestrar a Cody y Astor no era el Final del Juego, porque no estábamos jugando a Capturar a los Niños. Estábamos jugando a Vamos a Destruir a Dexter. No quería hacerles daño; su excesivamente desarrollado sentido del bien y del mal no le permitiría hacer daño a niños inocentes. No, quería hacerme daño a mí, castigarme por las maldades que había cometido. Por lo tanto, hasta que estuviera muerto o inmovilizado con grilletes, Crowley no habría terminado de jugar.

Ni yo. Tan sólo acababa de empezar.

Hasta el momento todo le había salido bien, me había pillado desprevenido, había lanzado sus desagradables e insignificantes pullas, y después desaparecido antes de que yo pudiera reaccionar, y creía que estaba ganando y que yo no era más que un soso saco de arena, un objetivo grande y sencillo, fácil de encontrar y lento en reaccionar, y me había empujado y abofeteado y acorralado en un rincón, hasta convencerse de que me tenía contra las cuerdas y sería fácil terminar conmigo.

Estaba equivocado.

Aún no me había plantado cara. No tenía ni idea de qué significaba intentar derribarme en persona. No se había enfrentado cara a cara con el campeón, Dexter el Destructor, no se había enfrentado a mí en carne y hueso con la certidumbre de la muerte en cada mano y el viento oscuro ululando a nuestro alrededor; ése era mi terreno familiar, y todavía no lo había pisado, y el combate no empezaría hasta que lo hiciera.

Pero Crowley había tañido la campana del último asalto cuando secuestró a Cody y Astor. Creía que yo estaba debilitado y él preparado, y llevó a cabo su maniobra. Y no había secuestrado a los niños para mofarse de mí, para demostrarme que él era muy inteligente y yo un idiota indefenso. No, los había secuestrado para que yo fuera a por ellos. Eran el cebo de su trampa, y una trampa no puede atrapar nada a menos que la presa sepa dónde está.

Estaba esperando a que le encontrara. Y eso significaba que, de alguna manera, tendría que averiguar dónde estaba. En algún lugar encontraría una pista grande y evidente, una invitación a la danza. No quería esperar demasiado, no

querría dejarlo al azar. Yo sabía que estaba en lo cierto. Me había abofeteado con un guante, y en algún lugar cercano y evidente lo había tirado para que yo lo encontrara.

Mi teléfono sonó, y le eché un vistazo. Era Rita. Estuve a punto de contestar por la fuerza de la costumbre, pero antes de que pudiera apretar el botón de hablar, oí un timbre interior diferente, y lo supe.

Por supuesto. Todo esto giraba alrededor de los ordenadores y la convicción presuntuosa de Crowley de que era el Rey de Internet. No dejaría una pista en alguna parte; me la enviaría por correo electrónico.

El teléfono sonaba con insistencia, pero ahora tenía un uso mucho más importante que hablar con Rita, de modo que apreté el botón de desconexión. Pulsé el icono del correo electrónico y tuve la impresión de que transcurrían horas antes de que la pantalla mostrara al fin mi bandeja de entrada. Pero finalmente lo hizo, y allí, arriba, había una nota de Sombrablog. La abrí.

*Muy bien, decía. Por fin has descubierto mi verdadero nombre y dirección.*

Algo chocó contra mí y me puse en estado de alerta. Un ruidoso grupo de jóvenes que parecían salidos de una fiesta de fraternidad que se les había escapado de las manos me adelantó, gritando y bebiendo cerveza en vasos de plástico. Me abrí paso a empujones entre ellos y me senté en el borde de una pared baja delante de un restaurante, y reanudé la lectura del correo.

*Por fin has descubierto mi verdadero nombre y dirección. Lástima que no sean mi nombre y dirección verdaderos. ¿De veras creías que sería tan fácil? Pero gracias de todos modos: me has solucionado un problema. El tipo era mi ex jefe, un auténtico cretino. Y será mucho más seguro utilizar a partir de ahora «Doug Crowley», porque nadie se va a quejar. También utilizo su coche.*

*Tú y yo casi hemos terminado. Has de saberlo. Sólo queda un último capítulo, y también sabes cuál es.*

*Tú y yo.*

*Has de pagar por lo que has hecho. He de hacerte pagar. No hay otra forma, y tú sabes lo que se avecina y has de hacerlo: tengo a tus hijos. Es probable que no les haga daño, a menos que no aparezcas.*

*Esta vez yo pongo las condiciones. He de montar la trampa y esperar a que caigas en ella. Yo elegí el lugar, y es muy bueno. Muy ingenioso, algo seco. Date prisa, no seas tortuga.*

*Parecen unos críos muy simpáticos.*

Eso era todo. Volví a leerlo, pero no había nada más.

Me dolía la mandíbula. Me pregunté por qué. Nadie me había pegado. ¿Acaso en los últimos tiempos estaba apretando demasiado los dientes? Por lo visto sí. Era muy probable que me estuviera comiendo todo el esmalte. Eso no era bueno.

Provocaría caries. Me pregunté si viviría lo bastante para ir al dentista. O, en caso de que las cosas fueran mejor de lo que yo pensaba, si el programa dental de la cárcel de Raiford lo cubriría.

Por supuesto, si continuaba pensando en mis dientes, lo mejor sería que me los arrancara y yo mismo.

En algún lugar, Crowley, Bernie o como se llamara, me estaba esperando. Pero ¿aquí, en Key West? Improbable.

No jugabas a estas cosas en Party Central<sup>[7]</sup>. Encontraría algún lugar lejos de los senderos trillados, incluso un poco aislado, y me lo revelaría de alguna forma inteligente, para que al fin pudiera descubrirlo, pero no demasiado pronto. No obstante, debía estar tan ansioso como yo por acabar de una vez por todas, de modo que tenía que ser un lugar no muy alejado. No se los llevaría a Zanzíbar, ni siquiera a Cleveland.

Leí una vez más el correo electrónico, en busca de alguna pista. Todo era relativamente claro, excepto al final, donde decía « muy ingenioso, algo seco » , y después, « No seas tortuga » . Eso carecía de sentido. Era una forma patosa de expresarse, y no era su estilo. ¿Y qué lugar podía ser ingenioso? Y aunque lo fuera, ¿por qué no se limitaba a decir: *Creo que es divertido; date prisa?* No había nada más destacable en la nota. Esas líneas tenían que revelarme adónde debía ir. Perfecto, si se me ocurría algún sitio divertido y me iba corriendo allí, casi sin duda le encontraría.

« Divertido » . Había varios cabarets en la ciudad, y un club de comedia, todo a escasa distancia a pie, de modo que podía llegar enseguida. Pero divertido no era lo mismo que ingenioso..., ¿y por qué era tan importante darse prisa?

Me di cuenta de que estaba apretando los dientes de nuevo. Paré y respiré hondo. Me recordé que era muy inteligente, mucho más listo que él, y que sería capaz de descifrar cualquier cosa que inventara para mofarse de mí y metérselo por donde más le doliera. Sólo debía pensar en positivo y concentrarme un poco.

Consiguió que me sintiera mucho mejor. Empecé por el principio:

*Ingenioso*<sup>[8]</sup>. No me reveló nada.

*No seas tortuga*. Todavía peor. No se me ocurrió nada. Era maravilloso ver el poder del pensamiento positivo.

De acuerdo, estaba pasando algo por alto. Tal vez era la palabra « ingenioso » . Tal vez era algún espantoso juego de palabras; había una calle White a escasas manzanas de distancia. Pero eso era llevar las cosas demasiado lejos. ¿Existiría un Cayo Whitt? Nunca había oído hablar de él. ¿Y qué decir sobre « tortuga » ? Había un Turtle Kraals<sup>[9]</sup> en la orilla. Pero él decía « no seas tortuga » , y eso era absurdo. No podía referirse a eso, y por lo tanto yo no era tan inteligente como pensaba.

Un trío de hombres pasó a mi lado discutiendo en español. Distinguí la palabra

*pendejo*, y pensé que era apropiada. Yo era un *pendejo*, un completo idiota, y merecía perderlo todo a manos de un *pendejo* todavía más grande, ya fuera en español o en inglés. Era probable que Crowley no supiera ni siquiera hablar español. Yo sí, y hasta el momento eso no me había ayudado a encontrarle. De hecho, nunca me había ayudado a nada, salvo a pedir la comida. Era un idioma inútil, tan inútil como yo, y debería trasladarme a algún lugar donde no volviera a oírlo hablar. Encontrar una pequeña isla y...

Muy, muy lejos oí ruido de muchedumbres y música, y la campana del Conch Train mientras recorría las calles, y todos los sonidos de la jarana ebria y descerebrada que tanto me había irritado unos momentos antes. Y en el cielo el sol de julio continuaba golpeando sin piedad y lo agostaba todo bajo su resplandor. Pero Dexter ya no estaba acalorado y preocupado: Dexter notaba que soplaban una brisa fresca y suave, y Dexter sólo oía una melodía dulce y relajante, la deliciosa sinfonía de la vida, que desgranaba su majestuosa y maravillosa canción. Key West era un lugar mágico, y el español, el emperador de todos los idiomas, y bendecí el día que había decidido aprenderlo. Todo era nuevo y maravilloso, y yo ya no era un *pendejo*, porque había recordado una sencilla palabra española y todo encajaba.

«*Turtle*», en español, significa *tortuga*.

El grupo de islas que se encuentra a unas sesenta millas al sur de Key West se llamaba las Tortugas. De hecho, las Tortugas Secas, como en la irónica referencia de Crowley. Hay un parque allí, y un viejo fuerte, y varios trasbordadores que cada día te transportan a ellas, y ya sabía adónde había llevado Crowley a Cody y Astor.

Había un hotel al otro lado de la calle donde yo estaba sentado. Cruzé la calle corriendo y entré en el vestíbulo. Justo al lado de la puerta, en el sitio acostumbrado, había un expositor lleno de folletos de todas las atracciones de Key West. Los examiné a toda prisa, encontré uno con un alegre encabezado azul que anunciaba CONCH LINE, y lo saqué del expositor.

*¡Nuestra superrápida y ultramoderna flota de catamaranes de alta tecnología, decía, le transporta a toda velocidad a Fort Jefferson, en las Tortugas Secas, dos veces al día!*

Los barcos zarpaban del muelle a un kilómetro escaso de donde yo me encontraba ahora, y el segundo y último barco salía a las diez de la mañana. Paseé la vista alrededor del vestíbulo y vi un reloj sobre el mostrador de recepción: eran las nueve y cincuenta y seis minutos. Me quedaban cuatro minutos para llegar.

Salí corriendo del vestíbulo y bajé por Duval. Las multitudes eran todavía más numerosas y alegres ahora. Siempre era la Hora Feliz en Key West, y tratar de abrirse paso entre las multitudes de juerguistas era casi imposible. En la esquina giré a la derecha por la calle Caroline, y el rebaño disminuyó

notablemente. A media manzana de distancia, cuatro hombres barbudos estaban sentados en el bordillo con una botella de algo envuelta en una bolsa de papel. No eran Hemingways. Sus barbas eran largas y enmarañadas, me miraron como zombis y prorrumpieron en vítores cuando pasé corriendo. Esperé que hubiera algo que celebrar.

Tres manzanas más. Estaba seguro de que ya habían transcurrido más de cuatro minutos. Me dije que nada salía siempre puntual. Estaba empapado de sudor, pero ya veía el mar a mi izquierda, entre los edificios, y aceleré cuando entré en el gran aparcamiento de los muelles. Más gente ahora, música procedente de los restaurantes de la orilla, y tuve que esquivar a un par de lentas y oscilantes bicicletas antes de salir a un viejo muelle de madera, dejar atrás la caseta de la capitania de puerto y pisar las tablas maltratadas del embarcadero...

Y allí estaba, el catamarán superrápido, ultramoderno y de alta velocidad de Conch Line, que se estaba alejando poco a poco del muelle para adentrarse en el puerto. Cuando me detuve en los últimos veinte centímetros del muelle, no estaba muy lejos, sólo a unos cinco metros de mí, lo suficiente para estar demasiado lejos.

Lo suficiente para ver al otro lado de la brecha cada vez más ancha a Cody y Astor apoyados en la barandilla, mirándome angustiados. Y justo detrás de ellos, con un sombrero de ala flexible y una sonrisa de triunfo, a Crowley. Apoyó una mano sobre el hombro de Astor y levantó la otra para saludarme, y lo único que pude hacer fue mirar mientras el barco se alejaba del muelle, aceleraba y desaparecía detrás de Sunset Key, para luego desviarse hacia el sur e internarse en el azul profundo y vacío del océano Atlántico.

Un montón de gente se dedica a la vagancia en Key West. Es un buen lugar para eso. Puedes observar a todo el mundo deambular por la calle Duval y preguntarte a qué extraña raza alienígena pertenece. O puedes bajar hasta el mar y mirar los pelicanos, ver los barcos que se mecen anclados o atraviesan el puerto, abarrotado de jueguistas quemados por el sol, y si alzas la vista ves los aviones que vuelan bajo arrastrando sus pancartas.

Durante cinco minutos, eso fue todo lo que hice. Me dediqué al pasatiempo nacional de la República de la Caracola y no hice nada. Me quedé parado en el muelle y miré el agua, los barcos, los pájaros. No parecía que pudiera hacer mucho más. El barco con Cody y Astor se había ido, cruzando el mar. Se encontraba ya a más de una milla y media de distancia, y no podía ordenar que lo detuvieran ni correr detrás de él sobre las aguas.

Así que no hice nada. Y parece un poco irónico, pero por lo visto hay un lugar en Key West donde no puedes hacer eso, y yo lo había descubierto. Me di cuenta de que la gente trabajaba a mi alrededor, movía rollos de cuerda, mangueras y carritos de dos ruedas atestados de equipajes, comida, hielo y equipos de buceo. Y a juzgar por las miradas de irritación que me dirigían, y o les estorbaba.

Por fin, uno de ellos se detuvo a mi lado, dejó caer las asas de un carrito lleno de tanques de buceo y alzó su cara hacia mí.

—Escuche, capitán —dijo en tono campechano y cordial—, me pregunto si podría apartarse un poco. Hemos de cargar el barco para una excursión de buceo.

Me volví hacia él y le miré a la cara. Era una cara cordial y franca de color marrón oscuro, y por si pudiera ser un cliente en potencia, añadió:

—A los arrecifes, es precioso. Debería verlos alguna vez, capitán.

Un diminuto destello de esperanza alumbró en los oscuros rincones de mi cerebro.

—No irán cerca de Fort Jefferson, por casualidad.

El hombre rió.

—¿Las Tortugas? No, señor, acaba de perderse el último barco que va allí. El siguiente es mañana por la mañana.

Por supuesto. Como siempre, la esperanza era una estúpida pérdida de tiempo. Mi pequeño destello se apagó y la niebla gris volvió a elevarse. Y como la gente siempre insiste en hablar contigo cuando quieres estar a solas con tu muda desesperación, el hombre continuó dándome la lata con su alegre parloteo de charlatán.

—Desde luego, vale la pena ver las Tortugas. Y Fort Jefferson es increíble. Tal vez la mejor forma de verlo sea desde el aire. Tengo por aquí un folleto... —Trotó cinco pasos a su derecha y buscó en un casillero del muelle, y después

volvió con un lustroso folleto de alegres colores—. Tenga. Mi novia trabaja para ellos. Vuelan allí cuatro veces al día. Es precioso sobrevolar a baja altura el fuerte, y después amerizas, muy emocionante...

Embutió el folleto en mi mano y yo lo cogí. Ponía ¡ALBATROSS AIRLINES! en la parte superior..., y de repente pensé que sí era muy emocionante, lo más emocionante del mundo.

—¿Es un hidroavión? —pregunté, mientras miraba las fotos.

—Claro, por fuerza, allí no hay pistas de aterrizaje.

—Será mucho más rápido que ir en barco, ¿verdad?

—Oh, sí, ya lo creo. El barco de Conch Lines tarda sus buenas tres horas, quizás un poco más. Le dejarán allí en unos cuarenta minutos. Un viaje estupendo.

Me daba igual que el viaje fuera estupendo. Si me llevaba a las Tortugas Secas antes de que Crowley llegara, antes de que pudiera tender su Trampa para Aplastar a Dexter, por mí podía ser el viaje más horrible de todos los tiempos, y aun así le daría un abrazo al piloto.

—Gracias —dije, y hablaba en serio.

—Claro. Bien, si no le importa...

Señaló a un lado del muelle y enarcó las cejas para ayudarme a encontrar la forma de apartarme de su camino, pero yo ya me había marchado y corría por el muelle, dejé atrás tiendas y restaurantes y entré en el aparcamiento, donde por una vez la suerte me acompañó y un taxi rosa chillón de Key West estaba vomitando su cargamento de pasajeros pálidos con sobrepeso, y yo subí mientras el último pagaba a la conductora.

—Hola, amigo —dijo la mujer. Tendría unos cincuenta años, con una cara cuadrada que había sido erosionada por el sol y transformada en cuero viejo, y me dedicó una breve sonrisa profesional—. ¿Adónde vamos?

Era una buena pregunta, y me di cuenta de que no sabía la respuesta. Por suerte, aferraba todavía el folleto, así que lo abrí y lo examiné a toda prisa.

—Al aeropuerto —dije, cuando lo encontré en la página—. Y lo más deprisa posible.

—Hecho —dijo la mujer, y salimos del aparcamiento, atravesamos la isla y salimos al otro lado en Roosevelt. Mi teléfono sonó: era Rita. Lo desconecté.

El taxi pasó ante Smathers Beach. Se estaba celebrando la fiesta de una boda en la arena, los novios estaban cerca de la orilla bajo un palio blanco, como los que utilizan en las bodas judías. ¿Una chufa? No, eso era una planta. Algo por el estilo. No podía recordar la palabra. No me parecía tan importante como el hecho de que estábamos saliendo por fin de la carretera de la playa para entrar en el aeropuerto.

Salté del taxi y tiré dinero a la conductora sin contarle ni esperar el cambio, y mientras corría hacia la terminal pensé, *jupá*. Era el nombre del palio



matrimonial judío. Recordar la palabra me satisfizo mucho más de lo que debería, y tomé nota mental de pensar otro día en por qué era eso importante.

Encontré Albatross Airlines al final de la terminal. Una mujer con uniforme marrón se hallaba de pie detrás del mostrador. Tendría unos cincuenta años, con una cara correosa que parecía gemela de la taxista. Me pregunté si sería la novia de mi nuevo amigo del muelle. Por su bien, esperé que no.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó, con una voz como la de una hembra de cuervo marimacho.

—He de ir a las Tortugas Secas lo antes posible —expliqué.

Señaló el letrero de la pared de detrás con un cabeceo.

—Nuestro siguiente vuelo es a mediodía —graznó.

—Necesito ir ahora.

—A mediodía.

Respiré hondo y me dije que abrirle la cabeza a alguien no siempre es la mejor solución.

—Es una emergencia.

La mujer resopló.

—¿Una emergencia de hidroavión? —preguntó con claro sarcasmo.

—Sí —dije, y ella parpadeó sorprendida—. Mis hijos van en barco a las Tortugas Secas.

—Bonita excursión.

—Van con alguien... Un hombre que podría hacerles daño.

La mujer se encogió de hombros.

—Llame a la policía, puede utilizar mi teléfono. Llamarán al puesto de los guardabosques de allí.

—No puedo llamar a la policía —le expliqué, con la esperanza de que no me preguntara por qué.

—¿Por qué?

Pensé a toda prisa. La verdad no era una opción, pero eso nunca ha significado un obstáculo para mí.

—Es... Es mi cuñado. Y ya sabe, es de la familia. Y si la policía interviene, a mi hermana se le partirá el corazón. Y mi madre... Es algo hereditario, mmm..., sufre del corazón.

—Ajá —dijo la mujer, dudosa.

Estaba claro que no avanzaba en nada pese a mi maravillosa creatividad. Pero no desesperé. Ya había estado antes en Key West, y sabía cómo se hacían aquí las cosas. Saqué mi billetero.

—Por favor —dije mientras contaba cien dólares—. ¿No se puede hacer nada?

El dinero desapareció antes de que terminara la frase.

—No lo sé —contestó—. Deje que pregunte a Leroy.

Había una puerta en la pared de atrás bajo los horarios, y ella la atravesó. Regresó un minuto después, seguida por un hombre con uniforme de piloto. Tendría unos cincuenta años, con severos ojos azules y nariz aplastada de boxeador.

—¿Qué pasa, capitán? —preguntó.

—He de ir a las Tortugas lo antes posible.

Asintió.

—Jackie me lo ha dicho. Pero nuestro siguiente vuelo está programado para dentro de dos horas, y he de ceñirme a los horarios. No puedo hacer nada. Lo siento.

Por más que lo sintiera, no se marchó, y eso quería decir que no se estaba negando: estaba negociando.

—Quinientos dólares —dije.

Sacudió la cabeza y se apoyó en el mostrador.

—Lo siento, amigo, pero no puedo hacerlo. Es política empresarial.

—Setecientos —dije, y volvió a negar con la cabeza—. Son mis hijos. Son pequeños y desvalidos.

—Podría perder mi empleo.

—Mil dólares —dije, y dejó de negar con la cabeza.

—Bien.

Los que somos responsables desde un punto de vista fiscal contémpianos con desprecio y condenación a los derrochadores que funden sus tarjetas de crédito. Pero el bucanero de ojos duros que había detrás del mostrador me arrojó en un periquete al fondo de aquel marasmo económico. Necesité dos tarjetas, pero cuando por fin saqué su irrazonable sed de mi dinero, al cabo de sólo cinco minutos más estaba sentado en el asiento del pasajero de su avión con el cinturón de seguridad abrochado. Después tomamos velocidad en la pista, aceleró y nos elevamos al fin al cielo.

El hombre del muelle, y también el folleto que me habían dado, me había asegurado que el vuelo a Tortugas Secas era precioso y memorable. De haber sido así, no lo recuerdo. Lo único que veía era el lento avanzar de la manecilla de mi reloj. Daba la impresión de moverse con mucha más lentitud de lo normal. Tic. Pausa larga. Tic. Otra. Estábamos tardando demasiado. Tenía que llegar antes. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que había zarpado el barco? Intenté hacer las cuentas en mi cabeza. No tendría que haber sido difícil, pero por algún motivo mi concentración se centraba en rechinar los dientes, y no podía pensar en el tiempo.

Por suerte para mis dientes, no fue necesario.

—Ahí lo tiene —dijo el piloto, mientras indicaba la ventanilla con la cabeza. Era lo primero que decía desde que estábamos en el aire, y dejé de apretar los dientes un momento para mirarle. Volvió a cabecear—. El barco de sus hijos.

Miré por la ventanilla. Bajo nosotros distinguí la cubierta blanca reluciente de un barco grande que surcaba las aguas con rapidez y dejaba una larga estela detrás. Incluso desde nuestra altitud vi algunas personas en la cubierta, pero no pude distinguir si alguna era Cody o Astor.

—Relájese. Llegaremos con tres cuartos de hora de ventaja.

No me relajé, pero me sentí un poco mejor. Miré mientras pasábamos por encima del barco y lo dejábamos atrás, y por fin, cuando se perdió de vista, el piloto volvió a hablar.

—Fort Jefferson —anunció.

El fuerte empezó a tomar forma a medida que nos acercábamos, y era impresionante.

—Es grande —dije.

El piloto asintió.

—El Yankee Stadium podría caber dentro de sobra.

Y aunque no se me ocurrió ninguna razón para que alguien quisiera hacer eso, asentí de todos modos.

—Muy bonito —dije.

No tendría que haberle animado. Empezó a parlotear, una larga perorata acerca de la Guerra Civil y el asesinato de Lincoln, e incluso algo acerca de un hospital desaparecido en un banco de arena cercano, y yo me desconecté y me concentré en el fuerte. Era enorme, y si permitía que Crowley desapareciera en el interior, tal vez no le encontraría jamás. Pero al otro lado del fuerte sobresalía un embarcadero, y por lo que yo veía era el único de la isla.

—El barco ha de amarrar allí, ¿verdad? —pregunté. El piloto me miró, casi boquiabierto. Le había interrumpido en mitad de una historia acerca de un faro que era apenas visible a una milla o así en el agua desde el fuerte.

—Exacto —dijo—. Los pasajeros no podrían desembarcar allí. —Señaló el tramo de agua azul oscuro que separaba el fuerte del faro—. Serían pasto del Channel Hog.

—¿El qué?

Sonrió con suficiencia.

—El Channel Hog. El pez martillo más grande conocido por el hombre. Más de seis metros de longitud, y siempre hambriento. Yo no le recomendaría ir a nadar ahí, amigo.

—No lo olvidaré. ¿Cuándo..., mmm, amerizamos?

Pareció algo decepcionado por el hecho de que no hubiera sabido apreciar su ingenio, pero desechó la idea con un encogimiento de hombros. Al fin y al cabo, me había sacado dinero suficiente para pasar por alto aquel desaire.

—Justo ahora —dijo, e inclinó el avión y voló bajo sobre el vestíbulo de entrada del Channel Hog. Los pontones del avión tocaron el mar y levantaron chorros de agua salada limpia y de aspecto fresco, y el ruido del avión alcanzó

un paroxismo agudo por un momento, cuando aminoramos la velocidad y descendimos hacia el fuerte. Era enorme, y sobresalía de la lisa extensión de agua que lo rodeaba, con un aspecto muy impresionante y fuera de lugar, y sus enormes muros de ladrillo que se cernían sobre las escasas palmeras. Más cerca distinguí una hilera de huecos bostezantes en la parte superior del fuerte, probablemente aspilleras inacabadas. Tenían un aspecto espectral, como cuencas vacías de alguna gigantesca calavera que se riera de mí, y dotaban al lugar de una apariencia algo siniestra.

El piloto disminuyó la velocidad un poco más, saltamos entre las pequeñas olas que se estrellaban contra los pilotes de un rompeolas desaparecido, y entramos en un pequeño puerto muy bonito. Un grupo de yates estaba anclado al otro lado, y un barco más pequeño con el logo del Servicio de Parques Naturales en el costado se hallaba amarrado al muelle. Aminoramos la velocidad, giramos y nos pusimos a su lado.

Salté al muelle y seguí el sendero de ladrillo que se internaba en el fuerte, en busca del lugar perfecto para esperar a Crowley, un lugar desde el que pudiera verle sin que él me viera, y sorprenderle antes de que sospechara que yo me encontraba cerca. Me encantan las sorpresas, y quería ofrecerle una buena.

El sol todavía ardía y proyectaba un brillo cegador, y no vi ningún lugar adecuado donde acechar. El sendero de ladrillo conducía a un puente de madera que salvaba un foso, y algunas personas aguardaban allí. Iban vestidas con pantalones cortos y chancas, todas con auriculares embutidos en los oídos, y todas se mecían a un ritmo diferente mientras contemplaban un letrero que rezaba:

## FORT JEFFERSON PARQUE NACIONAL TORTUGAS SECAS

Eran sólo seis palabras, y no llevaría demasiado tiempo leerlas, pero quizá no podían concentrarse con la música atormentando sus cráneos. O quizás eran lectores lentos. En cualquier caso, no creí que el letrero fuera un buen escondite, incluso sin los testigos de la poscultura.

Los dejé atrás y crucé el puente. Al otro extremo, justo debajo de una bandera norteamericana que ondeaba en la almena más elevada, una entrada grande y oscura conducía al interior. Incluso mientras cruzaba el foso no pude ver nada en el interior, salvo un círculo de luz diurna al otro lado. Atravesé el arco cuadrado de mármol, entré y me detuve, porque no podía ver nada en la repentina oscuridad. Era como pasar de repente a la medianoche, y tuve que parpadear un momento mientras mis ojos se adaptaban.

Y mientras estaba escudriñando la oscuridad, una pequeña luz se encendió en la oscuridad más profunda alojada entre mis oídos, y me oí murmurar: *Ajá*.

Aquél era el lugar. Ahí era donde debía esperar a Crowley. Podía ver el muelle donde atracaría el trasbordador, pero él no podría verme, refugiado en las sombras. Y bajaría del barco, pensando que yo estaba a sesenta millas de distancia, y subiría por el sendero, cruzaría el foso y se adentraría en este pasaje abovedado, donde se quedaría ciego unos momentos, como me había pasado a mí. Y entonces daría un último paso y caería en la Verdadera Oscuridad del Placer de Dexter. Era perfecto.

Por supuesto, eso me dejaba con el problema de qué hacer a continuación. Podría sorprender con facilidad a Crowley, reducirle antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando, pero... después ¿qué? No me había traído ninguno de mis juguetes especiales: ni lazo, ni cinta americana, nada. Y me encontraba en un lugar público. Sería fácil dejarle sin conocimiento, pero entonces tendría que ocuparme de un cuerpo grande e inconsciente, nunca una tarea fácil, incluso sin los turistas que merodearían por los alrededores. Podría arrastrar el cuerpo hasta algún sitio, pero me verían, lo cual me dejaría con excusas patéticas como « Mi amigo está borracho » . O podría acabar con él a toda prisa en este oscuro pasillo y dejarle tirado, para luego efectuar una veloz pero desenfadada huida con los niños. Si conseguíamos llegar al muelle antes de que nos vieran, tal vez podríamos salirnos con la nuestra.

Me mordí el labio con tanta fuerza que estuve a punto de romper la piel. Odiaba esas situaciones llenas de « si » y « esperanza » . Había gente paseando por todas partes, y con que una sola persona me viera, ya sería suficiente. Iba a aparecer un cadáver, y me iban a ver antes de que muriera. Creo que no se tragarían el viejo truco de decir que había sido un accidente. Pero no había elección. Tenía que hacerlo, y tenía que hacerlo ahora, y este pasaje en tinieblas era mi mejor oportunidad. Tenía que confiar en un golpe de suerte. Nunca había confiado en la suerte, y me entristecía mucho hacerlo ahora. No creía en ella. Se parecía demasiado a rezar para obtener una bicicleta nueva.

Un hombre y una mujer de edad madura entraron en mi refugio en sombras desde el interior del fuerte. Pasaron a mi lado cogidos de la mano, y después desaparecieron por el otro lado en dirección al muelle. Repasé mi plan de nuevo, y no se me ocurrió nada mejor. Pero no creía que existieran otras posibilidades. Mi mejor idea nueva fue cuando recordé que Crowley, técnicamente, había secuestrado a Cody y Astor. Si me acorralaban, podría alegar que había ido a defenderlos y entregarme a la clemencia del tribunal. Estaba convencido de que no se presentarían muchos casos como éste en ningún tribunal de Florida, y no pensaba que acabaría en dicha tesitura, pero en realidad daba igual. Era mi única oportunidad, y tendría que aprovecharla y dejar que las cosas se solucionaran más adelante.

En cualquier caso, deseaba hacer esto. Quería muerto a Crowley, y quería matarlo yo, y nada era tan importante como eso. Si significaba unas largas

vacaciones entre rejas, adelante. Era probable que valiera la pena.

Consulté mi reloj. El barco llegaría dentro de una media hora. No podía quedarme acechando en las sombras todo el rato sin que alguien se preguntara qué estaba haciendo. De modo que crucé la puerta de acceso y entré en el fuerte.

Parecía todavía más grande por dentro. Los muros se cerraban alrededor de un enorme jardín verde con árboles, atravesado por algunos senderos que conducían al otro lado, que parecía estar muy lejos. Había pocos edificios, y allí era donde debían vivir los guardabosques. A la derecha, un letrero anunciaba: CENTRO DE VISITANTES, y más allá, en lo alto del muro, un faro negro se elevaba hacia el luminoso cielo azul.

El último piso de la alta muralla de ladrillo presentaba una interminable cadena de grandes aberturas, una serie de enormes entradas carentes de puerta. El piso de abajo imitaba la pauta, con entradas más pequeñas y cuadradas que conducían a la oscuridad del interior de los muros. Era un inmenso recinto de lugares oscuros y apartados, y había tantos en una zona tan enorme que la Décima División de Montaña no habría podido abarcarlos todos, y mucho menos un puñado de guardabosques, y comprendí por qué Crowley lo había elegido. Era el marco perfecto para un crimen recreativo, seguido de un embrujo.

Fui a la derecha, entré en el Centro de Visitantes y seguí la muralla, mientras escudriñaba lugares oscuros y desiertos. Bajo el faro descubrí una escalera que conducía a lo alto de la muralla, y la subí hasta salir de nuevo a la intensa luz del sol. Entorné los ojos y paseé la vista a mi alrededor, y el brillo de la luz hirió mis ojos. Ojalá hubiera traído gafas de sol. Pero ojalá también que hubiera traído un bazuca, o al menos un bate de béisbol, de manera que las gafas se me antojaron algo triviales.

Fui hasta el borde de la muralla y miré hacia abajo. El foso llegaba hasta la muralla, y al otro lado había una calzada de arena entre el fuerte y la playa. Un hombre obeso con un bañador diminuto caminaba por la arena, seguido de un perro negro grande. Al otro lado se veía un fragmento de playa y varios barcos grandes amarrados a sólo unos metros de la arena. Alguien que estaba en la cubierta de un yate gritó algo, y se oyó un breve estruendo de música.

Giré a la izquierda y seguí la parte superior de la muralla en la dirección de la que vendría el trasbordador, caminando entre arena y brotes de hierba, y dejé atrás un gran cañón negro donde tres niños estaban jugando a los piratas. Al otro lado vi un pedazo de ladrillo suelto tirado en la arena. Se había partido en tres pedazos y desprendido de la pared. Los piratas se hallaban al otro lado del cañón, y no había nadie más a la vista. Me detuve y recogí un trozo de ladrillo y lo guardé en el bolsillo. No era un bazuca, pero era mejor que nada.

Para llegar al otro lado del fuerte me bastaron cinco minutos de paseo. Cuando llegué, estaba empapado en sudor y tenía un leve dolor de cabeza debido

al resplandor del sol. Me detuve y miré en dirección a Key West, con los ojos entornados para protegerme del reflejo del sol en el agua. Esperé unos diez minutos, sin hacer otra cosa que escudriñar el horizonte. Tres personas más pasaron a mi lado, dos mujeres de edad madura que parloteaban con voz áspera, y un anciano con un vendaje en la cabeza. Y entonces un pequeño punto apareció en la distancia, todavía más brillante que el reflejo del sol sobre el agua, y lo miré mientras se iba haciendo más grande y brillante, y al cabo de unos minutos era lo bastante grande para estar seguro. Era el trasbordador, que me traía a Cody y Astor, y el fin de la amenaza de Crowley. Casi habían llegado, y ya era hora.

Volví corriendo a la escalera y bajé a la puerta de acceso para esperar.

Me quedé refugiado en las sombras de la puerta de acceso del fuerte, medio oculto tras el arco de piedra, y vi que el gran catamarán se deslizaba hasta el muelle y amarraba. Muchas veces en el curso de mi triste y breve vida he esperado emboscado mientras acunaba mis malvados pensamientos, pero esta vez era diferente. No era una deliciosa cita privada, en una noche de luz de luna plateada cuidadosamente elegida. Era una ejecución pública entre una multitud de desconocidos, una perversión forzada por la necesidad, y tenía la sensación de que lo estaba haciendo todo por primera vez. Me sentía agarrotado, torpe, como un aficionado. No oía el dulce roce de las alas y los susurros de ánimo del Oscuro Pasajero, ni tampoco la música de la Danza Macabra, y no experimentaba la deliciosa y fría oleada de poder y seguridad que fluía a través de las yemas de mis dedos. Tenía la boca seca, y mis manos todavía hinchadas estaban sudadas, y oía que mi corazón martilleaba con celeridad en mis oídos, y no era el Dexter maravilloso y malvado que aguardaba con un control total, en absoluto, lo cual me ponía nervioso y desdichado de una forma casi dolorosa.

Pero no había otra elección, no había escapatoria, sólo podía continuar adelante, de modo que esperé y vigilé cuando la rampa de acero del trasbordador se apoyó sobre el muelle, y la multitud de papamoscas bajó del barco y se adentró en el Parque Nacional Tortugas Secas, sede de Fort Jefferson y Último Reducto de Dexter.

Había unas sesenta personas en el barco, y casi todas bajaron la rampa y empezaron a pasear ante el fuerte, antes de que viera la inconfundible cabeza rubia de Astor en un hueco entre el desfile. Un momento después, la muchedumbre se abrió de nuevo y allí estaban los tres. Cody y Astor iban cogidos de la mano, y Crowley caminaba muy cerca detrás de ellos, guiándoles en dirección al sendero de ladrillo que conducía al fuerte.

Me puse tenso y me acurruqué más a la sombra del portal de piedra. Flexioné los dedos. Los sentí torpes y estúpidos, capaces tan sólo de agarrotarse. Abrí y cerré el puño varias veces, y cuando sentí mis manos lo más vivas posibles introduje la mano en el bolsillo y saqué el trozo de ladrillo. No consiguió que me sintiera mucho mejor.

Esperé. Tenía la garganta tan seca que me dolía cuando tragaba saliva, pero la tragué de todos modos, respiré hondo y traté de inyectar en mis venas calma gélida. No funcionó. Me temblaban las manos y notaba resbaladizo el ladrillo en mi presa. Me asomé desde el arco de piedra y durante unos momentos de estupor no los vi por parte alguna. Salí de las sombras un poco más. Allí estaban, parados estúpidamente delante del letrero, paseando la vista a su alrededor. Vi que la boca de Astor se movía en lo que era sin duda una parrafada henchida de irritación, y que Cody fruncía el ceño. Crowley llevaba una bolsa de lona



colgada al hombro, y exhibía una máscara idiota de complacida anticipación, como si de veras estuviera pasando unas vacaciones de ensueño con unos hijos maravillosos.

Pero no se alejaron del letrero. Me pregunté qué les habría dicho Crowley para que se portaran con tanta docilidad. Habría sido inventivo. No tenían motivos para desconfiar de él si les había contado una mentira plausible, pero no se trataba de niños normales acostumbrados a portarse bien. Tras sus facciones agradables e infantiles, palpitando en el interior de sus encantadoras cabecitas despeinadas, oscuras y malvadas flores estaban brotando. Crowley no podía sospecharlo, pero eran Dexters en Potencia, y eran, en todos los sentidos de la palabra, pequeños monstruos. Experimenté una oleada de afecto por ambos.

Un grupo de turistas entró en el puente levadizo y se interpuso entre Crowley y yo. Retrocedí al interior y fingí que estaba examinando la cantería, pero ni siquiera me vieron cuando atravesaron la puerta, hablando en español, y desaparecieron por el otro lado en el interior del fuerte. Cuando se perdieron de vista, asomé la cabeza por el arco y miré hacia el letrero de nuevo.

Habían desaparecido.

El pánico se apoderó de mí y por un momento no pude pensar en nada. Me quedé mirando el punto donde habían estado y apreté el ladrillo hasta que mis dedos me dolieron. ¿Dónde podrían estar? Y si tenían que ir a algún sitio, ¿por qué no estaban avanzando al menos por el puente levadizo en dirección a mi emboscada?

Me asomé más y miré a la izquierda. No vi nada. Salí un paso del pasillo abovedado y miré a la derecha. Allí estaban, caminando por el sendero de arena hacia el otro lado de la isla, en dirección al camping y alejándose de mi trampa. La irritación hirvió en mi interior. ¿Qué absurda estupidez estaban cometiendo? ¿Por qué Crowley no había metido su gorda cabeza en la puerta y bajo mi ladrillo, como debía ser?

Vi que pasaban junto a una hilera de mesas de picnic, y después ante un bosquecillo de árboles enanos que crecían justo antes de la playa, y luego las ramas les ocultaron y ya no pude verlos.

Oí un silbido y me di cuenta de que era yo, soplando furioso entre dientes, y eso resultó todavía más irritante. Si eso era lo mejor que podía hacer, ya podía irme a casa. Abrí los dedos y devolví el pedazo de ladrillo al bolsillo y, con pensamientos muy oscuros, salí a la luz del sol y les seguí.

Una familia de cinco personas estaba sentada a una de las mesas de picnic. Estaban comiendo, y parecían tan felices que me entraron ganas de utilizar el ladrillo para abrirles la cabeza. Pero les dejé con sus bocadillos y seguí el sendero hasta el lado posterior del bosquecillo de árboles escuchimizados.

Me detuve un momento, inseguro. El follaje me ocultaba de Crowley, pero también me lo ocultaba a mí. Era muy posible que estuviera al acecho al otro

lado de las ramas, en busca de cualquier Dexter que estuviera olfateando su pista. La cautela elemental de los depredadores le exigiría asegurarse de que nadie le estaba siguiendo. Por lo tanto, decidí que era mejor prevenir que curar, me moví a la izquierda, seguí paralelo al lado posterior de la hilera de árboles entre más mesas de picnic, y pasé agachado por debajo de una cuerda para tender ropa hasta llegar a un claro entre los árboles. Rodeé con cautela la última mesa de picnic y me interné entre los matorrales. Me abrí paso entre la arena y las ramas, me detuve detrás del último árbol, y después aparté poco a poco las hojas con la mano.

Tendría que haberles visto a mi derecha, a menos de nueve metros de distancia. No los vi. Aparté más las ramas, y allí estaban, parados como idiotas en la arena y contemplando la zona de baños. Si retrocedía entre los árboles y salía detrás de ellos... Pero no. Crowley apoyó una mano sobre cada pequeño hombro y les animó a desandar el camino, y el pequeño trío dio media vuelta y regresó poco a poco hacia los árboles enanos, para luego dirigirse al muelle. Era evidente que estaba explorando, comprobando que todo estaba a su gusto, antes de dirigirse al lugar especial donde me esperaría, el lugar donde me sorprendería.

Pero, por supuesto, yo ya había llegado, y pensaba sorprenderle antes, si podía permanecer cerca y aguardar mi oportunidad, pero ¿cómo? Había pocos sitios donde ocultarse entre los árboles y el muelle, sólo un edificio metálico blanco cerca de donde amarraban los transbordadores. Aparte de eso, sólo el fuerte, el agua y el diminuto sendero de arena que rodeaba los altos muros de ladrillo rojo. Si salía de los árboles y les seguía, sería muy visible. Pero no podía permitir que se alejaran.

Miré hacia la playa. Había media docena de toallas extendidas, con chancletas y bolsas de playa amontonadas al lado. La toalla más cercana era de un naranja chillón, y al otro lado había una de color blanco grande. Por lo visto, los propietarios de las toallas estaban en el agua.

Al final de la playa, una mujer gorda de edad madura estaba sentada en una silla de lona plegable, contemplando a un grupo de niños muy chillones que chapoteaban en las aguas poco profundas. No había nadie más a la vista, salvo la gente que nadaba más adelante, en dirección a las boyas que señalaban el borde de la zona de baños. Miré a la derecha de nuevo, y vi que Crowley y los niños estaban rodeando el fuerte.

Una pequeña idea germinó en mi cabeza, y antes de poder pensar en lo endeble que era, actué. Con los andares más indiferentes posibles, pisé la playa, agarré la toalla blanca y volví a cubierto de los árboles. Me quité la camisa y la anudé alrededor de la cintura, y después me puse la toalla en la cabeza como si fuera un tocado beduino, aferrando mi pedazo de ladrillo en una esquina de la toalla. Abandoné los árboles y atravesé la zona de picnic. *Fijaos en mí: he estado*

*nadando, tengo el pelo mojado y me lo estoy secando, y soy de lo más normal y no me parezco en nada a Dexter.*

Estaban caminando hacia el otro lado del fuerte, y ya habían dejado atrás el muelle y se encontraban en la carretera arenosa de acceso, y yo les seguí. De pronto, Cody se detuvo y dio media vuelta. Miró hacia el muelle, y después hacia el fuerte, y luego frunció el ceño. Vi que sus labios se movían un poco, y señaló el puente levadizo. Crowley negó con la cabeza y apoyó una mano sobre su hombro una vez más para animarle a avanzar, pero el niño se soltó y señaló con tozudez el puente. Crowley sacudió la cabeza y extendió la mano hacia Cody, quien se apartó de él de un salto, y entonces Astor se interpuso entre los dos y empezó a hablar.

Aproveché que se habían detenido para acercarme más. No tenía una idea muy clara de cómo lo iba a hacer, pero si conseguía acercarme a Crowley a la distancia de medio ladrillo, estaba dispuesto a partirle el cráneo y correr el riesgo. Más cerca..., y cuando me encontraba tan sólo a tres metros de distancia, oí decir a Astor con toda claridad que todo aquello eran chorradas, y que dónde estaba Dexter. Levanté las manos y empecé a frotarme la cabeza vigorosamente con la toalla. De hecho, me encontraba a cuatro grandes pasos de ellos, cuando Astor interrumpió su parrafada, me miró y dijo:

—¡Dexter! ¡Pero si estás aquí!

Me quedé petrificado: una estupidez, lo sé, pero en aquel momento no me hallaba en mi estado anormal habitual. Crowley no tenía ese problema, y no perdió el tiempo intentando ver debajo de la toalla para confirmar mi identidad. Dejó caer su bolsa de lona, levantó a Astor en el aire, se la encajó bajo un brazo y corrió hacia el muelle. Ella empezó de inmediato a revolverse y chillar a pleno pulmón, pero sin ni siquiera detenerse, Crowley le dio un puñetazo en la cabeza y la niña se quedó inmóvil.

Tiré la toalla y corrí tras ellos, me detuve un segundo y miré a Cody.

—Ve al interior del fuerte —dije—. Busca a los guardabosques y diles que te has perdido.

Y sin esperar a ver si me obedecía, di media vuelta y corrí hacia Crowley.

Me llevaba una buena ventaja, pero iba más lento porque cargaba con Astor, y yo ya estaba acortando distancias cuando llegó al final del muelle. Un barco de pesca deportivo de unos catorce metros de eslora estaba dando marcha atrás para amarrar, y Crowley saltó a la cubierta, donde una mujer en bikini se le quedó mirando, aferrando el cabo de popa. Él la empujó con fuerza y ella cayó al agua, sin dejar de sujetar el cabo. Un hombre mayor que se hallaba en la cubierta de mando gritó: « ¡Socorro! » con voz estrangulada, y entonces Crowley le propinó un puñetazo en el estómago y se apoderó de los controles. El anciano se dobló en dos y cayó de rodillas, y el barco empezó a alejarse del muelle.

Casi estaba lo bastante cerca para saltar a la cubierta cuando Crowley

aceleró y dio la vuelta al timón. El barco giró lentamente y empezó a moverse hacia el canal. Y por una vez en toda aquella desdichada aventura no vacilé ni me detuve a pensar y quejarme. Corrí los últimos metros a toda velocidad y salté.

Fue un buen salto, atlético, un bonito arco y una trayectoria casi perfecta, lo bastante buena para hundirme en el agua a un metro detrás del barco. Me sumergí y ascendí a la superficie justo a tiempo de ver que el barco empezaba a acelerar. La estela de la hélice me alcanzó, empujándome hacia atrás, y me llenó la boca de agua. Y mientras tragaba agua e intentaba sin esperanza nadar a través de la estela y aferrarme al barco, algo me golpeó con fuerza en la espalda y me hundió de nuevo bajo el agua.

Experimenté un horrible momento de pánico cuando recordé lo que el piloto había dicho sobre el Channel Hog, el pez martillo más grande conocido por el hombre, pero la cosa que me había golpeado parecía demasiado blanda para ser un tiburón. Me agarré a ella y sentí que me elevaba a la superficie, y cuando recuperé el aliento y parpadeé para quitarme el agua de los ojos, vi que estaba sujetando una pierna humana. Mejor todavía, estaba fija a algo, la mujer del bikini que Crowley había arrojado al agua, y continuaba sujetando el cabo de popa, que la arrastraba detrás del barco.

El barco empezó a acelerar, y la estela levantó espuma alrededor de nosotros, de manera que era casi imposible ver, y nos resultaba difícil seguir asidos. Enseguida me di cuenta de que sería demasiado para la mujer cuya pierna yo estaba sujetando. Se soltaría, y entonces Crowley desaparecería, se llevaría a Astor y todas mis esperanzas, probablemente de una vez por todas. No podía permitir que eso sucediera.

Y así, dejando de lado los buenos modales y toda precaución elemental, empecé a trepar. Mis dedos se cerraron sobre la tira de tela de la cintura de la mujer y me icé, y de pronto caí hacia abajo de nuevo cuando la braga del bikini resbaló sobre sus piernas, arrastrándome con ella.

Me sujeté de nuevo, esta vez a su rodilla, y después rodeé su cintura con ambas manos y trepé hasta apoyar una mano sobre su hombro. Y justo cuando me apoderé al fin del cabo, la mujer lo soltó. Su cuerpo golpeó contra el mío con fuerza, y trató de agarrarse a mi cuerpo. Por un momento, pensé que no lograría aguantar, pero entonces la mujer se alejó girando en la estela de espuma blanca, sujeté el cabo con la otra mano y empecé a avanzar hacia el barco.

Poco a poco, palmo a palmo, en pugna continua con la turbulencia, me fui acercando al espejo de popa. Lo veía con claridad, tentadoramente cerca, con brillantes letras azules que proclamaban su nombre y puerto de origen: *REEL FUN*, ST. JAMES CITY. Y por fin, después de lo que se me antojaron horas pero no debieron ser más de uno o dos minutos, me acerqué lo suficiente para asirme a la plataforma de buceo, una estrecha tabla de madera que sobresalía del espejo

de popa, y me subí a ella, con los hombros doloridos y respirando con dificultad.

Flexioné las manos. Estaban rígidas y entumecidas. ¿Por qué no? Después de todo lo que habían sufrido durante los últimos días, tendría que haberme sentido agradecido de que no se hubieran marchitado y desprendido. Pero deberían llevar a cabo una última buena obra, así que las envié por delante para subir la escalerilla de cromó y trepé a la cabina del barco.

Vi la cabeza y los hombros de Crowley por encima de mí. Estaba de pie en la cubierta de mando, que se encontraba tres metros por encima de la cabina, con la vista clavada en el frente mientras internaba el barco en el Canal. Estupendo: no me veía, no tenía ni idea de que me encontraba a bordo, y por suerte no se enteraría hasta que fuera demasiado tarde.

Atravesé la cubierta a toda prisa. El anciano estaba caído de costado, se acunaba el antebrazo y gemía en voz baja. Estaba claro que Crowley le había tirado desde el puente, y se habría roto el brazo a consecuencia de la caída. Muy triste, pero en realidad me daba igual. Avancé hasta la escalerilla que subía a la cubierta de mando. Astor estaba tendida al pie, una especie de bulto informe al lado de una nevera portátil. La tapa se había abierto, y dejado al descubierto hielo y latas de cerveza y refrescos. Me agaché al lado de la niña y le tomé el pulso en el cuello. Lo noté fuerte y firme, y cuando apoyé una mano sobre su cara frunció el ceño y emitió leves sonidos malhumorados. Se pondría bien, pero en aquel momento no podía hacer nada por ella.

La dejé allí y subí la escalera, y me detuve cuando mi cabeza asomó justo por encima del último peldaño. Estaba contemplando la parte posterior de las piernas de Crowley. Parecían ágiles, sorprendentemente musculosas para alguien a quien consideraba fofo. Le había juzgado mal en todo momento, subestimado lo que era capaz de hacer, y me impulsó a vacilar ahora, cuando un pensamiento impropio de Dexter me asaltó.

¿Y si no podía hacerlo? ¿Y si había encontrado la horma de mi zapato, y no iba a poder manejarle a mi antojo? ¿Y si esto era el final, y el Show de Dexter estaba a punto de terminar?

Fue un momento horrible, y empeoró todavía más cuando me di cuenta de lo que era: verdadera incertidumbre humana. Qué bajo había caído. Jamás había dudado de mi capacidad para llevar a cabo ejecuciones rutinarias, y éste era un momento terrible para empezar.

Cerré mis ojos un segundo, y recurrí al Pasajero como nunca lo había hecho, suplicando una última carga de la Oscura Brigada. Sentí que gruñía, suspiraba y movía las alas; era poco alentador, pero debería conformarme con ello. Abrí los ojos y subí a toda prisa y con sigilo el resto de la escalera que ascendía a la cubierta de mando.

Crowley estaba de pie con una mano en el timón, mientras guiaba el barco a través del canal en dirección contraria al fuerte, y le golpeé con todo mi cuerpo

tan fuerte como pude. Se derrumbó sobre los controles y chocó contra el acelerador. El barco saltó hacia delante y alcanzó la máxima velocidad cuando rodeé con el brazo su garganta y empecé a estrangularle con todas mis fuerzas.

Pero era más fuerte de lo que aparentaba. Hundió los dedos en mi antebrazo y se volvió, me levantó del suelo y me lanzó contra el costado de la cabina. Mi cabeza chocó contra la consola. Vi las estrellas, y Crowley se liberó de mi presa.

Antes de que pudiera sacudirme de encima el aturdimiento que se había apoderado de mí, se lanzó sobre mí y me golpeó en el estómago, y si bien me dejó sin aliento, al menos me despejó la cabeza, de modo que hincé una rodilla y le di un buen puñetazo en la rótula. Dijo «Uj» de forma muy clara, y disparó un codo contra mi cabeza que me habría decapitado de haber alcanzado su objetivo. Pero me agaché y corrí al otro lado del puente, me puse en pie de un brinco y di media vuelta tembloroso para plantar cara a Crowley.

Se irguió y me miró, y nos quedamos así durante un extraño momento congelado en el tiempo, mirándonos. Después dio un paso adelante, hizo una finta con la mano derecha y, mientras yo la esquivaba, extendió la mano izquierda y tiró hacia sí del acelerador. El barco se detuvo, yo me tambaleé, golpeé la consola con la cadera y me incliné hacia el parabrisas, mientras me esforzaba por recuperar el equilibrio.

Crowley no tuvo que esforzarse. Se había preparado para la repentina parada, y se abalanzó sobre mí antes de que pudiera recuperarme. Me plantó un rodillazo en el diafragma, y después rodeó mi garganta con las manos y empezó a estrangularme. El mundo empezó a apagarse a mi alrededor, y todo empezó a suceder muy despacio.

Así que éste era el final. Estrangulado por un líder de los Lobatos, y ni siquiera el líder, un simple ayudante. No parecía un final muy glorioso. Hundi las manos en las muñecas de Crowley, pero el mundo se estaba desvaneciendo a mi alrededor y me costaba mucho mantener el interés.

Y mira por dónde: ya estaba viendo hurís en el paraíso, ¿o no era Astor la que subía por la escalera? Era ella, y sujetaba en la mano una lata de refresco de la nevera de la cabina. Muy considerada. Me dolía la garganta, y me había traído una bebida fría. No era propio de ella ser tan considerada, pero ahora estaba sacudiendo la lata con todas sus fuerzas. Eso sí que era más propio de ella. Iba a rociarme con gaseosa. Un último baño pegajoso antes de morir.

Pero Astor se colocó enseguida al lado de Crowley y apuntó la lata a su cara.  
—¡Eh, capullo! —chilló.

Y cuando Crowley volvió la cara hacia ella, tiró de la lengüeta. Se produjo una explosión muy satisfactoria, y un gran chorro de líquido marrón salió disparado a los ojos del tipo. Entonces, la niña le arrojó la lata con todas sus fuerzas. Le golpeó de lleno en la nariz, y sin más preámbulos le propinó una patada en la entrepierna.

Crowley se tambaleó a un lado bajo aquel ataque inesperado, gimiendo de dolor al tiempo que levantaba una mano de mi garganta para secarse los ojos, y cuando la presión sobre mi garganta disminuyó, un pequeño rayo de luz se filtró en mi cerebro. Agarré con ambas manos los dedos que aún seguían ceñidos a mi garganta y los alcé con fuerza. Oí que un dedo se partía, y Crowley emitió un extraño ruido, como si hiciera gárgaras, y me soltó. Astor volvió a patearle en la ingle, y el hombre se alejó medio paso de ella como si estuviera borracho y se dobló sobre la barandilla.

Y yo, que nunca desperdicio una oportunidad, corrí hacia delante y le di un empujón con el hombro. Cayó por encima de la barandilla, y se oyó un ruido desagradable cuando chocó contra la borda y se hundió en el agua a continuación.

Miré por el costado. Crowley estaba meciéndose en el agua cabeza abajo, derivando poco a poco mientras el barco avanzaba a escasa velocidad.

Astor estaba a mi lado, y miraba a Crowley mecerse en nuestra estela.

—Capullo —repitió. Después me dedicó una maravillosa sonrisa falsa y dijo con dulzura—: ¿Puedo utilizar esa palabra, Dexter?

Rodeé su espalda con el brazo.

—Por esta vez, sí.

Pero la niña se puso rígida y levantó el brazo para señalar.

—Se está moviendo —advirtió, y me volví a mirar.

Crowley había sacado la cabeza del agua. Estaba tosiendo, y un reguero de sangre resbalaba por su cara, pero nadaba con movimientos débiles hacia un banco de arena cercano. Estaba vivo todavía; después de que Astor y yo le hubiéramos propinado puñetazos, patadas, roto la mano, arrojado por la borda, ahogado y hasta rociado con gaseosa, estaba vivo todavía. Me pregunté si sería pariente de Rasputín.

Me hice cargo del timón y giré el barco hacia Crowley, quien estaba nadando a un ritmo constante hacia la seguridad y la huida.

—¿Crees que puedes conducir este trasto? —pregunté a Astor.

Me dirigió una mirada que decía con toda claridad: *Bah*.

—Por supuesto —dijo.

—Coge el timón. Acércate a él, lenta pero incesantemente, y no embarranques en el banco de arena.

—Ni lo sueñes.

Cogió el timón y yo bajé corriendo la escalerilla hacia la cabina.

El anciano había conseguido sentarse, y sus gemidos habían alcanzado mayor intensidad. Estaba claro que no nos sería de ninguna ayuda. Lo más interesante, sin embargo, era que había un bichero a su lado sujeto con abrazaderas. Lo solté y levanté. Mediría unos tres metros de largo, con una pesada punta metálica. El objeto adecuado. Podría golpear a Crowley en la sien con la punta, después

enganchar su camisa con él y mantener su cabeza hundida uno o dos minutos, y acabar de una vez.

Me acerqué a la barandilla. Estaba en el agua justo delante de nosotros, a unos nueve metros de distancia, y cuando levanté el bichero para prepararme, los motores del barco aceleraron y salimos disparados hacia delante. Me tambaleé hacia atrás y me agarré al espejo de popa, y recuperé el equilibrio justo a tiempo de oír un golpe sordo contra el casco. Los motores desaceleraron y miré a Astor en el puente. Estaba sonriendo, esta vez una sonrisa de verdad, y miraba en dirección a nuestra estela.

—Le di —dijo.

Fui hacia el espejo de popa y miré. Por un momento no vi ni rastro de Crowley, y tampoco lo vi bajo el agua en la espuma de nuestra estela. Después distinguí un lento y pesado remolino bajo la superficie... ¿Era posible? ¿Continuaba con vida?

Y con velocidad y violencia estremecedoras, la cabeza y los hombros de Crowley hendieron la superficie. Su boca estaba dilatada en una enorme expresión de dolor y sorpresa increíbles, mientras ascendía como una exhalación hasta que la mitad de su cuerpo quedó fuera del agua. Pero había una forma extraña cerrada alrededor de su diafragma que le impulsaba hacia arriba, una cosa gris colosal que parecía ser toda dientes y maldad, y le sacudía con fuerza increíble: una vez, dos veces, y después Crowley se dividió por la cintura, partido pulcramente en dos, y la mitad superior de su cuerpo se hundió hasta perderse de vista y la gigantesca cosa gris se sumergió tras él en las profundidades, sin dejar otra cosa que un pequeño remolino rojo y el recuerdo de un poder salvaje increíble.

Todo había sucedido tan deprisa que no estaba seguro de haberlo visto. Pero la imagen del gran monstruo gris estaba grabada a fuego en mi cerebro como si la hubieran dibujado con ácido, y la espuma de nuestra estela presentaba un vago tono rosado. Había sucedido, y Crowley había muerto.

—¿Qué era eso? —preguntó Astor.

—Eso era el Channel Hog.

—Precioooooo —dijo la niña, alargando la palabra—. Absolutamente. Flipante. Precioooooo.



Resultó al final que el viejo de la cabina sí nos fue de ayuda, y bastante. Al parecer, se había roto la clavícula cuando Crowley le tiró desde el puente, y todavía mejor, era un hombre extremadamente rico y muy importante, a quien no le supo mal convertirse en el centro de la atención y permitir que todo el mundo se enterara de que era una persona muy influyente, además de exigir que todo el mundo en las cercanías dejara lo que estaba haciendo para concentrarse en concederle cuidados absolutos y devotos.

Gritó de dolor y despotricó acerca del loco que le había atacado con saña y robado el barco, y amenazó con querellarse contra el departamento de parques, y sólo hizo una pausa para señalarme y decir: « ¡De no ser por este hombre maravilloso y valiente! », lo cual me pareció de lo más acertado y logró que la muchedumbre me mirara con admiración. Pero no me miraron mucho rato, porque el viejo importante estaba lejos de haber terminado. Pidió a gritos morfina y ser evacuado por aire, y ordenó a los guardabosques que se hicieran cargo ipso facto de su barco y llamaran a su abogado, y profirió vagas amenazas acerca de recurrir al cuerpo legislativo o incluso al gobernador, que era amigo personal, y se convirtió en un ser totalmente irritante. En conjunto, se transformó en un espectáculo tan perfecto que nadie reparó en su acompañante femenina, que estaba parada envuelta en una toalla para ocultar el hecho de que estaba desnuda, salvo por el sujetador del bikini.

Y nadie reparó tampoco en que aquel hombre maravilloso, el Querido y Gallardo Dexter, cogía de la mano a sus dos desobedientes diablillos y se los llevaba lejos del alboroto hacia la relativa calma y cordura de Key West.

Cuando llegamos a nuestro hotel, nos informaron de que nuestra suite estaba todavía sellada por orden de la policía. Tendría que haberlo supuesto. Yo mismo había sellado bastantes escenas del crimen. Pero cuando estaba a punto de desplomarme agotado sobre el suelo frío de mármol y derramar amargas lágrimas por los sinsabores de mi vida, la empleada de recepción me aseguró que nos habían trasladado a una suite todavía más bonita, con vistas al mar. Y sólo para confirmar que por fin todo había cambiado y valía la pena vivir, pese a tantos problemas y tribulaciones, me informó a continuación de que el director lamentaba hasta tal punto todas las molestias padecidas que nos había devuelto toda la paga y señal, roto la factura, y confiaba en que aceptáramos una cena de obsequio en el restaurante, bebidas no incluidas, lo cual no quería insinuar que el hotel o su personal fueran responsables en algún sentido del desafortunado accidente, y el director estaba seguro de que le daríamos la razón y disfrutaríamos del resto de nuestra estancia, que se había prolongado una noche más, y sin duda yo firmaría un papel sin importancia reconociendo que el hotel no tenía ninguna responsabilidad en lo sucedido.

De pronto, me sentí muy cansado. Y, no obstante, con la fatiga llegó una sensación irracional de bienestar, una vaga sugerencia de que lo peor había pasado ya y todo iba a solucionarse. Había sufrido mucho, y fracasado en la tarea de afrontar las dificultades, y sin embargo todavía estaba aquí, de una pieza. Pese a mi espantosa actuación y mi indiscutible iniquidad, me recompensaban con una cena y unas vacaciones gratis en una suite de lujo. La vida era en verdad algo malvado, horrible e injusto, tal como debía ser.

De manera que dediqué a la empleada mi mejor sonrisa.

—Añadan un *banana split* para los chicos y una botella de merlot para mi mujer, y trato hecho.

Rita nos estaba esperando en nuestra nueva suite de mayor categoría. Gozaba de una vista maravillosa del puerto, y me resultó mucho más fácil apreciar la belleza de tarjeta postal del agua en la que había estado tan sólo unas horas antes, cuando vi alejarse el catamarán desde el muelle. Por lo visto, Rita también había estado disfrutando de la vista desde el balcón durante un rato, sobre todo porque había abierto el minibar para prepararse un cubalibre. Se puso en pie de un brinco cuando entramos y se precipitó hacia nosotros, aleteando como el absoluto Avatar del Titubeo.

—Dexter, Dios mío, ¿dónde estabas? —dijo, y antes de que pudiera contestar soltó—: ¡Tenemos casa! Oh, Dios mío, aún no puedo... ¡En Terrace, Ciento cuarenta y dos, a tan sólo dos kilómetros de nuestra casa vieja! Con piscina, Dios mío, y sólo fueron... ¡Es nuestra, Dexter! ¡Tenemos casa nueva! ¡Una casa grande y maravillosa! —Sorbí por la nariz y después sollozó, y repitió una vez más—: Oh, Dios mío.

—Maravilloso —dije, aunque no estaba convencido por completo de que lo fuera. Pero lo dije con el tono más seguro posible, teniendo en cuenta que estaba llorando.

—No puedo creerlo —continuó, y volvió a sorber por la nariz—. Es perfecta, y conseguí una hipoteca al cuatro y medio por ciento... Astor, ¿has tomado demasiado el sol?

—Sólo un poco —contestó la niña, aunque se había llevado algo más que unas quemaduras. El lado de su cara, donde Crowley le había pegado, estaba rojo, y yo estaba convencido de que pronto viraría al púrpura, pero también confiaba en que seríamos capaces de esquivar las preguntas de Rita.

—Oh, mira tu pobre cara —dijo, y apoyó una mano sobre la mejilla de Astor—. Está hinchada, y ni siquiera puedes... Dexter, ¿qué demonios ha pasado?

—Oh, fuimos a dar un paseo en barco.

—Pero eso es... Dijiste que ibais a dar de comer a los tiburones.

Miré a Cody y Astor. La niña me miró y sonrió.

—También lo hicimos —dijo.

Nuestra cena de obsequio de aquella noche fue muy agradable. Siempre he tenido la sensación de que las comidas gratis saben mejor, y después de dos días de padecer la rapaz codicia de la economía de Key West, resultó suculenta.

Y los sabores se me antojaron todavía un poco más deliciosos cuando, a los tres minutos de empezar a atacar el plato principal, la sargento Deborah Morgan irrumpió en el comedor como un huracán de categoría cuatro. Entró con tal celeridad que se sentó a nuestra mesa antes incluso de que reparara en su presencia, y estoy seguro de haber oído un estampido sónico un momento después.

—Dexter, ¿qué co...? Mmm..., ¿qué demonios has estado haciendo? —dijo, al tiempo que dirigía una mirada culpable a Cody y Astor.

—Hola, tía sargento —dijo la niña, con visible adoración a su heroína. Debs portaba una pistola y daba órdenes a hombres grandes, y Astor consideraba eso embriagador.

Debs lo sabía. Sonrió a Astor.

—Hola, cielo. ¿Cómo te va?

—¡Genial! ¡Las mejores vacaciones de mi vida!

Mi hermana enarcó una ceja.

—Bien, estupendo —se limitó a comentar.

—¿Qué te trae por Key West, hermanita?

Me miró y frunció el ceño.

—Todo el mundo dice que Hood te siguió hasta aquí y apareció muerto... en tu habitación, hostia puta. Quiero decir, Jesús.

—Eso es cierto —dije con calma—. El sargento Doakes también anda por aquí.

La mandíbula de Deborah se proyectó hacia fuera. No cabía duda de que estaba rechinando los dientes, y me pregunté qué nos habría pasado a los dos en la infancia para convertirnos en mutiladores de muelas.

—Vale —dijo—. Será mejor que me cuentes qué pasó.

Paseé la vista alrededor de la mesa y miré a mi pequeña familia, y si bien estaba muy contento de que mi hermana hubiera venido a escuchar mi relación de calamidades, caí en la cuenta de que existían algunos detalles poco apropiados para oídos sensibles. Me refiero a los de Rita, por supuesto.

—¿Me acompañas al vestíbulo, hermanita?

Seguí a Debs hasta el vestíbulo, donde encontramos un mullido sofá de piel. Nos hundimos en los almohadones y se lo conté todo. Fue de lo más agradable poder hacerlo, y todavía más gratificante oír su reacción cuando terminé.

—¿Estás seguro de que ha muerto? —preguntó.

—Deborah, por el amor de Dios. Vi a un tiburón gigante partirle por la mitad. Está muerto y digerido.

Ella asintió.

—Bien. Tal vez salgamos bien librados.

Fue muy reconfortante oír que hablaba en plural, pero aún había detalles preocupantes que atañían únicamente a Dexter.

—¿Qué hay de Hood? —pregunté.

—El muy capullo recibió su merecido —dijo. Me sorprendió oírla hablar en tono aprobador sobre la muerte de un compañero de profesión. Tal vez ella había reparado también en su horroroso aliento, y se sentía aliviada por su desaparición definitiva. Pero también se me ocurrió que aquel breve ataque contra la reputación de Deborah habría podido provocar algún perjuicio profesional.

—¿Vuelves a estar bien considerada en el departamento? —pregunté.

Se encogió de hombros y se masajeó el yeso con la mano sana.

—Tenemos a mi psicótico en una celda. Kovasik. Una vez que volvamos a ello, sé que podré demostrarlo todo. Él lo hizo, y Hood no puede cambiar eso. Sobre todo ahora que está muerto.

—Pero ¿no cree la policía de Key West que yo maté a Hood?

Debs negó con la cabeza.

—Hablé con la detective, mmm..., ¿Blanton? —Yo asentí—. La bolsa que abandonó en el muelle de las Tortugas contenía un bate de béisbol, entre otras cosas.

—¿Qué clase de cosas? —pregunté. Al fin y al cabo, si había inventado algo nuevo, tenía ganas de saberlo.

Deborah compuso una mueca de irritación y sacudió la cabeza.

—No lo sé, joder. Cinta americana. Hilo de tender. Anzuelos. Una sierra de carpintero. Cosas —dijo, claramente enfadada—. Lo que importa es el bate. Hay algo de sangre, tejido y pelo que, suponen, coincidirá con los de Hood.

Se encogió de hombros, y después me atizó un buen puñetazo en el brazo.

—Ay —dije, pensando en los anzuelos. Qué posibilidades tan interesantes...

—Lo cual te deja libre de toda sospecha —dijo Deborah.

Me froté el brazo.

—¿Van a dejarlo correr? O sea, por lo que a mí respecta.

Ella resopló.

—De hecho, albergan la esperanza de que te largues y no montes un escándalo por haber entregado tus hijos a un secuestrador. Ante sus propias narices, encima. Pandilla de idiotas.

—Ah —dije. Curiosamente, no había pensado en eso. Parecía la clase de incidente que desearían olvidar—. Así que están contentos con Crowley, aunque haya muerto...

—Sí. Puede que Blanton no parezca gran cosa, pero conoce su trabajo. Localizó a una camarera del hotel que vio a alguien y consiguió una descripción. ¿Treintañero, corpulento, barba corta?

—Es él.

—Ajá. El tipo en cuestión está ayudando a su amigo borracho a salir del ascensor de servicio de tu planta. Salvo que la criada dijo que parecía demasiado borracho, más bien un borracho muerto, y uno de esos gorros de pirata le cubría la cara, como el que encontraron en tu habitación.

—Suite —dije por un acto reflejo.

Ella no me hizo caso y meneó la cabeza.

—La criada no quería decir nada. Es de Venezuela, tenía miedo de perder la carta verde. Pero proporcionó una buena descripción. Y dos cocineros les vieron venir del muelle de carga, además. El camarero del desayuno también confirma que estabas con tu familia en el comedor en ese momento, así que...

Pensé en ello, mientras avivaba una diminuta chispa de esperanza que se transformó en un rayo. Era impropio de Crowley ser tan chapucero, pero supuse que Hood le había sorprendido y tuvo que improvisar. Compuse una veloz imagen mental de los dos intentando seguirme al mismo tiempo y tropezando el uno con el otro. Como resultado, unos correteos cómicos que conducen a la hilarante muerte a golpes del detective Hood. Tal vez le había entrado el pánico a Crowley, tal vez había abusado de su suerte y se sentía invencible. Nunca lo sabría, y en realidad daba igual. De alguna manera, se había salido con la suya. Nadie le había visto matar a Hood, y nadie le había detenido cuando trasladó el cadáver a mi habitación. Pero, por supuesto, la gente sólo ve lo que espera ver, y muy poco, de modo que la única sorpresa era que alguien se hubiera fijado en algo.

Pero la auténtica maravilla era que podía ver una pequeña luz al final de lo que había sido un túnel muy largo y muy oscuro. Exhalé un suspiro de alivio vacilante y miré a mi hermana, quien me devolvió la mirada.

—¿De modo que estoy libre de toda sospecha en Key West? —pregunté.

Ella asintió.

—Mejor todavía —dijo—. El cabrón de Doakes ensució la cama esta vez.

—Espero que fuera la suya.

—Se supone que está en Administración, no trabajando en un caso. Además, está en Key West, que se halla fuera de su jurisdicción. Y —añadió, al tiempo que levantaba la mano buena, la que no llevaba enyesada, en el aire y componía una expresión muy agria—, los policías de Key West han presentado una queja oficial. Doakes intentó obligarles a retenerte, intimidó a testigos y... —Hizo una pausa y clavó la vista en la lejanía un momento—. Joder —dijo al fin—. Era un policía muy bueno.

Suspiró, y me apenó ver que sentía lástima por alguien que había invertido tanto tiempo y esfuerzos en forjar mi desdicha.

Pero, al fin y al cabo, había asuntos más urgentes que resolver.

—Deborah, ¿qué le ha pasado a Doakes?

Alzó la vista con una expresión que no logró descifrar del todo.

—Suspensión de empleo y sueldo, pendiente de la investigación de

Cumplimiento Profesional.

—¡Eso es maravilloso! —solté, sin poder contenerme.

—Claro —dijo Debs con cierta acritud. Continuó en un malhumorado silencio unos momentos más, y después se lo sacudió de encima—. Qué coño...

—¿Qué sucede en casa? ¿Soy todavía una persona de interés para la investigación?

Deborah se encogió de hombros.

—Oficialmente sí, pero Laredo ha pasado a encargarse del caso, y no es idiota. Es probable que vuelvas al trabajo dentro de unos días. —Me miró. Era una mirada dura, y no cabía duda de que estaba pensando en algo, pero fuera lo que fuera no lo verbalizó. Se limitó a mirarme, y después desvió la vista hacia la puerta—. Ojalá existiera... —Vaciló, carraspeó y continuó poco a poco— alguna prueba, para... Entonces volverías libre a casa.

Un hombre gordo con pantalones cortos a cuadros entró por la puerta principal, seguido de dos chicas rubias menudas. Por lo visto, Deborah los encontró interesantes.

—¿Qué tipo de prueba, Debs?

Se encogió de hombros y observó al hombre gordo.

—Ah, no lo sé. Tal vez algo capaz de demostrar que Hood no era imparcial. Ya sabes. Para que podamos darnos cuenta de que no era trigo limpio, de que no era un buen policía. Y tal vez algo que pueda explicar por qué la tomó contigo.

El gordo y su séquito desaparecieron por el pasillo, y Deborah contempló el yeso de su brazo roto, que descansaba sobre su regazo.

—Si pudiéramos encontrar algo similar —dijo—, y mantener tu nombre al margen de lo sucedido en las Tortugas, quién sabe. —Me miró al fin con una leve y muy extraña sonrisa—. Podríamos dar por concluido el asunto.

Tal vez exista un amable y amantísimo Semidiós de la Oscuridad que cuida de los verdaderos malvados, porque pudimos dar por concluido el asunto, al menos la primera parte. Lo Sucedido en las Tortugas causó un pequeño revuelo en la prensa, y hubo alguna mención al héroe anónimo que había salvado la vida del anciano. Pero nadie sabía el nombre del héroe, y la descripción de los testigos era tan vaga que habrían podido ser seis desconocidos diferentes elegidos al azar. Era una lástima, porque resultó que el viejo era muy importante, propietario de varias cadenas de televisión y algunos legisladores del estado.

Se produjo cierta confusión sobre lo que había sido del hombre malo que había atacado al viejo. La mujer que perdió el bikini proporcionó una buena descripción de Crowley, que coincidía con la que tenían los policías de Key West, por lo cual estaba muy claro que aquel terrible malhechor había asesinado a un policía de Miami e intentado robar un barco para huir, probablemente a Cuba. Tanto si había terminado en La Habana como en otro sitio no estaba claro, pero se había esfumado. Se le consideraba oficialmente desaparecido, en busca y

captura, y pasó a una serie de listas selectas. Pero nadie echó de menos a la persona desaparecida, y vivimos tiempos difíciles de presupuestos reducidos, de modo que no se dedicaron mucho dinero y esfuerzos a intentar encontrarle. Había desaparecido, a nadie le importaba, y lo Sucedido en las Tortugas fue pronto sustituido por la noticia de una triple decapitación desnuda en la que estaba mezclado un hombre de edad madura que había sido una estrella infantil de la televisión.

Íbamos a salir bien librados. Si un último milagro podía desacreditar a Hood, mis compañeros de trabajo me recibirían con los brazos abiertos y sonrisas de alegría, y la vida volvería a su aburrida dicha cotidiana predecible y banal. Y el día después de regresar de Key West, Deborah llamó para informarme de que un equipo forense iría a casa de Hood a la mañana siguiente. Debíamos confiar en que aparecería algo que nos sería de ayuda.

Y era posible. Ya lo creo que era posible. Podía ser algo tan útil que todo el caso se desvaneciera en una pequeña nube de humo maloliente, y Dexter pasaría de ser un malvado malhechor que se escabullía de su despacho a un auténtico mártir vivo, víctima de una cruel injusticia y una maligna difamación de su persona.

Pero ¿era posible que algo así apareciera?

Oh, sí, muy posible. De hecho, podía ser un gran Algo Así, cosas que podían ser tan irrefutables que no sólo arrojarían dudas sobre el caso contra mí, sino contra el propio detective Hood, y su derecho a llevar Nuestro Orgulloso Uniforme, y a caminar entre los Justos, tan irrefutable que el departamento querría que todo el asunto se ventilara con celeridad y sigilo, antes que arriesgarse a exhibir una enorme y apestosa mancha en su orgullosa reputación.

De hecho, era posible que el equipo forense entrara en el nauseabundo y repelente cubil donde Hood había vivido y contemplara con disgustada estupefacción los montones de basura, platos sucios, ropa mugrienta desechada, y se asombrara de que un ser humano pudiera vivir así. Porque era posible que la casa fuera un caos nauseabundo. Caramba, casi puedo imaginar su aspecto.

Y casi puedo imaginar el desagrado de mis colegas cuando se convierte poco a poco en asombro, y después en sombría pero definitiva condenación cuando encuentran pornografía infantil en el disco duro del ordenador de Hood. Quiero decir que podrían encontrarla, junto con tórridas notas de amor escritas a Camilla Figg y su respuesta de que jamás querría verle de nuevo debido a su vicio enfermizo con los niños, y en cualquier caso su aliento era horrible. Sería fácil llegar a la conclusión de que Hood la había asesinado impulsado por la rabia de la ruptura, y después había intentado salvar el culo acusando al pobre e inocente Dexter, sobre todo porque había encontrado fotos de mí, y esas notas hipotéticas podrían revelar que nunca le había caído bien.

Y en algún momento de aquella notable excursión a la indiscutible

culpabilidad y vergüenza de Hood, alguien podría hacer una pausa y decir: «Pero ¿todo esto no es un poco demasiado perfecto? ¿No existen incluso demasiadas pruebas contra el detective Hood, que ya no está aquí para defenderse? Caramba, es casi como si alguien hubiera irrumpido en esta guarida repugnante y esparcido pruebas falsas para implicarle, ¿no?» .

Pero esta pausa será breve, y terminará con un cabeceo desaprobador y una fe renovada en las pruebas, porque está todo allí, ante sus ojos, y la idea de que alguien las haya colocado a posta es demasiado extravagante para expresarla con palabras. Al fin y al cabo, ¿quién haría algo semejante? Y todavía más, ¿quién podría hacerlo? ¿Es posible que exista una persona que posea la asombrosa combinación de talentos, astucia y vacuidad moral para llevar a cabo una destrucción tan completa de la persona del fallecido detective Hood? ¿Existía una persona que supiera lo bastante del caso para fabricar la prueba perfecta, y que poseyera suficientes conocimientos del procedimiento policial para hacerlo sin cometer el menor error? ¿Quién?

¿Y quién podría deslizarse en la noche como una sombra más oscura e introducirse sin ser visto en casa de Hood para plantificarla? Y una vez dentro, ¿quién poseería los conocimientos informáticos necesarios para extraer todas estas pruebas de un disco duro (por ejemplo) e introducirlas en el pequeño ordenador de Hood de tal forma que resultara del todo convincente? ¿Y quién, además de todo eso, podría hacerlo no sólo muy bien, sino con tanta inteligencia, originalidad y travieso sentido del humor?

¿Existe de veras alguien que pudiera ser tan bueno en todas estas pequeñas y oscuras cosas, y más importante todavía, lo bastante malvado para acometerlas? En todo el mundo, ¿es posible que exista alguien tan maravillosamente así?

Sí.

Es posible.

Pero sólo uno.



## Notas

[1] Puffalump: animales de peluche creados por Fisher-Price en 1986. (*N. del T.*)

<<

[2] Simon Legree es el cruel propietario de esclavos de *La cabaña del tío Tom*. (N. del T.) <<

[3] Monumento en memoria de John F. Kennedy. (*N. del T*) <<

[4] Integrated Automated Fingerprint Identification System (Sistema de Identificación de Huellas Dactilares Automatizado Integrado), dependiente del FBI (*N. del T.*) <<

[5] Marca muy famosa de bate de béisbol. (*N. del T.*) <<

[6] Prisión estatal de Florida. (*N. del T*) <<

[7] Empresa dedicada a organizar todo tipo de eventos, fiestas, etc. (*N. del T.*) <<



[8] En el original « Witty », lo que propicia el juego de palabras con « White » y « Whitt » . (*N. del T*) <<

[9] Famosa marisqueria de inspiración cubana y caribeña. Literalmente, « Tortuga Kraals» . (*N. del T*) <<